BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CIV

INSTITUCIONES ORATORIAS

POR

M. FABIO QUINTILIANO

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN
POR LOS PADRES DE LAS ESCUELAS PÍAS

IGNACIO RODRÍGUEZ Y PEDRO SANDIER

TOMO II

MADRID
IMPRENTA DE PERLADO PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Quintana, 31 y 33.
1916

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

LIBRO SÉPTIMO.

PROEMIO.

DE LA UTILIDAD DE LA DISPOSICIÓN.

Me parece haber hablado lo bastante de la invención, pues no sólo hemos tratado de todo lo que conviene para enseñar, sino también para mover. Pero así como no basta que el artífice tenga buenos materiales para la fábrica de un edificio, si no sabe darles un buen orden y colocación, así por más afluencia de voces que haya en la oratoria, sólo servirán de abultar y llenar, si no se unen y ordenan entre sí por una competente disposición.

Y no sin razón la pusimos por la segunda de las cinco partes, pues sin ella la primera es inútil, así como no basta que estén vaciados todos los miembros de la estatua, sino que tengan la debida unión, la cual, á la menor alteración y mudanza que padezca, resultaría un monstruo en el cuerpo animal, aun dado que los tenga todos cabales. Los miembros de nuestro cuerpo á nada que se muevan de su sitio, perdieron el oficio que tenían, y un ejército desordenado él mismo se embaraza. Por donde no van descaminados los que dicen que la naturaleza consiste en el orden, y en el desorden su destrucción. No de otra manera la oración que carece de orden y disposición ha de ser una confusión de ideas, carecerá de timón y de

unión en sus partes, tendrá muchas repeticiones y omitirá muchas cosas y será semejante á uno que en tinieblas anda palpando las paredes. Y como ni tenga principio ni fin, el orador más hablará por acaso que con consejo y tino.

Por tanto emplearé todo este libro en la disposición para la cual si hubiera reglas que igualmente cuadraran á todas las materias, no serían tan pocos los que hubieran acertado en ella; pero como son infinitas las causas que ocurren y pueden ocurrir, no habiendo entre tantas una que en un todo se parezca á otra, es preciso que el orador sepa mucho, esté alerta, discurra y discierna lo que conviene decir, aconsejándose consigo mismo, y no niego que hay muchas cosas que pueden hacerse palpables, las que no omitiré.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DISPOSICIÓN.

I. Qué cosa sea disposición. Conviene alterarla alguna vez.—II. Para ser buena conviene tener conocida la materia de la causa.—III. Si convendrá siempre comenzar por las razones más fuertes.—IV. La causa ó es simple ó compuesta. Qué orden pide una y otra.—V. Qué método solía guardar Quintiliano en algunas de ellas.—VI. Para demostrar cómo se inventarán y colocarán las pruebas en cualquiera causa, pone una declamación de las que se usan en la escuela.—VII. El mismo asunto y el ejercicio enseñarán mejor que el arte las leyes de la disposición.

I. División, como llevo dicho en muchos lugares, es la separación que se hace de muchas cosas, poniéndolas cada una de por sí con orden y debida colocación, de manera que puestas unas, deban seguir otras; pero por disposición entendemos una prudente distribución que hacemos de las ideas y partes del discurso, dando á cada cual su lugar. Pero tengamos presente que la disposición suele alterarse por necesidad, y que no maneja de un mismo modo la causa el acusador que el que hace la defensa. Para lo cual, omitiendo otros ejemplos, nos puede servir el de Demóstenes y Esquines en la de Ctesiphonte, en la que no guardaron un mismo orden; dando principio el acusador por el derecho, que era lo que más le favorecía, y el abogado se valió primero de todo lo demás, preparando al juez para la cuestión de la ley. Conviene, pues, que se digan unas cosas antes que otras, pues de otra manera hablaríamos siempre á gusto del contrario.

II. Y así diré sin ningún reparo lo que yo he practica-

do en esta parte; ya porque me movían á ello las reglas de la oratoria, ya porque la razón así me lo dictaba. Procuraba yo en las causas forenses saber lo primero el asunto y sus circunstancias, y ya que estaba bien enterado de él, consideraba lo que me favorecía á mí y á mi contrario.

Hecho esto (que ni es dificultoso de hacerse y lo principal en la materia), reflexionaba el intento principal de ambas partes y los medios para conseguirlo de este modo; pensaba lo que primeramente decía el acusador. O esto era innegable, ó estaba en duda. Si era cosa de hecho, ya no había cuestión, y así pasaba á otra cosa. Aquí consideraba lo mismo y á veces conveníamos en la misma cosa por ser innegable. Si en algo no convenía yo con el acusador, ya había cuestión. Pongamos ejemplo. Dice el acusador: *Hiciste la muerte, la hice;* aquí no hay controversia; pasemos adelante. Deberá el reo dar los motivos por qué la hizo, diciendo: *Es permitido matar al adúltero y á la adúltera.* La ley eso dice. Puede aquí ocurrir otra tercera cuestión; v. gr.: *No fueron adúlteros, lo fueron.* Si se duda del hecho, entonces es causa conjetural. A veces se confiesa también que fueron adúlteros; pero añade el acusador, que no era lícito al reo matarlos, porque estaba desterrado é infamado. En este caso se litiga sobre el derecho. Al contrario, si á la acusación *Cometiste homicidio*, respondiere *No cometí tal*, ya en el principio tenemos cuestión. Así conviene averiguar dónde comienza la controversia y considerar el punto principal de ella.

III. Por lo que mira al modo de hacer la defensa, no me aparto del todo de la opinión de Celso, fundada en la de Cicerón. Sobre todo pretende con ahinco que debe comenzarse por alguna de las razones fuertes y concluirse por las más poderosas, y en medio de éstas poner las más endebles, porque al principio hay que mover al juez, y en el fin inclinarle hacia nosostros. Pero por lo común debe-

mos en la defensa del reo desvanecer la principal acusación que hay contra él, no sea que dándola crédito el juez, nos sea contrario en todo lo demás.

Alguna vez convendrá dar principio por lo que es manifiestamente falso, aunque menos principal, para que no se le dé después crédito al acusador en el punto cardinal, que no es tan fácil el negarlo, y se tenga por una calumnia. Es este caso convendrá hacer la salva, dando la razón de por qué dilatamos para adelante el punto principal de la acusación; prometiendo defenderlo en su lugar, para que no se persuadan los jueces que esto nace del temor de la mala causa.

También será bueno desde el principio descargar al reo de la mala nota de la vida pasada, si es que la tiene; y con esto los jueces estarán más apercibidos para oir cuanto dijéremos. Aunque esto lo practicó Cicerón en la causa de Vareno á lo último, siguiendo en ello no el estilo común, sino lo que pedía el caso presente.

IV. Cuando la causa fuere simple (1), examinamos si podemos responder y deshacer la acusación de un solo modo ó de muchos. Si de uno solo, veamos si la cuestión es del hecho ó de la ley. Si sobre el hecho, considérese si se ha de negar ó defender. Si es sobre la ley, hemos de examinar la especie de cuestión; esto es, si se trata de los términos ó de la intención de la misma ley. Esto lo haremos meditando bien la ley, que motivó la controversia ó pleito. Otras veces la defensa incluye dos partes, como la de Rabirio: *Aun cuando hubiera hecho la muerte, no merecía castigo; pero no la hizo.*

Cuando podemos responder de varios modos para deshacer la acusación, conviene tenerlos presentes y dar á cada solución el lugar competente. En lo cual no soy de

(1) Entiende Quintiliano por causa simple aquella en que la acusación es de un solo delito, y no comprende varios puntos.

parecer que se observe el orden que puse hablando de las pruebas; esto es, que se comience por las más poderosas. En las controversias debemos ir subiendo de punto; de forma que de lo menos vayamos ascendiendo á lo que es más, sea de una misma ó de diversa especie.

V. Solía yo comenzar principalmente por la última especie de cualquier género (pues en ella por lo común estriva toda la cuestión) y retroceder hasta encontrar la primera, ó comenzando por el género venía á rematar en su última especie, y esto aun en las causas del género deliberativo. Pongamos ejemplo. *Numa Pompilio delibera si recibirá el cetro que los romanos voluntariamente le ofrecen.* El primer género de la cuestión es *si admitirá el reino, si en ciudad extraña, si en Roma y si los romanos admitirán tal rey.*

Además de esto solía yo separar aquello en que convenía con el contrario (1), si es que me favorecía, y no solamente obligarle á la confesión, sino hacerle que confesase aun mucho más de lo que quería, por medio de alguna división, como en aquella controversia: *Un general que consiguió el mando que también pretendía su padre por pluralidad de votos, fué hecho prisionero. Los comisionados para su rescate encontraron al padre que venía del campo enemigo, el cual les dijo: Ya vais tarde. Ellos, sin embargo, habiéndole registrado y encontrándole cierta cantidad de dinero, siguieron su viaje, encontraron al general puesto en una cruz, pero diciendo:* Guardaos del traidor. Aquí el padre es reo sin duda: ¿pero en qué conviene con nosotros el contrario? La traición se nos ha descubierto á nosotros y por el mismo general, y sólo buscamos quién es el traidor. Lo haremos, pues, de este modo. *Tú mismo confiesas haber estado en el campo enemigo, haber ido ocultamente, que volviste sin le-*

(1) Esta es la primera especie de *división,* decir en qué convenimos con el contrario, y en qué no.—TURNEBO.

sión, que trajiste dinero y que lo trajiste oculto. Porque á veces el poner en la proposición lo que confesó el contrario tiene más fuerza; pues fijado una vez en los ánimos, ya no da lugar á la defensa del hecho. Y así el juntar en uno muchos delitos, favorece al acusador; pero para hacer la defensa vale más separarlos.

Solía también en toda causa practicar una cosa que, como dije, se suele observar en las pruebas, y es: que haciendo una completa enumeración de varios puntos, sin omitir ninguno, desechando todas las demás cosas, venía á dejar sola aquella que yo pretendía hacer creíble, v. gr.: *Salir absuelto un reo, ó nace de estar inocente, ó de que media algún poder mayor, ó de violencia, ó de soborno, ó de que no se defendió bastantemente al reo, ó de convenio fraudulento Tú te confiesas reo, y no ha mediado autoridad mayor, ni violencia, ni soborno, ni ha quedado porque se haya hecho con tibieza la defensa, pues de nada de esto te quejas; luego hubo para ello convenio malicioso.* Cuando no podía desvanecer y desechar todos los miembros de la división, desechaba los más que podía, v. gr.: *Consta que fué muerto: no en lugar solitario, de modo que creamos que fué á manos de ladrones; no por quitarle lo que tenía, pues nada le faltaba; ni porque alguno desease heredar de él, pues era un mendigo; luego la causa de la muerte fué alguna enemistad. ¿Pues quién pudo ser su enemigo?*

Lo mismo que conduce para conocer en qué convenimos con el contrario, y en qué no, contribuye también para la invención. Conviene, pues, examinar lo que decimos para desechar unas cosas y tomar otras que nos favorecen; v. gr.: *Acusan á Milón de que mató á Clodio.* O lo hizo ó no. El mejor medio era negarlo redondamente. Si esto no se puede, veamos si hubo razón para hacerlo ó no. Supongamos que la hubiese, ó lo hizo voluntariamente ó por necesidad; porque ignorancia no se puede alegar. La voluntad es una cosa equívoca; mas por cuanto el co-

mún de la gente estaba en esta idea (1), debemos decir para defenderle que lo hizo por la utilidad de la república. Si por necesidad, diremos que la quimera fué casual y no de pensado. Pues alguno de los dos puso asechanzas al otro. ¿Y quién las puso? Seguramente fué Clodio. Aquí vemos cómo la misma necesidad nos conduce á hacer la defensa. Sigamos aún más. O tuvo voluntad de matar á Clodio que puso las asechanzas ó no. Si no tuvo voluntad de hacerlo, es lo más seguro. Dice, pues, Cicerón *(Pro Milone): por lo cual los esclavos de Milón hicieron sin orden ni noticia de su amo.* Pero como esta tan tímida defensa quita toda la autoridad que decíamos tener para matarle, añade: *lo que cualquiera hubiera deseado que los suyos hicieran en un lance como este.* Esta razón tiene alguna utilidad, aunque no sea más que porque el abogado no debe quedarse parado sin dar alguna salida. Así es, que examinándolo bien todo, diremos lo que más cuadre ó lo que sea menos malo.

VI. Pero ¿cómo inventaremos pruebas en aquellas cuestiones más recónditas? Del mismo con que hallamos las sentencias, figuras, palabras y colores; esto es, con el ingenio, estudio y ejercicio. Porque si, como he dicho, seguimos la naturaleza, nos ocurrirán ellas mismas á la menor diligencia que hagamos. Pero muchos por aparentar que son elocuentes se contentan con los lugares oratorios, brillantes en sí mismos, y que á veces nada conducen para probar el asunto. Otros sin ninguna elección echan mano de lo que primero les ocurre. Para que mejor entendamos lo dicho, pondré un ejemplo en una cuestión de las que se usan en la escuela, que ni es dificultosa ni extraña.

El hijo que no defienda á su padre acusado de traición quede desheredado. El que sea condenado de traición, salga des-

(1) Todos estaban en la persuación de que Milón intentó este asesinato.—CAPER.

terrado juntamente con el que se atreva á defenderle (1). A un padre acusado de traidor le defendió su hijo que era abogado; el otro hijo no le defendió, porque no tenía letras. El padre fué condenado á destierro juntamente con el hijo primero. El otro hijo sin letras, por los buenos servicios que hizo en la guerra, consiguió en premio la libertad del padre y del hermano. El padre, vuelto del destierro, murió sin testamento; el hijo sin letras pide parte de los bienes, y el que defendió al padre dice que todos son suyos.

En este caso aquellos presumidos de su elocuencia, y en cuya opinión somos dignos de desprecio los que por examinar á fondo las causas tomamos muy pocos pleitos, pondrán desde luego los ojos en aquellas circunstancias favorables, cuáles son: ser la defensa de un hombre sin letras contra un letrado; de un hombre esforzado contra un cobarde; de un libertador contra un ingrato; de uno que se contenta con una parte de los bienes, contra otro que nada quiere ceder á un hermano de la herencia paterna. Razones que aunque son muy favorables, no por eso nos dan la victoria. En este caso, si pueden buscarán razones pomposas y obscuras, porque sólo tratan de hacer la defensa con ruido, gritería y estruendo.

Otros, aunque proceden con más acierto, solamente miran y atienden en esta causa á lo que se muestra en la superficie; v. gr.: Que el hijo sin letras merece excusa de no haber defendido á un padre á quien no podía favorecer, y que el otro letrado nada puede imputar á su hermano, ni gloriarse de su defensa, habiendo salido condenado el reo: que es digno de toda la herencia el hijo libertador de ambos, y no el ambicioso, impío, ingrato, que no quiere ceder ninguna parte de la herencia á quien es tan acreedor por sus beneficios. Estos tales tendrán también presente aquella primera cuestión de la intención de la ley y

(1) Esto prevenía la ley, y da motivo á la siguiente cuestión.

de la voluntad del testador; pues si esta dificultad no se desata, quedan en pie todas las demás.

Pero uno que quiere seguir la naturaleza meditará sobre todo lo que puede decir el hijo sin letras. *Nuestro padre*, dirá, *no pudo hacer testamento y dejó dos hijos, á mi hermano y á mí; pido la parte que se me debe según el común derecho*. ¿Quién habrá tan rudo é ignorante que no comience por aquí, aunque no tenga idea de lo que es proposición? Propondrá con un moderado adorno este derecho común como cosa justa. Síguese después el considerar lo que nos podrán responder á esta tan justa demanda. La respuesta es manifiesta; v. gr.: *La ley dice que el hijo que no defiende á un padre acusado de traición sea desheredado, y tú no le defendiste*. A esta proposición naturalmente se sigue el alabar la ley y vituperar al que no la cumplió.

Hasta aquí sólo hemos hablado de aquellos puntos en que todos convienen: veamos lo que puede decir el contrario. Este, pues, ¿no podrá reponer (á no suponerle muy lerdo) que *cuando la ley está en contra no hay pleito ninguno?* Por otra parte, no se duda de ella ni de que obró contra lo que ella previene el hijo sin letras. ¿Qué solución daremos? El decir que era un hombre ignorante. Pero como la ley comprende á todos no aprovecha este efugio. Busquemos otra razón para eludir la ley. ¿Pues qué mejor efugio que el examinar la intención de ella cuando sus términos son contrarios? De aquí resulta ya la cuestión general: *De si hemos de estar á las palabras ó á la intención de la ley*. Pero como esto es común en toda ley, y no basta esta cuestión para vencer en nuestro caso, examinaremos aun si en la nuestra se encuentra alguna cosa que contradiga á los términos de ella diciendo: *¿Conque el que no defienda á su padre será desheredado? ¿Todo hijo sin excepción?* Aquí naturalmente se nos ofrece una muy buena razón sacando la inconsecuencia de que, según esto, comprendía la ley al hijo que no defendió á su padre porque

era aún de mantillas, al hijo enfermo, al que estaba en la guerra ó en alguna embajada y al ausente. Con esta razón ya tenemos mucho adelantado, dándose caso en que un hijo sin haber defendido al padre pueda heredar.

El que así discurrió en favor del hijo sin letras pase ahora á lo que podía decir el letrado. *Aunque te concedamos eso*, dirá, *en tí no ha lugar; pues ni eras niño de teta, ni estabas enfermo, ni ausente, ni en la guerra, ni en embajada.* Ya no le queda sino decir: *Yo era un pobre ignorante.* Pero el otro desvanecerá esta razón si dice: *Es verdad que no tenías letras para defenderle, pero podías hacerlo siquiera con haber asistido al tribunal, y no dejar solo á un padre.* A esto hay que callar: por lo que no hay otro apeladero que examinar la intención del legislador. *Este*, dirá, *pretendió castigar la impiedad de los hijos, la que no se verifica en mí.* A esto replicará el hermano: *No te portaste como hijo cuando has merecido el ser desheredado; aunque después ó el arrepentimiento ó la ambición te haya movido á pedir tu parte. Fuera de que fuiste la causa de que padre fuese condenado; dando en cierto modo la sentencia con desampararle.* A lo que responderá el otro hermano: *Quien le condenó fuiste tú, porque tenias ofendidos á muchos y adquiriste á nuestra familia enemigos.* Esto último es mera conjetura; como lo que puede alegar el hermano sin letras para colorear su causa; es á saber: que la intención de su padre sería el que no quedase arruinada toda la familia. Todo lo dicho se contiene en la primera cuestión sobre la ley y el fin de ella.

Apuremos aún más el caso, y veamos lo que puede discurrirse en él y cómo. En lo cual sigo los pasos de quien va inventando razones para enseñarle el modo como lo ha de hacer, y dejando la aparente brillantez del estilo me acomodaré en el lenguaje á la capacidad de uno que va aprendiendo.

Todas estas cuestiones miran y se fundan en la persona de los dos pretendientes; ¿pues por qué no consideramos

la del padre? Y si dice la ley *que no defendiéndole el hijo, sea desheredado*, por qué no preguntaremos: *¿por ventura se entiende esto de un padre, cualquiera que sea?* A la manera que en las demás causas en las que se castiga y se pide pena de cárcel contra un hijo que no sustenta á los padres preguntamos muchas veces *si se debe entender esto de un padre que juró contra su mismo hijo acusado de impiedad, ó de otro que le vendió á un rufián*. En el padre de nuestro caso, ¿qué se encuentra de particular? Que fué condenado, Pues qué, ¿mira solamente la ley á los padres dados por libres? Esta pregunta no deja de causar á primera vista alguna dificultad; pero no desconfiemos. Es muy creíble que la intención del legislador haya sido que los hijos amparasen á los padres inocentes, aunque esta razón no cae bien en boca del hijo sin letras, pues ya confiesa él que lo estaba su padre. La cuestión da motivo de alegar otra razón cuando dice: *El que sea condenado de traición, sea desterrado juntamente con el que hizo su defensa;* pues parece algo duro que se castigue del mismo modo al hijo que le defendió y al que no lo hizo. Fuera de que ninguna ley comprende á los desterrados (1). Luego no es creíble hable la nuestra del que no defendió al reo, y así por una y otra parte se da motivo al hijo sin letras de dudar si á los desterrados les quedan algunos bienes. Al contrario, el hijo letrado se agarrará de las palabras de la ley que son terminantes, y dirá que está puesta con este rigor contra el hijo que no defendiese á su padre para que por ningún miedo omita esta obligación, añadiendo que su hermano faltó á ella estando inocente su padre.

(1) El desterrado de tal manera pierde su libertad y vida, que queda privado aun del derecho de ciudadano, y por lo mismo de los demás fueros. Cuando dice, pues, la ley: *El que no defienda á un padre acusado de traición*, etc., no debe entenderse de *un padre condenado* para quien no hay ley ninguna, sino del padre *absuelto*.—Turnebo.

Adviértase de paso que de una misma cuestión resultan dos cuestiones generales, v. gr.: *Si esto se entiende de cualquiera hijo y con cualquiera padre*, las cuales miran á las dos personas. De la tercera, que es el contrario, ninguna cuestión tenemos, porque acerca de ella no hay disputa.

No hay que desmayar en esta causa por lo dicho; pues todo ello tenía lugar, aunque al padre no se le hubiese levantado el destierro. Ni echemos mano de una razón que por sí se viene á los ojos; esto es, *Que el hijo sin letras libertó al padre.* El que quiera valerse de esto, ponga las miras más adelante, porque así como al género son consiguientes sus especies, así aquél se concibe antes que éstas. Supongamos que el padre fuese libertado por otro. Resultará de aquí una cuestión de ilación y de raciocinio: si semejante restitución del padre á la patria puede mirarse como una abolición del juicio formado contra él, como si tal sentencia no se hubiera dado. Aquí el hijo sin letras dirá y sostendrá que nunca les hubieran concedido la libertad á su padre y hermano si no fuera en premio de sus hazañas, ni hubiera vuelto á su antiguo estado si no gozase de los mismos fueros, como si nunca le hubieran acusado. De la manera que se le remitió la pena á su hermano, como si nunca hubiera defendido á su padre. Con lo cual venimos á parar en que el hijo sin letras libertó á ambos. Pudiérase preguntar de nuevo si el libertador se debe tener por abogado del reo, pues consiguió lo mismo que éste pretendía, y no es mucho se le tenga por abogado, cuando hizo aún mucho más. Lo demás de la cuestión mira á la justicia; esto es, cuál de los dos pide cosa más justa. En lo cual cabe alguna división, aun cuando ambos pretendiesen toda la herencia, mucho más ahora, contentándose el uno con la mitad, y el otro excluyendo enteramente al hermano.

Además de lo dicho añadiría mucho peso en el ánimo y consideración de los jueces la intención del padre, y

más tratándose de sus bienes. Aquí se ha de inquirir la in- tención del padre cuando murió sin hacer testamento, aun- que esto pertenece á la cualidad, que es causa de otra na- turaleza. El tratar de la justicia y equidad viene mejor al fin de la causa, porque esto es lo que oyen los jueces con más gusto; aunque alguna vez convendrá tratar de ella al principio, cuando no confiamos mucho en la justicia de nuestra causa y necesitamos ganarnos el favor de los jue- ces alabando su justificación. Estas son las reglas genera- les que yo he podido discurrir.

VII. Pero la mayor parte de ellas son de tal naturaleza, que para entenderse, deben recaer sobre alguna materia determinada. Porque no sólo se ha de dividir toda la causa en varias cuestiones y lugares, sino que cada cual de estas tiene su disposición particular. Asimismo en el exordio hay algunas cosas que son como principales, otras secun- darias y otras que deben seguir á las primeras. Cada cues- tión y cada lugar pide cierto orden, el que se observa aun en las cuestiones particulares, todo lo cual es imposible demostrarlo con reglas si no se determina materia sobre que recaigan. Porque ¿cómo se podrán dar todas estas en uno ó en dos asuntos particulares? Ni son bastantes para esto muchas causas, siendo infinitas las que ocurren.

Al maestro le toca el prescribir el orden y disposición de las diversas causas que diariamente se tratan en la es- cuela, y cómo se ordenarán los pensamientos para que el discípulo adquiera manejo y facilidad para discurrir en otras semejantes, porque reducirlo todo á reglas es impo- sible. Y si no, ¿qué pintor aprendió á representar en el lienzo todas las cosas que hay en la naturaleza? Con que sepa imitar algunas de ellas, hará otro tanto con las de- más. Porque ¿qué artífice no hará un vaso de cualquiera figura aunque no haya visto otro? Pero hay ciertas cosas que no tanto se enseñan con reglas cuanto se aprenden de la naturaleza. El médico dirá en común que para tal

dolencia hay tal remedio, y que tal síntoma requiere tal cosa; pero conocer el pulso, graduar la calentura, conocer el movimiento de los espíritus y distinguir el color propio de cada enfermo, esto se lo ha de enseñar el ingenio.

Por tanto, muchísimas cosas hay que las hemos de buscar por nosotros mismos, y las debemos cotejar con las mismas causas, y no perder de vista que la elocuencia, primero fué inventada que enseñada (1). La principal disposición y economía de un discurso es aquella que nos enseñan las circunstancias del asunto. Estas nos dirán cuándo usaremos de exordio y cuándo no, cuándo pondremos la narración seguida y cuándo por partes, cuándo comenzaremos por el principio y cuándo, siguiendo á Homero, por el medio ó fin, y cuándo la omitiremos; si daremos principio por lo que dijo el contrario ó por nuestro asunto, si por las pruebas más fuertes ó por las flacas, si fundaremos el exordio en alguna cuestión, y qué preparación haremos de los ánimos, qué cosa será bien recibida en el principio del ánimo de los jueces y cuál necesita de insinuarse poco á poco; cuándo se refutarán juntas las razones del contrario y cuándo cada una de por sí, cuándo usaremos de los afectos en toda la oración y cuándo los dejaremos para el epílogo, cuándo convendrá hablar primero de la ley y cuándo de la justicia, si deberemos oponer ó defender

(1) El que imagina que para tratar cualquiera asunto que se ofrezca, es necesario ir llamando, digamos así, como de puerta en puerta á cada uno de los preceptos de la retórica, tiene una idea muy pueril del arte de persuadir. Cuantas reglas dan los retóricos, están tomadas de lo que dicta la naturaleza en algunos lances que ellos se propusieron, y que son una muy pequeña parte de los infinitos que pueden ocurrir, pero distintamente combinados. Es decir, que puede ofrecerse asunto de tal naturaleza, que atropellando las reglas del arte, sólo podrá sacar con lucimiento al orador la seria meditación de la materia, y su propio ingenio para hallar y manejar las razones de que debo valerse. El que va sólo atenido á lo que dijeron Cicerón y Demóstenes, usa de un caudal que pronto se agota.

primero los delitos de la vida pasada ó aquellos de que se trata al presente, cuando ocurren causas complicadas qué orden debe seguirse, qué testimonios y escrituras de cualquiera especie alegaremos en la defensa y cuáles omitiremos, etc. Esta prudencia es muy semejante á la que observa un general en la distribución de sus tropas, poniendo unas para pelear, otras para la defensa de las fortalezas y su guarnición, otras para comboyar los víveres, para tomar el paso al enemigo, y en fin, empleando unas por mar y otras por tierra.

Esta prudente disposición se consigue con el ingenio, instrucción y estudio. Por donde ninguno pretenda salir orador con el trabajo de otros, entendiendo que es necesario trabajar, hacer muchos esfuerzos, y afanarse de veras. Es necesario no ir atenido á solas reglas, sino á lo que dicta la naturaleza, procurando convertir en sustancia los preceptos del arte para que parezcan en nosotros, no como cosa enseñada, sino natural. El arte, si algo puede, nos muestra el camino y nos ofrece bastantemente las fuerzas de la elocuencia, pero á nosotros toca el hacer buen uso.

Otra disposición hay de los pensamientos, en los cuales no sólo hay algunos que piden el primero, el segundo ó tercer lugar, sino que todos deben tener entre sí tal trabazón que no parezca la juntura, quiero decir, que formen un cuerpo, no miembros separados. Esto se conseguirá si se examina qué pensamientos convienen á cada materia, qué expresiones vienen ajustadas con otras, todo esto para no decir inconexiones. De este modo, aunque las cosas que digamos estén tomadas de distintos lugares, nunca se opondrán entre sí, sino que vendrán á hermanarse por la conexión y enlace que tendrá lo primero con lo segundo y el medio con el fin, pareciendo la oración no solamente ordenada, sino un todo continuo. Pero me extiendo demasiado, y sin poderlo remediar me voy metiendo en la elocución, materia del libro siguiente.

LIBRO OCTAVO.

PROEMIO.

I A los jóvenes no se les ha de cargar de preceptos.—II. Recapitulación de todo lo dicho desde el capítulo XVI del libro segundo, concerniente á la invención y disposición.—III. La elocución, así como es la más hermosa parte de la retórica, así es la más difícil.—IV. Debe cuidarse más de los pensamientos que de las palabras.

I. A lo dicho hasta aquí en los cinco precedentes libros se reduce cuanto hemos podido recoger tocante á la invención y disposición, cosas que al paso que son muy dignas de saberse se necesita de mucha brevedad y llaneza para enseñárselas á los principiantes. Porque éstos ó suelen asustarse con la dificultad de unos preceptos prolijos y enredosos, ó arruinan y destruyen el ingenio en estudiar una materia escabrosa cuando más se necesitaba fomentarlos y sobrellevarlos cebando su natural curiosidad, ó vienen á persuadirse que están ya bastante apercibidos porque aprendieron cuatro preceptos de retórica, ó atenidos á ciertas reglas temen el emprender cosas nuevas. Por donde vienen á creer que los que escribieron con más acierto sobre la elocuencia estuvieron muy lejos de ser oradores.

Se necesita, pues, de un método muy llano y fácil para los que comienzan; ya para empeñarlos, ya para enseñarlos el camino verdadero. Escoja el maestro lo mejor entre todo, enseñando al discípulo lo que más le cuadre por entonces, sin detenerse en refutar las opiniones contrarias, porque éste seguirá por donde le llevaren, y después irá creciendo la instrucción al paso que se vaya empeñando en el estudio. Persuádase él mismo al principio que no hay más camino que andar que por donde va; que de ahí á poco él descubrirá cuál es el mejor. Cuanto escribieron algunos autores á fin de defender pertinazmente sus diversas opiniones, ni es cosa obscura, ni dificultosa de entender. Por lo que en esta materia es más difícil el atinar con lo que se les debe enseñar á los discípulos que el enseñarlo. Y en las dos partes de que hablamos son muy pocas las cosas, las cuales si no encuentran repugnancia en el discípulo, allanan el camino para seguir adelante.

II. Seguramente que no hemos hecho poco hasta aquí en manifestar que la retórica, arte de bien decir, es facultad y virtud, y que su materia son todas las cosas de que se puede hablar; que éstas se reducen á los tres géneros, deliberativo, demostrativo, y judicial; que toda oración consta de pensamientos y de palabras; que para los pensamientos sirve la invención, la elocución para las palabras, y la disposición para uno y otro, y finalmente, que la memoria debe aprender cuanto dice el orador, y que la pronunciación da el alma á las palabras.

Hemos dicho también que los oficios del orador son *enseñar, dar gusto y mover*. Para lo primero sirve la narración y la argumentación, y para mover los afectos, los que tienen lugar en toda la oración, y principalmente en el epílogo y exordio. El deleitar, aunque se consigue con todo lo demás, pero principalmente con la elocución. Las cuestiones unas son infinitas; otras finitas, esto es, reducidas á las circunstancias de lugar, tiempo, ó persona. En

cualquiera materia se deben averiguar tres cosas: *Si es la cosa, qué es, y de qué modo.*

Dijimos que en el género demostrativo se alaba ó vitupera una cosa. Para lo cual debemos considerar las virtudes y vicios del sujeto de quien tratamos y lo que siguió á su muerte. Su fin es lo honesto y útil. Al género deliberativo se añade la cuestión de conjetura: *Si lo que deliberamos es cosa posible y si llegará á suceder.* Aquí principalmente hemos dicho que se debe atender á la persona que habla, delante de quién habla, y qué es lo que dice. Dije que las causas judiciales unas contienen una sola cuestión, otras son complicadas. Que toda causa judicial comprende cinco partes, el exordio para ganar la benevolencia, la narración cuenta la cosa sucedida, la confirmación prueba el asunto con razones, la refutación deshace las del contrario, la peroración recuerda todo lo dicho á la memoria del juez ó mueve su ánimo.

Añadimos á lo dicho aquellos lugares de que nos valdremos para sacar las pruebas, y el modo de excitar ó calmar la ira y mover la compasión del juez. La distribución de la causa en varios puntos. Ahora queremos persuadir al discípulo que hay otras muchas cosas en que la misma naturaleza le ha de enseñar el camino, como son aquellas que pusimos al fin, las que no habiéndose aprendido de los maestros, solamente las enseñó la misma observación y práctica.

III. Mucha más dificultad tiene lo que ahora sigue, que es la elocución; parte la más difícil en la elocuencia, en sentir de todos. M. Antonio decía *(De Orat.*, I, 94*)* que habiendo conocido á muchos que fueron bien hablados, no conoció ni uno que fuese elocuente. Con lo que da bastante á entender que ser bien hablado es propio de uno que dice lo que conviene; pero el hablar con adorno, del muy elocuente. La cual virtud si no se halló en ninguno hasta su tiempo, ni en él mismo ni en Craso, seguramente

que el no haberla tenido éstos ni los que les precedieron, es porque es muy difícil de conseguir. Cicerón dice que la invención y disposición las puede lograr cualquier hombre sabio; pero que el ser elocuente es constitutivo del orador *(Orat., 44)*, y esta parte es en cuyas reglas más se esmeró. Y que esto no fué sin razón nos lo declara el mismo nombre de la cosa que tratamos. Elocución es la virtud de declarar al que nos oye todos nuestros pensamientos, y sin ella todo lo demás es ocioso y muy semejante á una espada encerrada en su vaina.

Esta parte es la que más depende de los preceptos y la que no puede lograrse sin arte. En ésta debe ponerse todo esmero, y ésta únicamente se consigue con la imitación y ejercicio; en ésta debe emplearse toda la vida, pues por ella más que por ninguna otra un orador aventaja á otro y un estilo á otro estilo. Porque á los que usaron del asiático ó de cualquiera estilo estragado, seguramente que ni les faltó invención ni disposición, ni aquellos que hablaron de una manera árida y seca no pecaron por falta de ingenio y conocimiento de las causas, sino que á los primeros les faltó juicio y moderación en el decir, y á los segundos vigor. Para que de aquí entendamos que de ella depende toda el alma de la elocuencia y de su omisión el ser mal orador.

IV. No pretendo con esto que hayamos de cuidar sólo de las palabras, antes quiero responder, ó por mejor decir, desvanecer desde el principio la opinión de los que sin cuidarse de los pensamientos (que son como el alma de un discurso) se envejecen en el estudio de una vana algaravía de palabras que usan para dar hermosura á su razonamiento. Las palabras hermosean, es cierto, un discurso; pero esto ha de ser con naturalidad, no con afectación. Los cuerpos robustos que tienen la sangre en su vigor y adquirieron la firmeza por el ejercicio de lo mismo que les da el vigor y fuerza, reciben la hermosura, porque tie-

nen color y los miembros firmes y puestos en su lugar; pero si á este mismo cuerpo le quitamos la hermosura natural y le ponemos adornos mujeriles y sobrepuestos, el mismo adorno le hace más feo. Un adorno moderado y acompañado de magnificencia, como dice un verso griego (1), da al hombre autoridad; pero si es afeminado y con demasía, no adorna el cuerpo y descubre el poco seso de la persona. Á este modo aquel estilo especioso y relumbrante que muchos usan afemina aquellas ideas y pensamientos que están vestidos de semejantes expresiones. Digo, pues, que en las palabras debe ponerse cuidado, pero en los pensamientos singular esmero.

Porque comúnmente sucede que las mejores expresiones dependen de los pensamientos y su misma luz las da á conocer, pero nosotros andamos en busca de ellas como si fueran la cosa más oculta y escondida. De donde proviene que no penetrando la materia que tratamos, traemos las locuciones de muy lejos, violentando lo mismo que hemos discurrido. Hemos de procurar ser elocuentes por otro camino; y si la elocuencia tiene su fuerza en todo el cuerpo de la oración, mirará por cosa ajena de su cuidado el componer, digamos así, el cabello y cortar las uñas.

De este demasiado esmero viene muchas veces á perder su fuerza la oración. Primeramente, porque no hay adorno mejor que el natural y conforme á la verdad de las

(1) Alude al proverbio: *Eimata aner*; *el vestido hace al hombre:* con el que se da á entender que el ornato exterior concilia al hombre cierta majestad y grandeza.—Rollín. Culpa Quintiliano aquellos razonamientos que constando por una parte de períodos sonoros, de frases y locuciones muy estudiadas, de expresiones muy brillantes y lisonjeras, sólo consiguen halagar el oído, pero por otra parte carecen del vigor de los pensamientos, por los que debían penetrar hasta lo interior del alma, moviendo la voluntad. Por esto dice Cicerón *que no hay mayor locura, que un sonido inútil de palabras, aunque sean las más escogidas, pero que no encierran concepto alguno.—(Del Orad.*, I.)

cosas, y si es afectado, no sólo parece cosa fingida y sobrepuesta, sino que perdiendo su decoro hace que no se dé crédito á lo que dice el orador, porque deslumbra los sentidos y ahoga el discurso, como á los sembrados la lozanía de la hierba. Esto sucede cuando pudiendo hablar por el atajo nos andamos en busca de rodeos, cuando volvemos á repetir lo que está ya suficientemente dicho, cuando bastando una voz atestamos de palabras el período, y cuando tenemos por más acertado el hablar mucho que el decir muchos conceptos (1).

¿Qué diré de que ya no nos agradan ciertas locuciones propias y naturales? pareciéndonos que tienen poco de elocuentes sólo porque cualquiera otro las pudiera también decir. Por donde vamos en busca de las figuras y tropos de los poetas de estilo más estragado, y entonces pensamos hablar ingeniosamente, cuando se necesita de entendimiento milagroso para calar nuestros pensamientos. Bien claramente dice Cicerón *que el vicio de que más comúnmente adolecemos, es el apartarnos de los términos usuales y recibidos ya por todos. (De Orat.*, I, 12). Pero sin duda que él era un rústico y no entendía la materia; y nosotros vamos mejor fundados cuando hacemos asco de hablar un lenguaje natural y buscamos, no el adorno, sino la afeminación. Como si tuvieran alguna virtud y fuerza las palabras que no corresponden á las cosas. Y pensamos que si toda la vida hemos de trabajar para que aquéllas sean propias, claras, y adornadas dándoles al mismo tiempo

(1) Viene aquí muy á cuento lo que dice Cicerón citado por Aulo Gelio, lib. I., cap. 15: *Más quiero una sabiduría que tenga algo bien hablada, que una locuacidad necia.* No es lo mismo hablar que decir; y por eso censuraba Eupolides á los charlatanes con un verso griego, que hace este sentido:

Eres en el hablar muy excelente;
Muy necio en el decir, é impertinente.

una apta colocación, perdemos el fruto de nuestros estudios.

Pero veremos á los más oradores detenerse mucho en menudencias, ya cuando inventan, ya cuando ponderan y miden como con un compás lo que inventaron. Y dado que lo hicieran para decir siempre lo mejor, abominaríamos de tal infelicidad que no sólo corta el curso de la oración, sino que con la tardanza y desconfianza en el decir apaga el calor del ánimo. ¡Orador miserable y mendigo (para explicarme así) que no tiene valor para desperdiciar ni una sola palabra! Aunque no la perderá el que primeramente entienda en lo que consiste la verdadera elocución, y en segundo lugar adquiriese abundancia de expresiones dándoles una debida colocación, y por último procurase con el ejercicio adquirir firmeza en todo lo dicho para usar de ello cuando necesite. Al que esto haga le ocurrirán términos y voces juntamente con las mismas cosas.

Para esto debe haber precedido el estudio y haber adquirido facilidad y caudal de materiales. Porque este afán y esmero en inventar, discernir y cotejar las cosas unas con otras le debemos tener cuando aprendemos, no cuando peroramos. Porque á los oradores que antes no trabajaron viene á sucederles lo que á los que por no haber querido trabajar tienen que mendigar. Si por el contrario tienen el caudal suficiente para decir, no les faltarán palabras, y hablarán, no como quien contesta á lo que le preguntan, sino que acompañarán las palabras á los pensamientos como la sombra sigue al cuerpo.

No obstante, aun en medio de este cuidado y esmero hay cierta cortapisa, porque si las palabras son castizas, significativas, adornadas y colocadas con buen orden, ¿qué más ha de pedir? Con todo, algunos tienen aun que tachar poniéndose á censurar cada sílaba de por sí. Aun cuando las palabras sean las mejores, todavía ellos buscan otras más antiguas, más raras y extrañas, sin considerar que los

pensamientos no son de mucho aprecio cuando se alaban las palabras. Cuidemos enhorabuena y mucho de la elocución, pero sepamos que no son las palabras el fin de la oratoria, sino que éstas se inventaron para el adorno, y que aquéllas son las mejores que manifiestan mejor nuestros pensamientos y causan en el ánimo de los jueces el efecto que deseamos. Entonces será cuando hagan admirable y gustosa la oración. Admirable digo, no del modo que las monstruosidades y cosas extrañas nos causan admiración, y gustosa, no porque cause un vil deleite, sino porque tendrá cierta alabanza y majestad.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ELOCUCIÓN.

La elocución se considera en las palabras, ya separadas, ya juntas.—En cada una de las palabras de por sí debe cuidarse que sean castizas, claras, adornadas y acomodadas al asunto.—En las palabras unidas entre sí cuidemos que sean correctas, bien colocadas y acompañadas de figuras.—Añade algunos preceptos á los dichos para hablar con pureza y elegancia.

Llamamos elocución á la que llaman los griegos *phrasis*. La podemos considerar en las palabras tomadas de por sí ó unidas en la oración. En las palabras de por sí hemos de cuidar que sean castizas, claras, adornadas y acomodadas al fin que intentamos. Si consideramos las palabras unidas entre sí, deben ser correctas, bien colocadas y figuradas. Pero acerca de la locución elegante y castiza, ya tratamos en la gramática (1) lo que allí pertenecía.

Aunque habiendo allí dicho solamente que no deben ser viciosas, aquí no parece fuera de propósito el advertir que no deben ser ni bárbaras ni extrañas. Porque encontrarás á muchos afluentes en el hablar que más se precian de decir con curiosidad que con pureza. Así aquella vieja de Atenas llamó huésped y extranjero á Theofrasto, hombre por otra parte afluente no más de por haberle notado una palabra afectada; y preguntada en qué lo había conocido, dijo que en que hablaba con demasiado aticismo. Y en T. Livio, hombre muy facundo, reconoce Asinio Polión

(1) Véase á Cicerón sobre el modo de hablar con pureza y elegancia. *(De Orat.*, lib. III, núm. 37, 48.)

cierto aire paduano en el decir. Por donde todas las palabras y aun la pronunciación si es posible, han de manifestar que el orador es romano y no extranjero (1).

(1) Dice Quintiliano *romano*, porque escribió principalmente para los latinos. En lo que nos advierte que el orador debe esmerarse en la pureza de su lengua nativa.

CAPITULO II.

DE LA CLARIDAD.

I. La claridad nace principalmente de la propiedad de las palabras.—II. De dónde nace la obscuridad y modo de evitarla.

I. La claridad nace principalmente de la propiedad en las voces, pero aquí no se toma simplemente esta palabra propiedad.

Primeramente significa el nombre de cada cosa, del que no siempre usamos, porque debemos evitar el nombrar con sus propios términos las cosas obscenas, asquerosas y bajas. Estas últimas, porque no corresponden á la dignidad del asunto de los que nos oyen. Pero muchos por evitar este vicio hacen asco de nombrar aun las cosas que están en uso y pide la necesidad del asunto, como uno que por no nombrar el *esparto*, dijo *hierbas de España;* término que él solo hubiera entendido á no haber Casio Severo advertido para burlarse de tal vanidad lo que quería decir. En esta manera de propiedad por la que damos el nombre que pide la cosa no hay virtud ninguna; pero el vicio opuesto se llama *impropiedad*, y entre los griegos *achyron*, como aquello de Virg. *(En.*, IV, 419.)

Tantum sperare dolorem (1).

Aunque no porque un término no sea propio le hemos de notar de impropiedad, puesto que hay muchas cosas que no le tienen propio ni en griego ni en latín. Para expresar el tiro de dardo tenemos en latín el término propio

(1) *Sperare*, está en lugar de *præsentire*, barruntar.

jaculari, mas no para la pelota ó palo. Y así como la voz *apedrear* es bien notoria, así no tenemos con qué declarar la acción de tirar un terrón de tierra ó casco de teja, y por eso se hace necesaria la *catachresis* ó abuso. Asimismo el tropo, que de tanto adorno es en la oratoria, no acomoda á las cosas sus términos propios. Por lo cual la propiedad no se refiere á la voz, sino á la fuerza del significado; ni la alcanza el oído, sino el entendimiento.

En segundo lugar, propia llamamos entre muchas cosas de un mismo nombre á aquella de que otras le tomaron, v. gr.: *remolino* llamamos al agua ó á cualquiera cosa que gira alrededor de sí; y de aquí tomó el nombre la coronilla de la cabeza, donde se arremolinan los cabellos, y después la cima del monte. Estas cosas se llaman bien *remolinos;* pero con propiedad sola aquella de donde las otras tomaron el nombre. De aquí viene decir el *tordo* pez, y al lenguado llamamos *solea* por la semejanza que tiene con el primer significado de esta palabra.

Otro tercer modo hay de propiedad distinto de los dichos, y es cuando una cosa común á muchas tiene su nombre peculiar; así llamamos propiamente *nenia* al canto fúnebre, y *augustale* á la tienda del general. Asimismo por un nombre común á otras cosas entendemos una particular; como por el de *ciudad* entendemos á Roma, por *venales* los esclavos recién comprados, y por *bronces* los de Corinto; aunque haya otras muchas ciudades, muchas cosas venales y otros muchos metales y bronces fuera del de Corinto. Pero no depende principalmente de esto la alabanza del orador.

La propiedad que más alabanza merece es la que significa las cosas con la mayor expresión, como cuando dijo Catón: *Cœsarem ad evertendam remp. sobrium* (1) *accessisse,*

(1) Escribe Tranquilo que César fué muy abstenido en el vino: por esto dice Catón que sólo César fué sobrio entre los

y Virgilio *carmen deductum*, y Horacio *acrem tibiam, Annibalemque dirum*.

Algunas veces lo que es principal en un género tiene lugar de propio, como cuando á Fabio entre las innumerables prendas que tuvo se le da el nombre de *detenido*.

A alguno le parecerá que las palabras que dan á entender más de lo que suenan, pertenecen á la claridad porque ayudan para la inteligencia de la cosa; pero á mí no: parece que estas palabras *enfáticas* miran más el adorno; como quiera que explican la cosa con más energía.

II. Por lo que mira á la obscuridad, esta se halla en las palabras que no están en uso; como si alguno anduviere en busca de los términos que se hallan en las Memorias de los pontífices, en las fórmulas de las alianzas antiguas y autores más rancios para hablar de un modo que ninguno le entienda. Algunos afectan tal erudición para manifestar que solos ellos saben ciertas cosas. A otros los deslumbran ciertos términos provinciales y peculiares de las artes, como el decir *ventus Atabulus* (1), *navis saccaria* (2); términos que deben omitirse delante de quien no los entiende ó necesitan de interpretación. Lo mismo sucede con aquellos que son equívocos, como la palabra *taurus*, que si no se explica no sabremos si es animal, monte, signo celeste, nombre de persona ó raíz de árbol.

Pero la obscuridad principalmente debe evitarse en el contexto del lenguaje y en lo prolongado de él, que es de varias maneras. Por tanto, ni sea tan largo que se nos es-

que destruyeron la república. La propiedad está en darnos á entender el grande cuidado, vigilancia y cautela con que obró César; virtudes que se hallan en los sobrios.—Turnebo.

(1) Nombre propio de un viento muy contrario á los pueblos de la Pulla. No sé si con la misma obscuridad le llamó A. Gelio. *Ventus Horatianus*. (Lib. II, cap. 22.)

(2) Según unos, *nave atestada de sacos;* según otros, *cargada de azúcar*. Prueba de ser expresión obscura.

cape el sentido de la oración, ni tan pesado por el trastorno de las voces que haya hipérbaton. Pero lo peor de todo es la mezcla confusa de las palabras, como:

Saxa vocant itali mediis, quæ in fluctibus, aras.—*(Virg.)*

Nace también la obscuridad de la interposición de alguna cosa en el contexto, como lo hacen los historiadores y oradores, porque esto embaraza el sentido, á no ser muy corto lo que se interpone. En la descripción que hace Virgilio del potro (*Georg.*, III, 79.) después de haber dicho:

Nunca de vano estrépito se espanta.

añadiendo otras cosas de otra figura, acaba la descripción en el quinto verso:

Entonces, si á lo lejos de las armas
Oye el ruido, no sufre estarse quieto.

Debe evitarse la ambigüedad, no sólo aquella que deja incierto el sentido, como *Chremetem audivi percussisse Demeam*, sino aquella que aunque no turbe el sentido viene á resultar la misma ambigüedad, como *visum à se hominem librum scribentem.* Pues aunque es claro que el hombre escribe el libro, no obstante, la oración de suyo es ambigua.

Algunos amontonan palabras inútiles; los cuales, mientras huyendo del común modo de decir explican su pensamiento con mucho rodeo y verbosidad, movidos de una aparente elegancia, juntando y mezclando esta serie de palabras con otras semejantes, alargan tanto los períodos que no hay alentada que pueda seguirles. Otros hay que hacen estudio de no ser entendidos.

No es dolencia de ahora el incurrir en semejante vicio, pues hallo en T. Livio (1) que cierto maestro enseñaba á

(1) En una carta que escribió á su hijo, de la que Quintiliano hace mención en otra parte.—ROLLÍN.

sus discípulos á explicar con obscuridad lo que decían, valiéndose él de la voz griega *scotison* (1). De donde tuvo principio aquella grande alabanza: *Tanto mejor, ni aun yo lo entiendo.*

Otros, por el contrario, son tan amantes de la brevedad, que escasean las palabras; y contentándose con entenderse ellos solos, no se cuidan de que los demás los entiendan. Pero yo tengo por ocioso lo que no puede entender un auditorio que no sea lerdo. Es muy común la opinión de que entonces se habla con elegancia y pulidez cuando la oración necesita de intérprete; y hay oyentes que gustan de esto, deleitándose de haber penetrado el pensamiento del orador y quedando muy pagados de su ingenio, como si ellos hubieran inventado lo que oyeron.

Yo tengo por la principal virtud la claridad, la propiedad de las palabras, el buen orden, el ser medido en las cláusulas, y por último, que ni falte ni sobre nada. De este modo el razonamiento será de la aprobación de los sabios é inteligible para los ignorantes. Estas son las reglas de la elocución; porque ya tratamos, hablando de la narración, del modo de conseguir la claridad; y lo mismo que allí dijimos, debe entenderse para la claridad en todo lo demás. Si no usaremos de más ni menos palabras que las precisas hablando con orden y distinción, entonces será clara la oración y la entenderán los que nos escuchan, aunque estén algo divertidos; teniendo presente que no siempre están los jueces tan atentos que se pongan á interpretar las expresiones obscuras que decimos, antes bien tendrán otros varios cuidados que les llamen la atención y no les permitan entendernos, á no ser tan claro nuestro razonamiento que sea como la luz del sol, que aunque ce-

(1) Quiere decir *obscurece*. Este precepto daba Heráclito á sus discípulos, como dice Erasmo en los *adagios*, con el que les amonestaba á que hiciesen estudio de no ser entendidos.

rremos los ojos la hemos de percibir. Por lo cual no tanto debemos cuidar que nos entiendan cuanto el que no se queden en ayunas. De aquí nace que muchas veces repetimos lo que nos parece no han entendido bien, diciendo: *Lo cual me parece que no he declarado bastantemente. Pero para mayor claridad, lo explicaremos con términos más comunes.* Y esto cae muy bien cuando fingimos no haber explicado bien la cosa.

CAPITULO III.

DEL ORNATO.

I.—De cuánta fuerza sea el adorno.—Debe ser varonil, no afeminado.—Debe variarse según la materia.—II. El ornato puede hallarse en las palabras, ya separadas, ya unidas.—Elección que debe hacerse de las palabras cuando son sinónimas.—III. Las palabras unas son propias, á las que da valor la antigüedad, ó nuevas, y aquí se trata del modo de inventarlas ó trasladarlas, de las que se trata en otro lugar.—IV. Antes de tratar del ornato de las palabras unidas, pone varios vicios contrarios al adorno.—V. Para el ornato contribuye principalmente la energía ó hipotiposis, las semejanzas, la brachilogía ó concisión, la énfasis y la sencillez ó afeleía.—VI. Por último, la fuerza del orador consiste en amplificar y ponderar ó en disminuir; de lo que trato en el capítulo siguiente.

I. Vengamos á tratar ahora del ornato en el cual puede seguramente el orador desplegar á su gusto las galas de su ingenio. Porque el hablar con pureza y claridad es un premio muy corto de la oratoria, y más puede llamarse carecer de vicio que constituir á orador consumado. La invención puede encontrarse aun en los ignorantes: la disposición requiere pocas reglas: lo que llamamos artificio consiste principalmente en saberlo disimular, y finalmente, todo esto sólo mira á la utilidad de la causa; pero el adorno recomienda al orador, el que, buscando en todo lo demás el juicio de los sabios, en esto último busca también la alabanza del vulgo.

Ni vemos que Cicerón pelease en la causa de Cornelio Balbo solamente con armas de buen temple, sino también resplandecientes, y con sólo instruir al juez y hablar con

pureza y claridad no hubiera logrado que el pueblo romano confesase su admiración, no sólo á voz en grito, sino con aplausos. Seguramente que lo que excitó estas aclamaciones fué la sublimidad, la magnificencia, el brillo y la autoridad; pues no le hubieran aplaudido tanto si su razonamiento en nada se hubiera distinguido de los demás. Y aun me persuado que los que le oyeron, ni ellos sabían lo que se hacían, ni estaba en su mano otra cosa, sino que sin reparar dónde estaban por quedar absortos de admiración, prorrumpieron en tales demostraciones.

Ni contribuye poco el adorno para triunfar de los contrarios, porque los que oyen con gusto están más atentos y se persuaden más pronto, y por lo común se dejan llevar del deleite y aun la admiración los arrebata. Sucede lo que con una espada desenvainada, que viéndola nos infunde terror, y aun el mismo rayo no nos atolondraría tanto con su fuerza si el resplandor no deslumbrara la vista. Dice bien Cicerón en una carta á Bruto: *No tengo por elocuencia á la que no arrebata la admiración.* (*De los retóricos*, lib. III.) Lo mismo dice Aristóteles.

Pero vuelvo á decir que este adorno ha de ser varonil, nervioso y que concilie autoridad; no afeminado, liviano y que consista más en ciertos colores que en la fuerza del decir. Esto es tan cierto, que siendo en esta parte muy parecidos los vicios á las virtudes, los que son viciosos en sus adornos les dan el nombre de prendas oratorias. Y así, ninguno de los que usan de este estragado modo de decir imagine que me opongo al adorno verdadero; pues confesando que este es virtud, sólo á ellos no se la concedo. ¿Por ventura tendré yo por mejor cultivada una tierra donde no se presentan á la vista sino lirios, violetas y manantiales de agua, que otra que está cargada de mies y llena de viñas? ¿Estimaré en más un plátano estéril y los arrayanes de ramas artificiosamente cortadas, que el olmo bien casado con la vid y la oliva que se desgaja por su

mismo fruto? Dejemos aquellos árboles para los ricos: aunque ¿cuáles serían sus riquezas si no tuvieran otra cosa?

Pues qué, ¿aun en los frutales no buscamos también el adorno juntamente con el fruto? ¿Quién lo niega? pues también plantamos los árboles á cuerda y con cierto orden. Y si no, ¿qué mejor vista que la de una arboleda que por donde quiera que se mire están todos los árboles en hilera? Pues aun esta disposición contribuye para que igualmente chupen el jugo de la tierra. Asimismo cortaré yo los ramos de la oliva que sobresalen á la copa, para que quedando ésta más redonda, además de hacer buena vista, el fruto sea más copioso en todas sus ramas. El caballo retraído de ijares no solamente es más hermoso, sino más veloz. El atleta que con el ejercicio tiene más bien formados los morcillos, es más apuesto y más apto para la lucha. De modo que la utilidad debe ir junta con la hermosura; pero esto lo discernirá cualquiera de mediano talento.

Lo que merece particular atención es que el adorno, aun el bueno, debe variar según la materia, porque no conviene uno mismo en las causas del género demostrativo, deliberativo y judicial. El demostrativo, como sólo mira á la pompa y ostentación y á deleitar, emplea todas las riquezas y adornos del arte, pues no necesita de valerse de asechanzas y estratagemas para vencer al contrario, sino sólo pretende la alabanza y gloria. Por lo cual á manera de uno que comercia en ricas mercaderías, hará ostentación el orador y usará de todo cuanto haya acomodado al gusto del auditorio; el adorno en las palabras, el deleite en las figuras, la magnificencia en los tropos y el esmero en la composición, porque el suceso no se atribuirá á la bondad de la causa, sino á su habilidad.

Pero cuando se trata de asunto de importancia donde hay que venir á las manos con el contrario, lo último de

que debe cuidar es su propia gloria, y así cuando se trata de cosa de grave peso ninguno debe cuidarse mucho de las palabras. No porque entonces deba ser desaliñada la oración, sino porque debe ser el adorno más comedido, más serio, más disimulado y conforme al asunto. Para persuadir á un senado se requiere un modo de decir algo sublime; para el pueblo, vehemente y conciso; para los juicios públicos y causas capitales, particular esmero y cuidado. En un juicio particular donde ha de sentenciar el voto de pocos, ha de ser puro y sencillo. ¿No se avergonzaría un orador de usar de períodos muy armoniosos para ejecutar al acreedor y pedir lo que debe? ¿De llamar los afectos tratando de las goteras de una casa? ¿De acalorarse en la causa de la defectuosa venta de un esclavo? Pero volvamos al asunto.

II. Y supuesto que tanto el adorno como la claridad de la oración puede hallarse en las palabras unidas ó separadas, trataremos ahora qué es lo que pide uno y otro. Aunque he dicho que la claridad necesita de palabras propias y el adorno de las trasladadas, sepamos que cuando las expresiones son impropias no puede haber ornato. Y aunque por lo común son muchas las significaciones de algunas palabras, lo que llamamos *sinonimia*, también es cierto que hay algunas que son más decentes, sublimes, claras, gustosas, y sonantes; porque así como la claridad de las sílabas depende de ser más sonoras las letras, así hay palabras que son más sonoras por las sílabas de que se componen, y cuanto más llenas y sonantes son las palabras, tanto son más gratas al oído; pues lo mismo que hace la unión de sílabas, eso mismo hace la unión de palabras entre sí para la armonía.

El uso de las palabras es de distintas maneras, porque para explicar una cosa atroz son conducentes palabras de sonido áspero. Y generalmente hablando de las simples, aquéllas son las mejores que sirven para la exclamación

y dulzura del oído. Las palabras honestas siempre son mejores que las indecentes, porque semejantes términos nunca tienen lugar en la oración. La claridad y sublimidad de las voces se ha de medir con la materia, porque lo que en una ocasión es sublimidad, en otra será hinchazón, y la palabra que en un asunto grande es bajeza, en otro no tan grande vendrá de molde. Y así como una palabra baja en un razonamiento adornado es un borrón intolerable, así las sublimes desdicen de un estilo sencillo.

Hay algunas palabras que se distinguen más con el oído que con la razón, como:

Cæsa jungebant fœdera porca.—(*En.*, VIII, 641.)

donde Virgilio mudando el nombre no ofendió tanto al oído como si dijera *porco*, que es palabra baja. Hay otras que no las sufre la razón, por donde mereció la burla un poeta que dijo no hace mucho:

De Camilo en la cesta
Royeron los ratones la pretexta.

Pero leemos con admiración cuando dice Virgilio (*Georgias*, I, 181.)

Sæpe exiguus mus.

porque fuera de la propiedad y conveniencia del epíteto *exiguus* que explica tanto la pequeñez de la cosa que no deja más que esperar, puso el nominativo y terminó el verso con aquella palabra monosílaba con no poca gracia. Uno y otro lo imitó Horacio diciendo:

Nascetur ridiculus mus.—(*Arte poét.*, v. 139.)

Ni se ha de usar siempre de expresiones magníficas, sino á veces también de palabras bajas, porque alguna vez éstas dan mayor fuerza á la cosa. Cuando dijo Cicerón contra Pisón: *Siendo conducida toda tu parentela en una carreta*, ninguno le tachará de expresión baja aquella pala-

bra, pues cede en mayor desprecio de Pisón contra quien se dijo.

III. Habiendo palabras propias, inventadas y trasladadas, las primeras reciben el valor de su antigüedad, puesto caso que las voces que no se usan para cualquiera cosa y todos los días hacen más respetable y maravilloso el discurso. En este género de adorno fué singular Virgilio. Aquellas palabras *olli*, *quianam*, *mi*, y *pone*, tienen cierto brillo y dan mayor autoridad á las pinturas, que se estiman más cuanto son más antiguas; valor que no puede dar el arte. Bien que en esto es menester moderación y no usar los vocablos de los siglos más remotos. Si la palabra *quæso* huele ya á rancia, ¿por qué la hemos de usar? Así me recelo que puedan sufrir los oídos el adverbio *oppido*, cuando nuestros abuelos le usaron con mucho tiento. Á lo menos ninguno que no sea muy amante de la antigüedad usará la palabra *antigerio*, que significa lo mismo. ¿Por qué hemos de usar de la voz *œrumnas*, como si explicara poco la palabra *labor?* (1). *Reor* es voz que pone horror, *autumo* es tolerable, *prolem ducendam* expresión funesta, y el decir *universam ejus prosapiam* es insulsez. ¿Qué más? El lenguaje se ha mudado casi en un todo. Pero de las palabras antiguas, hay unas que tienen cierto lustre por su antigüedad; otras de que echamos mano por necesidad. Bien podemos decir *enuncupare, effari* con gusto de los que nos oyen, pero no ha de haber afectación.

Á los griegos, como dije en mi primer libro, les es más permitido en fingir vocablos (2) que son acomodados á explicar los sonidos y afectos, usando de la misma libertad con que los antiguos aplicaron los términos á la naturaleza de las cosas. Á los nuestros apenas se les permite la

(1) Hay diferencia notable, como dice Rollín, entre *ærumna*, y *labor*. Cicerón define á la primera *ægritudo laboriosa*. (*Tuscul.*, lib. IV, núm. 18.)

(2) Esta facilidad y gracia en ellos se llama *onomatopeya*.

composición y derivación de algunas voces; porque me acuerdo que siendo yo joven disputaron Pomponio y Séneca sobre si dijo bien Accio en las tragedias: *Gradus eliminat.* Los antiguos no tuvieron reparo en usar la voz *expectorat,* semejante á la cual es la palabra *exanimat.*

Algunas voces hay que son de alguna dureza por su etimología y derivación, como en Cicerón el *beatitas, beatitudo,* pero ya dice que se van suavizando por el uso. Otras se derivan no sólo de los verbos, sino de los nombres. Cicerón dijo *sillaturit*, y Asinio *fimbriaturit* y *figulaturit.*

Muchos vocablos hay formados de la lengua griega, en lo que se propasó Sergio Flavio, como *ens* y *essentia.* De las cuales no hay otro motivo para hacer tanto asco, sino el que contra nosotros mismos somos jueces demasiado escrupulosos, y de aquí nace que somos tan pobres en las palabras (1).

No obstante lo dicho, hay palabras cuyo uso dura; pues las que ahora son antiguas, en lo antiguo eran nuevas, y tanto, que acababan de nacer. Mesala fué el primero que introdujo la voz *reatum* y Augusto *munerarium.* Mis maestros hacían escrúpulo de decir *piratica,* como decimos *música, fábrica.* Cicerón tiene por nuevas las palabras: *favor* y *urbanas. Eum* (dice en una carta á Bruto) *amorem, et eum (ut hoc verbo utar) favorem in consilium advocabo.* En otra á Apio Pulcro: *Te hominem non solum sapientem, verum*

(1) Horacio permite derivar de la lengua griega algunas voces con alguna pequeña mutación: *parce detorta. (Arte poét.)* Según esto es demasiado melindre hacer asco de las voces *ens, essentia,* correspondientes á las griegas ωνς, γσια; de las que el mismo Cicerón no tuvo reparo en usar, según el testimonio de Séneca. *¿Por qué en cosas nuevas,* decía, *no usaremos de términos nuevos á imitación de los griegos?* Mientras no presenten otras equivalentes en la lengua latina los que reprueban estos dos vocablos, como estamos seguros que no las presentarán, usémoslas sin ningún escrúpulo.

etiam (ut nunc loquuntur) urbanum. El mismo es de opinión que Terencio comenzó á usar la palabra *obsequium* (1). Cecilio escribiendo á Sisena dijo: *albenti cœlo*, y Hortensio parece fué el primero que usó la voz *cervix*, que los antiguos usaban en plural.

Con todo no hemos de ser tan escrupulosos; pues no sigo la opinión de Celso que no concede al orador el inventar palabras. Porque habiendo algunas que nacieron con la misma lengua, esto es, que desde el principio se dieron á las cosas, y otras formadas de las primeras, ya que no nos sea permitido establecer voces nuevas, como lo hicieron aquellos primeros hombres ignorantes, á lo menos ¿por qué no podremos derivar, formar y componer algunas palabras, como sucedió con aquellas que se fueron introduciendo después? Cuando haya peligro de usar algún término nuevo, lo suavizaremos con estas expresiones: *Para hablar así. Si es lícito decir así. En cierto modo. Permítaseme la expresión.* Y lo mismo haremos en las traslaciones que tuvieren alguna dureza y que no podemos usar con toda seguridad, con la cual cautela daremos á entender que no queremos seguir nuestro dictamen. Para lo cual sirve aquel sabio precepto de los griegos: *Que las expresiones hiperbólicas deben suavizarse.*

Las traslaciones no pueden pasar sino en el contexto de la oración. Y con esto he hablado bastante de cada una de las palabras que por sí mismas no tienen valor. Estas no carecerán de adorno sino cuando no corresponden á la dignidad de la cosa, salvo que las cosas torpes no deben explicarse en los propios términos. Cuiden de esto los que imaginan que no hay palabra que sea de suyo indecente (2), y que así no hay razón para omitirla, porque cuan-

(1) Como observa Rollin, Plauto y Nevio la usaron antes que Terencio.

(2) Esta opinión y demasiada licencia ó libertad en las pa-

do la cosa es de su naturaleza obscena, sonará mal por más que la expliquemos con otros términos. Yo, satisfecho de la costumbre romana de hablar con recato como he respondido á los tales, conservaré la vergüenza callando algunas cosas.

IV. Pasemos á hablar del contexto de la oración, cuyo adorno consiste en dos cosas principalmente: en el estilo y en el uso de las palabras. Á lo primero pertenece el ponderar ó disminuir lo que pretendemos, el hablar con vehemencia ó con moderación de afectos, con blandura ó severidad, con afluencia ó con concisión, con aspereza ó con dulzura, con magnificencia ó con sutileza, con gravedad ó con chiste. Además de lo dicho, qué tropos, qué figuras, qué sentencias usaremos; de qué modo y con qué colocación lograremos lo que intentamos.

Y así antes de hablar de los adornos de la oración, pondremos los defectos que le son contrarios, puesto caso que la primera virtud del lenguaje consiste en la pureza. Lo primero de todo entendamos que el razonamiento que no sea de la aprobación del auditorio, no puede ser adornado. Así llama Tulio al discurso que no tiene más ni menos de lo que conviene. No porque no deba ser aliñado (porque en esto consiste parte del ornato), sino porque la demasía en todos géneros es viciosa. Quiere, pues, que las palabras tengan autoridad y peso, y que las sentencias ó sean graves ó correspondientes á las opiniones y costumbres de los hombres. Guardando esta regla podemos poner en la oración cuanto pueda darle lustre. Entonces sí que dan gusto las traslaciones, énfasis, epítetos, repeticiones y sinonimias, siempre que no desdigan de la naturaleza é imitación de las cosas.

labras era seguida de los estoicos, la que Cicerón deshace en la carta 22 del lib. 9 de las *Familiares*, abrazando la moderación de Platón.

Y supuesto que nos hemos propuesto señalar todos los vicios, tengo por uno de ellos la *cacofonía* (1).

Son vicio de la oración las expresiones humildes, por las que se rebaja mucho de la grandeza ó dignidad de la cosa, como el decir: *Una berruga de peñascos en la cumbre de un monte.* Vicio contrario á este por naturaleza, aunque igual por la deformidad, es el explicar una cosá humilde con términos que exceden á su pequeñez, á no hacerse con el fin de mover la risa. Así nunca llamarás al parricida hombre malo, ni malvado al qué una vez cometió pecado con ramera; porque lo primero no es bastante, lo otro es demasiado. De aquí nace el estilo embotado, desaliñado, seco, austero, desagradable y bajo; vicios que se conocen mejor por las virtudes á que se oponen. Porque el primero es opuesto al estilo agudo, el segundo al adornado; el tercero al afluente, el cuarto al ameno, el quinto al agradable, el sexto al limado.

Se ha de evitar igualmente la *miosis*, y es cuando falta alguna cosa á la oración para estar llena, aunque esto más es vicio de la oración obscura que de la desaliñada. Pero cuando se hace con juicio, se le da el nombre de figura como la *tautologia*, que es repetir el mismo vocablo ó la misma expresión. Porque esta puede tenerse por vicio, aunque los mejores oradores no procuraron evitarla, como sucedió á Cicerón cuando dijo en favor de Cluencio (núm. 96): *No solamente aquel juicio no tuvo nada de juicio ó jueces*, etc.

Aún es peor vicio la *omoiologia*, que es cuando la oración va siempre en un mismo tono sin variar; cosa muy fastidiosa, y que nace de carecer la oración de artificio. El cual vicio ya esté en las sentencias, ya en las figuras, ya

(1) Mal sonido, que depende de la concurrencia de letras ó sílabas, como: *Dorica castra. Ad latrones latrante cane. Jura justa jussit servari;* y en castellano: *Qué feliz Fausto en estas ficciones.*

en la larga composición, es cosa muy desagradable al ánimo y al oído.

Se ha de evitar también la *macrologia;* esto es, un rodeo mayor de lo que conviene. Así dijo Livio: *Los embajadores, no habiendo conseguido la paz, dieron la vuelta á su patria, de donde habian salido.* Aunque la *perífrasis*, que es muy parecida á la dicha, se tiene por virtud.

Otro vicio es el *pleonasmo*, que es llenar la oración de palabras que podían omitirse: *Yo lo ví con mis mismos ojos:* bastando el decir: *Lo ví.* Corrigió con bastante gracia Cicerón este vicio en Hircio. Porque perorando éste contra Pansa y diciendo como su madre le llevó diez meses en el *vientre*, dijo Cicerón: *Pues qué, ¿otras los llevan en el manto?* Algunas veces se pone el *pleonasmo* para más afirmar la cosa. Así (Virg. *En.*, IV, 359.):

Su voz yo percibí con mis oídos.

Será vicio, cuando se pone por redundancia, no de intento.

Otro vicio es la *periergia* ó cuidado demasiado en afinar la cosa: así como el nimio se distingue del cuidadoso, y el supersticioso del religioso. Y para concluir, siempre que ponemos palabras que ni ayudan para el sentido ni para el adorno, es vicio.

El *cacocelón* ó afectación suele pecar en todos los modos de decir. Aquí se reduce la hinchazón, la afeminación, la demasiada dulzura, la redundancia, lo que está violentamente puesto en la oración y salta á los ojos. Llámase finalmente *cacocelón* todo lo que no da gracia á la oración, puesto en ella sin discernimiento, bajo la apariencia de bien, que es el vicio peor en la elocuencia; porque los demás se evitan, este suele buscarse. Estos vicios miran á las palabras. Los de ideas nacen de ser estas necias, comunes, contrarias y superfluas; y los de palabras dependen de la impropiedad, redundancia, obscuridad, des-

unión y del uso pueril de voces semejantes y ambiguas. Siempre que hay *cacocelón* hay falsedad, aunque no al contrario: como cuando hablamos de una manera distinta de lo que pide la naturaleza, ó de lo que conviene, y más de lo que bastaba. Los vicios de la oración son de tantos modos, cuantos son los que hay para adornarla. Cuando hablemos del ornato, diremos también los vicios que se han de evitar, según se vaya ofreciendo.

V. Ornato llamamos todo aquello que se añade á la oración además de la claridad y probabilidad (1). En lo cual hay tres grados: Primero, concebir bien la cosa que pretendemos declarar. Segundo, ponerla con claridad. Tercero, hacer el discurso más brillante, que es lo que llamamos adorno.

Pongamos primero entre las virtudes del adorno la *energía*, la que más es evidencia, ó como quieren otros, representación viva de la cosa, que claridad, por cuanto esta se deja ver, y la otra evidencia la cosa. Es grande virtud el proponer la cosa con unos colores tan vivos como si la estuviéramos viendo. Porque para lograr su efecto la oración, no basta que lo que decimos llegue á los oídos del juez, contando la cosa simplemente, sino que debemos pintársela muy al vivo. Y pudiendo hacerse esto de varios modos, no haré una muy menuda división de esta virtud, como muchos hacen aumentando su número, sino que tocaré sus principales partes.

La primera es cuando con palabras ponemos una viva imagen de la cosa, como Virgilio lo hizo pintando una lucha:

> Los dos luego se ponen de puntillas,
> Levantando los brazos en el aire.—(*En.*, V, 426.)

(1) La oración puede ser *clara y probable*; esto es, no decir *ni más ni menos* de lo que conviene, como dijo poco ha con autoridad de Cicerón. Lo que se añade al razonamiento sobre estas dos virtudes, se llama *adorno*.—ROLLÍN.

con todo lo demás que pinta tan vivamente el aire de los luchadores, que ni aun al tiempo de la lucha pudo verse la cosa con más claridad. En esto, como en todo lo demás, es sobresaliente Cicerón. ¿Habrá alguno tan lerdo en representarse las cosas, que leyendo aquello de Cicerón contra Verres: *Estaba este pretor del pueblo romano en chinelas con su capa de púrpura y túnica talar, recostado en la playa sobre una mujercilla*, no solamente no forme una viva idea del semblante y aire de Verres, sino aun de lo demás que aquí se deja entender? A mí me parece que estoy viendo su rostro, sus ojos, los halagos y torpes caricias de los dos amantes, la repugnancia y vergüenza que interiormente padecerían los que estaban presentes y no se atrevían á manifestar.

A veces de muchas circunstancias resulta la pintura de lo que intentamos representar, como se ve en la descripción que trae el mismo de un convite donde rebosaba el lujo: *Me parecía estar viendo á unos que entraban; á otros que salían. A unos que no podían tenerse por lo mucho que habían bebido; á otros que de resultas del vino del día anterior bostezaban. Entre esta gente andaba Galio lleno de perfumes y coronado de guirnaldas. El pavimento parecía un muladar: manchado del vino, cubierto de flores ya casi marchitas y de raspas de los pescados.* Uno que entrase, ¿vería más de lo que se da aquí á entender?

Por este medio se pondera la compasión en la toma de una ciudad. El que dice que fué tomada, sin duda alguna comprende cuanto sucede en tal calamidad; pero esta fría narración no penetra hasta lo interior del alma. Pero si se descubre lo que esto encierra dentro de sí, se verán las llamas volar por los templos y casas, el estallido de los edificios arruinados, la confusa gritería y ruido de los lamentos de todos, el huir unos sin saber adónde, el abrazarse otros con los suyos en el último aliento, el llanto de niños y mujeres, los miserables ancianos reservados para

ver esta calamidad, el saco de lugares sagrados y profanos. Demás de esto se verá á unos cargados de la presa; á otros que vuelven por lo que ha quedado; á los que van encadenados delante de los saqueadores; á las madres forcejando por no soltar de los brazos á sus hijos, y finalmente la pelea de los mismos vencedores por sacar de cada uno más ganancia. Todo esto, aunque ya va comprendido en el nombre de *saqueo*, es menos decirlo todo junto quo cada cosa de por sí.

Siguiendo la verosimilitud, lograremos el aclarar la cosa; y podremos añadir lo que pasa en semejantes lances, aunque no sucediese. De los accidentes resulta la claridad. (Virg. *En.*, III, 29.)

> Un temblor frío
> Mi cuerpo estremecía: y con el miedo
> Se me helaba la sangre.

Y en otra parte (*En.*, VII, 518.):

> Las temerosas madres
> A los pechos sus hijos apretaban.

El mejor medio para acertar en esto, según mi juicio, es observar y no perder de vista la naturaleza. La elocuencia se versa acerca de las acciones de la vida; y lo que uno oye lo acomoda á su condición natural. El ánimo recibe fácilmente lo que dentro de sí reconoce.

Son muy del caso los símiles para aclarar la cosa. De los cuales unos sirven para probar; otros para representar más lo que decimos; v. gr. (Virg. *En.*, II, 355.):

> Como rapaces lobos en la niebla
> Espesa, *etc.*

Y en otro lugar (*En.*, IV, 254.):

> Como la golondrina
> Que volando da vuelta á los peñascos,
> Nidos de peces, y va rayendo el agua.

En lo cual hemos de cuidar que lo que traemos para la semejanza no sea cosa obscura ó desconocida; antes debe ser más clara que la que pretendemos dar á conocer por medio de ella. Sólo en los poetas puede tolerarse el decir:

Apolo tal se muestra (1),
Cuando la fría Licia desampara,
O el Xanto y á la ínsula de Delos,
Que es patria de su madre, se encamina.

(Virg. *En.*, IV, 149.)

Pero á ningún orador se le permite explicar una cosa clara con otra que no lo es tanto.

Aun cuando la semejanza sirve de argumento ó prueba, adorna la oración, la hace sublime, florida, gustosa y admirable. De cuanto más lejos sea traída, causa más novedad, porque es cosa no esperada; aunque las comparaciones caseras y vulgares son acomodadas para comprobar la cosa, como: *A la manera que el cultivo hace más fecunda la tierra, así las ciencias el ánimo. Así como los médicos cortan los miembros secos y podridos, así hemos de cortar la comunicación con los hombres perjudiciales y deshonetos aunque estén unidos con nosotros por la sangre.* Algo más sublime es aquella de Arquias: *Los peñascos y las soledades corresponden con el eco á la voz, y muchas veces hasta las bestias fieras se amansan y paran con el canto.* Algunos, abusando de la licencia de la declamación, corrompieron los símiles, pues no sólo usaron de símiles falsos, sino que no los aplicaron á cosas con que tienen conexión. Sirva de ejemplo de uno y otro lo que en todas las esquinas cantaban, siendo yo mozo: *Los grandes ríos aun en sus principios son navegables. Los árboles y plantas nobles luego al punto dan el fruto.*

En toda comparación ó precede la semejanza á la cosa,

(1) Esta comparación, como tomada de cosa muy remota, y que no todos entienden, es obscura.

ó al contrario. A veces va separada, á veces va incorporada con la cosa de que sirve de símil, explicando la conexión que con ella tiene, y á esta mutua correspondencia llaman *antapodosis*. Precede en el ejemplo de arriba

Como rapaces lobos, *etc.*

Y sigue en aquel otro del primer libro de las *Geórgica* después de largas quejas de las guerras civiles y externas:

Cual ímpetu á los carros acelera,
Que una vez despedidos,
A concluir del circo la carrera,
No son del que los rige contenidos:
No obedecen al látigo; y en vano
Pretende dura mano
Las riendas acortar al veloz paso,
Expuesto va el regente á triste caso.

Pero en estos no hay *antapodosis.*

Aunque aquella mutua correspondencia por la que se comparan ambas cosas, las pone á la vista y las manifiesta á un mismo tiempo. En Virgilio son muy frecuentes estos símiles; pero más vale usar de los oratorios. Dice Cicerón en favor de Murena: *Así como dicen los músicos griegos que el que no pudo llegar á citarista se quedó en flautero; así vemos entre nosotros que los que no han podido llegar á oradores se echan á juristas.* Y en la misma oración, aunque con estilo casi poético, pero con su *antapodosis* como corresponde para el adorno: *Porque así como hay tempestades que las causa una constelación, otras hay que se originan de repente por una causa que no alcanzamos; así en estos alborotos de las juntas del pueblo, unas veces sabemos la causa que los mueve; pero hay otros que parece los movió la casualidad.* Hay otras comparaciones más breves, como: *Andaban por los montes como fieras.* Y Cicerón contra Clodio: *Del cual juicio salió desnudo como de un incendio.* Semejantes á estas nos podrán ocurrir muchas de la conversación familiar.

Contribuye mucho también al adorno, no sólo el poner la cosa á la vista con toda claridad, sino con precisión y prontitud. Con razón es alabada aquella concisión que explica la cosa sin dejar nada; lo que llaman *brachilogía*, y se contará entre las figuras; pero tiene más gracia cuando en pocas palabras decimos mucho: *Mitrídates estaba como armado con su agigantado cuerpo.* (Salustio.) Muchos imitando esta figura dan en obscuridad.

Muy semejante es á la dicha la *énfasis*, por la que concebimos más de lo que las palabras suenan; y tiene dos especies. La primera significa más de lo que dice. La segunda aun lo que no se dice.

La primera se encuentra en Homero, cuando dice Menelao que los griegos se acamparon en el caballo troyano; pues con sola una palabra explica su grandeza. Semejante á lo cual es lo de Virgilio:

Por la cuerda que echaron se descuelgan.—(*En.*, II, 261.)

pues con esto queda bien significada la altura del caballo. Y cuando el mismo dice que el Cíclope estaba tendido por la cueva espaciosa, midió su prodigiosa corpulencia con el espacio del lugar.

La segunda consiste en suprimir ó quitar una voz. Ejemplo de lo primero en (Cicerón *por Lig.) Si tu blandura no fuera tanta cuanta tienes por naturaleza, por naturaleza digo. Bien sé lo que me hablo.* En donde calló, aunque bien se deja conocer que algunos le ponían espuelas para ser cruel. Suprímese alguna cosa por *reticencia*, de que hablaremos en su lugar, puesto que es figura.

Aun en el lenguaje vulgar hay su *énfasis*, como cuando decimos: *Es menester ser hombre.* Y *Aquel es hombre de bigote.* Y *Es menester vivir.* Tan conforme con el arte va por lo común la naturaleza.

Ni basta para la elocuencia manifestar la cosa con evidencia, sino que hay varios modos de adornar la oración.

Porque hay cierta simplicidad natural y sin afectación que no sirve de menos pureza y adorno que el que se requiere en una mujer. Hay también adornos que sin estudio hermosean la oración por su propiedad y significación. Unas veces se distinguen por la afluencia de palabras, otras por sus flores. Finalmente, el nervio de la oración no consiste en una sola cosa. Porque lo que es perfecto en su género eso tiene fuerza.

VI. La fuerza de un razonamiento depende, ya de la amplificación, ya de la diminución. Para una y otra hay los mismos modos, de los que tocaremos los principales, y lo mismo se entenderá de los demás. Estos consisten en cosas y en palabras. Trataremos de la invención de las cosas y de la manera de inventar: ahora diremos cómo exageran las palabras una cosa y cómo la disminuyen ó rebajan.

CAPITULO IV.

DE LA AMPLIFICACIÓN.

El primer modo de amplificar es por el nombre de la cosa.—Los principales géneros de amplificación son cuatro.—I. Por aumento.—II. Por comparación.—III. Por raciocinación.—IV. Por amontonamiento.—Otras tantas maneras hay de disminuir ó rebajar.

La primera manera de amplificar y disminuir es por el nombre que damos á la cosa: como cuando decimos que ha sido muerto el que sólo fué herido; cuando llamamos ladrón al que es simplemente malo; y por el contrario, de uno que puso las manos en otro, decimos que le tocó, y de otro que hirió, sólo decimos que le ofendió. Ejemplo de uno y otro en la oración por Celio: *Si una viuda viviese con libertad; una mujer provocativa con poco recato; una rica con profusión, y una mujer liviana se portase con aire de ramera, ¿tendría yo á uno por adúltero, sólo porque la saludase con llaneza?* Donde llama mujer pública á la que es *liviana;* y el tener que ver con ella, lo llama *saludarla con llaneza.*

Se pondera la cosa y se manifiesta más cuando se van confrontando las palabras de mayor exageración con aquellas en cuyo lugar las substituimos, como en Cicerón contra Verres (*Verr.*, III, núm. 9.): *Porque hemos traído á vuestro tribunal no un ladrón, sino un reo; no un adúltero, sino un enemigo de la honestidad; no un sacrílego, sino un enemigo de todo lo sagrado* y *religioso; no un salteador, sino un verdugo el más cruel de los ciudadanos y aliados.* Con el primer modo se hace grande la cosa, pero mayor con éste. Cuatro son los principales modos de amplificar ó engran-

decer la cosa: por aumento, comparación, raciocinación y congeries.

I. El principal es el aumento; cuando pintamos como cosas grandes las cosas de poca consideración. Esto se hace por uno ó muchos grados. Así por medio de una gradación subimos, y aun excedemos lo sumo de una cosa. Como cuando dice Cicerón: *Es un delito el poner en prisión á un caballero romano; una maldad el azotarle; poco menos que parricidio el matarle; ¿y qué diré de ponerle en una cruz?* (*Contra Verr.*, VII.) Si solamente *hubiera sido azotado*, no constaría la oración más que de un solo grado, poniendo también lo primero, que aunque es menos era un delito. Si solamente *hubiera sido muerto*, subiría por muchos grados. Pero habiendo añadido *que es poco menos que parricidio el matarle,* que es lo sumo, puso después: *¿y qué diré de ponerle en una cruz?* Así, habiendo ya subido á lo sumo de la cosa, era preciso faltasen palabras que declarasen lo que era más.

Hay otro segundo modo de pasar de lo sumo que hay en la cosa, como Virgilio (*En.*, VII, 649.):

A quien en hermosura
Nadie excedió: sacando sólo á Turno
Laurente.

donde habiendo llegado á lo más elevado, añadió otra cosa que era aún más.

La tercera manera es, no subiendo por grados á lo sumo, sino poniendo desde luego aquello que es lo mayor de todo: *Mataste á tu madre. ¿Qué más diré? Mataste á tu madre.* Este modo de aumentar, es poner la cosa en tal grado, que no se pueda decir más.

Pondérase la cosa no tan abiertamente, pero quizá con más fuerza, cuando sin distinción de grados ponemos lo que es más. Así Cicerón, hablando del vómito de Antonio y afeándole: *En una junta del pueblo romano, tratando un*

asunto del público y un comandante de caballería. (*Fil.*, III, 66.) Aquí no hay cosa que no exagere. El vómito por sí es cosa fea, aunque no sea en ninguna concurrencia; en junta, aunque no fuera del pueblo; de cualquiera pueblo, aunque no fuera el romano, y esto aunque ningún negocio tuviese entre manos, ni este fuese público, ni Antonio fuese comandante de la caballería. Otro dividiría todo esto, deteniéndose como en escalones en cada cosa; pero Cicerón desde luego sube á lo sumo, no por escalones, sino de un vuelo.

II. Pero así como esta amplificación pretende llegar á lo sumo, así la que se hace por comparación, recibe su aumento de las cosas menores; porque exagerando lo que es menos, precisamente se ha de realzar lo que es más. Cicerón dice en el mismo lugar: *Aun dado caso que te hubiera acaecido esto comiendo en tu casa, y entre aquellas tus abominables copas, ¿quién no lo tendría por cosa vergonzosa? Pero en una junta del pueblo romano....* Y (*contra Catilina*, I, núm. 17). *Si mis esclavos me temiesen á mí, como á ti tus conciudadanos, pensaría en abandonar mi casa.*

Otras veces por medio de un símil pretendemos exagerar una cosa. Así, en la causa de Cluencio, tratando de cierta mujer de Mileto, á quien habían untado la mano los segundos herederos para que abortase, dice: *¿Cuánto mayor castigo merece Opiánico en la misma injuria? Porque ella, usando consigo de esta violencia, ya sufrió el castigo; pero éste logró el mismo fin por medio del mal y tormento ajeno.*

No confunda alguno este símil con aquel otro por el que inferimos una cosa mayor de otra menor (aunque se dan la mano); porque allí intentamos probar, aquí ponderar la cosa. Como en el ejemplo dicho pretendemos probar, no que Opiánico obró mal, sino peor. Estos dos lugares, aunque son de cosas diversas, no son muy desemejantes.

Por lo que aunque usaré aquí del mismo ejemplo que entonces, pero no para el mismo fin. Aquí pretendo manifestar que para ponderar una cosa, no sólo cotejamos el todo con el todo, sino las partes entre sí, como *(Cat.,* I, 3.): *Es bueno que Publio Escipión, hombre muy distinguido, pontífice máximo, aunque mero particular, quitó la vida á Tiberio Graco, que perturbaba algún tanto la república; ¿y nosotros, cónsules, sufriremos á Catilina que desea asolar todo el mundo con muertes é incendios?* Donde compara á Catilina con Graco, á la república con todo el mundo, aquel trastorno con la total desolación de muertes é incendios, y á un particular con los cónsules. Todo lo cual si queremos amplificarlo más, cada cosa ofrece mucho campo.

III. Veamos ahora si lo que dije de la amplificación por raciocinación está bien explicado, aunque no me cuido mucho de los términos, con tal que se entienda la cosa. Pero digo que estas amplificaciones unas veces las ponemos en la oración sin fin particular y otras tienen mucha fuerza; pues ya las usamos para llenar, ya para ponderar una cosa, y después se deduce la razón para exagerar lo que queremos, v. gr.: Dando en cara Cicerón á Antonio con su vómito, dice *(Fil.,* II, núm. 69.): *Tú mismo con esas fauces, con esos lomos, con esa robustez de cuerpo propia de un gladiador.* ¿Qué tiene que ver esto con la embriaguez? Mucho, porque fijando la atención en estas circunstancias, ya conocemos que bebió tanto en la boda de Hipia, que toda aquella robustez no bastó para digerir el vino. Conque deduciéndose unas cosas de otras no es impropio ni desusado el decir, amplificar por raciocinación.

Del mismo modo amplifica por los consiguientes, porque fué tanta la fuerza del vino, que la violencia con que salía manifestaba no ser casual ó voluntario el vómito, sino forzoso y donde menos convenía, y no vomitaba lo que acababa de comer, como acaece algunas veces, sino que eran rezagos del día anterior.

Otras veces amplificamos por los antecedentes. Cuando Eolo á ruegos de Juno:

Del monte hirió el costado con la punta
Del cetro, y como en escuadrón formados
Los vientos por la puerta se atropellan, *etc.*

ya se deja conocer la recia tempestad que amenazaba.

¿Qué más? Cuando queremos excitar el odio en una cosa atroz, la ponderamos de intento más de lo que es, para que parezca más odiosa. Así Cicerón *(Verr.,* VII, 116.): *Pero estos delitos son muy ligeros. El piloto de la ciudad más noble del mundo se libertó á fuerza de dinero de ser azotado: esta es una acción humana. Otro tuvo que untar la mano para que no le cortasen la cabeza con la segur, pero esto es cosa común.* ¿Por ventura no usó aquí de raciocinios para quo los oyentes infiriesen cuán enormes eran los demás delitos, cuando á éstos los llama *humanos* y *comunes* respecto de los otros?

Así solemos ponderar una cosa con otra, como el valor de Escipión contando las alabanzas militares de Aníbal, y exageramos la fortaleza de los franceses y alemanes para dar á entender la gloria de César.

Otra manera de amplificar es cuando ponemos una cosa no por sí, sino para que de ella se pueda colegir la grandeza de otra. ¿Cuánta sería la hermosura de Helena, cuando los príncipes troyanos no tienen por cosa pesada el sufrir ellos y los griegos tantos males y por tantos años por ella? No lo dice Paris que la robó, ni lo dice algún joven ó un cualquiera del vulgo, sino los ancianos, los de más seso y los consejeros de Priamo. (Hom. *Iliad.*, III, 145.) Lo confirma el mismo rey trabajado con una guerra de diez años, á quien perdidos tantos hijos, le amenazaba la última desgracia; el mismo á quien debiera parecer muy odiosa y abominable aquella hermosura, manantial de tantas calamidades. Y no sólo lo oye decir así, sino que dándole

el tratamiento de hija la pone á su lado, la excusa, y dice no ser ella la causa de sus males.

Aun de las armas se infiere el valor de los héroes, como el de Ayax por su escudo, y el de Aquiles por su lanza. Así pondera Virgilio lo disforme del cíclope. Pues ¿qué idea no nos da de su corpulencia quien

Un pino por bastón lleva en la mano?—(*En.*, III, 659.)

¿Cuán forzudo sería Demoleo, el que vestido de su doble armadura que apenas dos hombres podrían sustentar,

Corriendo puso en fuga á los troyanos?—(*En.*, V, 265.)

De qué otra manera hubiera podido Cicerón ponderar el lujo de Marco Antonio sino diciendo: *Allí verías en los aposentos de los esclavos las camas tendidas sobre las alfombras de grana de Pompeyo.* (2. *Fil.*) No puede decir más que el que las alfombras eran de grana, que eran de Pompeyo y que estaban en los aposentos de los esclavos; porque ¿qué no deberemos suponer en las recámaras del amo?

Es muy semejante esto á la énfasis, aunque ésta consiste en una palabra y aquello en la cosa, y sirve de tanto más, cuanto las palabras son de menos fuerza que la cosa.

IV. Podemos añadir á la amplificación el amontonamiento de palabras y sentencias que significan lo mismo. Y aun cuando no subamos por grados, con todo se engrandece más el asunto con aquel cúmulo de cosas. Así Cicerón: *Porque ¿qué pretendía aquella tu espada desenvainada en el campo de Farsalia ó Tuberón? ¿Contra quién se dirigía? ¿Cuál era la intención de tus armas? ¿Cuál era la tuya? ¿A quién enderezabas tus ojos? ¿tus manos? ¿Cuánto era el ardor de tu ánimo? ¿Qué deseabas? ¿Qué pretendías?* (*Pro Ligario*, número 9.)

Es muy parecida esta figura á la que los griegos llaman *sinatroísmos*, aunque por la primera se amontonan muchas cosas, por la segunda se amplifica una sola, creciendo más

y más por cada una de las palabras: *Estaba presente el carcelero, el verdugo del pretor, la peste y el azote de los aliados y ciudadanos romanos; esto es, el lictor Sextio. (Contra Verres*, VII, 117.)

Las mismas reglas hay para disminuir una cosa, siendo unos mismos los escalones para subir que para bajar. Pondré un solo ejemplo de la oración de Rulo: *Algunos que estaban presentes sospechaban que quería hablar no sé de qué cosa concerniente á la ley agraria. (Agrar.*, II, 13.) Lo cual si se refiere á que Rulo no fué entendido es disminución, si á la obscuridad con que hablo es aumento.

No ignoro que algunos cuentan entre las amplificaciones á la *hipérbole*, que sirve tanto para ponderar como para disminuir; pero diciéndose por ella más de lo que es la cosa, la remitimos á los tropos. De estos hablaría ahora, si no fuera su uso muy distinto del de las figuras, porque aquéllos estriban en palabras trasladadas, no en las propias. Para satisfacer ahora el común deseo, hablaré brevemente de las sentencias que muchos tienen por el principal y casi único adorno.

CAPITULO V.

DE LAS SENTENCIAS.

I. ¿Cuántas maneras hay de sentencias?—Sentencia en común ó *gnome* se divide en enthimema y epifonema.—¿Qué es noema ó cláusula?—II. Unos siempre hablan por sentencias, otros las reprueban. Unos y otros yerran.

I. Llaman los antiguos *sentencias* á los sentimientos del ánimo. Su uso es muy frecuente en los oradores, y en el lenguaje común hay algunos rastros. Porque cuando juramos y hablamos de corazón ó damos el parabién, decimos lo que sentimos. Algunos usaron la palabra *sensa* en el mismo sentido, porque *sensus* son los sentidos del cuerpo. La costumbre hizo que llamásemos sentimientos á los conceptos del alma, y sentencias á los dichos que comunican luz á un discurso, principalmente reducidos á cláusulas breves. Estas sentencias, que eran poco frecuentes entre los antiguos, se usan sin medida en nuestro tiempo. Por lo que me parece debo tocar por encima sus especies y el uso que puede hacerse de ellas.

Las más antiguas sentencias son las que los griegos llaman *gnomaa*, aunque este es nombre genérico. Ambos nombres los tomaron de que son como unos consejos ó decretos. Aunque esta es voz común, ya se ha aplicado á un dicho particular, como: *Ninguna cosa hay tan gustosa al pueblo como la bondad.* (Cic. *Por Lig.*, 37.) Esta habla de la cosa. Otras se refieren á la persona, como aquella de Afro Domicio: *El príncipe que quiere saberlo todo, tiene que disimular mucho.*

Hay, como observan algunos, sentencias simples como

la puesta arriba, otras incluyen en sí alguna razón como Salustio en la guerra contra Jugurta: *Porque en toda contienda el más poderoso aunque sea injuriado, por el hecho de poder más parece ser el injuriador.* Otras hay dobles, como en Terenc. (*Andr.*, act. I., esc. I., v. 42.): *El complacer adquiere amigos y la verdad enemigos.* Algunas son notables por la diversidad que explican; v. g.: *La muerte no es cosa miserable, sino el ir á ella.* Sentencia simple es esta: *Al avaro tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene.*

Cuando incluyen alguna figura tienen fuerza particular, como.

¿Tan grave mal la muerte nos parece?

(Virg. *En.*, XII, 646.)

Tiene mucho más fuego que si dijera: *El morir no es mal ninguno.* Cuando incluyen traslación del significado común al propio. Este modo de decir simple y común: *Cosa fácil es el dañar, el aprovechar dificultosa,* lo expresó Medea en Ovidio con más vehemencia:

La vida pude darle, ¿y me preguntas
Si quitársela puedo?

Cicerón refiere á la persona de César lo que era propio de la cosa: *Ninguna cosa más grande, ¡oh César! tiene tu fortuna, que el poder salvar á muchísimos, y ninguna mejor tu condición que el querer.* (*Por Lig.*, 38.) De este modo lo que es pro pio de la cosa lo aplica á la persona.

Debe cuidarse siempre que las sentencias no sean muy frecuentes ni abiertamente falsas, que no se usen en cualquiera parte ni se pongan en boca de cualquiera. Caen siempre mejor en boca de personas de autoridad y que den algún peso á la cosa. Porque ¿quién podrá sufrir que un niño, un joven ó una persona vulgar se ponga á hacer de juez ó de doctor en lo que dice?

Entimema comúnmente hablando es lo mismo que

concepto (1), pero propiamente se toma por la sentencia de cosas contrarias y se distingue entre todos los géneros de entimemas, como cuando tomamos el nombre de poeta por Homero, y el de ciudad por Roma. No siempre se usa para probar, sino á veces por adorno: *¿Conque te moverán á ser cruel las palabras de aquellos á quienes el haber perdonado es el mayor lauro de tu clemencia?* (*Por Lig.*, 10.) Aquí no hay en la sentencia razón distinta de las que había alegado, sino que ya primero había manifestado la sinrazón de la cosa, y así se pone no como prueba, sino como una manera de terminar insultando al contrario. Porque la epifonema es una exclamación puesta al fin de la narración ó prueba de la cosa, como:

> Tan ardua era la empresa
> De fundar el imperio de romanos!—(*En.*, I, 37.)

Y Cicerón: *Antes quiso el virtuoso joven aventurar su vida que su honestidad.* (*Por Mil.*, núm. 9.)

Otra manera hay de sentencias, que los modernos llaman *noema*, ó concepto; nombre que dieron á lo que no se dice, sino que se concibe. Así aquel dicho contra uno que, rescatado por su hermana del ejercicio de los gladiadores por varias veces, habiéndole ésta cortado un dedo mientras dormía, pedía él en juicio que le diesen la pena del Talión: *Merecías tener la mano entera;* donde se deja entender, *para seguir tu ejercicio.*

A otra llaman cláusula, que por otro nombre podemos llamar *conclusión*, y es á veces necesaria: *Por tanto, antes de reprender alguna culpa de Ligario, debéis confesar vuestro delito.* (*Por Lig.*, núm. 2.) Pero ahora quieren que toda cláusula que cierra la oración hiera el oído, y tienen por afrenta, y aun por delito, respirar en algún lugar de

(1) Esta es la primera significación de la voz entimema; y en segundo lugar significa cierta manera de argumentación.

modo que no merezcan la aclamación. De aquí nace aquel modo de decir cortado, y todo cuajado de sentencillas que no vienen al caso. Nunca pueden ser tantas las buenas sentencias como es necesario que sean muchas las cláusulas.

La repetición de una palabra constituye á veces la sentencia. Séneca, en la carta que escribió Nerón al Senado dando cuenta de haber muerto á su madre, queriendo probar que su vida había corrido peligro: *Ni me persuado, ni me doy el parabién de estar fuera de riesgo.* Es más viva la sentencia cuando encierra algunas cosas opuestas. *Sé de quién he de huir, pero no sé á quién he de seguir.* (Cicer. *Epist. Attic.*, lib. VIII, 7.)

Los más gustan de invenciones muy estudiadas, las que al principio lisonjean al oído como agudezas, pero examinadas, causan risa; como aquella de uno que fingen en las escuelas que se ahorcó porque padeció naufragio y primero tuvo mala cosecha en sus campos: *Está en el aire, como que ni la tierra le quiere, ni el mar.* Semejante es esta á aquella otra que se dijo de un hijo, á quien su padre le dió veneno porque le despedazaba sus miembros: *Quien tal come, tal beba.* Y aquella otra contra un lujurioso, que se dice haber fingido la resolución de morir de hambre: *Arma el lazo, porque razón tienes de estar enojado con tu cuello. Toma veneno, porque á un lujurioso le está bien acabar bebiendo.* Sería nunca acabar el referir el abuso que se ha hecho de las sentencias. Vamos á lo que importa.

II. De las dos opiniones que hay en esta parte (queriendo unos hablar sólo por sentencias y otros desechándolas del todo) no admito ninguna.

Si son muchas se embarazan unas á otras, no menos que las plantas y árboles tan espesos que, por falta de terreno, no pueden crecer lo que debían. Ni en la pintura resaltarían las figuras, si los contornos y sombras no las separasen unas de otras. Por eso los pintores, que juntan

diversas cosas en un lienzo, las separan con sus distancias para que las sombras no confundan los objetos.

Asimismo, cuando son muchas, dejan desunida la oración; porque como cada sentencia hace sentido perfecto, comienza después otro de nuevo. De aquí nace que estando sin trabazón, y componiéndose no de miembros, sino de retazos, pierde la estructura natural; porque semejantes partes desunidas no pueden formar cuerpo.

Además de que este modo de decir, aunque claro, es como manchas de que está salpicado el discurso. Y así como le dan cierta gracia á la toga de un senador aquellos nudos de púrpura entretejidos en ella, así no caerían bien si fuesen muchos. Por donde, aunque parezca que resplandecen y resaltan estas sentencias, con todo podemos compararlas, no á la llama, sino á las chispas, que relucen entre el humo y no se echan de ver si toda la oración brilla con ellas, como vemos que se ocultan las estrellas con la presencia del sol. Cuando el discurso se remonta por medio de estos pequeños y repetidos esfuerzos, resulta una desigualdad semejante á los lugares quebrados y fragosos, y así ni bien merece la oración la admiración de elevada, ni la alabanza de sencillez y llaneza.

Sucede también que el que sólo habla por sentencias ha de decir muchas insulsas, frías é inútiles; porque siendo muy frecuentes, no puede haber elección. Así vemos que se pone en lugar de sentencia la división y el argumento que termina la cláusula: v. gr.: *Mataste á tu mujer, siendo adúltero; aun cuando la hubieras repudiado, era delito insufrible.* Es división. *¿Quieres saber que hay también veneno de amor? Tendría vida este hombre si no lo hubiera bebido.* Aquí hay argumento. Otros hay que aunque no usan de muchas sentencias, todo lo dicen en tono de sentencia.

Otros, por el extremo contrario, huyen de este gustoso adorno del lenguaje, desechando todo lo que no es ha-

blar con llaneza y sin esfuerzo, y, temiendo el caer, no se levantan de la tierra. ¿Qué se puede reprender en las sentencias si son buenas? ¿No aprovechan á la causa? ¿No mueven al juez? ¿No recomiendan á la persona que habla?

Pero hay cierta especie de sentencias que los antiguos no usaron. ¿Hasta qué antigüedad se extiende esto? Porque si entiende la más remota, hay muchas en Demóstenes que ninguno hasta él usó. ¿Y cómo podemos aprobar el estilo de Cicerón, si fuera el mismo que el de Catón y de los Gracos? Pero antes de estos se hablaba un lenguaje más llano.

Yo tengo á las sentencias por los ojos de la elocuencia; pero no quisiera que todo fuera ojos en el cuerpo, para que los demás miembros hagan también su papel. En caso de seguir extremos, más quisiera la aspereza antigua de sentencias que esta nueva licencia ya introducida por algunos novadores. Pero entre los extremos hay un medio, así como hay cierto aseo en el porte y traje que ninguno podrá reprender, sino que lo tendrá por virtud. Lo primero de todo procuremos evitar lo vicioso, no sea que queriendo aventajar á los antiguos, sólo logremos el no imitarlos en lo bueno.

Ahora hablaré de los tropos, que, en opinión de los más celebrados autores, son los movimientos del ánimo. Los gramáticos tratan también de ellos; pero yo los he omitido para este lugar, porque me pareció que el ornato de la oración era el punto más esencial y que debía reservarse para la parte más importante.

CAPITULO VI.

DE LOS TROPOS.

Hay dos especies de tropos.—I. Unos sirven para la significación: como metáfora, sinécdoque, metonimia, antonomasia, onomatopeya y catacresis.—II. Otros para adorno: como el epíteto, alegoría, enigma, ironía, perífrasis, hipérbaton é hipérbole.

Tropo es la mutación del significado de una palabra á otro, pero con gracia. Andan en disputa los gramáticos y los filósofos sobre sus géneros y especies, cuántos son y cuáles. Dejando aparte semejantes disputas, que de nada sirven para instruir al orador, sólo pondremos los necesarios y comúnmente recibidos, y decimos que algunos tropos se usan por razón de la significación y otros por adorno. Unos consisten en las palabras propias (1) y otros en las trasladadas, siendo diversa su forma, no sólo en las palabras, sino en el sentido y composición. Por donde me parece ir descaminados los que ponen la razón de tropo en el uso de una palabra por otra. No ignoro que aun en los tropos que se ponen por razón del significado, hay también adorno, aunque no al revés, pues habrá algunos que sólo miren al adorno.

I. Comencemos, pues, por la *metáfora*, esto es, *traslación*, que entre todos es el más hermoso y frecuente. Es

(1) Dice en las *palabras propias* por razón de la hipérbole, hipérbaton, perífrasis y enigma, que cuenta entre los tropos: aunque más propiamente deben llamarse figuras: en los cuales no hay ninguna mutación ó traslación de palabras. Por otra parte, la *mutación* es el constitutivo del tropo.

tan natural, que lo usan hasta los ignorantes sin advertirlo, y tan gustoso, que da mayor luz á la oración ya por sí clara. La metáfora no será vulgar ni baja ni dura, si se usa con juicio. Contribuye á la afluencia, ya trocando el significado, ya tomando de otra cosa la significación de lo que no tiene término propio, y hace que no falten palabras para expresar cualquiera cosa, que es la mayor dificultad.

Por la metáfora se traslada una voz de su significado propio á otro donde ó falta el propio, ó el trasladado tiene más fuerza. Esto lo hacemos, ó porque la necesidad nos mueve á ello, ó porque queremos significar más, ó con más decencia, como dije. Y cuando nada de esto tenga la traslación, será impropia. Los del campo dicen por necesidad *yema* en las vides, porque ¿de qué otra palabra habían de usar? Dicen asimismo *que los campos están sedientos; que las plantas están enfermas*. Por necesidad decimos *hombre duro* y *áspero*, para expresar las cuales cosas no hallamos términos propios. Para mayor expresión decimos: *encendido en ira; inflamado de la pasión*, y *deslizado en el error*, porque con ningunos términos podríamos explicar la cosa con mayor viveza. Otras expresiones pertenecen al ornato, como: *luz de la oración; claro linaje; tempestad del razonamiento; ríos de elocuencia*. Así Cicerón llama á Clodio *manantial de su gloria*, y en otro lugar *materia* y *sementera*.

La metáfora es en un todo más breve que la semejanza, y se diferencia de ella en que aquélla se compara á la cosa que queremos expresar, ésta se dice por la misma cosa. Comparación es cuando digo que un hombre se portó en algún negocio como un león. Traslación cuando digo de un hombre que es un león.

Toda la fuerza de ésta parece ser principalmente de cuatro modos. Cuando en las cosas animadas se pone una por otra, como cuando se dice hablando de un cochero:

Con gran fuerza el regente
Hizo al caballo dar ligera vuelta.

Y como Livio refiere que Catón solía *ladrar* á Escipión. (Lib. XXXVII, núm. 54.) Las cosas inanimadas se toman por otras del mismo género, como:

Suelta á la flota la rienda.—*(En.*, VI, v. 1.)

O las cosas inanimadas por las animadas:

A impulso del acero, ó por el hado,
Murió el valor de griegos.

O al contrario, como cuando Virgilio pone *vertex* por la cima de un peñasco ó monte, como:

Sentado está en la cima de un peñasco (1)
Oyendo el pastor simple el gran ruido,
E ignora cuál la causa de esto sea.—*(En.*, II, v. 307.)

Y de éstas resulta principalmente una extraña sublimidad, que tocando en atrevida, se remonta con peligro de la traslación cuando á las cosas que carecen de sentido damos una cierta acción y alma, cual es:

El Arajes undoso
No sufridor de puente.—(*En.*, VIII, v. 728.)

Y aquella de Cicerón: *Porque ¿qué hacía ¡oh Tuberón! aquella tu desenvainada espada en el campo de Farsalia? ¿Al costado de quién se dirigía aquella punta? ¿Cuál era el objeto de tus armas?* (*Por Lig.*, núm. 9.) Duplícase alguna vez esta belleza en Virgilio:

Y con veneno armar la aguda espada.—(*En.*, IX, 773.)

Porque *armar con veneno* y *armar la espada* es traslación.

Mas así como el moderado y oportuno uso de este tropo hace clara la oración, así el frecuente no sólo la obscu-

(1) Aquí nota Rollín que no hay *cosa animada*; porque aunque el remolino del polo *vertex* está en la cabeza, que es parte animada, él no es animado.

rece, sino que la hace enteramente fastidiosa, y continuado viene á dar en alegoría y enigmas. Hay también algunas traslaciones de cosas bajas, como aquello de que poco ha dije: *Verruga de peñascos.* (*De Orat.*, III, 153 y 164.) Otras hay de cosas sucias. Porque si Cicerón dijo con propiedad *sentina de la república*, significando una gavilla de hombres corrompidos, no tengo yo por eso de aprobar también aquello de un orador antiguo: *Cortaste de raíz las apostemas de la república.* Y Cicerón demuestra muy bien que debe tenerse cuenta de que la traslación no sea deforme, cual es llamar á Glaucia *estiércol de la curia.* Ni explique más de lo justo, ni menos, que es vicio más común; ni sea de cosa desemejante. Ejemplos de lo cual encontrará con demasiada frecuencia el que supiere que los tales son vicios. Pero aunque el excesivo número de las metáforas es también cosa viciosa, particularmente lo es cuando todas son de una misma especie. Hay también traslaciones duras, esto es, sacadas de una remota semejanza, como:

Las nieves de la cabeza.—(*Hor.*, lib. IV, od. 13.)

Y. . . . . Los invernizos Alpes
El gran Jove escupió con cana nieve.

(*Hor.*, lib. II, sat. V, v. 4.)

Pero es muy craso error pensar, como hacen algunos, que viene bien aun en la prosa aquello que les es permitido á los poetas, los cuales lo enderezan todo á recrear, y á muchísimas cosas se ven también precisados por la misma necesidad del metro. Mas yo no diría perorando, *Pastor del pueblo* á imitación de Homero. (*Iliad.*, II, 85, etc.) Ni que *las aves nadan por el aire,* ni que *reman con las plumas*, aunque Virgilio haya usado bellísimamente de esta expresión hablando de las avejas y de Dédalo. (*Georg.*, IV, v. 58, *Eneida*, libro VI, 19.) Porque la metáfora, ó debe llenar un hueco, ó si ocupa el lugar de otra palabra debe expresar más que aquella por la que se sustituye.

Lo cual diré casi con alguna más razón de la sinécdoque. Porque la traslación se inventó para mover las más veces los ánimos y caracterizar las cosas y ponerlas delante de los ojos. Esta puede variar la oración de suerte que de una sola cosa entendamos muchos; la parte por el todo, la especie por el género, los antecedentes por los consiguientes ó al contrario; en todas las cuales cosas tienen más libertad los poetas que los oradores. Porque así como en la prosa no sonará mal decir la *punta del acero* por la espada, y el *techo* por la casa, así disonará el tomar la popa por la nave, y el abeto por las pequeñas tablas de escribir. Y además de esto, así como se tomará el acero por la espada, no así el cuadrúpedo por el caballo.

Mas en la prosa se podrá usar sobre todo la libertad de poner un número por otro. Porque Livio dice así muchas veces: *Venció el romano en la batalla* cuando da á entender que han vencido los romanos. Y por el contrario Cicerón á Bruto: *Al pueblo*, dice, *hemos engañado y hemos sido tenidos por oradores*, hablando de sí tan solamente. El cual es un modo de hablar que no sólo adorna las expresiones de un discurso, sino que también tiene cabida en el estilo familiar.

No se diferencia mucho de este género la metonimia, que es poner un nombre por otro nombre. Cuya fuerza está en poner en lugar de aquello que se dice la causa por que se dice. Esta da á entender las cosas inventadas por el inventor de ellas y las contenidas por los continentes, como:

Á Ceres de las olas mareada
Sacan.—(*En.*, I, 181.)

Y Horacio... En la tierra admitido
Neptuno las armadas
Del Aquilón defiende.—(***Art. poét.***, 63.)

Lo cual si se hace al revés resulta mayor dureza.

Mas va á decir mucho el saber en qué términos pod-á

hacer uso del dicho tropo el orador. Pues así como vulgarmente hemos oído decir *Vulcano* por el fuego, y es elegante expresión: *con dudoso Marte se peleó*, así también vemos poner á Baco y Ceres por el vino y por el pan con más libertad de la que permite la seriedad del foro, á la manera que el uso admite el contenido por el continente, como *ciudades de buenas costumbres, vaso apurado* y *siglo feliz*. Á lo contrario de esto rara vez se atrevería alguno á no ser en verso:

Ya el vecino Ucalegón se abrasa.—(*En.*, II, 311.)

Á no ser que tal vez se tome más bien la cosa poseída por el poseedor, como decir que es devorado el hombre cuyo patrimonio ha sido consumido.

Es frecuente también en los poetas y oradores el mostrar la causa por el efecto. Pues los poetas dicen:

La macilenta muerte
Con pies iguales huella,
Las chozas de los pobres,
Y las torres soberbias
De los reyes.—(*Hor.*, lib. I, od. 4.)

Y......... Las enfermedades amarillas,
Y la triste vejez allí habitan.—(*En.*, VI. 275.)

Y un orador dirá: *precipitada ira, alegre juventud, ocio pesado.*

La antonomasia, que pone alguna cosa en lugar de un nombre propio, es de uno y otro modo muy frecuente en los poetas, ya por medio de un epíteto, porque quitado aquel á quien se junta vale tanto como el nombre, como Tydides por Diomedes hijo de Tydeo, Pelides por Anquises hijo de Peleo, y ya por lo particular que hay en cada uno:

El rey del ser humano (1),
Y de los dioses padre omnipotente.—(*En.*, I, 69.)

(1) En lugar de Júpiter.

Y por los hechos en que se señala la persona:

> Que del lecho colgadas
> Dejó aquel hombre impío (1).—*(En.*, IV, 495.)

Aunque los oradores hacen rara vez uso de este tropo, sin embargo alguna vez le usan. Pues aunque no digan Tídides y Pelides, no dudarán poner *el asolador de Cartago* y *de Numancia* por Escipión, y *el príncipe de la elocuencia romana* por Cicerón. El mismo Tulio usó ciertamente de esta libertad: *No en muchas cosas yerras, dijo aquel anciano maestro al hombre más valeroso, y si yerras puedo corregirte.* Porque ninguno de los dos nombres propios está puesto y uno y otro se entienden (2).

La onomatopeya, esto es, ficción de un nombre, tenida por los griegos por una de las mayores virtudes, apenas se nos permite á nosotros. Y hay muchísimos nombres inventados á este tenor por los primeros autores de nuestra lengua acomodando el sonido de ellos á la naturaleza de lo que pretendían expresar, pues las palabras *mugido, silbido* y *murmullo*, de su sonido tuvieron su principio. Después como si todas las cosas hubiesen ya llegado á su total perfección, nada nos atrevemos á inventar nosotros mismos, siendo así que muchas de las palabras que inventaron los antiguos van perdiendo su uso diariamente. Con dificultad nos permitimos las que llaman derivadas, las cuales tienen de cualquier modo su inflexión de las palabras puestas en uso, cuales son: *proscripturit, sullaturit.* Y la expresión *postes laureados* en lugar de *coronados de laurel* son de la misma invención.

Tanto más necesaria es la *catacresis*, que con razón llamamos abuso, la cual á aquellas cosas que carecen de pro-

(1) En lugar de Eneas.

(2) Esto es, Quirón, anciano maestro, y Aquiles su valeroso discípulo.

pio nombre les acomoda el que se les acerca. De esta manera dice Virgilio:

Dando Palas industria á sus engaños,
Un caballo construyen.—*(En.*, II, 15.)

Y entre los trágicos, *et jam leo pariet*, aunque la palabra *leo* significa el león padre. De estas hay mil expresiones, y también puede llamarse *vinagrera* todo lo que tiene figura de vinagrera, y puede también darse el nombre de *pixides* ó de boj á los pequeños vasos de cualquier materia que sean, y el de *parricida* al que quita la vida á su madre ó á su hermano. Mas este tropo debe distinguirse de la traslación, porque cuando falta el nombre es catacresis y cuando se pone otro nombre es traslación.

II. Los demás tropos no se usan ya para mayor expresión ni para dar más fuerza al discurso, sino tan solamente para adornarle.

Porque de hecho le adorna el epíteto, que propiamente decimos que se pone por oposición y algunos le ponen por modo de acompañamiento. Los poetas usan de él con más frecuencia y libertad. Porque para ellos basta que convenga á la palabra á quien se junta, y así en ellos no es reprensible el decir: *Dientes blancos* y *húmedos vinos*. Para un orador si el epíteto no produce algún efecto, se tiene por superfluo. Y entonces logra efecto cuando sin aquello lo que se dice tiene menos alma, cuales son: *¡Oh maldad abominable! ¡Oh liviandad infame!* Mas toda la oración queda adornada, sobre todo con las traslaciones, como cuando se dice: *Desenfrenada codicia* y *locas fábricas*. Suele también hacerse el epíteto de otros tropos que se le juntan como en Virgilio: *La vergonzosa necesidad* y *la triste vejez*. *(En.* VI, 276.—*Georg.*, III, 67.)

Pero es tal la naturaleza de este adorno que, sin los adjetivos la oración queda desnuda y como desaliñada. Sin embargo no ha de hervir en epítetos. Porque se hace dila-

tada y embarazosa, de suerte que en las cuestiones parece semejante á un ejército que tiene tantos vivanderos como soldados, en el cual el número es duplicado, mas no son duplicadas las fuerzas. Aunque no sólo suele añadirse una palabra por epíteto, sino muchas en número, como cuando Virgilio dice:

Anquises valeroso, dignamente
De la alma Venus por marido amado,
De dioses tierno amor, del fuego ardiente
De Troya por dos veces ya escapado.—(*En.*, III, 473.)

Pero aun ni en verso parecen bien dos epítetos unidos á una sola palabra.

Mas hay algunos á quienes absolutamente les parece que este no es tropo, porque ninguna mutación admite. Porque si separares el nombre apelativo del propio, es necesario que por sí sólo signifique y haga antonomasia. Pues si dices: aquel que destruyó á Numancia y á Cartago, es antonomasia; si añadieres Escipión, es aposición. Es, pues, inseparable.

La alegoría, que interpretamos inversión, muestra una cosa en las palabras y otra en el sentido, y también á veces lo contrario, como:

¡Oh nave! nuevas olas
Volveránte á llevar arrebatada
Á la alta mar. ¡Oh! mira lo que haces,
Al puerto con denuedo te retira.—(*Hor.*, lib. I, od. 14.

Y todo aquel lugar de Horacio en que toma la nave por la república, las tempestades de las olas por las guerras civiles, y el puerto por la paz y la concordia.

Úsase en la prosa frecuentemente de semejante alegoría, pero rara vez de modo que toda ella lo sea (1), consta

(1) Ésto es, que rara vez sucede que la prosa toda ella sea alegórica; pues esto es peculiar de la poesía.

ordinariamente de palabras claras. Total es semejante alegoría en Cicerón. *Porque me maravillo y me quejo de que hombre alguno quiera en tanto grado echar á otro á fondo con las palabras que aun á la nave en que él mismo navega dé barreno.* La alegoría mixta es muy frecuente (Cic. *Pro Mil.*, número 5.): *A la verdad entendí siempre que tendría que correr Milón las otras borrascas y tormentas, por lo menos las que hay en el mar alborotado de las juntas.* Si no hubiera añadido *por lo menos las que hay en el mar alborotado de las juntas* sería pura alegoría, mas aquí está mezclada. Por esta mezcla la belleza de este tropo resulta de las palabras trasla dadas y la claridad de las propias.

Pero ningún modo de hablar hay que dé mayor belleza á la oración que aquel en que se halla mezclada la gracia de la semejanza, de la alegoría y de la traslación. *¿Qué estrecho de mar ó qué euripo juzgáis que tiene tantos movimientos, tan grandes y tan diversas agitaciones, alteraciones y tempestades como las revoluciones y tormentas que ocasiona la celebración de las juntas? Un solo día que pase de por medio ó una noche que medie, no sólo lo revuelve todo muchas veces, sino que alguna vez un ligero rumor muda toda opinión.* (Cicer. *Pro L. Mur.*, núm. 17.)

Sobre todo debe también cuidarse de concluir con el mismo género de traslación con que se hubiere comenzado. Porque muchos después que tomaron el principio de una tempestad, concluyen con un incendio ó una ruina; lo cual es una inconsecuencia de cosas la más fea.

Pero la alegoría sirve también frecuentísimamente para los pequeños ingenios y para el lenguaje cuotidiano. Porque aquellas expresiones tan trilladas ya en la defensa de los pleitos: *Venir á las manos, tirar á degüello* y *derramar sangre,* son todas alegóricas, y sin embargo no ofenden. Pues la novedad y variación en el lenguaje son agradables, y causan más deleite si son impensadas. Y por lo tanto hemos pasado ya de raya en estas cosas, y aniquila-

do la hermosura del lenguaje con una desmesurada afectación.

En los ejemplos (1) hay alegoría si no se ponen del modo susodicho. Pues así como se puede decir que *Dionisio está en Corinto,* expresión que todos los griegos usan, así también pueden decirse otras muchísimas cosas á este tenor.

La alegoría que es obscura se llama enigma; vicio (á mi modo de pensar, si es que es virtud el hablar con claridad) de que no obstante hacen uso los poetas:

Díme ahora, pues, en qué parte del suelo,
Y para mí serás el grande Apolo,
Apenas se descubre el claro cielo
El espacio tan sólo de tres codos.

(Virg. *Eclog.*, III, 104.)

Y alguna vez los oradores como Celio que llamó á Clitemnestra Cuadrantaria (2).

Pero aquel tropo en que se muestran cosas contrarias es ironía: llámanla irrisión ó mofa; la cual se conoce, ó por el modo de decir, ó por la persona, ó por la naturaleza del asunto. Pues si alguna de estas cosas no se conforma con lo que suenan las palabras, claro está que se quiere decir cosa diversa de lo que se dice.

Mas cuando con muchas palabras se explica lo que pue-

(1) El sentido es: que los ejemplos por lo regular vienen á parar en alegoría, si se ponen tan reducidos que no se exprese el orden de la historia. Como cuando se dice que los lacedemonios respondieron á Filipo, que les amenazaba con la guerra, *que Dionisio estaba en Corinto;* con cuya expresión significaban la alternativa y mudanza de la fortuna. Porque Dionisio, tirano de los sículos, desposeído de su reino, enseñó en Corinto la música y las letras.—TURN.

(2) Otros leen *Cecilio.* Por la palabra *quadrantaria,* aplicada á Clitemnestra, se entiende alegóricamente una mujer adúltera. Porque el as ó cuadrante era en otro tiempo el precio de la liviandad que se daba á una ramera. Y ninguno ignora que el adúltero Egisto vició á Clitemnestra mujer de Agamenón.—TURNEBO.

de ciertamente decirse con menos ó con una sola, se llama *perífrasis;* esto es, rodeo de palabras; el cual alguna vez se hace necesario cuando se reboza aquello que con su propio término sería una cosa vergonzosa, como cuando Salustio dice: *A la necesidad corporal.* A veces se dirige solamente al ornato, el cual es muy frecuente entre los poetas, como:

Era aquel tiempo en que al primer reposo
Se iban ya los mortales entregando;
Y el sueño, de los dioses don sabroso,
Sin sentirse, el sentido va privando.—*(En.*, II, 268.*)*

Y no es raro entre los oradores, aunque siempre más moderado. Porque todo lo que con más brevedad puede darse á entender y se muestra con el adorno más difusamente, es *perífrasis*, á quien en latín se le ha dado el nombre *circumlocutio,* no acomodado en realidad para significar una virtud del lenguaje. Pero así como cuando se hace con gracia se llama *perífrasis*, así cuando da en vicioso se llama *perissología*, esto es, *lenguaje superfluo.* Porque de estorbo sirve todo lo que nada sirve.

Con razón contamos también entre las virtudes del lenguaje á la *hipérbaton*, esto es, el trastorno de las palabras; el cual frecuentemente requiere la naturaleza y hermosura de la composición. Porque muchísimas veces se hace la oración aspera y dura, lánguida y malsonante si las palabras se reducen á su riguroso orden y se juntan con las inmediatas según se presentan, aun cuando no se puedan unir. Débense, pues, dejar unas para otro lugar y anteponer otras; y como sucede en las fábricas de piedras toscas, cada una debe colocarse en el lugar en que mejor viene. Porque no somos nosotros capaces de recortarlas ni pulirlas de manera que puestas juntas tengan mejor unión entre sí mismas, sino que se ha de hacer uso de ellas tales cuales son, y se les ha de acomodar el puesto

que más les cuadre. Y ninguna otra cosa puede hacer el lenguaje numeroso, sino la oportuna mutación del orden de las palabras.

Pero cuando esta mutación se hace de dos palabras, se llama *anastrofe,* esto es, cierta trasposición, cuales son vulgarmente *mecum, secum;* y entre los oradores é históricos, *quibus de rebus*. Mas cuando por hermosura se pone más separada una palabra, toma propiamente el nombre de *hipérbaton*, como cuando dice (Cic. *Pro Cluent.*, núm. 1): *Animadverti judices, omnem accusatoris orationem in duas divisam esse partes*. Pues si hubiera dicho: *in duas partes divisam esse,* era según el orden natural, pero sería una cosa dura y sin gracia. También hacen los poetas división y trasposición de las palabras, como cuando Virg. dice (*Georg.*, III, v. 385.):

Hyperbores septem subjecta trioni.

lo que de ninguna suerte admitirá la prosa.

En el último lugar he colocado á la hipérbole, que es de un adorno más atrevido. Esta es una ponderación que se aparta de la verdad. Su gracia consiste igualmente en aumentar ó disminuir las cosas. Se hace de muchas maneras. Porque ó decimos más de lo que ha sucedido, como: *Vomitando llenó todo su seno y todo el tribunal de trozos de comida.* (Cic. *Fil.*, II, 63.)

Y dos altos peñascos
A las estrellas altas amenazan.—(*En.*, I, 168.)

O ponderamos las cosas por semejanza, como:

Sin duda creerías,
Que su nativo asiento habían dejado
Las ínsulas Cicladas,
Y andaban por el ancho mar nadando.—(*En.*, VIII, 691.)

O por comparación, como:

Más veloz que las alas de los rayos.—(*En.*, V, 319.)

O como con ciertas señales:

Volara por encima de las mieses,
Sin que doblara las aristas tiernas
Con su volante planta.—(*En.*, VII, 808.)

O por traslación, como aquella misma palabra *volara*.

Algunas veces se hace mayor la hipérbole añadiéndole otra, como cuando Cicerón dice contra Marco Antonio: *¿Qué tan voraz Caribdis? ¿Caribdis digo? la que si existió fué un tan sólo animal. El Océano á fe mía apenas parece haber podido sorberse tan prontamente tantas cosas, tan separadas y puestas en tan distantes lugares.*

Mas me parece haber hallado una exquisita figura de esta clase en el príncipe de los líricos Píndaro en el libro que intituló *Himnos*. Porque éste dice que el ímpetu de Hércules contra los Meropas, que se dice que habitaron en la isla de Cóo, fué semejante, no al fuego ni á los vientos ni al mar, sino á un rayo: para que así como aquello era menos, esto igualase la cosa. Lo que habiendo imitado Cicerón compuso aquello contra Verres: *Por largo espacio estaba en la Sicilia, no aquel Dionisio ni Falaris (porque en otro tiempo hubo en aquella isla muchos y crueles tiranos), sino un raro monstruo de aquella antigua fiereza que se cuenta haber habido en los mismos lugares. Pues no creo que Caribdis ó Scila fueron tan perjudiciales á las naves como éste lo fué en el mismo estrecho.*

Y no son menos los modos de disminuir.

Apenas en los huesos se mantienen.—(*Eclog.*, II, 102.)

Y lo que Cicerón escribe en un pequeño libro jocoso.

Fundum Varre vocat, quem possim mittere funda:
Ni tamen exciderit, qua cava funda patet.

Pero en esto también debe observarse una cierta medida. Porque aunque toda hipérbole es decir más de lo que

se cree, sin embargo no debe ser desmesurada; pues por ninguna otra vía se incurre más en la *cacocelia* ó afectación. Vergüenza causa hacer relación de los muchísimos vicios que de aquí han tenido su principio, con especialidad no teniendo nada de desconocidos ni ocultos. Baste advertir que la hipérbole falta á la verdad, mas no de tal manera, que pretenda engañar con la mentira. Por lo que debe considerarse más hasta qué punto conviene ponderar lo que no se nos cree. Esta ponderación llega muchísimas veces hasta mover la risa; la que si excita, toma el nombre de urbanidad, pero si no de tontería.

Está también en uso esta figura aun entre el vulgo y entre los ignorantes y gente campesina, sin duda porque todos desean naturalmente aumentar ó disminuir las cosas y ninguno se contenta con la verdad. Pero se disimula, porque no afirmamos. Entonces es la hipérbole virtud del lenguaje cuando aquella misma cosa de la que se ha de hablar ha traspasado la medida natural. Permítese, pues, el decir más, porque no es posible el decir cuanto ello es, y tiene más gracia la expresión dando á entender más, que quedándose corta. Pero basta de esta figura, porque ya tratamos más copiosamente este mismo lugar en aquel libro en que expusimos las causas de la corrupción de la elocuencia.

LIBRO NOVENO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS FIGURAS.

I. En qué se diferencian las figuras de los tropos.—II. Qué cosa sea figura.—Las figuras son, ó de sentencias, ó de palabras.—III. Las figuras de sentencias sirven no sólo para probar, sino también para mover los afectos.

I. Habiéndose tratado en el libro anterior acerca de los tropos, síguese el lugar que pertenece á las figuras, que en griego se llaman *schemata;* materia que por su misma naturaleza tiene conexión con la antecedente. Porque muchos han creído que estas eran tropos; pues ó ya tomasen estos el nombre de que en cierto modo tienen su forma, ó de que mudan la oración, de donde también se llaman movimientos: será necesario confesar que lo uno y lo otro de ellos se verifica también en las figuras. El uso es también el mismo. Pues añaden fuerza á las cosas y les dan gracia. Y no falta quien da á los tropos el nombre de figura. Por lo que es más necesario señalar la diferencia que hay entre estas dos cosas. Es, pues, el tropo un modo de hablar trasladado de la natural y primera significación á otra para el adorno de la oración, ó, como los más de los

gramáticos le definen, es una dicción trasladada de aquel lugar en que es propia á aquel en que no es propia. La figura, como por el mismo nombre se ve, es una manera de hablar apartada del modo común y más obvio. Por lo que en los tropos se ponen unas palabras por otras. Mas nada de esto acaece en las figuras. Pues la figura puede formarse en las palabras propias y por su orden colocadas.

II. Mas es grande la diferencia de opiniones que hay entre los autores sobre la fuerza de su nombre y cuántos son sus géneros y especies. Por lo que en primer lugar ha de considerarse qué es lo que debemos entender por figura, pues de dos modos se explica: por el primero entendemos cualquiera forma del concepto, como sucede en los cuerpos, los cuales, cualquiera que sea su composición, tienen seguramente alguna figura. El segundo, que propiamente se llama *esquema,* quiere decir una mutación razonable en el sentido ó en las palabras del modo vulgar y sencillo, como: nosotros nos sentamos, nos recostamos, miramos. Y así cuando alguno viene á concluir continuamente ó con demasiada frecuencia en unos mismos casos, tiempos ó números ó pies, solemos darle por regla que deben variarse las figuras para evitar esta uniformidad. En lo cual nos explicamos de esta manera, como si todo modo de hablar fuese figurado. Y á más de esto, por la misma figura decimos en latín *cursitare* que *lectitare;* esto es, que de una misma manera se conjugan. Por lo que, según aquel primero y común modo de entender, ninguna cosa hay que no sea figurada.

Pero si se ha de dar el nombre de figura á una cierta orma exterior, ó, por decirlo así, á una aptitud de la oración, será preciso entender en este lugar por esquema ó figura aquello que en verso ó prosa se aparta del modo sencillo y obvio de decir. Y de esta suerte se verificará que hay un modo de decir que carece de figuras, el cual vicio no es de los menores, y otro figurado. Dése, pues.

por cosa sentada que figura no es otra cosa que un nuevo modo de decir con algún artificio.

En dos partes se dividen las figuras, á saber: en figuras de sentencias y de palabras. Por lo que así como es necesario que toda oración se componga de concepto y de palabras, así también las figuras.

III. Mas como en lo natural es antes el concebir en el entendimiento las cosas que el producirlas, así debe tratarse antes de las figuras, que pertenecen al entendimiento; cuya utilidad, ciertamente grande y varia, no hay oración alguna trabajada en que con la mayor claridad no se descubra. Porque, aunque parece que la figura con que se dice cada cosa nada importa para probar, hace no obstante creíbles las cosas que decimos y se introduce poco á poco en los ánimos de los jueces por donde no se advierte. Pues así como en el ejercicio de las armas es fácil cosa ver no sólo las asestaduras del contrario y las estocadas rectas y que no llevan malicia, sino también el evitarlas y repelerlas, pero las que se dán por la espalda, y que son ocultas, son más dificultosas de observar, y la habilidad está en hacer creer que acometemos por un lado, cuando asestamos por otro, así también la oración que carece de este artificio pelea con gravedad, peso y ardor; mas cuando disimula y varía de intentos, se le permite acometer por los lados y por la espalda, evitar el golpe de las armas del contrario, y en cierto modo engañarle con la falsa asestadura. A más de esto, ninguna otra cosa hay más acomodada para mover los afectos (1). Pues si la frente, los ojos y las manos contribuyen no poco al movimiento de los ánimos, ¿cuánto más contribuirá á que consigamos lo que pretendemos el adornado semblante

(1) Habla de la multitud y variedad de las figuras, particularmente de aquellas que se llaman de sentencias.—CAPERONIER.

de la misma oración? Sirve, no obstante, muchísimo para la recomendación, ya haciendo amables las costumbres del orador, ya para ganar favor á la causa, ya para disminuir el fastidio con la variedad y ya para indicar algunas cosas con más dignidad ó con más seguridad.

CAPITULO II.

DE LAS FIGURAS DE SENTENCIAS.

I. Qué figuras sirven para probar. Interrogación. Prolepsis. Duda. Comunicación. Suspensión. Concesión.—II. Qué figuras hay acomodadas para excitar los afectos. La exclamación. Licencia. Prosopopeya. Apóstrofe. Hipotiposis. Ironía. Aposiopesis. Etopeya. Disimulo del artificio. Énfasis.—III. Explica qué cosa sea esquema (de donde las controversias se llaman figuradas), la cual se usa por tres razones. 1.ª Cuando es arriesgado el decir abiertamente lo que queremos. 2.ª Cuando no conviene. 3.ª Por solo adorno.

I. Comencemos por aquellas figuras con las cuales la prueba se hace más fuerte y convincente; cosa sencilla es el preguntar de esta manera:

> Pero decidme, en fin, por vuestra vida,
> ¿Quién sois? ¿á qué venís? ¿de qué regiones
> Salisteis?—*(En.*, I, 373.)

Mas hay figura siempre, y cuando la pregunta no se hace precisamente por averiguar, sino para dar más fuerza á lo que se dice. *Porque ¿qué hacía ¡oh Tuberón! aquella tu espada desenvainada en el campo de Farsalia? (Pro Lig.*, número 9.) Y *¿Hasta cuándo has de abusar ¡oh Catilina! de nuestro sufrimiento?* Y *¿No ves que tus designios están ya á todos patentes?* Y finalmente todo este lugar. *(Cat.*, I, número 1.) Porque ¿cuánto más fuego tienen estas preguntas que si se dijese: *Ya hace tiempo que abusas de nuestra paciencia, y están patentes tus intentos?* Preguntamos también

por otros motivos, como por aborrecimiento, al modo que Medea en Séneca:

¿A qué tierras me mandas me encamine?—(v. 453.)

O por compasión, como Sinón en Virgilio:

¿Qué tierra, ¡ay triste! habrá que ya me pueda
En su seno admitir? ¿Qué mares pueden
Servirme de refugio?—*(En.*, II, 69.)

Esta figura admite mucha variedad, porque sirve para la indignación:

¿Y no habrá quien de Juno
La deidad reverencie?—*(En.*, I, 52.)

Y para la admiración:

¡Oh hambre del dinero,
Sacrílega y maldita,
A los mortales pechos
¿A qué males no incitas?

A veces sirve para mandar de un modo más imperioso:

¿No haré que al punto se armen escuadrones?
¿No vendrá en pos de mí todo mi pueblo?

Alguna figura hay también en la respuesta, cuando al que pregunta una cosa se le responde á otra, porque hace más al caso: unas veces para agravar el delito, como preguntado el testigo si el reo le había dado de palos, respondió: y *estando inocente.* Otras veces para evitarle, lo cual es muy frecuente. Pregunto si has quitado la vida á un hombre, y se responde: *á un ladrón.* Si te has apoderado de la heredad, responde: *de la mía.*

Mas no es desagradable la alternativa de preguntarse y responderse uno á sí mismo, como cuando dice Cicerón en defensa de Ligario: *Mas ¿en presencia de quién digo yo esto? Ciertamente ante aquel que sabiendo esto me restituyó no obstante á la república antes de verme.* De otra suerte esta

dispuesta la interrogación en la oración de Cicerón en defensa de Celio: *Dirá alguno: ¿Esta, pues, es la enseñanza que das? ¿De esta manera enseñas tú á los jóvenes?* y todo este lugar. Después dice: *Yo, ¡oh jueces! si alguno ha habido de esta fortaleza de ánimo, de esta natural disposición para la virtud y para la moderación,* etc. Cosa distinta de esta es cuando, después de haber preguntado, inmediatamente se responde sin esperar respuesta del otro: *¿Te faltaba casa? Pero la tenías. ¿Te sobraba el dinero? Pero estabas necesitado.* La cual figura llaman algunos sujeción.

Pero en las causas sirve de mucho la ocupación, que llaman prolepsis, cuando nos adelantamos á hacer la objeción que podían hacernos. Esta figura cae bien en las otras partes de la oración, y en particular en el exordio.

La duda da á la oración alguna probabilidad cuando fingimos que no sabemos por dónde comenzar, ni por dónde acabar, ni qué cosa diremos ó callaremos; de lo que hay ejemplos á millares, pero entre tanto basta uno solo: *A la verdad, por lo que á mí toca, no sé adónde volverme. ¿Diré que no fué una infamia de un tribunal sobornado,* etc. (Cic. *Pro Cluent.*, núm. 4.)

De la cual figura no dista mucho la que llaman comunicación, cuando consultamos á los contrarios mismos, como cuando Domicio Afro dice en defensa de Cloantila: *Pero ella, temerosa, ignora qué es lo que se le permite á una mujer soltera y qué á una mujer casada; tal vez la casualidad hizo que os encontraseis con esta infeliz mujer en aquella soledad. Tú, hermano, y vosotros, amigos de su padre, ¿qué consejo es el que le dais?* O cuando en cierto modo deliberamos con los jueces, lo que sucede muy á menudo, como: *¿Qué aconsejáis? Y á vosotros pregunto: ¿Qué convino hacer por último?* Como cuando dice Catón: *Decidme, ¿si vosotros os hubieseis hallado en aquel lugar, qué otra cosa hubierais hecho?* Y en otra parte: *Haceos cuenta que se trata un asunto común y que vosotros sois los principales que le manejáis.*

Pero cuando usamos de la comunicación, añadimos al fin alguna vez alguna cosa no esperada, lo cual por sí es figura, como cuando Cicerón dice contra Verres: *¿Qué más? ¿Qué juicio es el que hacéis? ¿Pensáis acaso que fué algún hurto ó algún robo?* (*Verr.*, VII, núm. 10.) Después, habiendo tenido por largo rato suspensos los ánimos de los jueces, añadió á lo último lo que era mucho peor. A esto lo llama Celso sustentación. Y es de dos maneras; porque, por el contrario, sucede frecuentemente que después que hemos hecho concebir esperanza de cosas muy graves, descendemos á una cosa leve ó que de ningún modo agrava el delito. Pero, por cuanto no tan solamente suelen hacerse por comunicación, otros la dieron el nombre de *paradojos*, esto es, admirable ó impensada.

Casi del mismo principio dimana la figura que llaman concesión que la comunicación, cuando dejamos á la consideración de los jueces algunas cosas, y otras alguna vez también á los contrarios.

II. Mas las figuras, que son acomodadas para aumentar los afectos, se componen principalmente de la ficción. Porque fingimos que nos enojamos, que nos alegramos, que tememos, que nos admiramos, que sentimos, que nos indignamos, que deseamos y otras cosas semejantes á á éstas. De aquí tienen su principio aquellas expresiones: *Ya he quedado libre de cuidado: He vuelto en mí.* (Cic. *Pro Mil.*, núm. 47.) Y *bien va;* y estas: *¿qué locura es esta?* (*Pro Mur.*, 14.) Y *¡oh tiempos! ¡oh costumbres!* (*Cat.*, I, 2.) Y, *¡Desdichado de mí! pues consumidas las lágrimas, persevera el dolor, no obstante, clavado en el corazón.* (*Fil.*, II, 64.) Lo que algunos llaman exclamación, y la ponen entre las figuras de la oración. Siempre que estas expresiones son verdaderas, no son figuradas en el sentido de que ahora hablamos; pero siendo fingidas y compuestas con arte, deben, sin duda alguna, ser tenidas por figuras.

Lo mismo debe decirse de la oración libre que Cornifi-

cio llama licencia y los griegos *parresia*. Porque ¿qué cosa menos figurada que la verdadera libertad? Pero bajo esta apariencia se oculta frecuentemente la adulación. Pues cuando Cicerón dice en defensa de Ligario: *Comenzada la guerra ¡oh César! y aun hecha ya en gran parte, sin que ninguna fuerza me obligase, me fuí por mi parecer y voluntad á aquel partido que había tomado las armas contra tí,* no sólo mira al provecho de Ligario, sino que no puede alabar más la clemencia del vencedor. Pero en aquel concepto: *Mas ¿qué otra cosa pretendimos ¡oh Tuberón! sino el poder nosotros lo que este puede?* pone admirablemente en buen estado la causa de uno y otro partido; y con esto se gana el favor del César, cuya causa había estado de mala calidad.

Aún son más atrevidas, y como dice Cicerón, de más alma las ficciones de las personas, que se llaman prosopopeyas. Porque no sólo varían la oración primorosamente, sino que también la avivan. Con estas sacamos á plaza los pensamientos aun de los contrarios, como conversando entre sí; lo cual, no obstante, no se hace tan increíble, si fingimos que han hablado, lo que no es una cosa absurda el que les haya pasado por la imaginación. E introducimos nuestras pláticas con otros y las de otros entre sí con verosimilitud; y persuadiendo, reprendiendo, dando quejas, alabando y compadeciéndonos, proponemos como conviene las personas. Y aun se permite en esta especie de figura introducir los dioses y dar vida á los muertos. Las ciudades y los pueblos se introducen también hablando.

Pero en aquellas cosas que la naturaleza no permite, se hace más suave la figura de esta manera: *Puesto que si mi patria, á quien amo yo más que á mi propia vida; si toda la Italia, y si toda la república se explicasen conmigo en estos términos: Marco Tulio, ¿qué es lo qué haces?* (Cic. *Cat.*, I, núm. 18.) Más atrevido es aquel otro modo: *La cual trata contigo de esta suerte; y sin hablarte nada, en cierto modo te dice: Ninguna maldad se ha hecho ya hace algunos años de*

que no hayas sido tú el autor. También es buena ficción la que hacemos representándonos delante de los ojos las imágenes de algunas cosas ó personas, ó cuando nos admiramos de que no les suceda lo mismo á los contrarios ó á los jueces como: *Me parece á mí.* Y *¿No te parece á tí?* Pero estas ficciones deben ser sostenidas con una grandeza de elocuencia. Porque las cosas falsas é increíbles por naturaleza, es preciso que, ó muevan más porque exceden lo que es verdad, ó que se tengan por fingidas porque no son verdaderas.

Mas muchas veces fingimos también las figuras de las cosas que no la tienen, como Virgilio la de la fama (*En.* IV, 474.); como Prodico la del deleite y la virtud (según cuenta Xenofonte (1); y como la de la muerte y la vida, las que introduce Ennio en una sátira altercando.

Cuando el razonamiento deja de dirigirse al juez, lo cual se llama apóstrofe, causa también una moción extraña; ya cuando sorprendemos á los contrarios, como: *Porque ¿qué hacia, ¡oh Tuberón! aquella tu espada en el campo de Farsalia?* O nos movemos á hacer alguna invocación, como: *Ya, pues, á vosotros, collados y bosques de Alba, á vosotros, digo, imploro*, etc. (Cicer. *Pro Mil.* núm. 35.) O cuando nos valemos de ella para hacer odioso á alguno, como: *¡Oh leyes Porcias y leyes de Sempronio!*

Pero aquello de poner una cosa, como dice Cicerón, delante de los ojos, se suele hacer cuando se cuenta un suceso, no sencillamente, sino que se demuestra cómo sucedió, y no todo, sino por partes; lo cual comprendimos en el libro anterior en la evidencia, cuyo nombre dió Celso también á esta figura. Otros la llaman *hipotiposis*, esto es, una pintura de las cosas hecha con expresiones tan vivas,

(1) Refiere Xenofonte, que Prodico fingió que el deleite y el valor habían tenido sus pláticas con Hércules en una soledad, convidándole el uno á la flojedad y el otro á la fortaleza.

que más parece que se percibe con los ojos que con los oídos, como cuando dice contra Verres: *El mismo ya inflamado con su delito y furor viene á la plaza: llamas despedían sus ojos, y por todo su rostro despedía centellas su crueldad.* Y no sólo nos figuramos lo que ya ha sucedido ó actualmente está sucediendo, sino lo que ha de suceder ó debía de haber ya sucedido. Cicerón trata este punto primorosamente en defensa de Milón, diciendo lo que hubiera hecho Clodio si hubiese logrado él ser pretor.

Algunos he encontrado que dan á la *ironía* el nombre de disimulo, el cual como no explica al parecer toda la fuerza de esta figura, nos contentaremos con el nombre griego, del mismo modo que lo hacemos con la misma figura. La ironía, pues, como figura, no se diferencia mucho por su mismo género de la ironía considerada como tropo, porque tanto en la una como en la otra se ha de entender lo contrario de lo que suenan las palabras; mas el que reflexione con más prudencia las especies, fácilmente comprenderá que son diversas.

Lo primero, porque el tropo es más claro; y aunque una cosa suenan las palabras y otro es el sentido de ellas, sin embargo, no finge otra cosa. Porque casi todas las circunstancias que le rodean son sencillas y sin figura, como aquello que dice Cicerón contra Catilina: *Por el cual desechado, te fuiste á vivir á casa de tu compañero Marco Marcelo, hombre muy de bien.* Por último, en dos palabras consiste la ironía; así que el tropo es también más breve. Mas en la figura sucede que la ficción es de la intención, y tiene más de aparente que de clara ó manifiesta; de manera que en el tropo las palabras son diversas unas de otras; pero en la figura es diverso el sentido de lo que las palabras suenan, como en las burlas, y á veces no sólo toda la confirmación ó prueba de un asunto, sino también toda la vida de un hombre parece ser una continuada ironía, cual es la vida de Sócrates. Pues por eso se le dió el nom-

bre de *Eirón*; esto es, el que se hace el ignorante y que se admira de otros, como si fuesen hombres sabios; de manera que así como una metáfora continuada constituye la alegoría, así aquel tejido de tropos forma esta figura.

Ironía es cuando aparentamos mandar ó permitir una cosa que en realidad no mandamos ni permitimos, como cuando Virgilio dice:

Ve, ve á tu Italia y reino deseado,
Hazte á la vela.—(*En.*, IV, 381.)

Y cuando concedemos á los contrarios aquellas cosas que no queremos parezca que ellos tienen. Esto se hace con más fuerza cuando nosotros las tenemos y el contrario no las tiene:

Y tú, Drances, me arguye de cobarde,
Pues que tales montones de troyanos
Ha degollado tu valiente diestra.—(*En.*, I, 383.)

Lo cual vale lo mismo cuando en cierto modo confesamos, ó una falta que nosotros no hemos cometido, ó la que al mismo tiempo recae sobre los contrarios:

¿Consejo di al adúltero troyano,
Cuando metió en Esparta armada mano?

Y no sólo en las personas, sino también en las cosas, se usa esta manera de decir lo contrario de lo que uno quiere que se entienda: como todo el exordio de la oración en defensa de Ligario, y aquellas ponderaciones: *A fe mía ¡Oh buen Dios!*

Por cierto ese trabajo
Tienen ahora los dioses de llamarte.—(*En.*, IV, 359.)

La *aposiopesis*, que el mismo Cicerón llama reticencia, muestra por sí misma los afectos, y aun el de la ira como:

Yo os juro... Mas las olas encrespadas
Importa sosegar. —(*En.*, I, 139.)

Ya el de solicitud ó de cualquiera suerte de escrúpulo. *¿Por ventura se hubiera él atrevido á hacer mención de esta ley, de la que Clodio se gloría haber sido el autor en vida de Milón por no decir en su consulado? Porque de todos nosotros... no me atrevo á decirlo todo.* A cuyo tenor es lo que se contiene en el exordio de Demóstenes en favor de Ctesifonte.

La imitación de las costumbres de otros, que se llama *ethopeya*, ó como otros más bien quieren *mimesis*, puede contarse entre los afectos menos vehementes. Porque ella sirve por lo común para burlas; pero se comete no solamente en los hechos, sino también en las palabras. Por lo que mira á los hechos, se acerca á la *hipotiposis*. Por lo que hace á las palabras, tenemos este ejemplo en Terencio:

Mas adonde tú ibas yo ignoraba:
Llevado se han de aquí la hija pequeña,
La madre la sacó en vez de la suya;
Por su hermana es tenida, y yo deseo
De donde está sacarla,
Y poder á los suyos entregarla.

(*Eunuch* (act. I, scen. II, v. 74.)

Son también cosas gustosas y que contribuyen muchísimo á la alabanza, no sólo por la variedad, sino también por su naturaleza misma, aquellas que, mostrando un cierto lenguaje sencillo y no estudiado, nos hacen menos sospechosos al juez. De aquí tiene su principio un como arrepentimiento de lo que uno ha dicho, como cuando Cicerón dice en defensa de Celio: *¿Mas para qué he introducido yo una tan respetable persona?* Y aquellas expresiones de que usamos vulgarmente, como: *Caí sin advertirlo.* O cuando fingimos que preguntamos lo que hemos de decir, como: *¿Qué resta*? Y *pues ¿qué he omitido?* Y cuando en el mismo lugar dice Cicerón contra Verres: *También aún me resta un solo delito semejante. Y uno después de otro me va ocurriendo.*

De donde también resultan hermosas transiciones, no porque la misma transición sea figura, como Cicerón después de haber contado el ejemplo de Pisón, que había mandado á un platero le hiciese una sortija en su tribunal, refrescando en cierto modo con esto la memoria, añadió: *Este anillo de Pisón me ha servido ahora de aviso, porque todo se me había pasado. ¿A cuántos hombres honrados os parece que ese ha quitado los anillos de oro de los dedos?* Y cuando como que ignoramos algunas cosas: *¿Pero quién, quién decías era el autor de aquello? Dices bien, pues Policleto decían que era.* Lo cual ciertamente no sólo sirve para este fin. Pues mientras á algunos les parece que hacemos una cosa, hacemos otra: así como Cicerón en este lugar echando en cara á Verres la gran codicia que tenía por las estatuas y pinturas, logra el que no le tengan á él por implicado en lo mismo. Y Demóstenes jurando por los que habían sido muertos en Marathón y en Salamina, pretende disminuir el odio que habían concebido contra él por el daño recibido junto á Cheronea.

También se cuenta entre las figuras la *énfasis*, cuando de algún dicho se saca alguna cosa oculta, como en Virgilio:

Pues qué, ¿no pude yo pasar mi vida
Sin culpa á matrimonio no obligada
Cual fiera, que á ninguna ley rendida
Anda de selva en selva?—(*En.*, IV, 550.)

Porque aunque se queja Dido del matrimonio, sin embargo, su pasión viene á declarar que el vivir fuera de matrimonio (1) es más propio de fieras que de hombres. Otra especie de énfasis se encuentra en Ovidio cuando Myrrha declara á su ama de leche el amor de su padre de esta manera:

(1) Vivir fuera de matrimonio; esto es, teniendo muchas mujeres.

¡Oh feliz madre, dijo,
Por tal marido!—(*Metam.*, X, 122.)

III. Semejante, ó tal vez la misma es aquella figura de la que al presente hacemos muchísimo uso (1). Pues ya es preciso venir á tratar de aquella especie de énfasis que es muy frecuente, y que creo se desea muchísimo, en la cual por una cierta sospecha queremos que se entienda lo que decimos, no lo contrario, como en la ironía, sino otra cosa oculta y que el oyente ha de adivinar en cierto modo; lo que los nuestros ya casi solamente llaman figura de donde toman su nombre las controversias figuradas. Úsase de tres maneras. La primera, cuando hay poca seguridad en decir las cosas á las claras. La segunda, cuando no conviene. Y la tercera, que algunas veces se usa por hermosura, deleita por su misma novedad y variedad más que cuando la relación ó narración se hace sencillamente.

1.° El primer modo de usar esta figura es frecuente en las escuelas. En las causas verdaderas que se tratan en el foro jamás ha estado sujeto el orador á esta precisión de callar algunas cosas; pero se encuentra algunas veces otro embarazo semejante y que es mucho más dificultoso para la defensa de algún pleito cuando se hallan de por medio personas poderosas sin cuya reprensión no se puede defender. Y por lo tanto debe esto hacerse con más tiento y circunspección; porque la ofensa, de cualquiera manera que se haga siempre es ofensa. Y la figura descubierta ó manifiesta pierde el mismo constitutivo de figura (2). Y por esta razón algunos no admiten esta doctrina ya se en-

(1) Todo este lugar está tomado del tratado de Dionisio Halicarnaseo, en el que habla de las controversias figuradas ó de las figuras.

(2) Si continuando la figura se hiciese más clara, perdería el nombre de figura. Porque el artificio deja de ser artificio en el puntoen que se descubre.

tienda ó ya no se entienda la figura. Pero se puede en esto guardar un medio. Sobre todo se debe cuidar de que las figuras no sean manifiestas. Y no lo serán si se compusieren de palabras dudosas y que hagan un sentido en cierto modo ambiguo, como son las que se dicen de la nuera sospechosa. *Me he casado con la que agradó á mi padre.* Las mismas cosas han de mover al juez á que adivine lo que le queremos dar á entender, y para que solo esto quede hemos de desechar todo lo demás; para lo que son también muy del caso los afectos, el modo de decir interrumpido con el silencio y con las detenciones. Porque de esta suerte sucederá que el juez se echará á adivinar aquel no sé qué que él mismo tal vez no creería si lo oyese, y lo creerá porque piensa que él es quien lo ha acertado.

Pero aun cuando estas figuras sean muy buenas no deben ser frecuentes. Porque las figuras si se usan muy á menudo se manifiestan por su misma multitud, y además de no desagradar menos, tienen menos autoridad. Y no parece pudor sino desconfianza el no echar una cosa en cara claramente. En suma, de esta suerte con especialidad cree el juez á las figuras si hace juicio de que nosotros lo decimos sin querer. Á la verdad alguna vez vine á dar con tales personas y también con un asunto tal (lo que más rara vez sucede) que no se podía desempeñar sino por este medio. Defendía yo á una reo que se decía había contrahecho el testamento de su marido, y añadían que los herederos la habían entregado una escritura al espirar su marido por la que la cedían los bienes del difunto, y era verdad. Pues como no pudiese por las leyes ser nombrada la mujer por heredera, hicieron esto, á fin de que la tocasen ó viniesen á ella los bienes por medio de este tácito fideicomiso. Y esto era ciertamente fácil de entender si yo lo dijese claramente, pero en este caso perecía la herencia. Así que tuve que disponerlo de manera que los jueces entendiesen aquello como hecho, y los delatores no pu-

diesen conocer cómo lo había dicho, y se verificaron ambas cosas. Lo cual no hubiera yo insertado aquí por no ser notado de jactancia, á no haber querido hacer ver que estas figuras tienen también lugar en el foro.

Con las figuras deben rebozarse algunas cosas que no se pueden probar. Porque alguna vez sucede que está clavada esta oculta saeta, y por lo mismo que no se manifiesta, no se puede sacar. Pero si se dice lo mismo claramente, se defienden, y es necesario probarlo.

2.° Mas cuando nos impide el respeto de la persona (que es el segundo género que hemos establecido), debemos hablar con tanta más cautela, cuanto es mayor la fuerza con que á los buenos les estorba la vergüenza que el temor. Y en este caso creerá el juez que ocultamos lo que sabemos, y reprimimos las palabras que en fuerza de la verdad se nos escapan. ¿Pues con cuánto menos odio mirarán esta desvergüenza en hablar mal aquellos mismos contra quienes peroramos, ó los jueces ó los que se hallan presentes si llegan á creer que nosotros lo repugnamos? ¿Ó de qué sirve el modo con que se ha de hablar cuando el asunto y la intención del que habla se comprenden?

Semejantes son á estas las figuras celebradas entre los griegos, por medio de las cuales dan á entender con más suavidad las cosas desagradables. Así que es opinión que Temístocles aconsejó á los Atenienses *que dejasen en poder de los dioses la ciudad* (1), porque era cosa dura decir que la desamparasen. Y el que quería se emplease el oro de las estatuas de la victoria en beneficio de la guerra, evitó la aspereza de la expresión con decir *que era necesario aprovecharse de las victorias.* Semejante es á la alegoría todo aquello que suena en las palabras una cosa y queremos que se entienda otra distinta.

(1) Valerio Máximo I, *De neglecta religione.*

También está en disputa de qué manera es necesario responder contra las figuras. Algunos han sido de opinión de que se deben siempre descifrar por la parte contraria á la manera que se abre una llaga para descubrir los males ocultos. Y esto debe en verdad hacerse con la mayor frecuencia, porque de otra suerte no se pueden deshacer las objeciones, con especialidad cuando la cuestión se funda en aquello á lo que las figuras se dirigen. Mas cuando solamente son injurias, el no hacer caso algunas veces es prueba de conciencia buena. Y también cuando las figuras fueren tan frecuentes que no se puedan ocultar, debe pedirse si se tiene confianza que los contrarios objeten claramente lo que quisieron dar á entender con aquel modo de decir figurado, ó á lo menos no pretendan que los jueces no solamente entiendan, sino que también den crédito á lo que ellos mismos no se atreven á decir.

3.° El tercer género es en el que sólo se pretende dar más gracia al discurso. Y por lo tanto juzga Cicerón que no mira al punto cardinal de la controversia. Tal es aquella expresión que él mismo usa contra Clodio: *Con cuyos arbitrios éste que tenía conocimiento de todos los sacrificios, creía poder por sí aplacar á los dioses fácilmente* (1). *Pro domo sua.* Género de decir es de muchísimo menos consideración; sin embargo de que se halla en Cicerón contra Clodio: *Con especialidad á la que todos tuvieron más bien por amiga de todos que por enemiga de alguno.* (*Pro Cœlio*, 32.)

(1) Dice esto Cicerón, porque Clodio había asistido al sacrificio de la Buena Diosa, lo que no era permitido á los hombres. Por cuya razón finge con chiste que estaba instruído de lo que pasaba en todos los sacrificios.

CAPITULO III.

DE LAS FIGURAS DE PALABRAS.

I. Dos especies de estas figuras, una gramatical. Alabanza de semejantes figuras. Se alegan algunos ejemplos.—II. Otra retórica, la cual se hace: 1.°, por aumento, duplicación, anáfora, epístrofe, simploce, repetición, la cual es de muchas maneras. Epanalepsis, epanodos, poliptoton, anadiplosis, sinonimia, expolición, polisíndeton y gradación; 2.°, por diminución, sinécdoque ó elipsis, asíndeton, sinezeugmenon ó adyunción; 3.°, ó por semejanza, paranomasia, antanaclasis. Ó por igualdad, parison, omoyoteleuton, omoyoptoton, isocolon. Ó por los contrarios, antíteton.—III. ¿De qué manera se ha de usar de las figuras?

I. Las figuras de palabras no sólo son siempre varias, sino que se van mudando de cualquier manera que el uso prevalece. Y así si hacemos un cotejo del antiguo lenguaje con el nuestro, casi todo lo que hablamos es ya figura, como decir: *huic rei invidere,* no como todos los antiguos y principalmente Cicerón, *han rem;* y *incumbere illi,* no *in illum;* y *plenum vino,* no *vini;* y decimos ya *huic*, no *hunc adulari,* y otras mil cosas. Y ojalá que otros peores modos de hablar no prevaleciesen. Pero las figuras de palabra son de dos especies: á la una llaman modo de hablar, y la otra es muy acomodada para la colocación. Aunque una y otra convienen á la oración, puede no obstante la primera llamarse gramatical, y la otra retórica.

La primera resulta de las especies mismas de donde tienen los vicios del lenguaje su principio. Porque toda figura sería vicio si fuese casual y no buscada con estudio.

Pero por lo común se defiende por la autoridad, antigüedad, costumbre y muchas veces también por cierta razón; y por tanto, apartándose del modo de hablar sencillo y claro, es virtud si contiene alguna cosa probable que seguir. No obstante, en sola una cosa es útil sobre todo, y es que disminuye el fastidio que causa el modo de hablar diario y que se forma siempre de un mismo modo, y nos aparta del estilo vulgar de hablar. La cual si alguno usare con moderación y cuando el caso lo pida, será más gustosa la oración por estar como aderezada con cierta salsa; mas el que usare de ella con demasiada afectación, perderá aquella misma gracia de variedad. Sin embargo de que hay algunas figuras recibidas que casi ya este mismo nombre han perdido, las cuales, aunque fueren más frecuentes, ofenderán menos los oídos acostumbrados ya á ellas. Pues las escogidas y las que están fuera del vulgar estilo y por lo tanto son más excelentes, así como por su novedad excitan la atención, así fastidian con el mucho número, y ellas mismas muestran que no le han ocurrido de pronto al que está hablando, sino que por todos lados han sido buscadas, sacadas y recogidas de todos los escondrijos.

Así que las figuras se forman en los nombres por lo respectivo al género, porque Virgilio dice: *oculis capti talpœ. (Georg.*, I, v. 183.) y *timidi damae. (Eclog.*, VIII, v. 28.); pero es la razón porque uno y otro sexo se dan á entender con el uno de los dos. Porque cosa cierta es que tan masculinos son *talpa* y *dama* como femeninos. Y en los verbos, como *fabricatus est gladium*, y *inimicus punitus est*. Lo cual es menos de admirar, porque es de la naturaleza de los verbos expresar muchas veces de un modo que denota pasión lo que nosotros hacemos, como *arbitror*, *suspicor;* y por el contrario, de un modo que da á entender acción lo que nosotros padecemos, como *vapulo;* y por lo tanto es frecuente la variedad y los más se explican de uno y otro

modo: *Luxuriatur, luxuriat: fluctuatur, fluctuat: assentior, assentio: revertor, reverto.* Hay también figura en el número, ó cuando un plural se pone después de un singular, como: *Gladio pugnacissima gens romani.* Porque una nación se compone de muchos; ó al contrario, como:

Quoi non risere parentes (1),
Nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est.

(*Eclog.*, IV, v. 62.)

Porque entre aquellos que no le halagaron, no admitió el dios á éste á su mesa ni la diosa á su lecho. Y por mutación de partes, como Persio en la sátira 10, del lib. I.

Y este
Nuestro vivir triste veía.

usando del infinitivo en lugar del nombre, porque quiere que por *nuestro vivir* se entienda *nuestra vida.* Usamos también del verbo en lugar del participio, como:

Magnum dat ferre talentum.—(*En.*, V, 248.)

En lugar de *ferendum.* Y del participio en lugar del verbo como *volo datum.*

Estas figuras y las que les son semejantes, que se cometieren por mutación, aumento, diminución y orden, no sólo llaman la atención del que oye, sino que después que está movido por alguna notable figura, no le permiten que se entibie y tienen una cierta gracia por aquella semejanza que tienen con el vicio del lenguaje, á la manera que en las viandas algunas veces el agrio suele ser gustoso. Lo

(1) Es mucho lo que los gramáticos se atormentan en este lugar; porque muchos juzgan que en lugar de *quoi*, ó *qui*, debe leerse *cui* en dativo del singular; mas Quintiliano lo entiende como nominativo del plural, é inmediatamente añade *hunc* en lugar de *hos.*—TURN. (Véase la nota que sobre este lugar trae el P. Carlos Rueo en la interpretación del Virg. (*Eclog.*, IV, v. 62.)

que se verificará si no fueren de un número excesivo ni de una misma especie ó juntas ó frecuentes, porque así como no causan fastidio cuando se ponen con variedad, así tampoco le causan cuando son raras las que se ponen.

II. Aquel género de figuras es más nervioso que no consiste precisamente en el modo de hablar, sino que da no sólo gracia, sino también fuerza á los conceptos.

1.° De los cuales sea el primero el que se hace por adición. Hay muchos géneros; porque las palabras se duplican, ó para amplificar, como: *Quité, quité la vida, no á Spurio Melio (Pro Mil.*, núm. 72.); porque lo uno indica el hecho y lo otro lo afirma, ó para compadecerse, como:

¡Ah Corydón, Corydón!—*(Eclog.*, I, 69.)

Esta misma figura se convierte alguna vez en ironía para disminuir. Tal es la repetición de semejante duplicación después de alguna interjección, pero aun algo más vehemente: *Los bienes ¡ay de mí! (porque apuradas las lágrimas, está el dolor, sin embargo, atravesado en el corazón), los bienes, vuelvo á decir, de Cneo Pompeyo sujetos á la voz cruelísima de un pregonero. (Fil.*, II, núm. 64.) *Vives, y vives no para deponer, sino para confirmar tu atrevimiento. (Catilina.*, I, núm. 4.)

Y muchas comienzan con vehemencia é instancia por unas mismas palabras (1): *¿Ningún cuidado te ha dado ni la tropa que está de guardia por la noche en el monte Palatino, ni las centinelas de la ciudad, ni el temor del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni este lugar, el más fuerte, en donde se tienen las juntas del Senado, ni la vista y semblantes de los presentes? (Cat.*, I, núm. 1.)

Y acaban con las mismas (2). *¿Quién los pidió? Apio. ¿Quién los publicó? Apio. (Pro Mil.*, 59.) Aunque este ejemplo perte-

(1) Esta es la repetición ó anáfora.
(2) Epistrofe.

nece también á otra figura, cuyos principios y fines son entre sí los mismos: *¿Quién?* y *¿Quién? Apio* y *Apio* (1). Cual es lo que Cicerón dice en el lib. IV de su *Retór.*, núm. 20: *¿Quiénes son los que frecuentemente quebrantaron la alianza? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que en la Italia hicieron una cruel guerra? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que han desfigurado la Italia? Los cartagineses. ¿Quiénes son los que piden se les perdone? Los cartagineses.*

También en las contrapuestas ó comparativas suele corresponder una mutua repetición de las primeras palabras (2): *Tú velas por la noche, para dar la respuesta á los que te consultan; él, para llegar á tiempo con el ejército adonde intenta. A tí te pone en movimiento el canto de los gallos; á él el sonido de las trompetas. Tú entablas un pleito; él pone en orden de batalla el escuadrón. Tú cuidas de que los que van á consultarte no sean engañados; él de que las ciudades ni el campamento sean tomados. (Pro Mur.,* 22.) Pero no se contentó el orador con esta gracia, sino que mudó al contrario la misma figura, diciendo: *Él sabe y entiende cómo se han de rechazar las tropas enemigas; tú cómo se han de evitar las aguas que caen del cielo. Él se halla ejercitado en defender los términos; tú en gobernarlos.*

Las palabras que ocupan el medio pueden corresponder también, ó á las primeras, como:

Te nemus Angitiæ; vitrea te Fucinus unda, *etc.*

(*En.*, VII, v. 759.)

O á las últimas, como: *Esta nave cargada del saqueo de Sicilia, siendo también ella misma parte del pillaje*, etc. (*Verres*, VII, 43.) Y ninguno ha dudado que lo mismo puede hacerse repitiendo por una y otra parte las palabras del medio.

Corresponden también las últimas á las primeras, como:

(1) Simploce.
(2) Repetición, la cual se hace de muchas maneras.

Muchos y graves tormentos se han inventado para los padres, y para los parientes muchos. (Verr., XVII, 118) (1).

También es especie de repetición aquella que repite lo que una vez ha propuesto, y lo divide, v. gr.:

> **Llevé á Pelias y á Ifito á mi lado:**
> De los cuales, Ifito
> Estaba ya pesado por los años;
> Pelias entumecido
> Por la herida fatal del duro Ulises.—*(En.,* II, v. 435.)

A la *epanodos*, así llamada en griego, dan los latinos el nombre de *regressio* (2). En ella se toman unas mismas palabras no solamente en un mismo sentido, sino también en el contrario, v. gr.: *La dignidad de los caudillos era casi igual: no era tal vez igual la de aquellos que los seguían.* (Cic. *Pro Lig.,* núm. 19.)

A veces se varía esta repetición por casos y por géneros (3); v. gr.: *Magnus est labor dicendi, magna res est! Pater hic tuus? patrem hunc appellas? patris tu hujus filius es?* De este modo se hace por casos la figura que llaman poliptoton.

La última palabra de la sentencia que antecede y la primera de la que sigue son frecuentemente una misma (4): De la cual figura usan los poetas con más frecuencia: v. gr.:

(1) Esta es la figura llamada *epanalepsis,* que consiste en la repetición que se hace en el principio del concepto que precede, y en el fin del que se sigue, como cuando dice Cicerón en defensa de Marcelo (núm. 17): *Vidimus tuan victoriam prœliorum exitu terminatam: gladium vagina vacuum in urbe non vidimus.*

(2) La *epanodos* consiste propiamente en repetir unas mismas cosas invirtiendo el orden de las palabras, como cuando dice Cicerón *(Pro L. Manil.,* núm. 67): *¿Qué ciudad pensáis ha estado en paz con ellos que fuese rica? ¿ó qué ciudad rica, que estuviese en paz con los mismos?* Y Patérculo en el lib. II, c. 117, dice de Varo, gobernador de Siria: *El cual gobierno dejó rico habiendo entrado en él pobre, y le dejó pobre habiendo entrado rico.*

(3) Esta es la figura llamada poliptoton.

(4) Anadiplosis, ó conduplicación.

Haréis vosotras, musas,
Los versos más magníficos á Galo;
A Galo, cuyo amor tanto en mí crece,
Por horas, *etc.*—(*Eclog.*, X, v. 72.)

Pero no pocas veces la usan los oradores; v. gr.: *Este no obstante vive. ¿Vive digo? Antes bien vino al Senado.* (Cic. *in Catilina.*, I, 2.)

Júntanse también palabras que significan una misma cosa (1); v. gr.: *Lo cual siendo así, prosigue ¡oh Catilina! lo comenzado: sal alguna vez de la ciudad. Abiertas tienes las puertas; marcha.* (*Cat.*, I, 10.) Y contra el mismo en otra parte: *Marchó, salió, se abrió paso, se escapó.* (*in Cat.*, II, número 1.)

Y no sólo se amontonan las palabras, sino también los conceptos, que vienen á ser unos mismos (2); v. gr.: *La ofuscación del entendimiento y ciertas tinieblas originadas de los delitos, y las encendidas hachas de las furias le han excitado á éste.* (Cic. *Pro Mil.*) También se juntan las que significan unas mismas cosas y diversas; v. gr.: *Pregunto á mis enemigos si se ha hecho pesquisa de esto; si se ha averiguado, descubierto, quitado, destruído, aniquilado por mí.* (*Cat.*, II.)

Este ejemplo forma también otra figura (3), la cual, por carecer de conjunciones, se llama disolución, y es muy del caso cuando hacemos mayor instancia, pues se inculcan las cosas de una en una y se hacen como muchas. Y, por lo tanto, hacemos uso de esta figura no sólo en cada una de las palabras, sino también en las sentencias, como Cicerón dice contra la junta de Metelo: *Mandé llamar, asegurar y presentar al Senado á los que eran acusados; en el*

(1) Cuando se juntan muchas palabras que significan una misma cosa se llama sinonimia.

(2) Esta es la expolición. (Véase á Cicerón *pro Lig.*, número 9, y *pro Mil.*, núm. 10.) Puede contarse esta figura entre las de sentencias.

(3) La asindeton.

Senado se hallan presentados. Y todo este lugar. Contraria á ésta es la figura que abunda en conjunciones (1). Aquella otra se llama *asíndeton,* ésta *polisíndeton.*

Consigo el africano pastor lleva
Su casa, y su hogar, también sus armas,
Y perros de Laconia, y la cretense
Aljaba, *etc.—(Georg.*, III, v. 344.)

Una y otra de estas dos figuras vienen á ser un amontonamiento de palabras. El principio es uno solo, porque da más fuerza y eficacia á lo que decimos, y hace que lleve consigo una cierta vehemencia, como de afecto, que con frecuencia se excita vivamente.

La gradación, que se llama *climax,* tiene más claro y afectado el artificio, y, por lo tanto, debe ser más rara. Y ésta misma es también de las de adición, porque repite lo que se lleva dicho y, antes de pasar á otra cosa, se detiene en las primeras. Sáquese el ejemplo de ella del muy conocido griego (2): *Y no sólo no he dicho esto, pero ni aun lo he escrito; y no sólo no lo he escrito, pero ni aun he desempeñado la comisión de mi embajada; y no sólo no la he desempeñado, pero ni aun he persuadido á los tebanos.* Hay, sin embargo, ejemplos latinos eruditos: *Africano virtutem industria, virtus gloriam, gloria æmulos comparavit. (Rhet.*, 4.)

2.° Mas las figuras que se hacen por disminución tienen principalísimamente su origen de la brevedad y novedad; de las cuales una es la sinécdoque (3), cuando alguna palabra que se ha quitado se entiende bien por las demás, como cuando dice Celio contra Antonio: *Stupere*

(1) La polisíndeton.

(2) Demóstenes en la oración que dijo en defensa de Ctesiphonte.

(3) La sinécdoque parece ser la misma que la elipsis, á quien se opone el pleonasmo. *Hunccine hominem? Hanccine impudentiam? Hanccine audaciam?* (en donde se sobreentiende) *feremus.*

gaudio græcus, porque al mismo tiempo se entiende *cœpit*.

Otra figura hay por disminución (1), de la que poco ha se ha hecho mención, á la que se le quitan las conjunciones.

La tercera se llama *sinezeugmenón*, esto es, *adyunción*, en la cual hacen relación á solo un verbo muchos conceptos, cada uno de los cuales, si se pusiese solo, echaría menos el verbo. Esto sucede, ó poniéndole delante de manera que á él se refiera lo demás, como: *Venció la liviandad á la vergüenza, la osadía al temor, la sinrazón á la razón. (Pro Cluent.,* núm. 15.) O sacándole por ilación, de manera que se comprendan en él muchos conceptos, como: *Neque enim is es, Catilina, ut te aut pudor unquam à turpitudine, aut metus à periculo, aut ratio à furore revocaverit.* (*Catil.*, I, núm. 22.) Puede también el verbo ocupar el lugar medio de manera que se refiera á las primeras palabras y á las siguientes.

3.º El tercer género es de aquellas figuras que, ó por alguna semejanza de las palabras, ó por tenerlas iguales ó contrarias, se llevan tras sí la atención y mueven los ánimos. Tal es la que llaman *paronomasia*, que en latín se dice *agnominatio* (2).

Semejante á esta es la *antanaclasis*, que es la contraria significación de una misma palabra. Quejándose Proculeyo de un hijo suyo, que *le deseaba* la muerte, y el hijo se

(1) Esta es la asindeton.

(2) La paronomasia, que se llama en latín *agnominatio*, es la que con sola la adición, susbtracción, transposición ó mutación de una sola ó muchas letras, hace diferente sentido. Por adición, como en Terencio (escena II del acto II de la comedia *Heautontimoramenos*, v. 115): *Tibi erunt parata verba, huic homini verbera.* Por substracción, como cuando Cicerón dice: *Res mihi invisæ, visæ sunt;* y *Oh fortunatam natam me consule Romam!* Por transposición, como: *Consul autem ipse parvo animo, et pravo; facie magis quam facetiis ridiculus.* (Cic. lib. I. *ad Att.*, epis. 10.) Por mutación, como: *Ex aratore orator factus.* (Cic. *Fil.*, III, 22.)

excusase, diciendo que no la *deseaba: Antes bien te suplico,* respondió, *que la desees* (1). Cosa semejante á esta se entiende, no del mismo, sino de diverso sentido, si dices que *es digno del suplicio* aquel á quien tú creíste *digno de supplicio.* De otra manera también unas palabras mismas se ponen ó en diferente significación, ó con la sola mutación de hacerlas largas ó breves, lo cual, aun en las chanzas, es una cosa fría, y me maravillo á la verdad de que se ponga esto entre los preceptos; y así yo pongo ejemplos de ello más bien para evitarlo que para que se imite. *Amari jucundum est, si curetur nequid insit amari. Avium dulcedo ad avium ducit.*

Más elegante es lo que se pone para distinguir la propiedad de una cosa, como: *Hanc reipublicæ pestem paulisper reprimi, non in perpetuum comprimi posse. (Cat., I, 30.)* Y las que por las proposiciones pasan á significar lo contrario, como: *Non emissus ex urbe, sed immissus in urbem esse videatur. (Cat., I, 27.)* Mejor es, y de más fuerza para la oración, aquello que no sólo hace gustosa la figura, sino que también da más alma al sentido, como: *Emit morte immortalitatem.* Con la muerte compró la inmortalidad. Aquella otra expresión: *Non Pisonum, sed pistorum,* y *ex oratore orator,* son menos considerables; pero la más ruin de todas es esta: *Ne patris conscripti videantur circumscripti. Raro evenit, sed vehementer venit.* Así sucede que algún concepto vehemente y agudo recibe alguna hermosura, que no disuena, si se funda en una palabra distinta. ¿Y por qué me ha de impedir á mí el pudor usar de un ejemplo de dentro de casa? Mi padre, contra aquel que había dicho *se immoriturum legationi,* que había de morir en la embajada, ó concluirla bien, y después de gastados pocos días había vuelto sin haber hecho cosa alguna, dijo: *Non exigo uti im-*

(1) Decía Proculeyo á su hijo que le desease la muerte, porque mientras tuviese este deseo estaría él con vida.

moriaris legatione; immorare. No te pido que mueras en la embajada, sino que te detengas. Pues el sentido mismo tiene fuerza, y en expresiones que tanto distan entre sí, hacen una gustosa consonancia una voz, con especialidad si no es traída con violencia, sino que en cierto modo se ofrece naturalmente, haciendo uso de lo uno como de cosa propia y tomando lo otro del contrario.

Gran cuidado tuvieron los antiguos en ganarse el aplauso en el decir, por la igualdad de las palabras y por la contrariedad de ellas. Gorgias fué en esto desmesurado, é Isócrates afluente en la primera edad. Tuvo también en esto sus delicias Marco Tulio; pero no sólo moderó este gusto, nada ingrato (si no fuere con exceso redundante), sino que al asunto, que por otra parte era de poca consideración, le dió gravedad con el peso de las sentencias. Porque una afectación que por su naturaleza es fría y vana, si viene á parar en conceptos de agudeza, parece natural, no sobrepuesta.

Casi de cuatro maneras son las palabras iguales unas á otras. La primera es cuando se busca una palabra semejante á otra ó no muy desemejante, como:

Puppesque tuæ, pubesque tuorum.—(*En.*, I, 403.)

Y Cicerón, en defensa de Cluencio (núm. 4.): *De esta manera en esta infeliz fama, como en alguna perniciosísima llama.* Y en otra parte: *Non enim tam laudanda spes, quam res est.* O cuando hay igualdad por la consonancia de las últimas sílabas, como: *Non verbis, sed armis.* Y siempre que esto ocurre en conceptos agudos causa hermosura, como: *Cuantum possis, in eo semper experire ut prosis.* Esto es lo que los griegos llaman *parison*, como los más han creído.

La segunda, llamada *omoyoteleuton* (6), consiste en que rematando de un mismo modo una cláusula, colocadas las

(1) *Omoyoteleuton* es lo mismo que *similiter desinens*.

palabras de un mismo sonido en la última parte, haga semejante el remate de dos ó más sentencias, v. gr.. *Non modo ad salutem ejus extinguendam, sed etiam gloriam per tales viros infringendam.* (Cic. *Pro Mil.*, 5.)

La tercera es la que termina en unos mismos casos, y se llama *omoyoptoton* (1), como se halla en Afro: *Amisso nuper infelicis aulæ, si non præsidio inter pericula; tamen solatio vitæ inter adversa.* Aquellas parecen las mejores en las que los remates de las sentencias corresponden á los principios, como en este ejemplo: *præsidio, solatio.*

Han de constar también de miembros iguales, que es el cuarto modo, el cual se llama *isocolon,* v. gr.: *Si quantum in agro, locisque desertis audacia potest, tantum in foro, atque judiciis impudentia valeret:* esta es isocolon, y contiene también la omoyoptoton: *non minus nunc in causa cederet Aulus Cæcina Sexti Ebutii impudentiæ, quam tum in vi facienda cesit audaciæ* (Cic. *Pro Cæcin.*, I.), isocolon, omoyoptoton y omoyoteleuton. Júntanse también á estas figuras aquella otra cuya gracia he dicho que consiste en repetir unos mismos nombres en casos diferentes: *Non minus cederet, quam cessit* (2).

La contraposición llamada antíteton se hace de varias maneras. Porque se hace cuando de una en una las palabras se oponen unas á otras, como: *Venció á la honestidad la liviandad, al temor el atrevimiento, y á la razón la locura.* (Cic. *Pro Cluent.*, núm. 15.) Y ya cuando de dos en dos se oponen á otras dos, como: *No es propio de nuestro ingenio; propio es de vuestra protección.* (*Pro Cluent.*, 5.), y cuando las sentencias se oponen á las sentencias, como: *Domine en las juntas, esté humillado en los tribunales. Aborrece el pueblo romano el privado lujo, y hace aprecio de la pública magnifi-*

(1) *Similiter cadens.*

(2) Según el ejemplo latino parece que debería añadir el autor y repetir un mismo verbo en diferentes tiempos, porque el *cedere* y el *cesit* no son nombres.

cencia. (Pro Murem., 76.) También se hace tomando aquella figura por la que se repiten los conjugados y se llaman *antimetábole,* como: *No vivo para comer, sino que como para vivir;* y la que en Cicerón está mudada de tal suerte, que teniendo mutación de caso remata aun de un mismo modo: *Ut in judiciis, et sine invidia culpa plectatur, et sine culpa invidia ponatur.* Lo cual termina con el mismo tiempo del verbo, como cuando Cicerón dice de Sexto Roscio: *Etenim cum artifex ejusmodi sit, ut solus dignus videatur esse, qui scenam introeat; tum vir ejusmodi est, ut solus videatur dignus, qui eo non accedat.*

III. Acerca de las figuras añadiré en breves palabras, que así como puestas á su debido tiempo adornan la oración, así también son la cosa más inútil si se usan sin moderación. Algunos hay que no haciendo caso alguno del peso de las cosas y de la fuerza de las sentencias, se persuaden de que son muy consumados oradores con sólo corromper de esta manera aun las vanas expresiones, y por lo tanto no dejan de juntarlas; y es una cosa tan ridícula hacer uso de las tales expresiones que carecen de concepto, como buscar vestido y ademán en lo que no tiene cuerpo.

Pero ni aun las figuras que dicen bien en la oración se han de usar con demasiada frecuencia. Porque el mudar de semblante y volver los ojos vale mucho en la acción; pero si alguno no cesase de poner el semblante de una manera extravagante y mover continuamente los ojos y la frente se le reirían. Y así la oración ha de tener un como semblante derecho (1), el cual así como no puede dar en

(1) Por medio de esta semejanza tomada de la acción oratoria, pretende Quintiliano demostrar que la oración, ni ha de componerse toda de expresiones ordinarias y sencillas, ni tampoco ha de ser toda ella una continuación de figuras, sino que debe guardar un buen medio, conforme á la naturaleza del asunto.

estupidez por falta de acción y movimiento, así también se ha de contener con más frecuencia en aquel aspecto que le dió naturaleza.

Mas sobre todo se debe tener presente para perorar qué es lo que requiere el lugar, el tiempo y la persona. Porque la mayor parte de estas figuras sirven para deleitar. Mas cuando hay que pelear con las armas de la atrocidad, del odio y de la compasión, ¿quién sufrirá á uno que se irrita que llora y que suplica con contraposiciones y con palabras que terminan de una misma manera y son en todo semejantes? ¿Y más cuando en estos casos el cuidado de las palabras desacredita á los afectos, y siempre que se ostenta el artificio se juzga que se falta á la verdad?

CAPITULO IV.

DE LA COMPOSICIÓN.

I. Por qué escribe acerca de la composición después de Tulio.—Refuta la opinión de los que están empeñados en que la oración desaliñada es más natural y varonil.—Sirve la composición para la delectación y para la moción de los afectos.—También tuvieron cuenta con ella los antiguos.—II. De dos maneras es la oración, la una atada y la otra suelta.—En la composición se atiende al orden, juntura ó conexión y número.—III. Del orden en cada una de las palabras y contextura de ellas.—IV. De la unión.—Esta se halla en los incisos, miembros y períodos. Primeramente de la unión en las palabras, y después de los incisos y algunas cosas acerca de los miembros.—V. Del número oratorio. 1.º En qué se diferencia del poético.—División de éste.—2.º Se hace elección de palabras para la composición.—Razón de los pies más dificultosa en la prosa que en el verso.—3.º El oratorio resalta en el fin y en el principio: también sirve en el medio.—4.º No haya verso alguno en la prosa.—5.º De los pies y de su estructura.—6.º De qué manera se ha de procurar que la composición sea numerosa.—7.º De qué especie de composición, y en qué lugar se ha de usar; y en este mismo lugar trata de los incisos, miembros y períodos.

I. A la verdad no me atrevería á escribir acerca de la composición después de Marco Tulio (quien no sé si trabajó más parte alguna de esta materia), á no haberse atrevido los hombres de su mismo tiempo á reprenderle aun por escrito este modo de colocar las palabras (1), y á no

(1) Calvo en una carta que escribió á Cicerón le llamó lánguido y sin nervio: Bruto dijo de su estilo que no tenía vigor ni

haber dejado escrito muchas cosas pertenecientes á esto mismo. Y así en lo más me conformaré con Cicerón, y me detendré menos en aquellas cosas en que no hay que dudar: en algunas quizá me apartaré algún tanto. Porque aun cuando mostrare el juicio que yo hago, dejaré no obstante libre á los lectores el suyo.

Y no ignoro que hay algunos que excluyen todo el cuidado de la composición, y están muy empeñados en defender que aquel lenguaje aspero y que carece de estudio, tiene unas veces más de natural, y otras también más de varonil. Los cuales si no llaman natural sino á aquello que tuvo su primer principio de la naturaleza, y cual era antes de llegar á su perfección, toda esta arte de perorar se destruiría. Porque ni los primeros hombres hablaron según esta regla y cuidado, ni supieron conciliarse la atención con los exordios, ni enseñar con la narración, ni probar con las razones, ni mover con los afectos. Pues de todas estas cosas carecieron, no de sola la composición; de todo lo cual si es cierto que ninguna cosa les era permitido mejorar, tampoco les fué cosa precisa trocar las chozas por las casas, ó las zamarras por los vestidos, ó los montes y selvas por las ciudades. ¿Qué arte, pues, lo fué ya desde su principio? ¿Qué cosa no adquiere perfección con el ejercicio? ¿Por qué razón amugronamos las vides? ¿Por qué las cavamos? ¿Y por qué escardamos las tierras? Pues la tierra todo lo cría. ¿No amansamos los animales? Pues ellos nacen indómitos. Digamos, pues, que aquello es sobre todo más natural que la naturaleza permite que se haga con la mayor perfección.

¿Mas de qué modo puede la composición tener más fuerza que teniendo unión y buena colocación? Pues si los

fuerza, y así era uno de los que desaprobaban el modo de pensar de Cicerón en orden á la composición.—Turn. Los que escribieron también sobre esta materia fueron Cornificio, Estertinio, Galión, Celso, Lenate, Plinio y Rutilio.

cortos pies, como los sotadeos, galiambos (1), y algunos otros que con casi igual libertad se oponen á la majestad de la oración quitan la fuerza á las cosas; ¿no debe esto atribuirse á vicio de la composición? Por lo demás, cuanto más impetuosa es la corriente de los rios por una madre inclinada, y que ninguna detención ofrece, que la de las aguas que se quebrantan y van como violentas por entre los peñascos que les impiden su corriente, tanto mejor es la oración que tiene unión y que circula con todas sus fuerzas, que la que es escabrosa é interrumpida. ¿Por qué razón, pues, se ha de juzgar que con la hermosura se le quita el nervio á la oración, siendo así que ninguna cosa hay que sin el arte tenga alma, y que del arte es siempre inseparable compañera la hermosura? ¿Pues por ventura no vemos ir primorosísimamente dirigida la lanza que despidió con toda arte? ¿Y cómo cuanto más acierto tiene la mano de los que tiran las saetas con el arco, tanto más agraciado es el hábito que adquieren? Pues en el ejercicio de las armas y en toda lucha, ¿qué golpes son los que evita ó da con el debido acierto aquel que en los movimientos no observa regla alguna, y ni una cierta medida de los pies? Por lo que la composición en las sentencias hace, según mi juicio, lo que la correa en la lanza y el nervio en el arco, que se disparan con mayor vehemencia.

Así es que todo hombre por muy erudito que sea, está persuadido de que ella sirve muchísimo, no sólo para deleitar, sino también para mover los ánimos. Lo primero, porque ninguna cosa puede llegar al corazón cuando inmediatamente ofende al oído, que es como la primera en-

(1) Sotadeos llaman á aquellos versos que unas veces son yámbicos, otras trocaicos, otras dactílicos, otras anapésticos; y se leen también al revés y forman otra especie de verso.—TURN. Los galiambos son los versos trocaicos de que usa Terencio: algunos leen poliambos, los cuales son los versos yámbicos, que se leen también hacia atrás.

trada; y lo segundo, porque naturalmente somos inclinados á la música. Porque de otra manera no sucedería que las voces de los instrumentos músicos, aun sin hablar palabra, excitasen no obstante en quien los oye, ya unos ya otros movimientos. En los sagrados fuegos no de una misma manera se ponen en movimiento y le serenan los ánimos, y diferentes tonos usan cuando han de tocar á la arma que cuando han de suplicar teniendo doblada la rodilla, y no es el mismo el toque de las trompetas cuando marcha el ejército á batalla que cuando tocan á la retirada. Fué costumbre de los Pitagóricos excitar sus ánimos al son de la lira después de haber despertado, á fin de estar más animosos para trabajar; y para conciliar el sueño solían del mismo modo serenar antes las potencias al son de la misma lira para poner en tono los alborotados pensamientos del alma.

Pues si la música y los compases de ella tienen una cierta oculta fuerza por la composición, la que la oración tiene es vehementísima; y cuanto va á decir el expresar un mismo pensamiento con estas ó aquellas palabras, otro tanto hace al caso con qué composición se han de unir unas palabras mismas en el discurso del período, ó con cuáles se ha de concluir. Porque sola esta virtud hace recomendables á algunas palabras que encierran pocos conceptos, y son de una mediana elocución. Por último, cada uno desuna y trastorne lo que á su parecer está dicho con nervio, dulzura y elegancia; y verá cómo le falta toda la energía, suavidad y hermosura. Cicerón desune algunos períodos en su *Orador: Nan neque me divitiæ movent, quibus omnes Africanos, et Lœlios multi venalitii, mercatoresque superarunt.* Múdense algún tanto de manera que diga: *multi superaverunt mercatores, venalitiique;* y después los períodos siguientes, los cuales si de aquella manera se trastornaren, será lo mismo que arrojar dardos quebrados ó puestos al través. Corrige el mismo lo que juzga que

compuso Graco con más dureza. A él le está bien esto: nosotros contentémonos con ordenar las palabras más desunidas que se nos ofrecieren. Porque ¿á qué fin se han de buscar ejemplos de lo que cada uno puede experimentar por sí mismo? Sólo tengo por suficiente el notar que cuanto más hermosas sean las expresiones que se trastornaren, ya por su concepto y ya por la elocución, será la oración tanto más deforme. Porque por la misma claridad de las palabras se conoce el descuido de la colocación.

Por lo que así como confieso que los oradores han rayado hasta lo sumo en el modo de componer, así también soy de dictamen que los antiguos tuvieron también cuenta con la composición, en cuanto á lo que hasta entonces habían adelantado. Así que Cicerón, aunque autor grave, no me persuadirá que Lisias, Herodoto y Tucídides se cuidaron poco de ella. Quizá no seguirían el mismo estilo que Demóstenes ó Platón, sin embargo de que aun estos mismos fueron entre sí desemejantes.

Pues no era regular el corromper aquel estilo sutil y extraño que usa Lisias con otro género de decir más numeroso, porque hubiera perdido la singular gracia que en él se advierte de un estilo sencillo y nada afectado, y al mismo tiempo se hubiera hecho inverosímil. Porque él escribía para otros; no era él mismo el que lo hablaba, de manera que por acomodarse á las personas parecía en sus discursos desaliñado y descompuesto, que es lo mismo en que consiste la composición.

Pero á la historia, que debe contar los hechos con ligereza y prontitud, le hubieran sido menos convenientes las cláusulas detenidas y la debida respiración en las acciones y el modo de comenzar y concluir las sentencias. En los razonamientos encontrarás también algunas que rematan de un mismo modo y otras al contrario; mas en Herodoto verás cómo todas no sólo corren con suavidad, sino que el mismo dialecto causa tal placer, que parece abraza

en sí también los tonos de la música. Pero acerca de los estilos trataremos poco después. Ahora diremos lo que deben aprender primero los que quieran componer bien.

II. Ante todas cosas, pues, la oración es de dos maneras; una trabada y unida, y la otra libre como la que se usa en los razonamientos y en las cartas, á excepción de las que tratan de alguna materia que es sobre su esfera como de la filosofía, de la república y cosas semejantes. Y no digo esto porque aquel lenguaje suelto no conste también de algunos y tal vez más dificultosos pies; porque en el lenguaje común ni en una carta no se admite esta concurrencia de vocales ni la falta de número (1), sino porque no tiene fluidez ni conexión, ni deducen unas palabras de otras, de manera que en él más bien debe decirse que el enlace es menos ajustado, que el que carece de él enteramente. En los asuntos de menos consideración no dice mal también alguna vez aquella misma sencillez que consta no de ésta sino de otra armonía y la disimula contentándose con sólo dar más fuerza á la oración ocultamente.

Mas aquella otra oración continuada y conexa se compone de tres partes: de incisos, que los griegos llaman comas, de miembros ó colones y período, que es lo mismo que círculo, rodeo ó continuación ó conclusión. Y en toda composición deben necesariamente concurrir estas tres cualidades: orden, unión y armonía.

III. Sea, pues, lo primero acerca del orden. Este consiste en tener cuenta con cada una de por sí de las palabras y con la contextura de ellas. Cada una de por sí consideradas son lo que ya dijimos que los griegos llaman asín-

(1) Quiere decir que aunque el lenguaje común y estilo de una carta no requiere tanta armonía en la colocación de las palabras, como el número oratorio, con todo debe evitarse como vicio toda concurrencia de letras ásperas, y sílabas que tropiezan unas con otras.

deton ó sin unión ni conjunciones. En esta se debe cuidar que la oración no disminuya el concepto, ni á una expresión de mucha alma se sustituya otra de menos energía, como decir ladrón en vez de sacrílego, ó desvergonzado por ladrón. Porque deben aumentarse y elevarse los conceptos como lo que bellísimamente dice Cicerón (*Fil.* II, núm. 63): *Tú con esas fauces, con esos lomos y con esa firmeza de todo el cuerpo propia de un gladiador.* Porque después de una grande se sigue otra mayor. Pero si hubiera comenzado por todo el cuerpo, no era bien descender á los costados y á las fauces. Hay también otro orden natural, que consiste en poner antes los varones que las hembras, el día que la noche, el Oriente que el Occidente: mejor que al revés. Algunas palabras hay que mudado el orden se hacen superfluas, como cuando se dice: *hermanos mellizos;* pues si se pone antes la palabra *mellizos*, ya no es necesario el añadir *hermanos.* Escrupulosa y excesiva fué la observación de algunos de que los nombres estuviesen delante de los verbos, los verbos asimismo delante de los adverbios, los sustantivos delante de los adjetivos y pronombres; pues frecuentemente se ponen también al contrario, no sin hermosura. También es demasiada superstición dar la primacía de orden á las cosas según el tiempo de cada una de ellas, no porque frecuentemente no sea esto lo mejor, sino porque á veces son de más consideración las cosas que han sucedido antes, y por lo tanto se deben contar después de las de menos importancia.

Cosa bellísima es cerrar el sentido de la oración con el verbo si lo permite la composición, porque en los verbos está la fuerza del razonamiento. Pero si esto disuena al oído, esta razón debe ceder á la armonía, como muy frecuentemente sucede entre los más consumados oradores griegos y latinos. Porque sin duda todo verbo que no cierra bien el período es hipérbaton. Esto mismo está admitido entre los tropos ó figuras que sirven para dar firmeza

á la oración. Pues los verbos no se conforman con la medida de los pies, y por lo tanto se mudan de un lugar á otro para juntarlos en donde vienen mejor: como en una fábrica de piedras toscas, aun su misma desigualdad hace que unas piedras se adapten á otras y queden acomodadas. Sin embargo, aquel razonamiento es el más bien acabado en que concurren el buen orden, competente unión, y además de estas virtudes una oportuna armonía en el remate de los períodos.

Pero hay algunas digresiones que son demasiado largas; como en los anteriores libros hemos dicho, y á veces son por su composición defectuosas, las cuales se dirigen solamente á resaltar y manifestarse más en la oración, como son aquellas de Mecenas: *Con el sol y con la aurora muchísimas cosas toman el color rojo. Durante los sacrificios movió el agua los fresnos. Ni aun yo solo entre los más infelices vería mis exequias.* Esto último entre todo lo dicho es el mayor despropósito, porque en un asunto triste es inútil la composición.

Muchas veces se encierra algún concepto grave en una palabra que si se oculta en medio de la oración, suele pasarse sin advertirlo y confundirse con las demás que acompañan; mas colocada en la cláusula se le señala al que está oyendo y se le queda impresa, cual es aquella expresión de Cicerón: *Ut tibi necesse esset in conspectu populi romani vomere postridie.* Múdese esto último y tendrá menos alma. Pues de todo el hilo de la oración está aquí como la mayor agudeza en añadir á la necesidad de vomitar, que por sí es una cosa fea y que ya nada deja que esperar, esta otra deformidad de que no podría detener la comida al día siguiente.

Esto me parece que se debía decir como en compendio acerca del orden, el cual si es defectuoso, aun cuando la oración tenga unión y competente cadencia, con razón no obstante se dirá que carecen de composición.

IV. Síguese la unión; ésta se halla en las palabras incisos, miembros y períodos. En todas estas cosas hay virtudes y vicios. Y para seguir el orden ocupan el primer lugar aquellas palabras que aun á los ignorantes les parecen dignas de reprensión; tales son aquellas que juntas dos entre sí de la última sílaba de la palabra que precede y de la primera de la que sigue, forman algún nombre que tiene fealdad (1). Después se sigue el concurso de las vocales, el cual, cuando se verifica, es preciso abrir frecuentemente la boca para la pronunciación de ellas, y la oración se hace pesada y dificultosa. Muy mal sonido harán las palabras largas en que se juntan entre sí unas mismas letras. También será notable la abertura de boca para la pronunciación de aquellas que se pronuncian con todo el hueco y extensión de la boca. La *E* es una letra más llena, la *I* de menos sonido, y por lo tanto en las palabras causa el vicio de mayor obscuridad. Menos errará el que colocare las breves después de las largas, y aun el que anteponga una breve á una larga. El tropiezo de dos breves es muy pequeño, y cuando se juntan unas después de otras, serán más ásperas según se pronunciaren con semejante ó con distinta abertura de boca.

Sin embargo, no se ha de temer esto como si fuera un gran delito, y no sé cuál es peor en esto, si el total descuido ó el demasiado cuidado. Porque el temor es preciso que impida la vehemencia de decir y que retraiga de lo mejor. Por lo que así como es efecto de negligencia este concurso de vocales, así también lo es de apocamiento el temer en todas las cosas. Y con razón gradúan todos por demasiado solícitos en esta parte á los imitadores de Isócrates, y con especialidad á los de Teopompo. Pero Demóstenes y Cicerón se portaron con moderación en esta parte. La concurrencia pues de las vocales, que se llama sinalefa

(1) Tales son: *Dorica castra, cæca caligine, quærere regna.*

hace también la oración más suave que si todas las palabras concluyesen con su terminación, y alguna vez parecen bien las palabras para cuya pronunciación es necesaria la abertura de la boca, y dan alguna grandeza á la oración, como: *Pulchra oratione acta omnino jactare.* Además de esto las sílabas de su naturaleza largas, y por decirlo así más crasas, gastan también algún medio tiempo entre las vocales como si se hiciese una parada. Sobre lo cual usaré principalmente de las palabras de Cicerón: *Tiene,* dice, *aquella como boqueada y concurso de vocales una cierta pesadez que indica descuido no desagradable de un hombre que se afana más por lo principal del asunto que por las palabras.* (Cic. *Orat.*, 77.)

Pero también las consonantes, y con especialidad aquellas que son más ásperas cuando se juntan en las palabras, hacen mala consonancia, y las que terminan en *s* teniendo cerca la *x* cuyo sonido es más triste si se tropiezan dos á un tiempo, como *ars studiorum.* Que fué el motivo que tuvo Servio para quitar la letra *s* siempre que estaba al fin de la dicción y se había de encontrar con otra consonante. Lo que reprende L. Afranio y lo defiende Messala. Pues creen que Lucilio no usa de la misma final cuando dice: *Serenu' fuit, et dignu' loco.* Antes bien Cicerón en su *Orador* dice que muchos de los antiguos hablaron de este modo. De aquí tuvo su principio el decir *belligerare po' meridiem*, y aquella expresión de Censorio Catón *die' hanc*, suavizando igualmente la *m* con la *e*. Lo que los ignorantes suelen mudar cuando lo encuentran en los libros antiguos, y queriendo reprender la ignorancia de los copiantes, hacen patente la suya. Y aquella misma letra siempre que está en el fin de la dicción y de tal manera tropieza en la vocal de la palabra que se sigue que pueda confundirse, aunque se escribe, es poco lo que se expresa, como: *Multum ille. Quantum erat.* De suerte que casi da el sonido de alguna nueva letra. Porque no se quita, sino que se

ocúlta, y tan solamente sirve como de alguna señal entre las dos vocales para que ellas mismas no se junten.

También se debe cuidar de que las últimas sílabas de la palabra que antecede no sean las mismas que las primeras de la siguiente, para que ninguno se maraville de que esto se ponga entre los preceptos, sepa que á Cicerón se le escapó esta expresión en las cartas: *Res mihi inviasæ visæ sunt, Brute.* Y en verso: *¡Oh fortunatam natam me consule Romam!*

Las dicciones de una sola sílaba, si son muchas, harán muy mala unión; porque es preciso que la composición cortada en muchas cláusulas parezca que va á saltos. Y por la misma razón debe evitarse la concurrencia de palabras y nombres cortos, y al contrario también de las largas, porque causan una cierta pesadez en la pronunciación.

Iguales defectos son si se juntan muchas palabras que terminan en unos mismos casos, ó muchos verbos en unos mismos tiempos, ó nombres que tienen una misma declinación. Ni es bien que después de un verbo se sigan otros verbos, ó unos nombres después de otros y cosas semejantes, porque aun las mismas virtudes del lenguaje se hacen fastidiosas, sin el auxilio de la hermosura que les da la variedad.

La unión de miembros ó incisos no se ha de observar del mismo modo que la de las palabras, sin embargo de que en éstas se juntan también los extremos con los principios. Pero es muy del caso en la composición saber qué palabras se han de anteponer á otras. Pues el decir: *Vomitando pedazos de comida que apestaban á vino, se llenó todo el seno y todo el tribunal (Fil.*, II, 63.) (1), y, por el contrario (pues

(1) Construcción defectuosa de palabras. Tal vez falta alguna cosa. El sentido no es enteramente obscuro. En el primer ejemplo la misma grandeza de las cosas requería que siguiese este orden: *gremium suum, et totum tribunal implevit.* Por el contrario en el segundo, si hubiera invertido el orden, se elevaba

usaré frecuentemente de unos mismos ejemplos, aun de cosas diversas, para que se hagan más familiares): *Las peñas y soledades corresponden á la voz, las bestias fieras muchas veces se amansan y se paran con el canto:* este modo de hablar sería más elevado si se invirtiese; porque, aunque es más conmoverse las peñas que las bestias, tiene, no obstante, su hermosura esta composición.

V. Pero pasemos á tratar de la armonía. Toda composición, medida y unión de voces se compone de números (por números quiero que se entienda el ritmo) ó de metro; esto es, de con cierta medida.

1.° Aunque el ritmo y el metro se componen de pies, sin embargo, no es poco en lo que se diferencian; porque los ritmos, esto es, los números, constan de espacios de tiempo, y los metros también de orden; y, por lo tanto, lo uno parece de cantidad, lo otro de calidad. El ritmo es igual, como el dáctilo, porque tiene una sílaba igual á dos breves. La misma fuerza tienen otros pies, pero á sólo él se da este nombre. Y aun los muchachos saben que para la pronunciación de la sílaba larga se requieren dos tiempos, y para la de la breve sólo uno. O es séxcuplo (1), como el peón, cuya fuerza consiste en una larga y tres breves, y el opuesto á él, que se compone de tres breves y una larga, ó de cualquier otro modo, unidos tres tiempos á dos hacen un séxcuplo. O doble, como el yambo, porque se compone de una breve y una larga, y el opuesto á él. Llámanse mé-

más la oración: *porque mayor cosa es que los peñascos respondan a la voz, que el que las bestias se amansen con el canto.* Mas el orden de la composición pedía este orden para que la oración tuviese una cadencia más numerosa.

(1) Séxcuplo es propiamente lo que tiene un número, peso ó medida y su mitad más. De aquí es que lo que contienen seis cuantidades ó seis números, que es lo que llaman senario es séxcuplo del número de cuatro ó del cuaternario, porque contiene en si el mismo cuatro, y su mitad más que son dos, y que en todo componen seis.

tricos estos pies; pero hay esta diferencia, que en el ritmo es cosa indiferente que el dáctilo tenga las primeras sílabas breves ó las siguientes, porque sólo el tiempo se mide de manera que desde el principio hasta el fin conste de los mismos espacios; en el verso no se podrá poner una anapesto ó un espondeo por un dáctilo, ni un peón comenzará y acabará del mismo modo por breves. Y no sólo no admite un pie por otro el orden de los metros, sino que ni aun un dáctilo por un espondeo, ó al revés. Y así si mezclas de otro modo los cinco dáctilos continuos ó seguidos que están en aquel verso 1.º del libro 10 de la *Eneida:*

Panditur interea domus omnipotentis olimpi,

destruirás el verso.

2.º Mas la colocación debe juntar las palabras que ya ha aprobado, elegido y como señalado para sí; pues aun las ásperas, unidas entre sí, son mejores que las que nada significan. Sin embargo, vengo bien en que se elijan algunas, con tal que sea de aquellas que tienen igual significación y fuerza; puédense añadir, como no sean superfluas, y quitar si no son necesarias, y, aun por razón de las figuras, mudar los casos y los números, cuya variedad usada frecuentemente por razón de la composición suele ser gustosa, aun cuando carezca de armonía. También cuando la razón pide una cosa y otra la costumbre, úsese en la composición cualquiera de las dos cosas que se quisiere: *Vitavisse* ó *vitasse*, *deprehendere* ó *deprendere*. Tampoco negaré la concurrencia de las sílabas, y todo lo que no perjudicare á las sentencias ó á la elocuencia. Mas en esto, lo que principalmente es necesario es el saber qué palabra es la que cuadra mejor en cada lugar. Y aquel compondrá mejor que hiciere esto únicamente por razón de la composición.

El orden de los pies es mucho más dificultoso en la prosa que en el verso. Lo primero, porque el verso se con-

tiene en pocas palabras; mas la prosa tiene muchas veces más largos rodeos; lo segundo, porque el verso es siempre semejante á sí y sigue de un mismo modo; mas la composición prosaica, si no es varia, no sólo ofende con la uniformidad, sino que se tiene por afectada.

3.° Todo el cuerpo de la composición (y para decirlo así), toda su contextura está también llena de números. Porque no podemos hablar sino por sílabas breves y largas, de las que se componen los pies. Sin embargo, en las cláusulas es en donde con especialidad se echa menos, si es que falta, y si no, es donde más se descubre. Lo primero porque todo sentido tiene su término y obtiene su natural espacio, del cual se separa en el principio del que sigue; lo segundo, porque los oídos, escuchando una voz continuada, y llevados como del torrente de las palabras, que se van sucediendo unas á otras, juzgan mejor cuando aquel ímpetu ha parado y les ha dado lugar de discernir. No sea, pues, una cosa dura ni precipitada aquella con que los ánimos en cierto modo respiran y se recobran. Esta cadencia es el asiento de la oración; esto es lo que el oyente espera, y por esto es por lo que se dan las aclamaciones.

En los principios de los períodos se requiere igual cuidado que en las cláusulas, porque en ellos está con atención el que está oyendo, y es más fácil observar las cantidades en el principio de los períodos, porque no dependen de los precedentes, ni tienen conexión con ellos, sino que toman un principio nuevo; mas la cláusula, aunque esté compuesta y sea numerosa, perderá toda su gracia, si llegamos á ella con alguna precipitación. Porque siendo grave, según parece, la composición de esta expresión de Demóstenes: *Proton men o andres athenayoi tois theois eucomai pasi, cai pasais;* y aquella otra, que sólo Bruto, que yo sepa, es quien la desaprueba, siendo del agrado de los demás: *Can mepo balle mede toxeve:* no falta quien reprende á Cicerón en estas dos expresiones: *Familiaris cœperat esse*

balneatori: y *non minus dura archipirata*. Porque *balneatori* y *archipirata* es un remate semejante á *pasi*, *cai pasais,* y á *mede toxeve;* mas en los períodos de Demóstenes las primeras palabras que preceden á la cláusula son más majestuosas, más ordenadas y sonoras que las de Tulio. Concluye éste estos períodos con dicciones de cinco sílabas cada una, lo cual, aun en los versos, es una cosa muy lánguida; y no sólo cuando se juntan de cinco en cinco las sílabas, como en este de Horacio *(Sát.*, I, v. 100.): *Fortissima Tyndaridarum,* sino también cuando se juntan de cuatro en cuatro, cuando el verso concluye con estas palabras: *Apennino, armamentis* y *oriona*. Por lo que esto debe también evitarse, para no usar al fin de palabras de muchas sílabas (1).

En las palabras que se ponen en medio de la cláusula no es necesario cuidar que tengan entre sí unión, sino que no sean pesadas ni largas, y con la unión de muchas breves no se pronuncien como á saltos y causen un sonido casi como el de las sonajas de los muchachos, lo que en esta parte es uno de los vicios más grandes. Porque así como los principios y las cláusulas son de muchísima consideración siempre que el sentido empieza ó acaba, así también en los medios se hacen algunos esfuerzos, que ligeramente hacen su pausa, como el pie de los que corren, aunque no se detiene, imprime su huella. Así que no sólo es conveniente que los miembros y los incisos estén bien trabajados, sino que aquel espacio que hay entre ellos, aunque sea continuado y no deje lugar á pausa, debe tener un cierto orden, á causa de las pausas imperceptibles que sirven como de grados para la pronunciación. Porque ¿quién dudará que es de solo un sentido y de una sola

(1) Este párrafo está lleno de obscuridad. Para su traducción se ha tenido presente la explicación que de él pone Rollin en sus anotaciones; siguiendo en la de este lugar su modo de interpretarle, como el más acomodado para su inteligencia.

respiración esta expresión de Cicer. *(Pro Cluent.)*: *He advertido ¡oh jueces! que todo el discurso del acusador está dividido en dos partes?* Y, sin embargo, las dos primeras palabras, las tres inmediatas, las otras dos que siguen y las tres últimas tienen sus ciertos números que detienen el aliento. Considerando esto al modo con que los rígidos observadores del ritmo pesan estas menudencias, según que las sílabas son graves ó agudas, largas ó breves, lentas ó veloces, la composición que de la unión de ellas resulta será, ó rigurosa ó licenciosa, perfectamente regular y periódica, ó sin conexión alguna.

Algunas cláusulas hay también defectuosas y que quedan como en el aire si así se dejan; pero suelen juntarse y sostenerse con las siguientes, y con esto la continuación corrige el vicio que estaba al fin. Esta cláusula: *Non vult populus romanus obseletis criminibus acussari Verrem* (Cicerón, *Verr.*, VII, 146.), es una cosa dura si así se deja; pero cuando se continúa con las palabras que se siguen, aunque de su naturaleza distintas, es á saber: *Nova postulat, inaudita desiderat*, sigue bien el hilo de la oración. Si se dice: *Ut adeas, tantum dabis*, cerrará mal la cláusula, porque la última parte es de un verso trimetro. Sigue diciendo: *Ut cibum, vestitumque intro ferre liceat, tantum.* Todavía está en el aire el sentido; pero se afirma y se sostiene en la última: *Recusabat nemo.*

4.º Muy grande fealdad es si toda la oración se comprende en un verso, como también es deformidad si fuere verso parte de ella; asimismo la parte posterior queda suspensa en la cláusula, ó además la primera en la entrada de ella. Pues lo contrario parece bien muchas veces, porque hay ocasiones en que la primera parte de un verso cierra muy bien, con tal que sea de pocas sílabas, con especialidad del senario y octonario. Esta expresión: *In Africa fuisse*, es principio de un senario y cierra el primer período en defensa de Quinto Ligario. *Esse videatur*, que es muy

frecuente, es principio de un octonario. Las últimas palabras de los versos vienen bien en el principio de la oración: *Etsi vereor, judices,* y *animadverti, judices.* Pero los principios de los versos no vienen bien á los principios de ella. Tito Livio comienza con el principio de un exámetro: *Facturusne operæ pretium sim.* Pues así lo escribió, y está mejor que de la manera que se corrige. Tampoco los remates de los versos vienen bien con los de la oración, como cuando Cicerón dice: *Quo me vertam nescio,* que es el remate de un trimetro. Peor es concluir con el de un exámetro, como cuando dice Bruto en las cartas: *Neque enim illi malum habere tutores, aut defensores, quamquam sciunt placuisse Catoni.*

5.º Pero por cuanto he dicho ya que la oración consta de pies, también es necesario insinuar acerca de ellos alguna cosa; cuyos nombres, puesto que se dice que son varios, es preciso fijar el nombre que se le ha de dar á cada uno. En esto seguiré á Cicerón; pues éste imitó á los autores más excelentes de los griegos, á excepción de que me parece que no pasa de pies de tres sílabas, sin embargo de que usa del peón y el dóquimo (1), de los cuales el primero se compone de cuatro sílabas y el segundo de cinco. Sin embargo, no disimula él mismo que algunos los tienen por números y no por pies, y con razón, porque todo pie que pasa de tres sílabas se compone de muchos pies. Pues luego, constando cuatro pies de dos sílabas cada uno y ocho de tres, llamaremos espondeo al que consta de dos largas; pirriquio ó, como le llaman otros, periambo, al que consta de dos breves; yambo, al de una breve y una larga, y al opuesto á éste, que se compone de una larga y una breve, nosotros le llamaremos coreo, así como otros

(1) El pie doquimo en Cicerón y Quintiliano tiene la primera sílaba breve, después dos largas, la cuarta breve y la última larga, como: *Amicos leves.* Algunos gramáticos quieren que las dos primeras sílabas sean breves, como: *Hyacinthini.*—Turn.

le llaman troqueo. Mas de los que se componen de tres sílabas, el dáctilo consta de una larga y dos breves; y es constante que el anapesto le es igual en los tiempos, pero al revés. Una sílaba breve, puesta entre dos largas, forma un anfímacro; pero más frecuentemente se le da el nombre de crético. El anfíbraco se compone de una larga entre dos breves; y el baquio de una breve y dos largas: mas si consta de dos sílabas largas delante de una breve, resultará el palimbaquio, que es al contrario. El troqueo, que quieren que se llame tribraquio los que al coreo dan el nombre de troques, se compone de tres sílabas breves: el moloso de tres largas.

Todos estos pies entran en la prosa. Pero según que cada uno de ellos es más lleno por sus tiempos y más pausado por las sílabas largas, hacen la oración mucho más grave: las breves la hacen ligera y acelerada. Lo uno y lo otro hace al caso en algunas ocasiones. Porque si cuando es necesaria la ligereza se usan sílabas largas, resulta una cosa pesada y llena de flojedad, y si cuando se requiere pesadez se usan las breves, con razón será desaprobada por su precipitación y ligereza.

Mas en las letras y en las sílabas no se muda su naturaleza, pero importa saber cuál se junta mejor con otra. Así que las sílabas largas tienen, como ya he dicho, muchísima autoridad y gravedad, y las breves ligereza; las cuales si se mezclan con algunas largas corren, mas si se juntan con otras breves parece que van saltando.

Y no sólo importa saber qué pie es el que cierra la cláusula, sino también cuál antecede, y hacia atrás no se han de repetir más que tres, y esto si es que no tuvieren más que dos sílabas (aunque no se ha de tener en esto la escrupulosa observación de los poetas), ni menos de dos, porque de otra suerte será pie y no número. Puede, no obstante, ponerse un solo dicoreo, si uno solo es el que consta de dos coreos; y asimismo un peón, que consta de un coreo

y de un pirriquio, el que se cree que es acomodado para los principios, ó al contrario, el que se compone de tres breves y una larga, y que es el que asignan para la cláusula; de los cuales dos únicamente hablan los escritores de esta arte, dando el nombre de péon á todos los demás, de cualesquiera cuantidades que sean, que pertenezcan á la oración. El pie dóquimo, que se compone de un baquio y de un yambo, ó de un yambo y un crético es en las cláusulas grave y majestuoso.

El espondeo, del que usó muchísimo Demóstenes, es también siempre pesado de su naturaleza: si le precediere un crético, dirá muy bien; como en esta expresión: *De quo ego nihil dicam nisi depellendi criminis causa.* (Tullius *Pro Cel.*, núm. 31.) Que viene á ser lo que dije arriba, que importa mucho saber si en sola una palabra se comprenden dos pies, ó si uno y otro están libres. Porque así sale la expresión fuerte diciendo *Criminis causa:* floja si se dice *archipiratœ;* y más lánguida si precede un tribraquio, como *facilitates, temeritates.* Porque en la misma división de las palabras hay un cierto tiempo oculto, como en el espondeo que está en medio de un pentámetro; el cual si no se compone del fin de una palabra y del principio de otra no hace verso.

El dicoreo cerrará la cláusula si se le junta el mismo pie, lo que con muchísima frecuencia usaron los asiáticos. De lo cual Cicerón pone este ejemplo: *Patris dictum sapiens, temeritas filii comprobavit.* (*De Orat.*, núm. 214.) El coreo debe tener delante de sí un pirriquio, como: *Omnes prope cives virtute, gloria, dignitate superabat.* (Cic. *De Oratore*, núm. 214.)

También la cerrará el dáctilo, si la observación de la última no le hace crético, como: *Muliercula nixus in littore.* Delante del dicho dáctilo vendrán bien un crético y un yambo, pero mal el espondeo, y peor un coreo. Cierra asimismo la cláusula el anfíbraco, como: *Quintum Liga-*

rium in Africa fuisse (*Pro Lig.*, núm. 1.), á no ser que le queramos dar más bien el nombre de baquio.

El crético es el mejor para los principios, v. gr.: *Quod precatus à diis immortalibus sum.* (*Pro Mur.*, núm. 1.), y para las cláusulas, como: *In conspectu populi romani vomere postridie.* (*Fil.*, II, núm. 65.) Se ve claramente qué bien dicen delante de él, ó un anapesto, ó aquel que parece más acomodado para el remate, que es el peón. Pero el mismo se sigue después de él, como: *Servare cuamplurimos.* (Cic. *Pro Lig.*, núm. 38.)

Cuando yo he puesto los pies que anteceden no he establecido una ley de modo que no puedan ser otros, sino que solamente he mostrado lo que comúnmente suele suceder, lo cual al presente parece lo mejor. Y á la verdad vienen muy bien dos anapestos juntos, cual es el fin de un pentámetro ó el ritmo (1), que de él trajo su nombre, como: *Nam ubi libido dominatur, innocentiæ leve præsidium est.* Pues la sinalefa hace que las últimas sílabas tengan el sonido de una sola. Mejor estará teniendo delante un espondeo ó un baquio, como si mudares las mismas palabras *Leve innocentiæ præsidium est.*

6.º Mas no tratamos aquí todo este punto con el fin de que el orador, que debe ser corriente y fluido en hablar, se envejezca en la medida de los pies y pesando las sílabas; porque esto no sólo es propio de un hombre miserable en la elocuencia, sino también de quien se ocupa en las mayores bajezas; y que el que se afanare en el cuidado de estas cosas, estará siempre distante de las que son más excelentes; puesto caso que abandonando el peso de las cosas y despreciando su hermosura, *se ocupará*, como dice Lucilio, *en acomodar piedrecillas ó azulejos, y los juntará en-*

(1) Por ritmo anapéstico parece que quiere significar el verso anapéstico de una sola medida, que se compone de dos anapestos.—TURN.

tre sí de modo que hagan juego y formen figura. ¿Por ventura el hacerlo así no resfría el ardor y detendrá la rapidez de la oración? A la manera que el cochero cuando enseña á los caballos á correr hace menor su carrera, y cuando arregla sus pasos á compás no puede caminar con tanta ligereza: como si los números no se hubiesen aprendido de la misma composición. Así como ninguno pondrá duda en que la poesía, que al principio era una cosa grosera, se fué formando de la medida del oído y de la observación de iguales cuantidades, y después se inventaron en ella los pies. Así que el mucho ejercicio de escribir nos adiestra de tal manera en esto, que aun de repente podamos componer algunas cosas semejantes.

Pero no tanto se debe atender á los pies como al conjunto de ellos; así como los que componen un verso atienden precisamente á su total cadencia, no á las cinco ó seis partes de que el verso se compone. Porque hubo versos antes que se observase que lo eran. Y á este propósito dice Enio:

En versos se explicaban los poetas,
Que en otro tiempo Faunos y adivinos
Cantaban ignorantes de las reglas (1).

Pues el mismo lugar que en el poema tiene la versificación, tiene la composición en la prosa (2). Los oídos son los mejores jueces de ella, los cuales advierten las expre-

(1) Con este verso quería significar Enio que él fué el primero que compuso buenos versos entre los poetas latinos, como que los poetas anteriores usaban versos desaliñados y sin arte, cuales en otro tiempo decían los faunos en los oráculos sin atender á regla alguna.

(2) Por versificación se entiende la observación de las reglas y de los pies para componer versos. Por esta razón se llaman meros versificadores aquellos que en la composición del verso sólo atienden á la medida de los pies, y por otra parte nada tienen de poetas.

siones llenas, echan menos las que no lo son, les ofenden las ásperas, las suaves les agradan, les hacen impresión las vehementes, aprueban las que son ciertas, advierten las defectuosas, y miran con fastidio las redundantes y superfluas. Y por lo tanto los sabios entienden el modo de componer, mas los ignorantes sólo perciben el gusto que de él resulta.

Mas algunas cosas hay que no pueden enseñarse por determinada regla, v. gr.: Si el caso con que comienza el período tiene alguna aspereza se ha de mudar; pero ¿puede darse regla del caso adonde y de donde hemos de pasar? Las figuras variadas muchas veces sirven de mucho á la composión aunque sea mala. ¿Cuáles son estas figuras? No sólo las de palabras, sino también las de sentencias. Pues qué, ¿hay alguna regla acerca de esto? Es preciso aprovecharse de ella en ocasiones, y según las circunstancias que concurran se ha de deliberar. Y á la verdad las mismas cuantidades que en esta parte son de la mayor consideración, ¿qué otros jueces pueden tener como no sea el oído? ¿Por qué unas expresiones con menos palabras han de ser bastante ó demasiado llenas, y otras con más, breves y cortas? ¿Por qué causa en los períodos, aun cuando ya ha concluído el sentido, sin embargo, todavía parece que queda algún vacío? *No ignoráis ¡oh jueces! que esta ha sido en estos días la conversación del vulgo y la opinión del pueblo romano.* (Cic. *Verr.*, III, 1.) ¿Por qué en esta oración usa más bien de la palabra *hosce* que de *hos*, no habiendo aspereza en decir de aquella manera? Tal vez no daré la razón y echaré de ver que está mejor. ¿Por qué no había de haber sido suficiente con que hubiera dicho Cicerón sólo *sermonem vulgi fuisse*, permitiéndolo la composición? Ignoro la causa, pero así como lo oigo, conoce el alma que esta expresión no es llena sin esta duplicación. Débense, pues, juzgar por el sentido. Y si pudieres tal vez discernir cuál es lo majestuoso, y cuál

lo agradable; lo harás mejor si te gobiernas más bien por la naturaleza que por el arte, y en la misma naturaleza hallarás arte.

7.° Lo que es absolutamente propio del orador, es el saber en qué ocasión ha de hacer uso de cada uno de los géneros de composición. Esta observación es de dos maneras: la una que se refiere á los pies, y la otra á los períodos que se componen de los pies. Y de estos trataremos primero. Dijimos, pues, que hay incisos, miembros y períodos.

El inciso (1), según mi dictamen, será cuando el sentido

(1) Lo que Fabio insinúa aquí acerca de los períodos y de los miembros, tiene alguna obscuridad: lo que acerca de esto se enseña en las escuelas es, que el período es un rodeo de palabras y sentencias que forma un perfecto sentido. v. gr.: (Cic. *Pro Cecin*): *Si quantum in agro, locisque desertis audacia potest, tantum in foro, atque in judiciis impudentia valeret, non minus in hac causa cederet Aulus Cæcinna Sexti Æbutii impudentiæ quam tum in vi facienda cesit audaciæ.*

El período se compone de miembros ó colones, y de comas ó incisos, que también se llaman artículos. El miembro es una oración de perfecto sentido, pero que queda suspenso, de manera que todavía no se percibe todo el sentido del concepto, como: *Si quantum in agro, locisque desertis audacia potest.*

La coma es cuando cada uno de los miembros ó expresiones ó dicciones se distinguen ó separan con la dicha puntuación, como: *Oh scelus! oh pestis! oh labes!* (*in Pis.*, 56.) *Abiit, excessit, evasit, erupit.* (*Cat.* II, 1.)

El período, ó es sencillo ó compuesto. El sencillo es el que sólo tiene un miembro, v. gr.: *Alejandro viviendo con templanza, hubiera sido venerado de la posteridad.*

El compuesto es aquel que consta de dos, tres ó cuatro miembros: rara vez ó, por mejor decir, nunca se extiende á cinco ó más miembros; porque entonces no tanto se llama período como rodeo periódico.

El período bimembre es de esta manera: *Si Alejandro hubiera vivido con templanza, hubiera sido venerado de la posteridad.*

El trimembre se forma así: *Si cuanto se aventajó Alejandro en el valor militar á los demás capitanes, otro tanto los hubiera exce-*

cierra sin llenar el número: los más le tienen por parto del miembro. Tal, pues, es el que usa Cicerón (*Orat.*, 223.) *¿Te faltaba casa? Pero la tenías. ¿Te sobraba el dinero? Pero estabas necesitado.* También se hacen los incisos de cada una de las palabras, como: *Dijimos, queremos poner testigos.* La palabra *dijimos* es inciso.

El miembro es un concepto acabado con orden de palabras, pero separado de todo el cuerpo del período, y que por sí ninguna fuerza tiene. Porque este miembro, *Oh callidos homines!* es perfecto; pero separado de los demás, no tiene fuerza; como las manos, pies y cabeza, separados del cuerpo. Lo mismo debe decirse de este otro miembro: *Oh rem excogitatam! Oh ingenia metuenda!* ¿Cuándo, pues, comienza á formar un cuerpo? ¿Cuándo llega el último remate, á saber: *Quem, quœso, nostrum fefellit, id vos ita esse facturos?* el que Cicerón juzga ser muy breve. Y así los incisos y los miembros casi siempre van interpolados y les falta el remate.

Muchísimos son los nombres que Cicerón da al período, tales son el de rodeo, círculo, comprensión, continuación y circunscripción. Dos son los géneros de períodos: uno sencillo, cuando un sólo concepto se explica con un largo rodeo de palabras; y el otro que consta de miembros é incisos, y tiene muchos conceptos. *Presentes estaban el carcelero y el verdugo del pretor.* (*Verr.*, 117.), y lo demás que sigue. Todo período tiene por lo menos dos miembros. La mitad del período parece que tiene cuatro; pero admite más frecuentemente. La medida que para esto usa Cicerón

dido en la virtud de la templanza, hubiera sido venerado de la posteridad.

Período de cuatro miembros: *Si cuanto se aventajó Alejandro en el valor militar á los demás capitanes, se hubiera otro tanto aventajado á ellos mismos en la virtud de la templanza, hubiera tenido en la posteridad no menos veneración, que la estimación, imperio y dignidad que se cuenta que tuvo entre los suyos.*

es, ó la de cuatro versos senarios, ó concluir con la medida del mismo aliento. Lo que se debe observar es que deje perfecto el sentido; que sea claro de manera que se pueda entender, y nada desproporcionado para que se pueda conservar en la memoria. El miembro que es más largo de lo justo es pesado, y siendo más corto de lo regular no es majestuoso.

Siempre y cuando que fuere necesario perorar con vehemencia, con instancia y fortaleza, hablaremos por miembros separados y cortados. Pues esto vale muchísimo en la oración; y de tal manera se debe acomodar la composición á los asuntos, que en los ásperos se usen también necesariamente miembros ásperos, y que el oyente se horrorice igualmente que el que está hablando. En las narraciones usaremos también por lo regular de la división de miembros; y si usamos de períodos, les daremos mayores intervalos, ó, para decirlo así, nudos más largos; exceptuando aquellas narraciones que se hacen no tanto para enseñar cuanto para el adorno, como en la oración de Cicerón contra Verres, el rapto de Proserpina. Porque en estas narraciones conviene que el contexto de la oración sea suave y fluido.

El período es acomodado para los exordios de los asuntos de importancia, cuando la materia requiere que se muestre solicitud ó hacer algún elogio de una persona ó mover á compasión. Asimismo en los lugares oratorios y en toda amplificación, pero se requiere que sea cortado en las reprensiones y numeroso en las alabanzas. En los epílogos viene mucho mejor, mas en toda la oración se debe usar para que sea más numeroso el estilo de la composición, cuando el juez no sólo está hecho cargo del asunto, sino que también está prendado de la oración y se rinde al orador y se deja llevar del deleite que le causa.

Para la historia no tanto se requiere una composición numerosa como un cierto rodeo y contextura de la ora-

ción. Porque todos sus miembros tienen conexión á causa de ser seguida y fluida, como los hombres que aseguran el paso teniéndose agarradas las manos mutuamente, los cuales contienen y son contenidos á un mismo tiempo. Todo género demostrativo tiene los períodos más extensos y más libres; el judicial y forense, así como es vario por su materia, así también lo es por la misma colocación de las palabras.

En cuyo lugar debo tratar de la segunda parte de las dos de que poco ha hice mención. Porque ¿quién duda que hay expresiones que requieren suavidad, otras viveza, otras sublimidad, otras vehemencia y fuego y otras gravedad? ¿Y que para las graves, sublimes y adornadas son más del caso las sílabas largas? De manera que las suaves requieren un más largo espacio para su pronunciación, las sublimes y adornadas piden también la claridad de voces más bien que sus contrarias. Mejor acomodaría yo los pies más breves á los argumentos, divisiones y chanzas y todo lo que se asemeja más al estilo familiar.

Así que compondremos el exordio con variedad y según la naturaleza del asunto lo pidiere. Porque el ánimo de un juez se prepara con variedad; unas veces queremos que tengan compasión de nosotros, otras queremos ser modestos, otras fuertes, otras graves, otras suaves; unas veces queremos mover y otras exhortar á la diligencia y cuidado. Estas cosas, al paso que son diversas por su naturaleza, requieren asimismo también una distinta manera de componer. ¿Usó acaso Cicerón de unos mismos períodos en el exordio que compuso en defensa de Milón que el que dijo en favor de Cluencio y de Ligario?

En la narración son necesarios unos pies más lentos y por decirlo así más modestos, y con especialidad que estén mezclados de nombres. Porque así como muchas veces los versos la hacen más cortada, así también otras la hacen más subida; pero ella siempre se dirige á enseñar y á

imprimir las cosas en los ánimos, lo cual no es obra que se hace con apresuración. Toda la narración debe constar á mi parecer de miembros largos y períodos cortos.

Las razones fuertes y vehementes se expresan también en pies acomodados á su naturaleza, pero no como las que se componen de troqueos, los cuales son más breves, pero carecen de energía. Pero aun cuando estén mezcladas de breves y de largas, sin embargo no han de ser más las sílabas largas que las breves. Aquellas expresiones sublimes que se componen de palabras magníficas y claras, requieren también la grandeza del dáctilo y del peón, y aunque éstos por la mayor parte se componen de sílabas breves, sin embargo son bastante llenos por sus cuantidades. Por el contrario las ásperas se avivan más con los yambos, no sólo porque se componen de dos sílabas y por lo tanto tienen, digamos así, más frecuente pulsación ó movimiento, lo cual se opone á la suavidad, sino también porque en todas sus partes se levantan, y pasando de las breves á las largas reciben aumento. Y por lo tanto son mejores los yambos que los coreos, los cuales constan de sílabas que pasan de largas ó breves. Las cosas humildes, cuales son las que se usan en los epílogos, requieren sílabas largas y menos sonantes.

Finalmente, para acabar de una vez, la composición ha de ser por lo común del mismo modo que la pronunciación. ¿Acaso no manifestamos regularmente sumisión en los exordios, á no ser que sea preciso poner en movimiento al juez sobre el delito que se agrava ó llenarle de indignación? En la narración ¿no usamos de palabras llenas y expresivas? En las razones ¿no tenemos viveza y somos prontos aun en el mismo movimiento de los afectos, así como en los lugares y descripciones numerosos y afluentes y de ordinario en los epílogos humildes y sumisos?

También tiene sus ciertos tiempos el movimiento del

cuerpo (1), y la música usa de compases no menos para el baile que para el canto. Pues qué, ¿la voz en la pronunciación no se acomoda á la naturaleza de las mismas cosas de que hablamos? ¿Cuánto menos de maravillar es esto en los pies de que se compone la oración, debiendo manifestar las sublimes majestad, las suaves lentitud, las vehementes rapidez y fluidez las delicadas? Y así, cuando es necesario, aparentamos también hinchazón, como la que se contiene con especialidad en los espondeos y yambos:

Hyperoargus sceptra mihi liquit
Pelops..... (2).

Las expresiones ásperas y que sirven para injuriar reciben nueva fuerza aun en el verso con los yambos:

¿Quis hoc potest videre? ¿Quis potest pati,
Nisi impudicus, et vorax, et aleo?—(*Cátulo*, 29.)

Y hablando generalmente, en caso necesario, menos malo es que la composición sea dura y áspera que afeminada y sin nervio, como se ve en la de muchos, y cada día la hacemos más numerosa, dándole una uniforme cadencia como en el baile que se hace al compás de los instrumentos. Y ninguna composición habrá tan buena que deba ser siempre uniforme y constar siempre de unos mismos pies. Porque es una especie de versificación el observar en todos los discursos una misma regla, y esto causa tedio y fastidio, no sólo por la manifiesta afectación (cuya sospecha debe evitarse en extremo), sino también por la uniformidad. Y cuanto la composición tiene más dulzura dura menos; y el que se halla muy ocupado en el

(1) El movimiento del cuerpo se compone de diferentes tiempos: también el baile. La misma igualdad, pues, debemos observar en la oración.

(2) Séneca cita este verso de otra manera en la epístola 80. *En impero Argis: regna mihi liquit Pelops.*

cuidado de ella, tanto más crédito pierde y no hace impresión alguna ni causa conmoción, y el juez no puede darle crédito ó compadecerse ó enojarse por su medio, cuando piensa que está tan desocupado que se emplea en atender á los números. Y por esta razón algunos principios (1) deben de intento proponerse con sencillez, y el mayor esmero consiste en que no parezca que se han trabajado con estudio.

Pero en la composición no hemos de usar más largas transposiciones de palabras que lo que sea necesario, para que lo que hiciéremos para agradar con ella no parezca que es estudiado con este fin (2). Y ciertamente ninguna palabra omitiremos que sea acomodada y del caso para la suavidad. Porque ninguna habrá tan dificultosa que no se pueda cómodamente insertar en la composición; pero en evitar tales palabras no buscamos la hermosura, sino la facilidad de la composición. Sin embargo, no me maravillo de que los latinos se dedicasen más á la composición que los atenienses, aunque tienen en las palabras menos variedad y gracia. Y no diré yo que fué falta en Cicerón el haberse algún tanto en esta parte separado de Demóstenes. Mas el último libro explicará cuál sea la diferencia de nuestra lengua y de la griega.

La composición (pues me doy prisa á concluir el libro, que ya pasa del límite que me había propuesto) debe ser hermosa, gustosa y varia. Las partes de que se compone

(1) Muchas veces en los exordios se debe observar la sencillez, porque ella suele insinuarse más en los ánimos de los oyentes. En ellos, pues, ó se han de quitar los números, ó á lo menos se han de disfrazar de tal manera que el juez no llegue á comprender que se hace uso de ellos.

(2) Esto es, por temor de que aquello que hacemos por dar gusto no desagrade, pareciendo afectación. Porque si las transposiciones se usan por atender á los números y á la armonía, si son proijos hacen manifiesto el número y la afectación.—TURNEBO.

son orden, unión y armonía. Debe tenerse cuenta con lo que se añade, quita y trastorna. Su uso ha de ser según la naturaleza de las cosas de que hablamos. Grande debe ser el cuidado que en la composición se ha de tener; pero de tal manera, que sea mayor el que se ponga en los conceptos y en acomodar las expresiones. El disimulo de este cuidado ha de ser particular, para que los números ó pies que forman los períodos parezcan como nacidos, y no que han sido traídos y arrastrados violentamente.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA AFLUENCIA DE PALABRAS.

I. La facilidad de decir se adquiere leyendo, escribiendo y perorando. (Á la lección se reduce el oir é imitar, al escribir el corregir y el meditar.) El orador debe abastecerse de conceptos y de palabras. Ahora no se trata de la abundancia de los conceptos.—II. El acopio de palabras se debe hacer con juicio. Adquiérese oyendo y leyendo. Utilidades que de lo uno y de lo otro resultan. Que se deben leer los mejores libros y con método. Que aun en los mejores no es todo digno de alabanza.—III. ¿Cuánto y en qué términos hacen al caso al orador los poetas, los historiadores y los filósofos?—IV. Trátanse algunas cosas sobre la lección de los autores antiguos y modernos. De la variedad de opiniones acerca de esto.—V. Señala á cada uno de los más sobresalientes de los escritores griegos por sus virtudes. Primero á los poetas, los heroicos, elegiacos, yámbicos, líricos, trágicos y cómicos; en segundo lugar á los historiadores; en tercero á los oradores, y en cuarto á los filósofos.—VI. En los escritores latinos sigue el mismo orden.

I. Pero estos preceptos de la elocución, al paso que es necesario entenderlos bien, no son suficientes para formar un verdadero orador á no juntarse á ellos una cierta facilidad invariable que los griegos llaman *exis, hábito* ó *faci-*

lidad; de la que no ignoro se disputan sobre si se adquiere mejor escribiendo ó leyendo ó perorando. Lo que deberíamos examinar con más cuidado si pudiéramos detenernos en sola una de cualquiera de estas cosas. Pero de tal manera están unidas y trabadas todas entre sí, que si alguna de ellas faltare, es inútil el trabajo acerca de las demás. Pues la elocuencia nunca hubiera sido sólida y nerviosa, si no hubiera cobrado fuerzas con el mucho ejercicio de escribir, y este trabajo sin el ejemplar de la lección, como que no tiene quien le dirija, se hace inútil. Por otra parte, aquel que supiere de qué modo se ha de decir cada cosa si no tuviere dispuesta y como á la mano la elocuencia para todos cuantos lances ocurrieren, será como el que descansa sobre tesoros, pero para él están cerrados.

Mas al paso que cada cosa de por sí es necesaria, no por eso se ha de considerar inmediatamente como la más esencial para formar un orador. Porque en la realidad, consistiendo el oficio de éste en hablar elegantemente la elocución es lo primero de todo, y que de aquí tuvo su principio esta facultad es cosa clara; después se le siguió inmediatamente la imitación, y últimamente también la diligencia ó cuidado en el escribir. Pero como no se puede llegar á lo sumo sino por los principios, así en el discurso de la obra comienza á ser de menos consideración lo que es primero.

Pero no tratamos en este lugar de qué manera ha de formarse un orador (pues esto lo hemos explicado ya, ó bastante, ó á lo menos según hemos podido), sino que así como á un atleta, que ya lo ha aprendido todo perfectamente de su maestro, se le instruye sin duda alguna en qué género de ejercicios se ha de preparar para las peleas, así también al orador que ya supiere discurrir y disponer las cosas y hubiere entendido también el modo de escoger y colocar las palabras, le instruimos de qué manera podrá mejor y con mayor facilidad poner en ejecu-

ción lo que ha aprendido. Ninguna duda, pues, hay en que debe proveerse de cierto caudal, del cual pueda echar mano siempre y cuando que lo hubiere menester. Este caudal se compone de la afluencia de conceptos y de palabras.

II. Pero los conceptos son propios de cada asunto, ó comunes á pocos; de las palabras se ha de hacer acopio para todos; las cuales si de una en una hubiesen de acomodarse á cada uno de los conceptos, menor cuidado pedirían, porque todas ocurrirían inmediatamente con las mismas cosas. Pero siendo unas, ó más propias ó de más adorno, ó más enérgicas, ó de mejor sonido que otras, deben tenerse todas, no sólo conocidas, sino también á la mano y, para decirlo así, á la vista, para que cuando se presentaren al pensamiento del que dice, sea fácil la elección de la mejor de ellas.

A la verdad no ignoro que algunos han solido aprender una colección de vocablos, de una misma significación, para que con más facilidad les ocurriese uno de muchos; y cuando se habían aprovechado de alguno, si dentro de un breve rato les faltaba segunda vez la expresión, usaban otra con la que se entendiese lo mismo para evitar la repetición. Lo cual no sólo es una cosa pueril y un infeliz trabajo, sino también de poca utilidad, porque el que esto hace junta un montón de expresiones, del cual tomará sin discreción cualquiera que más pronto le ocurriere.

Mas nosotros, que atendemos á la energía de perorar y no á la verbosidad, propia de charlatanes, debemos hacer acopio de ellas con juicio. Esto lo conseguiremos leyendo y oyendo lo más selecto. Porque con este cuidado no sólo aprenderemos los nombres mismos de las cosas, sino para qué lugar es más acomodado cada uno. Pues casi todas las palabras, á excepción de algunas que son poco honestas, tienen lugar en la oración, y los escritores de los yambos y de la antigua comedia, aun en aquellas expresiones

desvergonzadas, son alabados muchas veces; pero á nosotros entre tanto nos basta el preservar de ella nuestra obra. Todas las palabras (á excepción de las que he dicho) vienen muy bien en algunos lugares. Porque á veces es necesario usar de las humildes y vulgares; y las que en materia más culta parecen bajezas, cuando el caso lo pide se usan con propiedad.

Aunque sepamos todas estas palabras y tengamos noticia, no sólo de su significación, sino también de sus diversas formas y medidas, de sus declinaciones y conjugaciones, no podemos entender sino leyendo y oyendo mucho de qué modo vienen bien en cualquiera parte que se coloquen, porque aprendemos primero toda la lengua por los oídos. Por cuya razón, los niños criados de orden de los reyes (1) en un desierto por amas mudas, aunque dicen que pronunciaron algunas palabras, sin embargo carecieron del ejercicio de la lengua.

Mas hay algunas cosas de tal naturaleza que pueden declararse con diversos términos, de manera que ninguna diferencia tienen en la significación de la que podamos mejor aprovecharnos; tales son *ensis* y *gladius*. Otras hay que, aunque sean nombres propios de algunas cosas, no obstante por traslación se refieren á un mismo sentido, como *ferrum* y *mucro*. Pues por abuso ó catacresis llamamos *sicarios* á todos los que han hecho una muerte con cualquier género de arma. Otras las explicamos con muchísima claridad por un rodeo de palabras, cual es: *Et pressi copia lactis (Eclog.*, III, v. 82.), queriendo decir: *abundancia de queso*. Muchas variamos sólo por adorno, como: *Scio, non ignoro, non me fugit, non me prœterit. Lo sé, no ignoro, no se me oculta, no se me pasa, ¿quién lo ignora? Ninguno*

(1) Psammetico, rey de Egipto, según cuenta Herodoto, fué uno de los que hicieron esta prueba. Con lo cual demuestra Quintiliano que una lengua se aprende principalmente oyéndola hablar.

pone duda en ello. Pero también puede tomarse una expresión de las que se le acercan en la significación. Pues estas expresiones *entiendo, conozco* y *veo,* muchas veces tienen una significación equivalente á la de *sé.* Cuya abundancia y riquezas nos proporcionará la lección de tal manera que podamos aprovecharnos de ellas, no sólo cuando ocurrieren, sino también cuando nos sea necesario. Porque no siempre significan una misma cosa entre sí estas palabras; y así como hablando del entendimiento, según que es una potencia del alma, no estará bien dicho *veo,* así también es buena expresión *entiendo* hablando de la vista material de los ojos. Y así como la palabra *puñal* no da á entender *espada,* así tampoco la palabra *espada* da á entender *puñal.*

Pero al paso que la afluencia de palabras se adquiere de esta manera, no precisamente por las palabras se ha de leer ú oir. Porque los ejemplos de todo lo que enseñamos son tanto más poderosos, aun en las ciencias que se enseñan, cuando el que aprende ha llegado ya al estado de poderlos entender sin quien se los demuestre y continuar ya por sus propias fuerzas; porque lo que el maestro enseña por preceptos, el orador lo demuestra.

Mas unas cosas hay que perciben más los que leen y otras los que oyen. El que dice, mueve con el aliento mismo, y pone fuego, no con la imagen y contorno de las cosas, sino con las cosas mismas. Porque todas las cosas tienen su vida y movimiento, y oimos con favor y cuidado aquellas cosas nuevas como recién nacidas. Y no sólo nos mueve la mala situación de la causa, sino también la de los mismos que peroran. Además de esto, la voz y acción primorosa y acomodada, según cada lugar lo pidiere, y el modo de pronunciar de mayor energía y, para decirlo de una vez, todas las prendas enseñan igualmente.

En la lección es más acertado el juicio; porque, cuando oimos, cada uno juzga de lo que oye según que le mueve

ó la inclinación hacía el que habla, ó los clamorosos aplausos de los demás oyentes. Porque nos avergonzamos de ser de contrario sentir que otros, y por una como oculta vergüenza estamos inhibidos de dar más crédito á nosotros mismos, siendo así que á veces no sólo agradan á muchos las cosas defectuosas, sino que algunos alaban aun aquello que les desagrada, sólo porque se lo han pagado (1). Pero al contrario sucede también, que de una cosa muy bien dicha no forman los oyentes buen concepto, sino malo. La lección es libre y no pasa con el ímpetu de la acción, sino que muchas veces se puede repetir, ó ya se dude, ó ya se quiera imprimir profundamente en la memoria. Volvamos, pues, á leer lo mismo que hubiéremos leído; y así como tragamos la comida después de haberla mascado, y casi liquidado, para que con mayor facilidad sea digerida, así también la lección se ha de pasar á la memoria é imitación, no en toda su crudeza, sino después de haberla ablandado y como masticado con mucha repetición.

Por largo tiempo no se ha de leer sino un libro, siendo excelente, y que de ninguna suerte induzca á error á quien se entrega á su elección; pero esto ha de ser con cuidado, y casi con la solicitud que se pone para escribir, y no sólo se han de inquirir en él todas las cosas por partes, sino que leído el libro enteramente se ha de volver á leer de nuevo, y con especialidad aquella oración cuyos primores se ocultan también frecuentemente de propósito. Porque el orador hace la cama muchas veces, disimula y arma algunas celadas, y dice en la primera parte de la oración lo que tal vez le ha de hacer mucho al caso en la última. Y así es que dichas en su lugar algunas cosas, no nos parecen tan bien, porque ignoramos todavía la razón por que

(1) Plinio en el lib. 1.° carta 14 dice que en su tiempo había algunos oradores que pagaban á gran parte de sus oyentes, porque los alabasen en público.

se han dicho, y así debe repetirse la lección de ellas, después de habernos hecho ya cargo de todo.

También es cosa muy útil el tener conocimiento de aquellos asuntos de que tratan las oraciones que leyéremos, y siempre que ocurriere leer la defensa que por una y otra parte se hubiere hecho, como la de Demóstenes y Esquines, y las que son opuestas entre sí, como las de Servio Sulpicio y de Messala, de los cuales el uno peroró á favor de Aufidias y el otro en contra de él, y la de Polión y Casio, siendo el reo Aspernates, y otras muchísimas. Y también algunas de ellas, si pareciesen desemejantes, serán también del caso para hacerse cargo de la controversia de los pleitos, como las de Tuberón contra Ligario y de Hortensio en favor de Verres, que son contra las oraciones de Cicerón.

Además de esto, será útil el saber qué motivo hubo para escribir dichas oraciones. Pues Calidio peroró á favor de la causa de Cicerón, y Bruto escribió una oración en defensa de Milón, sólo por ejercitarse, aunque Cornelio Celso juzga falsamente que él fué el que le defendió. Y Polión y Messala defendieron á los mismos. Y cuando yo era muchacho andaban en manos de todos las insignes oraciones de Domicio Afro, Crispo Passieno y Décimo Lelio en defensa de Voluseno Cátulo.

Ni debe inmediatamente persuadirse el que lee que todo cuanto han dicho los grandes autores es una cosa excelente. Pues también ellos tienen sus yerros, y se echan con la carga, y se dejan arrastrar de aquello de que más gusta su inclinación, y no siempre están templados, sino que á veces les falta el aliento; y así es que á Cicerón le parece que Demóstenes se duerme algunas veces, y lo mismo cree Horacio acerca de Homero. Porque aunque estos autores son muy consumados, pero son hombres; y á aquellos que tienen por una ley inviolable de la elocuencia todo lo que en ellos han hallado, les sucede que imitan lo peor (porque

esto es más fácil), y les parece que son fieles imitadores con adquirir la mayor parte de los defectos de los escritores grandes.

Sin embargo, acerca de tan grandes sujetos se debe juzgar con modestia y circunspección, para no condenar lo que no entendemos, como á la mayor parte sucede. Y en caso de dar en uno de los dos extremos, más vale que á los lectores les agrade todo lo que estos autores contienen, que el que muchas de sus cosas les desagraden.

III. Teofrasto dice que al orador le es muy del caso la lección de los poetas, y muchos siguen su dictamen y no sin razón. Porque en éstos se aprende viveza en los pensamientos, sublimidad en las palabras, un total movimiento en los afectos y el decoro de las personas, y los ingenios en cierto modo adelgazados, con especialidad con el ejercicio forense cuotidiano, se reforman hasta adquirir su perfección por el atractivo que encuentran en cosas semejantes. Y por esta razón, Cicerón juzga que debemos detenernos en esta lección.

Debemos, sin embargo, tener presente que no en todas las cosas debe imitar el orador á los poetas, ni en la libertad de las expresiones, ni en la licencia de las figuras, y que todo aquel género de estudios de que se hace acopio para la ostentación, fuera de que tiene por objeto único el recrear, y para esto finge no solamente cosas falsas, sino también algunas increíbles, tiene también algún apoyo que le sostiene; que obligados á cierto determinado número de pies, no siempre pueden hablar con propiedad, sino que, apartándose del camino recto, se ven en la precisión de acudir á algunos rodeos de palabras, y no solamente quedan obligados á mudar ciertas palabras, sino á aumentarlas, corregirlas, colocarlas de otro modo y dividirlas; pero nosotros sólo tenemos que estar armados en el campo de batalla, decidir en los asuntos más graves y esforzarnos á conseguir la victoria.

Ni se ha de dejar que se amohezcan las armas con el poco uso, sino que reluzcan de manera que su mismo brillo cause espanto, como el que tiene una espada, que á un mismo tiempo hace impresión en la vista y en el ánimo; no como el resplandor del oro y de la plata, sin defensa y más bien peligroso á quien lo tiene.

La historia puede también dar alguna substancia á la oración con su jugo suave y gustoso. Pero de tal manera se ha de leer esta, que no se nos olvide que las más de sus virtudes las debe evitar un orador. Porque se acerca mucho á los poetas, y es en cierta manera verso suelto; y se escribe para referir sucesos, no para dar pruebas de ellos, y que es una obra que se compone no para lo actual de lo sucedido y para la pelea que se propone como una cosa presente, sino para la memoria de la posteridad y para la fama del ingenio. Y por esta causa hace que sea menos fastidiosa la narración con las expresiones sueltas y figuras extrañas.

Y así, como dejo dicho (1), ni hemos de imitar aquella brevedad de Salustio, que es la cosa más bien acabada para los oídos desocupados y eruditos en presencia de un juez distraído en varios pensamientos y las más veces falto de erudición, ni aquella afluencia como de leche que en el estilo de Livio se observa instruirá bastante á aquel que no busca la hermosura de la narración, sino la verdad de ella. A esto se junta que Marco Tulio es de opinión que ni aun el Tucídides ó el Xenofonte son útiles al orador, sin embargo de que conceptúa que el uno toca al arma y que por boca del otro hablaron las Musas.

Podemos, sin embargo, usar alguna vez en las digresiones del adorno de la historia con tal de que en aquellas cosas sobre que fuere la controversia tengamos presente que no tenemos músculos de atletas, sino brazos de sol-

(1) En el lib. III, cap. VIII de la narración.

dados (1), y que aquel vestido de colores diferentes de que dicen usaba Demetrio Falereo no viene bien para el ejercicio forense.

Otra utilidad se saca también de las historias, y es de las mayores, pero no pertenece al presente lugar: la cual proviene de la noticia de los sucesos y ejemplos en los cuales con especialidad debe hallarse instruído el orador para no mendigar todas las autoridades del litigante, sino tomar cuidadosamente las más de ellas de la antigüedad, después de tenerlas bien sabidas; éstas son tanto más poderosas, cuanto ellas solas carecen de sospecha de odio y pasión.

Pero es culpa de los oradores el que tengamos que acudir muchas veces á la lección de los filósofos, á causa de habérseles aquéllos cedido en la parte más excelente de su obra. Porque es muchísimo lo que tratan y disputan con agudeza acerca de lo justo, honesto, útil y lo contrario de esto, y de las cosas divinas; y aun los socráticos preparan muy bellamente al que ha de ser orador con disputas y preguntas. Pero aun en estas cosas se debe tener también tal discreción, que aun cuando nos ejercitemos en unos mismos asuntos, tengamos entendido que no es una misma la naturaleza de los pleitos que la de las disputas, la del foro, la del auditorio, y la de los preceptos que la de la práctica.

IV. Siendo tan grande la utilidad que á mi juicio resulta de la lección, creo que los más pretenderán que diga también en esta obra qué autores se han de leer, y qué particular virtud tiene cada uno de ellos. Mas el dar una noticia exacta de cada uno de ellos sería una obra interminable. Porque gastando Cicerón tantos millares de ver-

(1) Los músculos de los atletas eran bastante fuertes, pero muy carnosos; los de los soldados no de tanta carne, pero firmes: con lo que compara á los oradores con los soldados, y á los historiadores con los atletas.

sos en su Bruto para sólo hacer mención de los romanos oradores, y esto sin haber dicho cosa alguna de ninguno de sus contemporáneos con quienes él vivía, á excepción de César y Marcelo, ¿cuándo tendría fin este catálogo, si yo quisiese hacer mención de todos ellos, y de los que después se les siguieron, y de todos los filósofos y poetas griegos? Téngase, pues, por la cosa más segura aquella muy sucinta expresión que trae Livio en la carta que escribió á su hijo, que los autores que se deben leer son Demóstenes y Cicerón; y después de estos si se hubiere de leer á otros, sea según que cada uno de ellos se pareciere más á Demóstenes y á Cicerón.

Pero tampoco debo yo ocultar cuál sea en esto mi modo de juzgar. Porque estoy en el entender de que pocos, ó por mejor decir apenas uno, puede encontrarse de aquellos que se acomodaron á la antigüedad que no haya de acarrear algún provecho á los que se dedican á la defensa de los pleitos; siendo así que Ciceron confiesa que le sirvieron muchísimo aquellos antiquísimos autores, en verdad ingeniosos, aunque faltos de artificio. Y no es muy diferente mi modo de pensar acerca de nosotros. Porque ¿quién sino muy pocos podrán hallarse tan faltos de juicio que ni aun con la más pequeña confianza de algún seguro partido hayan esperado la memoria de la posteridad? De los cuales si alguno hay, al primer folio descubrirá inmedia mente la hilaza, y antes que de él tengamos alguna prueba cierta, nos obligará á que le dejemos con grande pérdida de tiempo. Mas no todo aquello que pertenece á alguna ciencia es acomodado también para formar el lenguaje de que tratamos.

Mas antes de hablar separadamente de cada uno de los autores, es necesario decir algunas cosas en general acerca de la variedad de opiniones que hay acerca de ellos. Pues algunos piensan que sólo deben leerse los antiguos, y les parece que en ningunos otros es natural la elocuen-

cia y energía ó nervio propio de los hombres. A otros los deleita esta moderna lozanía y amenidad del lenguaje y toda composición que sirve para el recreo de la ignorante multitud. Algunos hay también que desean imitar el buen estilo. Otros finalmente tienen por un estilo puro y verdaderamente ático aquel que se compone de expresiones concisas, sin concepto y que casi no se diferencian del estilo familiar. Algunos se prendan de la grandeza del ingenio que va acompañada de claridad y de viveza y que está llena de espíritu. Muchos hay que son amantes del estilo suave, adornado y compuesto. De la cual diferencia discurriré con más cuidado cuando trate acerca del estilo.

V. Entre tanto tocaré sumariamente qué fruto pueden sacar y de qué lección los que pretendan proceder con seguridad en la facultad de la elocuencia. Porque es mi intención hacer un extracto de algunos pocos autores que son los más sobresalientes. Y á los estudiosos les será fácil discernir cuáles son los más semejantes á éstos para que ninguno se queje tal vez de que no se ha hecho mención de aquellos que eran más de su gusto. Porque confieso que se deben leer algunos más de los que yo señalaré. Pero al presente continuaré con la manera de lección que con especialidad conviene á los que intentan ser oradores.

1.º Pues así como Arato cree que por Júpiter debe comenzarse la astrología, así me parece que nosotros debemos comenzar según buen orden por Homero. Porque este (así como él mismo dice que la abundancia de aguas de las fuentes y ríos tiene el principio de su corriente del Océano) sirvió de ejemplo y de modelo á todas las partes de que se compone la elocuencia. Ninguno ha excedido á este, ni en la sublimidad tratando de cosas grandes, ni en la propiedad hablando de cosas pequeñas. El mismo, alegre y conciso, gustoso y grave, y prodigioso no menos por su afluencia que por su concisión, es el más eminente,

no sólo en la excelencia propia de un poeta, sino también en la de un orador.

Porque pasando en silencio las alabanzas que él hace, sus exhortaciones y modos de consolar, ¿no desenreda por ventura todas las marañas de los pleitos y estratagemas, ya sea en el libro nono en que se contiene la embajada enviada á Aquiles, ó ya en el primero en el que se hace mención de la desavenencia entre los capitanes, ó en las sentencias que en el segundo libro se contienen? Por lo que pertenece á los afectos, ya sosegados, ya violentos, ninguno habrá tan ignorante que no confiese que este autor los tuvo en su mano.

Pues por lo que hace á esto, ¿por ventura no guardó, ó por mejor decir, no estableció la ley de los exordios en los muy pocos versos que puso en el principio de uno y otro de sus poemas? Porque se hace benévolo al oyente con la invocación de las diosas que creían presidir á los poetas; se le hace atento proponiendo la grandeza de las cosas, y dócil haciéndole entender ligeramente el todo del asunto. ¿Mas quién puede hacer una narración que tenga más brevedad que la del que da noticia de la muerte de Patroclo? ¿Quién puede contar un hecho con más viva expresión que el que cuenta la batalla de los curetes y etolos? Además de esto, las semejanzas, las amplificaciones, los ejemplos, las digresiones, los pelos y señales de las cosas y las razones para probar y refutar son en tanto número, que aun aquellos que han escrito acerca de las artes toman de este poeta muchísimas de las razones que proponen. Y por lo que hace á epílogo, ¿cuál podrá jamás igualarse con aquellas plegarias que Priamo hace á Aquiles?

¿Qué más? En las expresiones, en los conceptos en las figuras y en la disposición de toda la obra, ¿no supera la humana capacidad? De tal manera que puede llamarse un hombre grande el que, no digo imite sus primores, porque

esto es imposible, sino el que los comprenda. Así que este se los dejó sin duda á todos muy atrás en todo género de elocuencia, pero con especialidad á los heroicos, porque en una materia semejante es ciertamente más clara la comparación.

Rara vez es elevado Hesiodo, y gran parte de su obra se emplea en nombres propios; sin embargo, tiene sentencias provechosas acerca de los preceptos, suavidad de palabras y de composición no desagradable, y se le da la preferencia en aquel estilo mediano.

Por el contrario, en Antimaco es digna de alabanza la energía y gravedad y el modo de hablar nada vulgar. Pero aunque los gramáticos convienen en darle casi el segundo lugar, carece enteramente de afectos y de dulzura, disposición y artificio, de tal suerte, que se descubre claramente cuán distinta cosa es ser semejante de tener el lugar segundo.

Paniasis tiene mucho de ambos poetas, según la opinión común, pero en la elocución no llega á las virtudes del uno ni del otro; pero que, sin embargo, excede al uno en la materia y al otro en el orden de la disposición.

Apolonio (1) no entra en la lista que ponen los gramáticos, porque Aristarco y Aristófanes, jueces de los poetas, á ninguno contaron de los de su tiempo; sin embargo, dió á luz una obra nada despreciable por la igualdad constante que observa en el estilo mediano.

La obra de Arato carece de moción, como que en ella ninguna variedad se encuentra, ningún afecto, ninguna persona, ni discurso en boca de alguno; pero á esta obra le basta el haberse parecido á la de aquel á quien creyó haberse igualado.

(1) Apolonio Rodio escribió la argonáutica. Vivió en tiempo de Aristarco y Aristófanes Bisancio, gramáticos, los cuales hicieron una severa crítica de los autores en tiempo de Ptolomeo Filometor.

Teócrito es admirable en su línea, pero aquella musa rústica y pastoril teme comparecer, no sólo en el foro, sino aun en la misma ciudad (1).

Por todas partes me parece que oigo decir á los que hacen un catálogo de poetas: pues qué, ¿los Pisandros no escribieron bien las hazañas de Hércules? Y á Nicandro, ¿imitaron inútilmente Macro y Virgilio? ¿Y qué omitiremos á Euforion, á quien si no hubiera leído á Virgilio jamás hubiera hecho mención en las bucólicas de los versos compuestos por la Sibila cumea? ¿Y por ventura Horacio pone en vano á Tirteo después de Homero?

Y á la verdad ninguno hay tan ajeno del conocimiento de estos poetas que no pueda seguramente trasladar en sus libros un índice tomado de la Biblioteca. Sé, pues, muy bien á los que paso en silencio y ciertamente no los condeno, y más habiendo dicho que de todos ellos se saca alguna utilidad; mas ya volveremos á tratar de ellos después que hayamos recobrado y restablecido las fuerzas. Que viene á ser lo mismo que muchas veces practicamos en las comidas opíparas, que después que estamos hartos de los más exquisitos manjares, sin embargo el variar nos es gustoso, aunque sea la comida más grosera.

Entonces nos quedará lugar para haber á las manos la elegía de la que es tenido por el príncipe Calimaco. Filetas ha ocupado el segundo lugar, según confiesan muchísimos. Pero mientras pretendemos conseguir aquella constante facilidad, como ya he dicho debemos ejercitarnos en los mejores autores, y la razón se ha de asegurar y formar el estilo más con la continua lección de uno solo que con la de muchos.

Y así de los tres autores yámbicos admitidos por juicio de Aristarco, sólo Arquíloco hará al caso para adquirir

(1) Esto es, no solamente es ajena del estilo forense, sino también del que se usa entre la gente cortesana y culta.

la facilidad. Porque es muy grande la energía de la elocución de éste, y sus conceptos no sólo son valientes, agudos y penetrantes, sino que tienen muchísima vehemencia y nervio, en tanto grado, que á alguno les parece que el ser inferior á cualquiera es defecto de la materia de que trata, no de su ingenio.

Mas Píndaro es con mucha razón el príncipe de los nuevos poetas líricos por la magnificencia de su espíritu, por sus conceptos, figuras, felicísima afluencia de pensamientos y de palabras y como cierto río de elocuencia, por lo que con razón cree Horacio que ninguno es capaz de imitarle.

De cuán grande ingenio sea Estesicoro, muéstranlo sus obras, ya sea cuando celebra las muy grandes guerras y muy esclarecidos capitanes, ó ya cuando con el verso lírico interrumpe la gravedad del poema épico. Porque tanto en la acción como en el lenguaje da á las personas el decoro que les es debido, y si hubiera guardado moderación parece que hubiera sido el primer imitador de Homero, pero es redundante y tiene muchas superfluidades, lo cual al paso que es reprensible es vicio de la afluencia.

Á Alceo en la primera parte de su obra con razón se le ofrece el plectro de oro porque reprende á los tiranos; también contribuye mucho á la reforma de las costumbres, y en la elocución es breve, magnífico, exacto y muy semejante á Homero, pero desciende á tratar de entretenimientos inútiles y amores, y sin embargo es más acomodado para asuntos grandes.

Simónides tiene el estilo tenue, y por otra parte puede ser recomendable por la propiedad de su lenguaje y cierta dulzura; sin embargo, es tan particular su gracia para mover á compasión, que algunos en esta parte le anteponen á todos los autores que tratan de la misma materia.

La antigua comedia no solamente es casi la única que conserva aquella sencilla gracia del estilo ático, sino tam-

bién de la libertad en la más grande afluencia de palabras, y aunque es particular en reprender los vicios, tiene no obstante muchísimo nervio en las demás partes. Porque es magnífica y elegante y hermosa, y no sé si alguna otra después de Homero (á quien como á un Aquiles es justo siempre exceptuar) es más semejante á los oradores ó más acomodada para formarlos. Muchos son los escritores de ella, pero los principales son Aristófanes, Eupolis y Cratino.

El primero que dió á luz tragedias fué Esquilo, poeta sublime, grave, y muchas veces magnífico por extremo, pero por la mayor parte grosero y desaliñado; por cuya razón los atenienses permitieron á los poetas posteriores presentar las fábulas de éste corregidas á censura, y de este modo lograron muchos el laurel.

Pero mucho más ilustre hicieron esta materia Sófocles y Eurípides, de los cuales cuál sea el mejor poeta está en duda entre muchísimos, siendo así que su estilo es diferente. Y á la verdad yo dejo esto indeciso, puesto que nada importa á la presente materia. Lo que es preciso que confiesen todos es que Eurípides es mucho más del caso para los que se preparan á la defensa de los pleitos. Porque éste no sólo se acerca más en su lenguaje al estilo oratorio (lo cual reprenden aquellos á quienes la gravedad y estilo propio de la tragedia de Sófocles parecen más sublimes), sino que está lleno de sentencias, y en lo que los sabios enseñaron es casi igual á ellos, y en el decir y responder es digno de compararse con cualquiera de los que fueron eminentes en la elocuencia del foro. En los afectos no sólo es maravilloso, sino que también es muy particular en aquellos en que entra la compasión.

Menandro admiró y siguió en extremo á éste, como él mismo asegura, aunque en materia diferente; el cual sólo, en mi juicio, leído con cuidado, es suficiente para imitar todo cuanto en estos preceptos proponemos; tan al vivo copió toda la imagen de la vida, tan grande es su afluencia

en la invención y su facilidad en la elocución, y en tanto grado se acomoda á todas las cosas, personas y afectos. Y alguna inteligencia tuvieron los que juzgaron que Menandro fué el autor de las oraciones que andan publicadas en nombre de Carisio. Pero á mí me parece que este orador se hace mucho más recomendable en su obra, exceptuando aquellos malos conceptos que se contienen en las que él intituló epitrepontas, epicleros y lochos, ó las reflexiones contenidas en la psofoda y nomotetes é hipobolimeo, las cuales no están en todas sus partes perfectas y acabadas (1).

Sin embargo, me parece que este aprovechará más que otros cómicos á los declamadores, porque éstos según la naturaleza de las controversias tienen la precisión de revestirse de muchas personas, de padres, de hijos, de maridos, de soldados, de rústicos, de ricos, de pobres, de enojados, de suplicantes, de apacibles y de un natural áspero. En todo lo cual este poeta observa admirablemente el decoro, y verdaderamente hizo menos famosos á todos los autores de la misma materia, y con cierto resplandor de su claridad los obscureció.

No obstante, los otros cómicos, si se leen sin notar escrupulosamente sus defectos, tienen algunas cosas que se pueden extractar, y con especialidad Filemón, el cual así como por el mal modo de juzgar que se tenía en su tiempo muchas veces fué antepuesto á Menandro, así por el común consentimiento de todos mereció ser reputado por el segundo después de él.

2.º Muchos escribieron de historia bellamente, pero ninguno duda que á dos principalmente se les debe dar la preferencia sobre todos, cuya gracia, aunque por diferente estilo, mereció casi igual alabanza. Estos son Tucídi-

(1) Estos nombres son de algunas de las comedias de Menandro; cuyos fragmentos no se conservan.

des y Herodoto, de los cuales el uno es lacónico y breve y siempre consiguiente, y el otro suave, claro y afluente; aquél mejor para la moción de afectos, éste para la calma de ellos; aquél para los razonamientos, éste para las conversaciones; aquél por la energía y éste por el deleite.

Teopompo, que es el que se sigue después de éstos, así como en la historia es inferior á los sobredichos, así parece que tiene más semejanza de orador, como quien lo había sido por mucho tiempo antes de dedicarse á esta materia. Filisto, que también es acreedor á que después de los tres buenos autores se le prefiera á los demás, imita á Tucídides, y al paso que es mucho menos enérgico es algún tanto más claro.

Eforo, según el parecer de Isócrates, carece de viveza. El ingenio de Clitarco es alabado, pero tiene fama de faltar á la verdad. Largo espacio de tiempo después nació Timágenes, el cual es digno de alabanza aunque no sea más que porque volvió á su sér con nueva alabanza la industria de escribir historias, que había ya cesado. El no haber colocado entre estos á Xenofonte no ha sido falta de memoria, sino porque debe ser contado entre los filósofos.

3.º Síguese una grande multitud de oradores, pues llegó á haber á un mismo tiempo diez en Atenas, de los cuales Demóstenes fué sin duda el príncipe y el que dió la ley para perorar; tan grande es su energía, todo cuanto dice tiene tanta conexión y como si estuviera con ciertos nervios asegurado tiene tanta firmeza, tan precisas son todas sus palabras y tal su modo de decir, que hallarás que ni le falta ni le sobra cosa alguna. Esquines es más lleno y más afluente, y cuanto menos conciso es parece más elevado, pero tiene más carne que nervios. Hiperides es con especialidad dulce y agudo, pero más acomodado, por no decir más útil, para las causas triviales.

Lisias, más antiguo que estos, es sutil y elegante, y si á un orador le basta el enseñar, no encontrarás cosa más

perfecta. Porque ninguna cosa tiene inútil ni sobrepuesta, y sin embargo, es más parecido á una pura fuente que á un caudaloso río. Isócrates en diferente modo de decir es adornado y tiene aliño, y es más acomodado para el lucimiento y pompa que para la contienda, é imitó todas las gracias del decir, y con razón, porque él se había ensayado para los auditorios, no para los tribunales; en la invención tiene facilidad, ama lo honesto, y en la composición es tan esmerado, que se tacha su solicitud.

Mas no estoy en el entender de que estos autores tienen tan solamente las virtudes de que yo he hecho mención, sino que son las principales que ellos tienen, ni creo que los demás fueron menores. Antes bien, confieso que aquel Demetrio Falereo (sin embargo de que dicen fué la causa de la decadencia de la elocuencia) tuvo mucho ingenio y facundia, y que es digno de memoria, aunque no sea más que porque es casi de los últimos de Atenas que puede ser llamado orador, á quien Cicerón prefiere á todos en el estilo mediano.

4.º ¿Quién pondrá duda en que de los filósofos de quienes Marco Tulio confiesa haber aprendido muchísima elocuencia Platón es el principal, ya por la agudeza en el discurrir y ya por una cierta homérica y divina facilidad que tiene en el decir? Porque se eleva mucho sobre el estilo prosaico que los griegos llaman pedestre, de manera que no tanto me parece que es movido del impulso de un humano ingenio como de un oráculo de Delfos.

¿Mas qué diré de aquella dulzura de Xenofonte, ajena de afectación y á la que ninguna imitación puede llegar, de tal manera que las mismas gracias parece que hablaron por su boca? El mismo testimonio de la antigua comedia que se alega acerca de Pericles, puede apropiarse justísimamente á éste; á saber: que en sus labios moraba alguna diosa para persuadir.

¿Qué diré de la elegancia de los demás filósofos socrá-

ticos? ¿Qué de Aristóteles, de quien no sé si fué más esclarecido por la ciencia de las cosas, ó por la multitud de sus escritos, ó por la suavidad de su elocuencia, ó por la agudeza de su invención, ó variedad de sus obras? Y Teofrasto tiene un tan divino primor en su lenguaje, que por él dicen que adquirió el nombre que tuvo (1).

Los antiguos filósofos estoicos se dedicaron menos á al elocuencia; pero no sólo dieron consejos para seguir el bien, sino que contribuyeron mucho á ello juntando y demostrando los preceptos que habían dado; más agudos en los pensamientos que magníficos en las expresiones, de lo que ciertamente no hicieron gala.

VI. También en los autores romanos hemos de seguir el mismo orden.

1.º Y así como en los griegos comenzamos por Homero, así para comenzar por los latinos nos servirá de un felicísimo principio Virgilio, el más inmediato á él sin duda alguna entre todos los poetas griegos y nuestros de su clase. Y aun diré aquellas mismas palabras que siendo joven aprendí de Domicio Afro, el cual preguntándole yo quién creía él que se acercaba más á Homero, me respondió: *Después de Homero, Virgilio es el segundo y se acerca más al primero que al tercero.* Y á la verdad, aun cuando le hagamos inferior á aquel ingenio celestial é inmortal, tiene no obstante más cuidado y exactitud por lo mismo que tuvo más que trabajar; pues cuanto nos exceden los que son más eminentes que nosotros, tal vez lo recompensamos haciéndonos iguales á ellos.

Lejos de éste seguirán todos los demás. Porque Macro y Lucrecio se deben leer, pero no para tomar de ellos el lenguaje, esto es, el cuerpo de la elocuencia; cada cual es

(1) Este nombre Teofrasto es griego y se compone de θεος, que significa dios, y φρασις, elocución; y así por la suavidad como divina de su elocuencia le pusieron este nombre.

elegante en la materia que trata, pero el uno es humilde y el otro dificultoso. Atacino Varrón (1), intérprete de la obra de otro, no es despreciable en aquella obra que le hizo famoso, pero es poco el caudal de elocuencia que tiene para adquirir en su lectura más facilidad en el decir. Á Enio le debemos venerar como á los bosques consagrados por la antigüedad, en los cuales los elevados y antiguos robles no tanto sirven de hermosura cuanto infunden respeto á la religión.

Otros hay más propios y más del caso para este lenguaje de que tratamos. Ovidio guarda poca gravedad aun en los asuntos heroicos y es demasiado pagado de su ingenio; sin embargo, es en algunas partes digno de alabanza. Mas Cornelio Severo, aunque es mejor versificador que poeta, si no obstante hubiera escrito, como queda dicho, toda la guerra de Sicilia al tenor del primer libro, se apropiaría justamente el lugar segundo. Pero una muerte temprana no le permitió llegar á hacerse consumado; sin embargo, las obras que escribió siendo aún jovencito muestran su muy grande talento, y con especialidad el admirable deseo que aun en aquella edad tenía del buen estilo.

Mucho hemos perdido poco ha en Valerio Flaco. Vehemente y poético fué el ingenio de Saleyo Baso, pero le faltó la madurez propia de la senectud. Rabirio y Pedón deben también leerse si hay lugar. Lucano es fogoso y de viveza, y muy claro en sus pensamientos, y para decir lo que siento, más bien debe contarse entre los oradores que entre los poetas.

Hemos nombrado á estos solamente porque á Germánico Augusto (2) le apartó de la profesión de estos estudios el

(1) Atacino Varón vivió en tiempo de Ovidio. Escribió la *Argonáutica*, como el intérprete de Apolonio Rodio. Llamóse Atacino de Atace, aldea de la Galia Narbonense, como quiere Eusebio; y según otros, del río Atace.—TURN.

(2) Entiende por *Germánico* al emperador Domiciano, como

cuidado del gobierno, y no se contentaron los dioses con que fuese el más grande de todos los poetas. Sin embargo, ¿qué cosa más sublime, más docta, y finalmente más excelente en todas sus partes que las obras que este mismo había siendo joven comenzado cuando le hicieron general? Porque ¿quién cantaría mejor las guerras que el que las desempeñó? ¿Á quién oirían con más gusto las diosas que presiden á las ciencias? ¿Á quién descubriría más bien sus ardides la familiar deidad de Minerva? DIránlo esto con más extensión los siglos venideros. Porque al presente esta alabanza se obscurece con el resplandor de las demás virtudes. Pero no lleves á mal ¡oh César! que cuando estoy recorriendo el sagrado alcázar de las ciencias no pase en silencio esto que confirmo con aquel verso de Virgilio en la *Eclog.*, VIII, v. 13:

Permite que la hiedra
Con laureles mezclada vencedores,
Trepe en torno tus sienes.

En la elegía nos las apostamos aun con los griegos, en la que Tíbulo me parece un autor muy terso y elegante. Algunos hay que gustan más de Propercio. Ovidio es más lascivo que los dos, así como Galo es más duro.

La sátira es toda nuestra, en la cual el primero que consiguió insigne alabanza fué Lucilio, el que tiene todavía algunos tan apasionados que no dudan en darle preferencia, no sólo á los escritores de la misma materia, sino también á todos los poetas. Mas yo, cuanto me aparto de su modo de pensar, tanto me aparto del de Horacio, que es de opinión que Lucilio *tiene un estilo turbio y que hay en él algunas cosas que se pueden quitar*. Porque tiene una admi-

que quiso ser llamado *Germánico* por haber sujetado la Alemania. Mandó también que le llamasen hijo de Palas, como lo muestran sus monedas.

rable erudición y libertad, y de aquí es que tiene acrimonía y bastante chiste.

Mucho más terso y puro es Horacio, y es singular en reprender las costumbres de los hombres. Persio mereció mucha y verdadera gloria aunque con un solo libro. Son aun el día de hoy esclarecidos los que en adelante se nombrarán.

Otra especie de poesía hay también anterior á la sátira, la que compuso Terencio Varrón, el más erudito de todos los romanos, que no sólo se reduce á la variedad de versos. Escribió éste muchísimos libros llenos de doctrina como muy instruído en la lengua latina en toda la antigüedad, letras griegas y en las nuestras; sin embargo, tiene más de ciencia que de elocuencia.

El yambo no es á la verdad celebrado de los romanos como una obra propia suya, algunos le usan interpolado, su acrimonia se ve en Cátulo, Bibáculo y Horacio, sin embargo de que éste mezcla los versos épodos (1).

Pero de todos los líricos casi sólo el mismo Horacio es digno de ser leído, pues algunas veces se remonta, y no sólo está lleno de dulzura, belleza y variedad de figuras, sino de expresiones valientes dichas con la mayor felicidad. Si al dicho poeta quieres juntar algún otro, sea éste Cesio Baso, á quien conocí poco ha; pero los ingenios de los que actualmente viven le llevan mucha ventaja.

Accio y Pacuvio son escritores muy ilustres de la tragedia por la gravedad de sus sentencias, peso de palabras y autoridad de las personas. Pero falta en sus obras el primor y delicadeza que debían tener, no tanto por culpa suya, cuanto del tiempo en que vivieron. Sin embargo, á

(1) Por versos épodos se entienden los versos cortos, que se interpolan entre los largos y concluye en ellos el sentido, como:

Nox erat, et cælo fulgebat luna sereno
Inter minora sidera.

Accio le hacen más nervioso, y á los que se precian de entendidos les parece que Pacuvio tiene más fondo. El Tiestes, de Vario, puede ya compararse con cualquiera obra de los griegos. La Medea, de Ovidio, me parece que es una evidente prueba de cuán excelente pudo ser aquel poeta, si hubiera querido más bien moderar su genio que dejarse llevar de él. De los que yo he leído es el principal Pomponio Segundo, á quien los antiguos tenían por poco diestro en la tragedia, sin embargo de que confesaban que era sobresaliente en la erudición y en la belleza de su estilo.

En la comedia somos muy defectuosos aunque diga Varrón, siguiendo el parecer de Elio Stolón, que si las Musas quisiesen hablar en latín, hubieran hablado por boca de Plauto; por más que los antiguos ensalcen con alabanzas á Cecilio, y se atribuyan á Escipión el Africano los escritos de Terencio, sin embargo de que en su clase son los más elegantes y todavía tendrían más belleza si se hubiera contentado con usar sólo de los trimetros. Apenas alcanzamos una ligera sombra de la comedia griega, de manera que estoy en el entender que el lenguaje romano no admite aquella hermosura concedida á solos los atenienses, siendo así que los griegos en ninguna otra lengua la consiguieron. Afranio es excelente en las comedias togadas (1), y ojalá no hubiera contaminado sus argumentos con amores manifestando en esto sus costumbres.

2.º Mas no ceden en la historia los latinos á los griegos, ni tengo reparo en contraponer á Salustio al Tucídides, y no lleve á mal Herodoto que le iguale Tito Livio, el cual no sólo en la narración tiene una extraña suavidad y pureza acompañada de muy grande claridad, sino que en las arengas es más elocuente de lo que se puede decir, así

(1) Las comedias togadas son todas latinas, esto es, compuestas según el uso y costumbres de los romanos: llámanse togadas porque para su representación usaban de la toga.

que todo lo trata en un estilo acomodado á la materia y á las personas; pero por lo que toca á los efectos, con especialidad aquellos que requieren más dulzura, para decirlo en una palabra, ninguno de los historiadores les ha dado más realce. Y por lo tanto consiguió aquella inmortal viveza de Salustio con diferentes virtudes. Y me parece á mí que dijo bien Servilio Noviano, que más tienen de iguales que de semejantes; este mismo es tenido entre nosotros por hombre de grande ingenio y lleno de sentencias, pero menos conciso de lo que pide la autoridad de la historia, la que poco tiempo antes desempeñó perfectamente Basso Aufidio en los libros que escribió de la guerra de Alemania, y en todos ellos es digno de alabanza por su estilo, pero en algunos no empleó toda la fuerza de su talento.

Resta aún uno que es el decoro y gloria de nuestra edad, sujeto digno de la memoria de los siglos, de quien en otra ocasión se hará mención; ahora ya se entiende quien es (1). Tiene apasionados, más no imitadores, de manera que le hizo perjuicio la libertad que se tomó, aunque quitó mucho de lo que había trabajado. Pero aun en lo que ha quedado de sus obras se echa de ver un espíritu bastante levantado, y unos conceptos que tienen mucho de atrevimiento. Otros escritores buenos hay, pero nosotros tocamos ligeramente los principales de ellos, no revolvemos las bibliotecas.

3.° Viniendo á los oradores latinos, pueden igualarse en la elocuencia con los griegos. Y yo no tengo dificultad en contraponer con toda seguridad á Cicerón á cualquiera de ellos. Y no se me oculta cuántos adversarios me concilio, especialmente no siendo mi intento compararle al pre-

(1) Quieren algunos que hable aquí Quintiliano de Plinio; pero otros con más fundamento lo entienden de Cornelio Tácito. Suprimió muchas cosas por temor de los que entonces imperaban; mas después se resarció esta pérdida.—ROLLÍN.

sente con Demóstenes, ni viniendo al caso tampoco, y más cuando yo soy de opinión que Demóstenes es el primero que debe ser leído, ó por mejor decir, aprendido de memoria.

En la mayor parte de sus virtudes creo yo que son parecidos, como también en la idea, en el orden, en el modo de dividir, de preparar y proponer las razones, y finalmente en todo lo que pertenece á la invención. En la elocución se diferencian algún tanto; aquél es más conciso, éste más afluente; aquél concluye más reducido, éste disputa con más amplitud; aquél siempre con agudeza, éste frecuentemente además de la agudeza tiene peso en sus palabras; á aquél nada se le puede quitar, á éste nada añadir; aquél es más artificioso, éste más natural.

En los chistes y en mover la compasión (que son los dos más principales afectos) les sacamos ventaja. Y quizá esto nace de que quitó los epílogos la costumbre de Atenas (1). Pero el diferente genio del latín no nos concedió á nosotros aquello que los atenienses miran con admiración. Mas en las cartas, aunque de uno y de otro se conservan, no tenemos disputa.

Pero nos es preciso ceder en que aquél fué primero y en gran parte hizo á Cicerón tan grande como es. Pues yo creo que Marco Tulio, habiéndose enteramente dedicado á la imitación de los griegos, imitó la energía de Demóstenes, la afluencia de Platón y la dulzura de Isócrates. Y no sólo consiguió con este estudio lo mejor que halló en cada cual de ellos, sino que con felicísima abundancia sacó de ellos muchísimas, ó, por mejor decir, todas las virtudes de su ingenio inmortal. Porque no se entretiene en recoger las aguas lluvias (como dice Píndaro), sino que mana como de una fuente viva, criado por cierto don de

(1) Ya dijimos que en Atenas no se permitía á los oradores mover los afectos.

la Providencia, para que en él experimentase la elocuencia hasta adonde podía llegar.

Porque ¿quién hay que pueda enseñar con más diligencia ni mover con más eficacia? ¿Quién tuvo jamás tanta dulzura? de manera que parece que le conceden voluntariamente aquello mismo que saca por fuerza, y cuando con la fuerza de su elocuencia lleva inclinado á su dictamen al juez, no tanto parece que es por él arrebatado como que voluntariamente le sigue. Además de esto, en todo lo que dice infunde tanta autoridad, que da vergüenza apartarse de su opinión, y no tanto hace creer que ejerce el oficio de abogado como el de testigo ó juez. También á veces le ocurren naturalmente y sin trabajo todas estas cosas, cada una de las cuales apenas podría discurrir alguno sin grandísimo cuidado; y aquél su modo de decir, que es la cosa más agradable al oído, muestra no obstante la más dichosa facilidad.

Por lo que con razón dijeron los hombres de su tiempo que reinaba en los tribunales, y en la posteridad ha conseguido que el nombre de Cicerón no se tenga por nombre de un hombre, sino de la elocuencia. En este, pues, tengamos puesta la mira; á éste nos propongamos por dechado. Aquel entienda haber hecho progresos á quien Cicerón agrade sobre todos.

Mucha invención y sumo esmero tiene Asinio Polión, en tanto grado que á algunos les parece ya excesivo; tiene también bastante idea y espíriru; pero dista tanto de la belleza y dulzura de Cicerón, que puede parecer de un siglo antes.

Pero Mesala es elegante y puro, y en su estilo manifiesta en cierto modo nobleza, pero tiene poco nervio.

Cayo César, si tan solamente se hubiera ocupado en el ejercicio del foro, á ninguno otro de los nuestros se le podría poner en competencia con Cicerón. Tan grande es su energía, tal su agudeza y su viveza tal, que se descubre

que él escribió con el mismo espíritu con que peleaba. Adorna también todos sus escritos con una extraña elegancia de estilo, de la que fué verdaderamente cuidadoso.

Mucho ingenio tuvo Celio, y con especialidad en reprender usó de mucha cortesanía, y fué un sujeto digno de haber tenido más sana intención y más dilatada vida.

A algunos he hallado que daban la preferencia á Calvo sobre todos; otros, por el contrario, he encontrado que creían que por el demasiado rigor que usaba contra sí, había perdido el verdadero vigor. Pero su estilo es grave y autorizado, puro, y muchas veces también vehemente. Imitó á los atenienses, y la muerte arrebatada le hizo injuria, si es que algo más tenía que añadir á sus escritos, no para quitar nada de ellos.

Servio Sulpicio mereció con razón ilustre fama por tres oraciones. Casio Severo ofrecerá muchas cosas dignas de imitarse, si se lee con discreción; el cual, si á las demás virtudes hubiera añadido el fuego y gravedad de la oración, debería ser colocado entre los primeros. Porque tiene muchísimo ingenio, extraña acrimonia, urbanidad y muy grande energía; pero consultó más su gusto que la razón; además de esto, así como sus gracias son amargas, así también su amargura viene frecuentemente á ser una cosa ridícula.

Hay también otros muchos autores elocuentes, que sería cosa larga contar. De los que yo he visto, Domicio Afro y Julio Africano son los más excelentes. Aquél por el artificio de sus palabras y por todo su estilo debe tener la preferencia, y sin reparo se le puede colocar en el número de los antiguos; éste tiene más viveza, pero pasa de raya en el cuidado de las palabras, y en la composición alguna vez es harto dilatado y de poca moderación en las traslaciones.

Había poco ha bellos ingenios; pues Trachalo fué por la mayor parte sublime y bastante claro, y de quien se podía

creer que aspiraba á lo mejor, pero peroró siendo ya de muchos años. Porque lo bien entonado de su voz, cual no he oído en ninguno, su pronunciación y buen talento podían servir aun para los teatros; finalmente, todo lo quo toca al exterior lo tuvo de sobra. Vibio Crispo es adornado y gustoso, y como nacido para recrear, pero mejor para las causas particulares que para las públicas.

Si hubiera sido más larga la vida de Julio Segundo, hubiera seguramente logrado una muy esclarecida fama de orador. Porque hubiera añadido, como añadía á sus demás virtudes, lo que se podía desear; esto es, que hubierasido mucho más vehemente, y muchas veces, no poniendo tanto esmero en la elocución, se hubiera cuidado de las cosas; pero sin embargo de haberle interrumpido la muerte su trabajo, se ha hecho un grande lugar. Tal es su facundia, tan grande su gracia en explicar lo que quiere; tan castizo, suave y hermoso es su estilo; tanta la propiedad de las palabras aun tropológicas, y tanta la significación aun de las expresiones atrevidas.

Los que después de nosotros escribieren acerca de los oradores, tendrán á la verdad grande materia para alabar á los que ahora florecen. Porque en el día hay muy grandes ingenios que hacen ilustre el foro, porque los abogados consumados se estimulan con los antiguos y los imitan, y sigue la industria de los jóvenes que aspiran á lo más excelente.

4.° Restan ahora los que escribieron de filosofía, en cuya materia hubo muy pocos elocuentes en Roma. De éstos fué uno el mismo Marco Tulio, el cual, no sólo en todas sus obras, pero aun en esta materia, imitó á Platón. Bruto, excelente en esta materia y más aventajado que en sus oraciones, desempeñó lo grave de los asuntos, y se conoce que sentía aquello mismo que dijo. Mucho escribió también Cornelio Celso, siguiendo á los escépticos con adorno y elegancia. Planco, entre los filósofos estoicos, es útil para

el conocimiento de las cosas. Entre los epicúreos, Catio es autor á la verdad de poca consideración, pero no desagradable.

A Séneca, hombre versado en todo género de elocuencia, he dejado de intento para lo último por la falsa opinión que se ha extendido de mí, creyéndose que yo le condeno y aun que le tengo aborrecimiento. Lo cual me está sucediendo justamente en una ocasión en que me esfuerzo en restituir á su antigua severidad el estilo corrompido y estragado con toda suerte de vicios. Además de que casi solo éste ha andado siempre en las manos de los jóvenes, y no era ciertamente mi intención quitársele, sino que no podía sufrir que le diesen la preferencia á otros mejores á quienes él no había cesado de desacreditar (1), porque, conociendo la diferencia de su estilo, desconfiaba de poder dar gusto á quienes ellos agradaban. Amábanle, pues, más de lo que le imitaban, y tanto se apartaban de él cuanto él se había alejado de los antiguos. Porque de otra suerte deberían desear hacerse iguales, ó á lo menos acercarse á aquel varón. Pero agradaba solamente por los vicios, y cada uno se dedicaba á imitar los que podía. Y después, jactándose de decir como Séneca, le infamaban.

Por otra parte, sus virtudes fueron muchas y grandes; su ingenio claro y magnífico; su estudio muchísimo, y grande el conocimiento que tuvo de todas las cosas, en que, sin embargo, fué engañado alguna vez por algunos á quienes él encargaba averiguasen algunas cosas. Trató también casi toda la materia de estudios; pues andan en manos de todos sus oraciones, sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprende excelentemente los vicios.

Tiene muchas y excelentes sentencias, y muchas cosas

(1) Gelio dice en el lib. XII que Séneca intentó vituperar á Cicerón y á Virgilio, y reprenderlos en muchos lugares.

que se deben leer para el arreglo de las costumbres; pero en la elocución por la mayor parte es defectuoso, y su estilo es tanto más perjudicial, cuanto abunda de vicios halagüeños. Porque se desearía que él hubiera escrito por su ingenio, pero por el juicio de otro. Pues si hubiera despreciado algunas cosas, si se hubiera contentado con menos, si no se hubiera pagado tanto de sus obras y si no hubiera disminuído el peso de las cosas con conceptillos, hubiera merecido más bien la aprobación universal de los eruditos que el amor de los muchachos.

Pero con este conocimiento pueden también ya dedicarse á su lectura los que ya tienen seguridad y suficiente firmeza en el estilo grave, aunque no sea más que porque puede servir para ejercicio del discurso por una parte y por otra. Porque muchas cosas se hallan en él dignas de alabanza, como he dicho, y muchas también dignas de admiración, con tal de que se tenga cuidado en la elección, lo que ojalá él hubiera hecho. Pues aquel natural, que llevó á debido efecto todo lo que quiso, merecía que su voluntad se hubiera inclinado á mejores cosas.

CAPITULO II.

DE LA IMITACIÓN.

I. Que la imitación es útil y necesaria. Que ninguno se debe contentar con lo que han inventado otros, sino que cada uno debe inventar alguna cosa. Que no sólo se debe uno esforzar en igualarse con los autores que imita, sino también en excederlos.—II. Que debemos poner cuidado en los autores que imitamos y en lo que de ellos nos proponemos imitar. Cada uno en la imitación consulte sus fuerzas.—III. Que se debe guardar el decoro de la materia y cuidar de no dedicarse únicamente á un solo estilo ó á un autor sólo.—IV. La imitación no ha de reducirse precisamente á las palabras, sino mucho más á las ideas.

I. De todos estos y de los demás autores dignos de leerse, no sólo se ha de tomar la afluencia de las palabras, la variedad de las figuras y el modo de componer, sino que el entendimiento ha de esforzarse á la imitación de todas las virtudes. Porque ninguno puede dudar de que gran parte del arte se contiene en la imitación. Pues así como lo primero fué inventar, y esto es lo principal, así también es cosa útil imitar lo que se ha bien inventado. Y es tal la condición de toda la vida, que deseamos hacer nosotros mismos aquello que nos parece bien en otros. De aquí es que los niños imitan la forma de las letras para aprender á escribir; los músicos la voz de sus maestros; los pintores las pinturas de los antiguos, y los labradores no pierden de vista la imitación del cultivo de los campos que ha aprobado la experiencia. Vemos, finalmente, que los principios de cualquier ciencia se van formando según aquel objeto que se han propuesto. Y á la verdad, por precisión hemos

de ser ó semejantes ó desemejantes de los buenos. Rara vez hace la naturaleza á uno semejante á otro, al paso que la imitación lo hace con frecuencia.

Pero por lo mismo que el conocimiento de las cosas por imitación nos es más fácil á nosotros que á los que tuvieron modelos que imitar, es perjudicial si no se hace con cautela y discreción. Ante todas cosas, pues, la imitación por sí sola no es suficiente, porque es propio de ingenio lerdo contentarse con lo que han inventado otros. Porque ¿qué hubiera de haber sucedido en aquellos tiempos en que no hubo á quien imitar, si los hombres ninguna otra cosa hubieran pensado hacer ó discurrir, sino lo que tenían ya sabido? A la verdad, ninguna cosa hubieran inventado. Pues, ¿por qué razón no hemos de poder nosotros inventar lícitamente cosa que antes no se haya usado? Si aquellos hombres ignorantes no tuvieron más guía para inventar tantas cosas que la razón natural, ¿no nos hemos de mover nosotros á discurrir, cuando sabemos con certeza que los que discurrieron inventaron? Y siendo así que ellos que de ninguna cosa tuvieron maestro alguno dejaron muchísimos escritos á la posteridad, ¿no nos servirán de algún provecho á nosotros todas aquellas cosas para inventar otras? ¿Y ninguna cosa tendremos que no sea por beneficio ajeno, semejantes á algunos pintores que ponen todo su estudio únicamente en aprender á copiar pinturas con medidas y con líneas?

Cosa es también vergonzosa contentarse con igualar á lo que se imita. Porque de lo contrario, ¿qué había de suceder si ninguno hubiera hecho más que aquel á quien imitaba? Entre los poetas nada más habría que Livio Andrónico, y entre las historias no tendríamos más que los anales de los pontífices; todavía navegaríamos en pequeñas barcas; no habría más pintura que la que formasen los contornos de la sombra de los cuerpos puestos al sol. Y si todo lo miramos con reflexión, ninguna facultad está en el

día como cuando se inventó ni como estuvo en sus principios; á no ser que con especialidad condenemos tal vez á estos nuestros tiempos como participantes de esta infelicidad por cuanto ahora últimamente ninguna cosa se aumenta. Porque ninguna cosa hay que tome aumento con sola la imitación. Conque si no se nos permite añadir alguna cosa á los primeros, ¿cómo podemos esperar que haya orador alguno perfecto, y más cuando en los más grandes que hemos conocido ninguno se ha encontrado todavía en el que no se eche menos alguna cosa ó tenga que corregir?

Mas aun aquellos que no aspiran á la suma perfección en la oratoria, deben más bien esforzarse á exceder á otros que á imitarlos. Porque quien hace por ponerse delante de otro, tal vez aunque no le pase, se quedará igual con él. Pero ninguno puede igualar á aquel en cuyas huellas cree que debe ir poniendo los pies; porque preciso es que siempre vaya detrás el que sigue á otro.

A esto se junta el que las más veces es más fácil hacer más que lo mismo. Porque la semejanza tiene tan grande dificultad que ni la naturaleza misma ha podido en esta parte hacer que aun las cosas que más viva semejanza tienen entre sí no se distingan con alguna diferencia.

Además de que todo aquello que se parece á otra cosa es necesario que sea inferior á aquello á que se parece, como la sombra respecto del cuerpo, el retrato respecto de su original, y el ademán de los comediantes respecto de los afectos verdaderos. Lo cual sucede también en las oraciones. Porque las que nos proponemos imitar tienen su propio ser y verdadera energía; por el contrario, toda imitación es sobrepuesta y se acomoda al intento de otro. De lo que resulta que las declamaciones tienen menos energía y vigor que las oraciones; porque en éstas la materia es verdadera, y en aquéllas es fingida.

Júntase á esto que las prendas más grandes que tiene

un orador, cuales son el ingenio, la invención, la energía, la facilidad y todo lo que no enseña el arte, no se pueden imitar. Y de aquí es que los más, cuando han tomado algunas palabras de las oraciones ó algunos determinados pies de composición, ya les parece que imitan primorosamente lo que han tomado; siendo así que las palabras pierden su uso y prevalecen en algunos tiempos como que la regla más fija que ellas tienen es la costumbre, y en sí consideradas ni son buenas ni son malas (no siendo más que sonidos naturales), sino según la oportunidad y propiedad ó impropiedad con que se combinan, y como la composición sea acomodada á los asuntos, es muy agradable por la misma variedad.

II. Por tanto en esta parte de estudios debe examinarse todo con el mayor cuidado. En primer lugar, á quiénes hemos de imitar; porque hay muchísimos que han deseado imitar lo más feo y abominable. En segundo lugar debemos examinar qué intentamos imitar en aquellos autores que nos propusimos. Pues aun en los grandes autores ocurren algunas cosas defectuosas y que los doctos entre sí mismos se reprenden mutuamente; y ojalá que á los que imitan lo bueno les condujese la imitación á lo mejor, como á los que imitan lo malo conduce á lo peor.

Mas aquellos á lo menos que han tenido bastante discreción para evitar los defectos, no se han de contentar con copiar la imagen de la virtud, y por decirlo así, sola la corteza, ó por mejor decir aquellas figuras de Epicuro que dice que salen de la superficie de los cuerpos. Esto acontece á aquellos que sin conocer á fondo la verdadera belleza se proponen por modelo una oración, por decirlo así, á la primera ojeada; y cuando les ha salido con suma felicidad la imitación no se diferencian mucho en las expresiones y armonía, pero no consiguen la energía del decir ni de la invención, sino que las más veces caen en peores defectos é incurren en los vicios que más semejan-

za tienen con las virtudes, y en lugar de ser sublimes se hacen hinchados; en vez de ser concisos no tienen substancia; en vez de ser esforzados se hacen temerarios; de alegres, faltos de vigor; de numerosos, malsonantes, y de sencillos, descuidados.

Y de aquí proviene que los que desgraciada y desordenadamente han imitado cualquiera de aquellos fríos y vanos discursos, se tienen por iguales á los antiguos; los cuales, careciendo del ornato y de las sentencias pretenden igualarse con los áticos; siendo obscuros por razón de sus cortadas cláusulas, piensan que dejan atrás á Salustio y á Tucídides; los de estilo seco y descuidado pretenden competir con Polión; los superfluos y desmayados, si alguna cosa dicen alguna vez que tenga algún más largo rodeo, juran que Cicerón no hubiera hablado de otra manera. Algunos he conocido que creían haber imitado lindamente aquel divino estilo de decir que este varón tenía con sólo haber puesto en la cláusula *esse videatur*. Así que lo primero es que cada uno entienda lo que va imitar, y que sepa por qué razón es bueno.

Despues de esto, para tomar esta carga consulte con sus fuerzas. Porque algunas cosas hay inimitables, para las que, ó no es suficiente la debilidad de la naturaleza, ó la diversidad del genio las repugna. El que tuviere ingenio débil no apetezca solamente lo fuerte y escabroso; y el que tal vez le tenga fuerte, pero fogoso, deseando ser sutil, no sólo perderá el vigor, sino que no conseguirá la elegancia que apetece. Porque ninguna cosa hay más fuera de propósito que cuando lo suave se hace con aspereza.

Mas yo hice ver al maestro de quien dí la idea en el segundo libro, que no debía enseñar sólo aquello á que viese que cada cual de los discípulos se sentía naturalmente dispuesto. Porque él debe fomentar lo bueno que en cada uno de ellos encontrare, y en cuanto fuere posible añadirles lo que les falta, y corregir, y mudar algunas co-

sas; porque él es el que rige y forma los ingenios de los otros; y es cosa dificultosa formar su natural. Y aun cuando el tal maestro desee que sus discípulos tengan todas las buenas prendas con la mayor perfección, sin embargo, no empleará su trabajo en aquel en quien viere que la naturaleza le sirve de impedimento.

III. También debemos evitar el proponernos por objeto de nuestra imitación á los poetas é historiadores en la oración, ó á los oradores y declamadores en una obra de historia ó poesía (en lo que la mayor parte yerra). Cada cual tiene su ley y su hermosura. Ni la comedia se eleva usando de los coturnos, ni por el contrario, la tragedia usa del zueco. Tiene, no obstante, la elocuencia alguna cosa común á todos géneros: imite, pues, lo que es común.

Los que se han dedicado solamente á un solo estilo tienen también este defecto, que si les ha petado la aspereza de alguno, no se desnudan de ella aun en un género de causas suave y que pide serenidad; si la debilidad y desnudez en las causas que piden aspereza y gravedad no corresponden al peso de las cosas; siendo así que las causas no sólo son por su naturaleza diversas entre sí mismas, sino que en cada una de ellas lo son también las partes; y unas cosas se deben decir con suavidad, otras con aspereza, unas con viveza, otras con lentitud, unas para enseñar y otras para mover; de todo lo cual es distinto y diverso el orden que las cosas tienen entre sí.

Y así yo no aconsejaría á ninguno que de tal manera se entregase á la imitación de uno solo que en todas las cosas le siguiese. Demóstenes, el más perfecto de todos los griegos, es no obstante más excelente en algún lugar que en otro; tiene muchísimas cosas que imitar; pero ni aun aquel que más se debe imitar ha de ser sólo el imitado. Mas alguno dirá: pues qué, ¿no basta decirlo todo como lo dijo Marco Tulio? Para mí ciertamente bastaría, si pudiera conseguirlo enteramente. ¿Pero qué daño haría imitar en

algunos lugares la energía de César, la aspereza de Celio, la exactitud de Polión, y la discreción de Calvo? Porque prescindiendo de que es propio de un hombre prudente convertir, si puede, en propia substancia lo mejor que se encuentra en cada uno; teniendo en medio de tan grande dificultad puesta la mira en una sola cosa, apenas se consigue alguna parte de ella. Por lo que siéndole casi negado al hombre el imitar enteramente el autor que se ha escogido, pongamos delante de nuestros ojos lo bueno que hay en muchos para que lo uno haga unión con lo otro, y lo acomodemos adonde cada cosa convenga.

IV. La imitación (y esto mismo lo repetiré muchas veces) no se haga tan solamente en las palabras. En donde se debe poner todo el cuidado es en reflexionar cuán bien guardaron aquellos hombres el decoro en las cosas y personas, cuál fué su idea, cuál la disposición y en cuánto grado se dirigen todas las cosas á triunfar de los ánimos, aun aquellas que parece que se ponen para deleitar, qué hacen en el exordio, cuál es el orden que observan en la narración y de cuán varias maneras la hacen, en qué consiste la fuerza de probar y de refutar, á cuánto se extiende la ciencia de mover los afectos de todas especies y cómo sacaban utilidad de la misma alabanza popular, la cual es muy honrosa cuando naturalmente nos sigue, no cuando es buscada de propósito. Si todo esto previéremos, será verdadera nuestra imitación.

Mas el que á todo esto añadiere sus propias prendas, de manera que supla lo que faltare y corte lo que hubiere superfluo, este tal, que es el que buscamos, será perfecto orador, á quien en la presente ocasión más bien que nunca le convenía llegar á su última perfección, habiendo de sobra tantos más modelos de bien hablar que los que tuvieron los que aun el día de hoy son consumados. Y será también alabanza suya el que se diga que excedieron á sus antecesores y enseñaron á la posteridad.

CAPITULO III.

DEL MODO DE ESCRIBIR.

I. Cuán grande sea la utilidad de escribir.—II. Qué se debe escribir con el mayor cuidado: este cuidado es necesario á los principios.—III. Reprende la pesadez odiosa de algunos en escribir. Alega ejemplo. Para la prontitud en el escribir hará al caso el tener bien meditada la materia. Reprende el desidioso descuido de otros.—IV. Condena la costumbre de dictar. Que un sitio retirado es acomodado para escribir, mas no los bosques y las selvas.—V. En qué términos es útil la vela de por la noche.—VI. Si conviene escribir en tablillas enceradas ó en vitela y de qué modo.

Estos son los medios que exteriormente se ponen para alcanzar la elocuencia; mas en aquellas cosas que hemos de adquirir nosotros mismos, trae también grandísima utilidad la pluma, al paso que es una cosa que de suyo cuesta trabajo. Y con razón la llama Marco Tulio causa y maestra excelentísima de decir. El cual parecer, atribuyéndole á Lucio Craso en las disertaciones que compuso acerca del orador, juntó su dictamen con la autoridad de aquél.

Es necesario, pues, escribir con el mayor cuidado y lo más que se pueda. Porque así como la tierra cuanto más profundamente es cavada se hace más fecunda para producir y hacer crecer las semillas, así también el aprovechamiento que resulta de un estudio profundo produce más abundantes frutos en las letras y los conserva con mayor felicidad. Pues á la verdad, sin este conocimiento de que se requiere haber trabajado mucho en escribir, aquella misma facilidad de hablar de repente sólo producirá una

vana locuacidad y palabras como nacidas en los labios. En el escribir se contienen como las raíces y fundamentos de la elocuencia; allí están escondidas las riquezas como en cierto erario más sagrado, para sacarlas de allí también en las urgencias repentinas, cuando la necesidad lo pide. Ante todas cosas cobremos fuerzas que puedan sostener el trabajo de los debates y que con el ejercicio no se aniquilen. Porque la naturaleza ninguna cosa grande quiso que llegase á perfección en poco tiempo, y á cualquier obra que hubiese de contener en sí muy grande hermosura le puso delante dificultad; y aun en el nacer puso también esta ley, que los más grandes animales estuviesen por más tiempo en las entrañas de sus madres.

II. Pero siendo de dos maneras la cuestión, á saber, de qué manera se ha de escribir y qué es lo que más conviene que se escriba, comenzaré desde aquí á seguir el orden. Sea en primer lugar lo que se escribe una cosa hecha con esmero, aunque se tarde; busquemos lo más excelente: y no nos enamoremos inmediatamente de lo que se nos pone por delante; debe haber discreción en el inventar, y disposición en lo que se ha elegido como bueno. Debe hacerse elección de cosas y de palabras, y es necesario examinar el peso de cada una.

Sígase después el modo de colocarlas, y ejercítense de todos modos los números (1), y cada palabra no ha de ocupar su lugar según fuere ocurriendo. Y para que esto lo ejecutemos con más exactitud, se ha de repetir frecuentemente lo que se acaba de escribir. Porque prescindiendo de que de esta suerte se une mejor lo que se sigue con lo que antecede, aquel calor de la imaginación, que con la detención del escribir se ha resfriado, cobra de nuevo fuer-

(1) Por número oratorio se entiende el orden de las palabras y de toda la oración, la cual continúa toda igual y causa una armonía muy agradable al oído.

zas y, como cuando se toma carrera para saltar, adquiere aliento; lo que vemos en las apuestas que se hacen para saltar, que para hacerlo con más esfuerzo, toman más larga la carrera, para llegar con ella á aquel término sobre que es la contienda, y así como encogemos los brazos para tirar y para arrojar los dardos estiramos hacia atrás las cuerdas.

Sin embargo, algunas veces se deben desplegar las velas cuando el viento sopla, con tal que esta prosperidad no nos engañe. Porque todas nuestras cosas cuando están en sus principios son agradables, pues de lo contrario no se escribirían. Pero volvamos á meditar y examinar lo escrito, y segunda vez reconozcamos esta sospechosa facilidad. Así sabemos que escribió Salustio, y en verdad que se descubre bien el trabajo aun por la misma obra; y Varo refiere que Virgilio componía muy pocos versos en un día.

Distinto es el constitutivo del orador, y así encargo en los principios esta detención y solicitud. Porque lo primero que se debe entablar y procurar conseguir es el escribir con la mayor perfección. El ejercicio dará facilidad. Poco á poco iran ocurriendo las cosas; corresponderán las expresiones; seguirá la composición, y todas las cosas, finalmente, como en una familia bien gobernada, estarán en su ejercicio. En esto está todo: escribiendo con precipitación, no se consigue escribir bien; mas escribiendo bien, se logra hacerlo pronto.

Pero cuando sucediere el tener nosotros aquella inoportuna facilidad, entonces es cuando más que nunca nos hemos de resistir á ella y reflexionar sobre lo que debemos hacer, conteniéndola no de otra suerte que el cochero detiene con el freno á los caballos feroces, lo cual tan lejos está de que nos cause detención, que antes bien nos infundirá nuevos alientos.

III. Y no soy de parecer que deben obligarse de nuevo á la dura pena de escrupulizar en todo los que ya han ad-

quirido alguna firmeza en escribir. Porque ¿cómo podrá dar el debido cumplimiento á las obligaciones civiles el que se eternice en cada una de las partes de las defensas de los pleitos? Algunos hay que con nada se contentan; todo lo quieren mudar y decirlo todo de distinta manera de lo que les ocurre; otros hay desconfiados, y que de su talento ningún provecho han sacado, los cuales tienen por exactitud hacerse más dificultoso el escribir. Y no es fácil decir cuáles son los que mayor yerro cometen, si aquellos que viven muy pagados de sus obras, ó los que todo lo que escriben les disgusta. Porque frecuentemente sucede, aun á los jóvenes de talento, que se consumen trabajando, y vienen á dar en el extremo de no decir palabra por el demasiado deseo que tienen de decir con perfección.

Sobre lo cual me acuerdo que me contó Julio Segundo, aquel contemporáneo mío y á quien como amigo amaba, como es notorio, hombre de extraña elocuencia, lo que en cierta ocasión le decía un tío suyo. Este fué Julio Floro, príncipe de la elocuencia de las Galias (porque últimamente allí la ejercitó), por otra parte elocuente entre algunos y digno de aquella parentela. Habiendo, pues, éste visto por casualidad triste á Julio Segundo, cuando aún andaba á la escuela, le preguntó cuál era la causa de mostrar tanta tristeza en su semblante, y el joven le declaró que hacía ya tres días que discurriendo sobre el asunto propuesto para escribir, no le ocurría el exordio; de lo que no sólo se originaba por entonces su sentimiento, sino la causa de su desesperación para lo sucesivo. Entonces Floro, riéndose, le dijo: *Pues qué, ¿pretendes tú hablar mejor de lo que te es posible?* Así es que debemos procurar hablar lo mejor que podamos, pero debemos hablar según nuestra posibilidad. Porque para el aprovechamiento se requiere la aplicación, mas no la indignación.

Mas no sólo el ejercicio, el que sin duda alguna sirve mucho, sino también el método, contribuirá también á que

podamos escribir mucho y con prontitud; esto es, que en lugar de tener levantada la cabeza mirando al techo, y agitando con murmullo la imaginación, esperando lo que nos ha de ocurrir, reflexionaremos qué es lo que pide el asunto, qué conviene á la persona, cuál es la ocasión y cuál el ánimo del juez, poniéndonos á escribir de un modo racional. De esta manera la naturaleza misma hará que nos ocurran los principios y lo que se ha de seguir. Porque la mayor parte de las cosas tienen su limitación, y si no cerramos los ojos se nos vienen á la vista, y de aquí es que los ignorantes y la gente del campo no discurre mucho tiempo por dónde ha de empezar; por cuya razón es cosa más vergonzosa el que la instrucción sea causa de mayor dificultad. Así que no tengamos siempre por lo mejor lo que está oculto; de otra suerte, enmudezcamos si nada hemos de decir sino lo que no alcanzamos.

Diferente de éste es el vicio de aquellos que al principio quieren correr por el asunto con una pluma muy ligera, y escriben de repente siguiendo el ímpetu de su imaginación acalorada (á esto lo llaman selva); después vuelven de nuevo á ello y corrigen los yerros que se les habían escapado; las palabras y los números quedan corregidos, pero en las cosas, inconsideradamente amontonadas, queda la misma falta de peso que había antes. Será, pues, lo mejor poner cuidado desde luego y dirigir desde el principio la obra de tal suerte, que sólo sea preciso perfeccionarla, no fabricarla de nuevo. No obstante, alguna vez seguiremos el ímpetu de los afectos, en los que sirve más el acaloramiento que el cuidado.

IV. Por lo mismo que reprendo este descuido de los que escriben, se descubre bastantemente cuál es mi parecer acerca de los que tienen sus delicias en dictar. Porque cuando escribimos nosotros, aunque sea de prisa, nos da tiempo la mano, que nunca es tan veloz como la imaginación; mas aquel á quien dictamos da prisa, y algunas ve-

ces nos causa vergüenza el dudar, el pararnos ó mudar alguna cosa, como temiendo al testigo de nuestra insuficiencia. De lo que resulta que salen algunas cosas, no solamente sin pulir é imprevistas, sino también impropias, cuando tan solamente reina el deseo de ir uniendo palabras á palabras, que ni las alcanza el cuidado de los que escriben ni el ímpetu de los que dictan. Mas aquel mismo que escribe, si por ser más pesado en escribir ó más torpe en el leer sirviere muchas veces como de estorbo, se corta el hilo, y toda la idea que se había concebido, á veces se desvanece por la detención y enfado.

Además de esto, aquellas cosas que son consiguientes al claro movimiento del ánimo y que por sí mismas le ponen en cierto modo en agitación, y de las que es efecto propio el mover frecuentemente la mano, torcer el rostro, volverse, ya de un lado, ya de otro, y á veces reprender á voces, y lo que Persio nota cuando da á entender un modo de hablar sin peso, diciendo: *Ni da golpe en el bufete, ni se saborea, mordiéndose las uñas (Sát.*, I, v. 105), son también cosas ridículas, á no ser que estemos solos.

Finalmente, para decir de una vez la razón más poderosa, ninguno pondrá duda en que á los que escriben les es sumamente necesario un sitio retirado y libre de testigos, y el más profundo silencio, todo lo cual se destruye con el dictado.

Sin embargo de esto, no se les ha de dar inmediatamente oídos á los que creen que para esto no hay cosa más acomodada que los desiertos y las selvas, á causa de que aquel despejo de cielo y amenidad de lugares ensanchan el ánimo y hacen más feliz el espíritu. Pues este retiro más me parece á mí que es estímulo para la diversión que para los estudios. Puesto que aquello mismo que deleita es preciso que distraiga de trabajar con intensión en la obra que uno se ha propuesto. Porque hablando de buena fe, el ánimo no puede á un mismo tiempo atender á muchas cosas, y á

cualquiera cosa á que atendiere deja de contemplar lo que se había propuesto. Por cuya razón la amenidad de las selvas, las corrientes de los ríos, el suave viento que sopla entre las ramas de los árboles, el canto de las aves y la misma libertad que la vista tiene para explayarse con anchura se llevan más la atención, en tanto grado que esta diversión más me parece á mí que distrae que recoge la imaginación. Mejor lo entendía esto Demóstenes, el cual se retiraba á un sitio desde donde ni podía oirse ruido alguno, ni verse cosa ninguna, para que la vista no pusiese al alma en la precisión de pensar en otra cosa.

V. Y por lo tanto los que trabajan por la noche han de estar como encubiertos con el silencio de ella, encerrados en una habitación y con una sola luz. Pero como sea verdad que en todo género de estudios, y con especialidad en éste, es necesasaria la salud robusta, como también la frugalidad, que es la que más contribuye á ella, tanto más se necesita cuando gastamos en el más molesto trabajo el tiempo que la naturaleza misma nos ha concedido para el descanso y sustento. En el cual trabajo no ha de emplearse más tiempo que el que sobrare del sueño, sin que le falte nada. Porque el mismo cansancio sirve también de estorbo al cuidado de escribir, y si hay lugar por el día, es tiempo harto suficiente, y la necesidad es la que obliga á los que trabajan por la noche. Sin embargo, la vela de por la noche es un género de secreto el más apreciable, siempre que nos pongamos á ella estando robustos y descansados.

Pero al paso que el silencio, el retiro y el ánimo por todas partes desembarazado son cosas sumamente apetecibles, no pueden siempre verificarse, y por lo tanto si ocurriere algún ruido, no por eso se han de abandonar inmediatamente los libros, ni nos hemos de lamentar de la pérdida del día, sino que se ha de resistir á lo que nos incomoda y acostumbrarnos á que el recogimiento de

nuestra imaginación supere todo lo que estorbe, y si con toda el alma se fijare la atención en aquello mismo que se trabaja, ninguna de las cosas que se presentan á la vista y llegan al oído llegará al alma. Pues si una ocurrencia casual tiene virtud muchas veces para hacer que no veamos á los que se se encuentran con nosotros y que perdamos el camino, ¿no lograremos esto mismo si queremos?

No debemos fomentar las causas de la desidia. Porque si llegáremos á persuadirnos de que no se ha de estudiar sin estar bien descansados, alegres y desembarazados de todos los demás cuidados, nunca nos faltará motivo para excusarnos. Por cuya razón entre la gente, en el viaje, en los convites y aun en la junta se ha de hacer la imaginación su retiro. Porque de lo contrario, ¿qué sucederá cuando tengamos que hablar de repente con un discurso seguido en medio del foro, rodeados de tantos tribunales, disputas y de gritos que ofrece la casualidad, si no podemos acordarnos sino en la soledad de lo que escribimos? Por lo cual aquel mismo Demóstenes, tan amante del retiro, se acostumbraba á no turbarse con el bullicio del auditorio meditando en una playa, en donde las olas se estrellan con el más grande ruido.

VI. Tampoco debe olvidarse lo que es menos (sin embargo de que en los estudios ninguna cosa hay de poca consideración), á saber: que es muy bueno escribir en tablas enceradas, en las cuales se puede muy fácilmente borrar lo que se escribe, á no ser que tal vez la debilidad de la vista haga necesario el uso de las vitelas, las cuales al paso que ayudan á la vista detienen la mano y contienen el ímpetu de la imaginación con el continuo llevar y traer las plumas para mojarlas.

Mas en cualquiera de los dos modos de escribir se deben dejar huecos en lo que se escribe, en los cuales se pueda libremente escribir cuando se hubiere de añadir

alguna cosa. Porque á veces el no haber espacio en la escritura para corregir infunde pereza, ó lo que estaba escrito se confunde con lo que nuevamente se interpone.

Ni me parece bien que las tablas en que se escribe sean desproporcionadamente anchas, porque tengo la experiencia de un joven á la verdad aplicado, que tenía unos razonamientos interminables, á causa de que se gobernaba para ellos por el número de renglones que en su tabla le cabían; el cual defecto, que no se le había podido corregir con la frecuente reprensión, se le quitó mudando de cartapacio.

Debe también tener el cartapacio una margen en donde se anote lo que suele ocurrir fuera de orden á los que escriben; esto es, de cosas pertenecientes á lugares distintos de los que á la sazón se tienen entre manos. Porque alguna vez ocurren de improviso muy excelentes pensamientos, los que ni conviene insertar en lo que se está escribiendo ni es seguro el dejarlos para otra ocasión, porque á veces se olvidan y á veces distraen de inventar otras cosas á los que sólo cuidan de conservarlos en la memoria. Y por lo tanto de ninguna otra manera se conservan mejor que teniéndolos como en depósito apuntados.

CAPITULO IV.

DE LA CORRECCIÓN.

Síguese la corrección, parte de las más útiles de los estudios. Por lo que con razón se cree que no menos hace la pluma cuando borra que cuando escribe. Es propio de este ejercicio el añadir, quitar y mudar. Pero más fácil y sencilla cosa es el juzgar cuándo se ha de añadir ó quitar; mas el haber de bajar lo hinchado, realzar lo bajo, reducir á menos lo superfluo, poner en orden lo que está desordenado, hacer que tenga unión lo que no la tiene y contener el excesivo adorno de la oración, esto es duplicado trabajo. Porque no sólo hay que reprobar lo que había parecido bien, sino que se hace preciso volver á discurrir lo que se había olvidado. Y no hay duda que el mejor modo de corregir es dejar por algún tiempo lo que se ha escrito, para volver después á tomarlo como una cosa nueva y de otro, á fin de que nuestros escritos, como recientes frutos, no nos lisonjeen.

Pero no puede esto verificarse siempre con especialidad en un orador, que necesita muchas veces escribir para lo que ocurre de presente; además de que la corrección tiene su término. Porque hay algunos que vuelven á corregir todo lo que ya habían escrito, como si estuviera lleno de defectos y como si nada de lo que se escribió la primera vez pudiese estar bueno, tienen por mejor cualquiera otra, y esto mismo hacen todas las veces que vuelven á tomar el libro en las manos, á la manera de los médicos, que cortan aun lo que está sano. De lo que viene á suceder que con esta exactitud quedan sus escritos como lle-

nos de cicatrices, sin alma y en peor estado. Alguna vez, pues, ha de haber alguna cosa que nos agrade, ó que á lo menos nos satisfaga, de manera que la lima sirva para pulir la obra, no para destrozarla.

También debe haber medida del tiempo. Porque lo que sabemos de Cina, que tardó nueve años en escribir la *Esmirna*, y lo que de Isócrates se dice, que apenas acabó un panegírico en diez años, nada tiene que ver con el orador, cuyo auxilio de nada servirá si fuere tan tardío.

CAPÍTULO V.

QUÉ COSAS PRINCIPALMENTE SE HAN DE ESCRIBIR.

I. Al principio hará al caso traducir del griego al latín. Traducir también del latín. Refuta la opinión de Cicerón. También conviene hacer variaciones de muchos modos en nuestra lengua.— II. Cualquier asunto, por sencillo que sea, es excelente para adquirir la elocuencia. Proposiciones. Confirmación y refutación de opiniones. Lugares comunes. Declamaciones. Historias. Diálogos. Versos. Que los jóvenes no se detengan mucho tiempo en las declamaciones. Que los pleitos que hubieren oído defender ó algunos otros los traten en pro y en contra.

Resta ahora el que digamos qué cosas con especialidad se han de escribir. Es un trabajo superfluo el explicar qué materias se han de escribir y qué cosas se han de tratar las primeras, cuáles las segundas y cuáles después; porque esto ya queda explicado en el primer libro, en que propusimos el método de estudios de los niños, y en el segundo en que ya dimos el de los más adelantados. Pero de lo que ahora se trata, que es de donde especialísimamente resulta la afluencia y facilidad, es el traducir del griego al latín, lo que nuestros antiguos oradores tenían por lo mejor. Lucio Craso en aquellos libros de Cicerón acerca del orador, dice que lo hizo esto con frecuencia. Esto mismo se recomienda allí en boca del mismo Cicerón con la mayor frecuencia. Además de esto dió á luz, trasladados del griego al latín por este estilo, los libros de Platón y de Xenofonte. Esto fué del agrado de Messala, y escribió á este tenor muchas oraciones; en tanto grado, que

competía en la sutileza tan difícil á los romanos, con aquella célebre oración de Hipérides en favor de Phrine.

Y es clara la razón de la utilidad que resulta de este ejercicio. Porque los autores griegos tienen materias abundantes, añadieron mucho artificio á la elocuencia, y los que los traducen tienen la proporción de usar las expresiones más excelentes; pues de todas las nuestras hacemos uso y tenemos una cierta precisión de discurrir muchas y varias figuras, con las que principalmente se adorna la oración; por cuanto por lo común son diferentes los modos de hablar de los griegos de los de los romanos.

Pero aun la variación de los autores latinos también contribuirá mucho. Y por lo que respecta al desenlace de los versos, creo que ninguno pondrá duda; único ejercicio de que se dice que usó Sulpicio. Pues el entusiasmo de los poetas ayuda para elevar el estilo, sus y expresiones, que son más atrevidas por la libertad poética, no impiden al orador valerse de sus pesamientos, aunque con otros términos (1). Mas también se les puede añadir á las sentencias la energía oratoria y suplir lo que les falta y reducir á menos lo que tiene más extensión. Y no ha de reducirse la interpretación á una mera paráfrasis, sino que ha de ser ejercicio é imitación sobre unos mismos pensamientos.

Y por esta razón soy de distinta opinión que aquellos que prohiben traducir las oraciones latinas, porque siendo ya excelentes, cualquiera cosa que de otro modo dijéremos es necesario que sea una cosa peor. Porque ni siempre se ha de desconfiar del poder inventar alguna cosa

(1) Da á entender Quintiliano que la libertad que usan los poetas en algunas expresiones llenas de fuego y entusiasmo contribuyen para levantar el estilo y dar sublimidad á los pensamientos de la oración; porque puede muy bien esta tener pensamientos poéticos en lenguaje oratorio, como vemos en la de Cicerón (*por Arquias*, núm. 9.): *Urbem... ex omni impetu regio, ac totius belli ore, ac faucibus ereptam.*

mejor que lo que otros han dicho, ni la naturaleza hizo tan estéril y pobre la elocuencia que no se pueda hablar bien de un asunto sino de un solo modo. A no ser que digamos que el ademán de los comediantes puede hacer muchas variaciones acerca de unas mismas voces, y que es menor la virtud de la oratoria, de suerte que tratada la cosa de una manera ya no hay más que decir sobre la misma materia.

Pero supongamos que no discurrimos ni mejor ni tan bien; con todo eso podemos ir á los alcances. Pues qué, ¿nosotros mismos no hablamos dos y más veces de un mismo asunto y alguna vez sentencias seguidas? A no decir que con nosotros mismos podemos competir y no podemos hacerlo con otros. Porque si de una sola manera se habla bien, podremos imaginar que los antiguos no han cerrado el camino para la elocuencia. Mas son innumerables las maneras de hablar bien y muchísimos los caminós que á ello conducen. La brevedad tiene su cierta gracia y también la afluencia de palabras; una es la que se encuentra en las palabras trasladadas y otra es la que se encuentra en las propias. A una cosa hace recomendable el modo de hablar recto (1) y á otra la figura por variación de casos. Finalmente, la misma dificultad es muy útil para el ejercicio.

Además de esto, de esta suerte ¿no se entienden mejor los más grandes autores? Porque no pasamos de largo por lo escrito leyéndolo sin cuidado, sino que miramos por todos lados cada una de las cosas y por necesidad las penetramos, y conocemos cuán grande recomendación tienen por lo mismo que no podemos imitarlas.

También será del caso que no sólo traduzcamos los es-

(1) Por modo de hablar recto entiende Quintiliano el estilo sencillo, natural y vulgar, cual se usa comúnmente en conversaciones familiares.

critos ajenos, sino que también variemos de muchos modos los de nuestra lengua, para tomar de intento algunas sentencias y manejarlas con el mayor adorno, á la manera que en una misma cera se suelen formar diversas figuras.

II. Mas estoy en el entender de que de cualquier materia por muy sencilla que sea se adquiere muchísima facilidad. Pues con facilidad se ocultará la falta de vigor entre aquella grande variedad de personas, causas, lugares, tiempos, dichos y hechos, ofreciéndose por todos lados tantas cosas de las cuales se puede tomar alguna. Y es prueba de habilidad amplificar lo que por naturaleza es reducido, dar aumento á lo que de suyo es pequeño, hacer que tengan variedad las cosas que se parecen, hacer gustosas las cosas claras y hablar bien y mucho de lo poco.

Para esto serán muy del caso las cuestiones infinitas que ya hemos dicho que se llaman *theses,* en las que Cicerón, siendo ya el principal en la república solía ejercitarse También los lugares oratorios comunes, los que también sabemos que escribieron los oradores. Pues el que con abundancia de palabras manejare solamente estos que en derechura se dirigen al asunto y que por ningunos rodeos se apartan de él, tendrá seguramente más afluencia en aquellos que admiten más digresiones, y tendrá disposición para manejar todos los asuntos. Porque todos ellos se componen de cuestiones generales. Porque, ¿qué diferencia hay en que se ponga en disputa si Milón quitó justamente la vida á Clodio, ó si conviene quitar la vida á un salteador ó á un ciudadano perjudicial á la república, aun cuando no ponga asechanzas? ¿Si Catón obró bien en dar á Hortensio su mujer Marcia? ¿ó si tal cosa es propia de un hombre de bien? Acerca de las personas se juzga, pero de las cosas se disputa.

Mas las declamaciones, cuales son las que se dicen en las escuelas de retórica, si son conformes á la verdad y semejantes á las oraciones son utilísimas, no solamente en

las que se ejercita á un mismo tiempo la invención y la disposición mientras se está aprendiendo, sino aun cuando ya es el orador consumado y famoso en el foro. Porque se fomenta y se pone más lozana la elocuencia con éste como sustento más gustoso; y fatigada con la aspereza continua de las disputas, toma nuevo aliento.

Por donde la amenidad de la historia se ha de considerar también alguna vez como del caso para ejercitar el estilo, como también el explayarse con la libertad de los diálogos. Y no se opone á esto tampoco el ejercitarse por diversión en componer algún verso, así como los atletas, omitiendo por algún tiempo el abstenerse de ciertos manjares y dejando el ejercicio de la lucha, se recobran con el descanso y haciendo uso de manjares más gustosos. Y me parece á mí que Cicerón se hizo tan ilustre en la elocuencia porque hizo también estas interrupciones de estudios. Porque si no salimos de la materia de pleitos, preciso es que el lucimiento venga á menos, se endurezca la articulación, y la agudeza misma del ingenio venga á embotarse con la cuotidiana disputa.

Pero al paso que este como cebo de decir sirve para reparar y recobrar á los que se ejercitan y en cierto modo militan en los debates del foro, los jóvenes no deben detenerse demasiado en la falsa pintura de las cosas y en las vanas ideas, de manera que después que de ellas se separen sea dificultoso acostumbrarlos á que sin temor miren los peligros verdaderos que los deslumbran, como la vista del sol después de aquella obscuridad en que se hubieren casi envejecido. Lo que se cuenta que le sucedió también á Porcio Ladrón, que fué el primer profesor más afamado, que teniendo muy grande opinión en las escuelas y habiendo de defender un pleito al descubierto, pidió con mucha instancia que trasladasen los asientos al foro (1);

(1) Por la palabra basílica del original se entiende una de

tan nuevo fué para él aquel cielo, que toda su elocuencia parecía reducirse á las paredes de una sala.

Por lo cual, el joven que con cuidado hubiere ya aprendido de sus maestros el modo de discurrir y hablar (lo cual no es un trabajo infinito si lo saben enseñar) y hubiere adquirido también un moderado ejercicio, elíjase algún orador, que es lo que se estilaba entre los antiguos, sígale é imítele, asista á las defensas de los pleitos que pudiere y no pierda jamás de vista el ejercicio á que se le destina; componga además de esto él mismo por escrito ó aquellas mismas materias que oyere defender, ó trate también otras en pro y en contra con tal que sean verdaderas, y ejercítese en lances sucedidos, como vemos que lo hacen los gladiadores. Mejor es esto que escribir contra lo que escribieron los antiguos oradores, como hizo Sestio contra la defensa que Cicerón hizo á favor del mismo, no pudiendo informarse suficientemente de la otra parte por sola la defensa.

De esta manera se habilitará más pronto el joven á quien el maestro hubiere precisado á acercarse lo más que hubiere sido posible á la verdad y á explayarse por todas las materias, de las cuales ahora eligen lo más fácil y favorable. Opónese á esto lo que en el segundo libro dejé sentado, que es la numerosa multitud de discípulos y la costumbre de declamar en determinados días por clases, y algún tanto también la preocupación de los padres que se cuidan más de contar las declamaciones que de ver su mérito. Pero como ya he dicho, me parece, en el primer libro, el buen maestro no se cargue de mayor número de discípulos que el que pudiere sobrellevar, y corte la de-

las salas ó piezas que había en el foro. A esta sala quería Porcio Ladrón que se trasladasen los asientos, porque era semejante á su escuela. Algunos han creido que el foro, por lo menos entonces, era un lugar descubierto: y este lugar de Quintiliano parece que confirma la conjetura.—Ged.

masiada charlatanería, de manera que solamente se digan aquellas cosas que están en controversia, y no todas las cosas que hay en la naturaleza, como algunos quieren; por otra parte ó les dará más tiempo para prevenirse ó permitirá que se dividan las materias. Porque de más provecho servirá una sola que se haya trabajado con cuidado hasta concluirla, que muchas que se hubieren comenzado y tocado por encima. Por lo cual sucede que ni cada cosa se pone en su lugar ni guardan su ley aquellas cosas que son las primeras amontonando los jóvenes florecillas de todas partes en lo que van á decir; de lo que resulta que temiendo perder lo que se sigue confunden lo primero.

CAPITULO VI.

DE LA MEDITACIÓN.

Muy grande unión tiene con la escritura la meditación, la cual no sólo recibe de ella fuerza, sino que guarda un cierto medio entre el trabajo de escribir y perorar de improviso y no sé si de uso muy frecuente. Porque ni en todas partes ni siempre podemos escribir, mas para meditar hay muchísimo tiempo y muchísimos lugares. La meditación en muy pocas horas abraza aun los asuntos de grande consideración. Ella, siempre que el sueño se interrumpe, se sirve de las tinieblas mismas de la noche. Ella encuentra algún lugar desocupado aun en medio de las ocupaciones diarias y nunca se halla ociosa. Y no sólo dispone ella dentro de sí misma el orden de las cosas (lo cual sólo bastaba), sino que une tan bien las palabras, y de tal suerte combina toda la oración, que no le falta más que el escribirla. Porque las más veces se queda más fielmente impreso en la memoria lo que se amplifica sin ninguna seguridad para escribir.

Pero no se puede llegar ni de repente ni de pronto á conseguir esta firmeza para meditar. Porque ante todas cosas se ha de formar con el mucho ejercicio de escribir una idea que no se nos olvide aun cuando estemos meditando; en segundo lugar nos hemos de ir poco á poco habituando á comprender primero pocas cosas de las que podamos dar fielmente razón. y después se han de ir aumentando con tal tiento que no se advierta el trabajo de aumentarse la carga reteniéndolas en la memoria con el mucho uso y ejercicio, en el cual consiste por la mayor parte la memoria, y así debo yo dejar algunas cosas para cuando trate de ella. Sin embargo, llega á tanto este ejercicio que aquel

que nada puede conseguir por el ingenio, con el auxilio sólo de este constante estudio llega á conseguir que fielmente le ocurran perorando todas aquellas cosas que hubiere discurrido, escrito y aprendido, y así cuenta Cicerón que Metrodoro Escepcio y Erifilo Rodio de los griegos, y Hortensio de los nuestros, repitieron á la letra perorando lo que habían meditado.

Pero si mientras se está diciendo ocurriere de repente algún concepto que pueda servir de lustre á la oración, no nos hemos de atener supersticiosamente á lo pensado, porque no es una cosa de tanta estimación que no se pueda dar lugar á lo que ocurra; siendo así que aun en los escritos muchas veces se insertan cosas que han ocurrido de repente. Y así de tal manera se ha de disponer toda esta especie de ejercicio que fácilmente podamos dejarle y volver á él. Porque así como lo primero es llevar de casa materia dispuesta y determinada para hablar, así también es la mayor necedad no hacer aprecio de los conceptos que ofrece la casualidad. Por cuya razón la meditación ha de estar dispuesta á que lo que nos ocurra de repente no quede frustrado, antes bien pueda servirnos de algún auxilio.

Mas con la firmeza de la memoria lograremos el que con seguridad nos vayan ocurriendo las cosas que hemos aprendido, y evitar el que nos estorben premeditar, al tiempo que con cuidado estamos recapacitando y suspensos con la esperanza única de acordarnos. Porque á no ser así, sería menos malo el exponerse temerariamente á lo que de repente ocurriese, que ir atenidos á una imaginación que fácilmente se distrae del asunto. Porque el volver atrás es más peligroso; pues por buscar la idea que se nos fué perdemos el hilo de lo que vamos diciendo, y nos acordamos de las cosas más bien por la memoria que por la materia de ellas. Y en caso de buscar lo mejor, más cosas nos suministra la materia que la memoria.

CAPITULO VII.

DE LA FACILIDAD DE DECIR DE REPENTE.

I.—Cuán útil sea y cuán necesaria.—II. De qué manera se adquiere.—III. De qué manera se conserva.

I. La facilidad de perorar de repente es uno de los más grandes frutos de los estudios y como un cierto premio grandísimo de un dilatado trabajo; la cual facilidad quien no la consiguiere, puede, á mi parecer, hacer renuncia de los cargos civiles y emplear en otras ocupaciones la facilidad sola de escribir, porque no le está bien á un hombre acreditado dar palabra de socorrer al público y faltar después á ella en los peligros evidentes, como mostrar el puerto adonde la nave no puede arribar sin ser llevada con suaves vientos. Puesto que ocurren infinitas ocasiones repentinas en que urge hablar de repente, ó en presencia de los magistrados, ó en las juntas de los tribunales que se tienen antes del día señalado, de los cuales lances si alguno le ocurriere, no digo á cualquiera de los ciudadanos inocentes, sino á alguno de nuestros amigos ó parientes, ¿se estaría sin hablar palabra? Y á los que le suplicasen que en el instante mismo los defendiese, porque si no los socorría iban á perecer, ¿les pediría que le diesen tiempo, lugar retirado y silencioso, mientras dispusiese lo que había de decir se le quedase en la memoria y pusiese en tono su voz y aliento? ¿Pues qué razón hay para sufrir que un orador no esté dispuesto para estos lances?

¿Pues qué sucederá si fuere necesario responder á la parte contraria? Porque muchas veces nos engañamos en

lo que juzgamos y escribimos, y de repente el asunto muda de aspecto. Y así como el piloto tiene que alterar el rumbo que seguía por evitar los golpes de las tempestades, así también el que defiende los pleitos ha de alterar el orden según la variedad de ellos. Porque ¿de qué sirve el estilo, la lección continua y la carrera dilatada de estudios si persevera la misma dificultad que á los principios? A la verdad, quien siempre encuentra la misma dificultad debe confesar que para él todo el tiempo que ha pasado fué perdido. Y todo esto que yo digo no es con el fin de que el orador estime más hablar de repente, sino que cuando ocurra esté en disposición para ello.

II. Esto lo conseguiremos principalmente de esta manera. Lo primero sépase el modo de decir. Porque la carrera no puede llegar al término sin saber primero adónde se ha de dirigir y por dónde. Y no basta saber cuáles son las partes de las causas judiciales, ó disponer con arreglo el orden de las cuestiones (sin embargo de que estas son cosas principales), sino cuál ha de ser lo primero en cualquiera parte, cuál lo segundo y cuál lo tercero; las cuales cosas tienen entre sí tanta conexión que no se pueden mudar ó entrecortar sin que resulte confusión. Y cualquiera que aprendiere el camino por donde se ha de introducir en el asunto, ante todas cosas se ha de gobernar por la serie de las cosas como por guía; por lo que, aun los que tienen un mediano ejercicio, guardan con la mayor facilidad este tenor en las narraciones. Después conocerán qué es lo que se requiere en cada lugar; no mirarán alrededor, ni se turbarán con otros pensamientos que por otra parte les ocurran, ni confundirán la oración con diversas ideas como saltando de una parte á otra y sin pararse en cosa alguna. Finalmente tendrán su medida y término, el cual no puede haber sino por la división. Después que se haya desempeñado en el modo posible todo lo que se haya propuesto, se conocerá que se ha llegado ya al fin.

Esto es por lo que toca al modo de adquirir la facilidad, por lo que pertenece al estudio es necesario hacer acopio del mejor lenguaje, como ya queda ordenado, y que se forme la oración con un exacto y puro estilo, de tal suerte que aun lo que de repente decimos se parezca á lo que tenemos escrito, y si mucho tuviéremos escrito digamos aún mucho más. Porque la costumbre y el ejercicio son las principales causas de la facilidad; la cual si por algún tanto se interrumpiere, no sólo se hace pesada aquella viveza, sino que queda entorpecida y helada.

Porque aunque se necesita una cierta natural ligereza del ánimo para poder ir preparando lo que después se sigue al tiempo que decimos lo que tenemos ya presente, y para que cuando hablemos esté ya nuestra imaginación provista del concepto ya formado que ha de seguirse siempre á lo que acabamos de decir; con todo eso, ó la naturaleza ó la razón con dificultad podrán dividir el ánimo á tanta variedad de oficios de manera que pueda él solo atender á un mismo tiempo á la invención, á la disposición, elocución, orden de palabras y de las cosas, á lo que está diciendo y á lo que va á decir y lo que después deberá tener presente, junto con observar el tono de la voz, pronunciación y el ademán. Porque es preciso que la imaginación pase muy adelante y que lleve delante de sí las cosas, y que cuanto espacio se gasta en el decir otro tanto se tome de lo que inmediatamente ocurre; de manera que hasta llegar al fin el mismo paso ha de llevar la imaginación que la voz para que no salgan los miembros cortos y concisos, haciendo interrupción y parada á cada paso como los que sollozan.

Hay cierto hábito que no se aprende con reglas, que los griegos llaman irracional, por el que la mano corre escribiendo y los ojos miran á un mismo tiempo en la lección todos los renglones y sus vueltas y espacios, y antes de decir lo que está antes ven lo que sigue. De este provienen

aquellas maravillas que se ven en las escenas de los titiriteros y embaucadores, de manera que parece que voluntariamente se les vienen á la mano las cosas que han arrojado y que van por donde ellos les mandan.

Pero este hábito será de algún provecho si precediere el arte de que hemos hablado, de manera que aquello que considerado en sí carece de razón se funde en ella. Porque en mi juicio sólo aquel dice que habla con disposición, ornato y afluencia. Pero ninguna maravilla me causará jamás el contexto de un discurso repentino y casual, cuando veo que aun á las mujercillas cuando riñen les ocurre qué decir con afluencia de palabras; lo cual si fué un efecto del acaloramiento y del espíritu (puesto que frecuentemente sucede el que el cuidado no puede acompañar á un acontecimiento repentino) los oradores antiguos decían, como refiere Cicerón, que alguna deidad les asistía cuando sucedía esto.

Pero la razón es manifiesta. Porque los afectos bien concebidos y las ideas recientes de las cosas requieren decirse de repente, y alguna vez se resfrían por la tardanza de la pluma, y diferidas no vuelven á ocurrir. Mas cuando se junta aquel infeliz juguete de palabras y se detiene á cada paso el curso de ellas, no puede continuar el hilo de la oración, y por muy bien que salga la elección de cada una de las palabras no es continua, sino compuesta. Por esta razón es necesario elegir aquellas imágenes de las cosas de que he hablado, y las que hemos dicho que se llaman *fantasías*, y se deben tener á la vista todas las cosas de que hubiéremos de hablar, personas, cuestiones, esperanzas y temores, revistiéndonos de todos los afectos. Porque el corazón y la fuerza de la imaginación son los que hacen elocuentes. Y de aquí es que aun á los ignorantes no les falta que decir como ellos se hallen agitados de alguna pasión. También se ha de poner la mira, no en una cosa sola, sino en muchas á un mismo tiempo segui-

das, como cuando miramos alguna calle derecha miramos a un mismo tiempo todas las cosas que hay en ella y alrededor de ella, y vemos, no sólo lo último, sino todo lo que hay hasta lo último.

El honor sirve también de estímulo para decir, como también la alabanza que se espera por lo que se va á decir; y puede parecer cosa maravillosa que siendo uno de los requisitos para escribir el retiro y el no tener testigos de vista, en el razonamiento que se hace de repente nos pone más en movimiento el auditorio más numeroso, como el soldado cuando hacen la señal de acometerse los dos ejércitos. Porque la misma necesidad de tener que hablar hace discurrir y afinar lo que dice al entendimiento más parado, y el deseo de dar gusto al auditorio infunde nuevos alientos. En tanto grado se atiende en todas las cosas al premio, que aun la elocuencia, sin embargo de tener en sí sumo deleite, con todo eso se deja llevar del fruto presente de alabanza y opinión.

Mas no fíe alguno tanto de su talento que conciba esperanzas de que aun siendo principiante le pueda inmediatamente suceder esto, sino que, según los preceptos que sobre la meditación dimos, así también de pequeños principios iremos poco á poco dirigiendo la facilidad de hablar de repente hasta llevarla á su perfección, la cual no puede conseguirse ni poseerse sino por el ejercicio; pero debe aspirar á que lo de pensado no sea mejor, sino más seguro que lo de repente; siendo así que muchos han conseguido esta facilidad, no sólo en prosa, sino también en verso, como Antipatro Sidonio y Licinio Arquias. Porque debemos dar crédito á Cicerón, no porque en nuestros tiempos no hayan hecho también y hagan algunos esto; lo cual, no obstante, no lo tengo por tan laudable como por útil ejemplo para exhortar á esta esperanza á los que se están ensayando en el foro, por ser cosa esta que, ni sirve de provecho, ni es necesaria.

Y no quisiera yo que se tuviese nunca tanta confianza en esta facilidad que á lo menos no nos tomásemos algún tiempo, el cual casi jamás faltará para considerar con atención aquello de que vamos á decir; el cual tiempo se da siempre en la audiencia y en los tribunales. Porque ninguno hay que defienda un pleito sin estar en él bien impuesto. La perversa ambición arrastra á algunos declamadores á no detenerse en empezar á perorar apenas se les hace presente el estado de la causa; y lo que es mayor puerilidad y cosa de teatro, piden una palabra para comenzar. Pero la elocuencia se burla por el contrario de los que en tanto grado la afrentan, y los que quieren parecer eruditos á los ignorantes, aparecen ignorantes á los eruditos.

No obstante, si ocurre algún lance en que haya que hablar de repente, será necesario entonces un ingenio más vivo, y toda la fuerza de él debe ponerse en las cosas, y por entonces aflojar en el esmero las palabras, si es que no se pudiese conseguir lo uno y lo otro. El pronunciar despacio da también lugar y tiempo, é igualmente la oración suspensa y como dudosa, con tal que parezca que delibera, no que titubea. Con este tiento caminaremos mientras salimos del puerto, por si el viento nos levantare cuando todavía no tengamos dispuestas las jarcias; después iremos poco á poco preparando las velas y disponiendo los cables, y desearemos que sople viento en popa. Mejor es esto que entregarse á un torrente vano de palabras, como quien se entrega á las tempestades para ser llevado adonde ellas quieran.

III. Mas esta facilidad no requiere menos estudio para conservarse que para adquirirse. Porque el arte, una vez entendido, no viene á menos; el ejercicio de escribir, si se interrumpe algún tanto, pierde muchísimo de su prontitud; el que en esto se tenga facilidad y desembarazo depende únicamente del ejercicio. El mejor ejercicio consis-

te en que diariamente hablemos en presencia de muchos, con especialidad á aquellos cuyo juicio y concepto nos ponen en cuidado, porque sucede rara vez el que alguno se recele bastante de sí mismo; y aun cuando estemos sin oyentes, mejor es que nos ejercitemos en decir, que no decir absolutamente nada.

Otro ejercicio hay de meditar y repasar todas las materias en silencio con tal de que diga uno en cierto modo dentro de sí mismo, el cual en todo lugar y tiempo se puede facilitar cuando no hacemos otra cosa, y en parte es más útil que este de que poco ha hemos hablado. Porque se dispone más pronto que aquel en que tememos interrumpir el hilo de la oración. Es verdad que aquel primero contribuye más con la firmeza de la voz, expedición de la lengua y movimiento del cuerpo, el cual, como ya he dicho, excita al orador; y con el frecuente movimiento de la mano y golpe del pie le anima, como dicen que los leones lo hacen con la cola.

Mas en todo tiempo y lugar es necesaria la aplicación. Porque casi ningún día hay tan ocupado en que en algún momento de tiempo no se pueda ganar alguna cosa, como Cicerón cuenta que hacía Bruto, ó en el ejercicio de escribir, ó en el de leer, ó en el de decir; siendo cierto que Cayo Carbón solía también ejercitarse en el decir aun en su tienda de campaña. Y no debe pasarse en silencio lo que al mismo Cicerón parece bien; y es que ninguna conversación de las que tengamos sea ociosa, y que todo lo que hablemos y en cualquiera parte que hablemos sea á proporción perfecto.

Nunca se ha de escribir más que cuando tuviéremos que decir mucho de repente. Porque de esta manera se conservará el peso, y aquella ligereza de las palabras adquirirá mayor gravedad; no de otra suerte que los labradores podan las raíces más someras de la vid, que la harían perseverar en la superficie de la tierra, para que las

más profundas internándose más en la tierra arraiguen con más firmeza. Y no sé si después de haber hecho uno y otro con cuidado y tesón, se ayudarán mutuamente ambas cosas para decir con más esmero escribiendo, y escribir más fácilmente perorando. Así que es necesario escribir siempre que hubiere proporción para ello; cuando no, es preciso meditar; y los que ni para lo uno ni para lo otro tuvieren arbitrio, deben poner todo su esfuerzo en que ni parezca que ejerciendo el oficio de oradores quedan sorprendidos ni que el litigante queda desamparado.

Los que tienen que tratar de muchas cosas suelen por lo común apuntar lo más necesario, y aun también los principios; y meditando lo demás que llevan de casa, les ocurre después todo de repente. Lo que claramente se ve que hizo Cicerón por sus mismos comentarios (1). Pero también se hace mención de los de otros, y tal vez se encontraron según que cada uno los había compuesto disponiéndose para decir y después se pusieron en orden de libros como los de las causas que defendió Servio Sulpicio, de quien se conservan tres oraciones. Mas estos comentarios de que voy hablando están con tanto esmero trabajados, que me parece que los compuso él mismo para memoria de la posteridad. Porque Tirón Liberto de Cicerón los redujo después de haberlos acomodado al presente tiempo, los que yo excuso, no porque no sean de mi aprobación, sino para que causen más grande maravilla. En esta clase admito gustosamente aquellas breves apuntaciones y pequeños cuadernos que se puedan tener en la mano y que fácilmente los podamos algunas veces mirar. No me parece bien lo que ordena Lenas en orden á reducir á compendio ó libro de memorias ó capítulos lo

(1) Por la palabra comentarios se entienden aquí aquellos libros que solamente contienen el compendio de las cosas. Estos los hacían los oradores para tener más fácilmente las cosas en la memoria.

que escribiéremos. Porque esta misma confianza, no solamente causa negligencia en el decir, sino que también perjudica y afea la oración. Y yo soy de opinión que ni aun siquiera se ha de escribir lo que hubiéremos de decorar. Porque aun en este caso sucede también que aquello que hemos trabajado nos llama la atención y no nos permite hacer uso de lo que de presente nos ocurre. De esta manera el ánimo, dudoso entre lo uno y lo otro, se acalora, y más cuando ha olvidado lo que se había escrito y no discurre cosas nuevas. Pero en el libro inmediato se ha destinado lugar para tratar de la memoria, y no debe añadirse en esta parte porque tenemos que tratar primero de otras cosas.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL MODO DE DECIR COMO CONVIENE.

I. Cuán necesario sea decir como conviene.—II. Qué se debe reflexionar atentamente, qué cosa sea la que nos proponemos para decir. Qué cosa es la que sobre todo conviene. En este lugar trata también de Sócrates. El decoro pende de las circunstancias.—III. Debe evitarse toda jactancia, con especialidad la de la elocuencia. Es vindicado Cicerón de los que en esta parte le culpan. Puede permitirse alguna confianza en la elocuencia. Debe evitarse la arrogancia con que el orador asegura el juicio que ha formado de la causa. Asimismo la acción descarada, alborotada é iracunda. Mucho más la adulación, la chocarrería y la desvergüenza.—IV. Se debe tener presente: 1.° Quién es el que dice. Por qué un estilo conviene á unos y otro á otros. 2.° A favor de quién. 3.° En presencia de quién. 4.° En qué tiempo y lugar. 5.° En qué género de causa. Los asuntos que pertenecen al género demostrativo admiten más adorno. En algunas causas de ningún modo se debe tolerar el adorno y elegancia. 6.° Con especialidad se debe considerar contra quiénes decimos. De qué modo conviene decir contra los padres, parientes y otras personas semejantes. De qué modo hemos de tratar á los que tememos ofender.—V. De qué manera se ha de alabar la persona del que es enemigo ó poco honrado, ó de qué suerte se ha de alabar algún hecho suyo. Cómo se ha de tratar la persona del juez.

I. Adquirida ya facilidad de escribir, de meditar y de perorar también de repente cuando el caso lo pidiere como

se contiene en el antecedente libro, síguese el cuidado de decir de un modo conveniente, la cual muestra Cicerón que es la cuarta virtud de la elocución y la que en mi juicio es la más necesaria de todas. Porque siendo el ornato de la oración vario y de muchas maneras, y conviniendo uno á unos y otro á otros, si no fuere acomodado á las cosas y personas, no solamente no le dará lustre, sinó que la trastornará y convertirá la fuerza de las cosas al sentido contrario. Porque ¿de qué sirve que haya palabras significativas, elegantes y trabajadas con figuras y según una buena armonía si ninguna conexión tienen con aquellas cosas á que queremos inclinar y persuadir al juez? ¿Si usamos de estilo sublime en los asuntos de poca consideración y del humilde y limitado en los de grande, del alegre en los tristes, del suave en los atroces, del arrogante en los humildes, del sumiso en los que piden viveza y del severo y violento en los alegres? No de otra suerte que parecerían mal los hombres con los collares y perlas y vestido talar, que son los atavíos de las mujeres, y el traje triunfal, que es la cosa más majestuosa que hay, le estaría mal á las mujeres.

Este lugar le compendía brevemente Cicerón en el libro tercero del *Orador;* y sin embargo, no puede parecer que omitió cosa alguna diciendo: *que un mismo género de oración no es conveniente á tòda causa ni á cualquier auditorio, ni á cualquier persona ni tiempo.* Y en el intitulado *Orador*, casi con las mismas palabras viene á decir lo mismo. Pero allí Lucio Craso, como que habla con los más consumados oradores y hombres los más eruditos, se contenta con apuntar en cierto modo esto como entre gente inteligente. Y en este lugar, hablando Cicerón á Bruto, afirma que tiene noticia de ello, y que por lo tanto lo dice más brevemente aunque es un lugar dilatado y que los filósofos le tratan con mayor extensión. Nosotros que profesamos la enseñanza, no sólo enseñamos esto á los que ya lo saben

sino también á los que lo aprenden, y por esta razón se debe disimular que nos alarguemos algo más.

II. Por lo cual, ante todas cosas debemos saber: qué cosa es la que conviene para ganar la voluntad del juez, para informarle y para moverle; y qué es lo que pretendemos en cada parte de la oración. Y así no usaremos palabras anticuadas ó trasladadas, ó nuevas en los exordios, narraciones y confirmaciones, ni períodos seguidos con elegancia y conexión cuando se hubiere de dividir el asunto y distribuir en sus partes, ni usaremos en los epílogos de un género de estilo humilde y familiar y que en su composición no tenga unión alguna, ni enjugaremos con las chanzas las lágrimas cuando fuere necesaria la compasión. Porque todo el adorno no tanto depende de su misma naturaleza como de la del asunto á que se aplica, ni hace más al caso lo que se dice que el lugar en que se dice. Mas todo este decir de un modo conveniente no sólo consiste en el género de la elocución, sino que también tiene parte con la invención. Pues si aun las palabras tienen tanta fuerza, ¿cuánto mayor la tendrán las mismas cosas? Acerca de las cuales qué se debía observar, lo dejamos ya escrito en sus respectivos lugares.

Lo que se debe enseñar con más cuidado es: que aquel últimamente es el que dice de un modo conveniente que no solamente ha llegado á penetrar qué cosa sea útil, sino también qué cosa sea conveniente. Y no ignoro que estas dos cosas van ordinariamente juntas. Porque lo que es conveniente es casi provechoso, y con ninguna otra cosa suelen conciliarse más los ánimos de los jueces que con ésta, ó volverse contrarios á nosotros si la omitimos. Sin embargo, alguna vez son diferentes estas dos cosas. Y cuando se opusieren entre sí, lo conveniente prevalecerá á la misma utilidad.

Porque ¿quién ignora que ninguna otra cosa le había de haber servido más á Sócrates para ser absoluto que haber

usado del género de defensa que se estila en los tribunales, el haberse conciliado los ánimos de los jueces con una oración humilde, justificarse cuidadosamente del delito que le imputaban? Pero esto de ninguna manera le estaba bien, y por lo tanto se defendió como quien regulaba su castigo con los más grandes honores (1). Porque este hombre sapientísimo quiso más aventurar el corto tiempo que le quedaba de vida, que el que ya había pasado; y puesto que era poco conocido de las gentes de su tiempo, se reservó para el concepto de la posteridad, habiendo conseguido la duración de todos los siglos con pequeño detrimento de su última vejez. Y así aunque Lisias, que era reputado entonces por el más sobresaliente en el decir, le había llevado la defensa por escrito, no quiso hacer uso de ella teniéndola por buena, pero poco conveniente á su persona. De sólo lo cual se ve claro que el orador debe atender, no al fin de persuadir, sino de decir bien, y más cuando á veces hay que persuadir lo que no sienta bien. No fué esto útil para lograr el perdón; pero (lo que es más) lo fué para aquel hombre.

Y nosotros, atendiendo más bien á la común costumbre de hablar que á la misma regla de la verdad, usamos esta división separando lo que es útil de lo que es conveniente. Á no ser que tal vez parezca que inútilmente miró por sí aquel Escipión Africano que quiso más salir de su patria que altercar con el más ínfimo tribuno de la plebe para defender su inocencia, ó Publio Rutilio ignoraba lo que convenía más á su persona, ya cuando usó aquel género de defensa casi socrático ó cuando llamándole Publio Sila

(1) Había en Atenas la costumbre de que á los reos que no tenían delito capital, luego que eran condenados, les preguntaban qué sentencia les parecía habían merecido. Y Sócrates respondió que él habia merecido que le diesen de comer públicamente en el Pritaneo, que era el honor más grande que se hacía entre los griegos. (*De Orat.*, I, 231.)

quiso más perseverar en el destierro. Mas estos tuvieron por despreciables aquellas cosas pequeñas que el corazón más abatido tiene por útiles si se cotejan con la virtud, y por esto son celebradas con perpetua admiración. Y no hemos de ser nosotros de tan bajos pensamientos que tengamos por inútiles las cosas que alabamos. Pero esta diferencia, sea la que fuere, sucede muy rara vez. Por lo demás, casi una misma cosa, como he dicho, será útil y conveniente en todo género de causas.

Mas hay algunas cosas que á todos, en todo tiempo y lugar, les está bien persuadirlas, y el decirlas y hacerlas con honor, y que, por el contrario, á ninguno le está bien el decirlas jamás en lugar alguno de un modo indecoroso. Pero las cosas menores, y que se componen de las medianas, son las más veces de tal naturaleza que á unos se les deben conceder y á otros negar, y, según las circunstancias de la persona, tiempo, lugar ó causa, deben parecer dignas más ó menos de defensa ó reprensión. Y cuando hablemos de las cosas de otros ó de las nuestras se debe dividir el orden de ellas, cuando sepamos que las más de ellas no vienen bien en un lugar ni en otro.

III. Toda jactancia de sí mismo es muy reprensible, pero con especialidad la de elocuencia en un orador; pues no sólo causa fastidio á los oyentes, sino también indignación las más de las veces. Porque nuestra alma tiene un no sé qué de grandeza y orgullo que no sufre que otro se le haga superior. Y de aquí es que damos con gusto la mano á los abatidos y que se nos humillan, porque nos parece que lo hacemos como constituídos en grado superior, y siempre que cesa la emulación se sigue la compasión. Mas el que excesivamente se engríe parece que oprime y desprecia á los demás, y que no tanto se hace mayor á sí mismo como inferiores á los demás. De aquí nace que los inferiores tienen envidia, porque este es el vicio de aquellos que ni quieren ceder ventaja ni pueden competir, y los que los exce-

den se ríen de ellos, y los buenos los desaprueban. Pero las más veces se conoce la errada opinión que tienen de sí los orgullosos, y en éstos es suficiente también el propio conocimiento de la verdad.

En esta parte es bastantemente reprendido Cicerón, sin embargo de que si se ha de decir la verdad, en las oraciones se jactó más de sus hazañas que de su elocuencia. Y comúnmente hablando no le faltó tampoco alguna razón para hacerlo. Porque ó defendía á aquellos de cuyo auxilio se había valido para destruir la conjuración, ó respondía á la envidia, á la que no pudo contrarrestar, padeciendo el destierro en pena de haber defendido á la patria; de manera que el frecuente recuerdo de lo que había hecho en su consulado, puede hacer creer que no tanto lo hizo por vanagloria como por defenderse. Puesto que concediendo á los abogados de la parte contraria una elocuencia afluentísima, jamás se la apropio á sí mismo desmesuradamente perorando. Porque estas son sus palabras: *Si algún ingenio tengo yo ¡oh jueces! el que conozco cuán corto sea. (Pro Arq.*, número 1.) Y en otra parte: *Porque cuanto menor es mi capacidad, he procurado suplir lo que me faltaba con el estudio. (Pro Quintiliano*, IV.) Además de esto, hablando contra Quinto Cecilio sobre el acusador que se debía señalar contra Verres, sin embargo de que también iba á decir mucho en cuál de los dos sería para este oficio más idóneo, con todo eso más bien le quitó la facultad de decir que apropiársela á sí, y añadió que él no la había conseguido, sino que había puesto todos los medios para poderla conseguir. Alguna vez dice la verdad acerca de su elocuencia en las cartas, hablando familiarmente entre sus amigos, y alguna vez en los diálogos, pero en persona de otro.

Y sin embargo, no sé si es más tolerable el gloriarse claramente, aunque no sea más que por la misma sencillez de este defecto, que aquella otra perversa jactancia de llamarse pobre estando lleno de riquezas, desconocido sien-

do noble, de poco poder siendo poderoso, é ignorante y que casi no sabe hablar siendo elocuente. También es un modo de gloriarse ambiciosísimo el burlarse de los demás. Sean, pues, otros los que nos alaben. Pues á nosotros mismos nos conviene, como Demóstenes dice, aun el avergonzarnos cuando otros nos alaban.

Y no es esto decir que no hable alguna vez el orador de sus hazañas, como lo hace el mismo Demóstenes en defensa de Ctesifonte, lo que, sin embargo, enmendó de tal manera, que hizo ver la precisión que tuvo de hacer esto, y recargó toda la envidia contra el que le había obligado á ello. Y Marco Tulio Cicerón habla muchas veces de la conjuración de Catilina, pero unas veces lo atribuye al poder del Senado y otras á la Providencia de los dioses inmortales. Contra sus enemigos y calumniadores es por lo común cuando más se defiende. Porque le era preciso defenderse de lo que le echaban en cara. ¡Ojalá que se hubiera ido á la mano en los versos (1), que no han dejado de murmurar los malignos:

Las armas á la toga parias rindan
Y el laurel ceda siempre á la elocuencia.

Y..... Feliz Roma, que á ser afortunada
Comenzaste, al tener yo el Consulado!

Y aquel Júpiter, que le llama al consejo de los dioses, y Minerva, que le enseñó todas las artes. En las cuales cosas se había él tomado esta licencia, siguiendo algunos ejemplos de los griegos.

Pero al paso que es indecorosa la jactancia de la elocuencia, se debe conceder alguna vez la confianza en ella.

(1) Cicerón había escrito tres libros en verso acerca de los sucesos de su tiempo, como se lo da á entender á Léntulo al fin de la carta 9. del lib. I. En estos libros no dejó de extenderse en sus alabanzas, y por esto dice Fabio que ojalá se hubiera ido á la mano en sus versos.

Porque ¿quién reprenderá esto? *¿Qué he de pensar? Por ventura, qué, ¿me hallo despreciado? Mas no veo ni en mi vida, ni en mi aceptación, ni en mis hazañas, ni en esta mi medianía de talento cosa alguna que pueda despreciar Antonio*. Y poco después dice más claramente: *¿Acaso quiso competir conmigo en el decir? Mas en esto á la verdad me hace un beneficio. Porque ¿qué cosa más llena, ni qué asunto más copioso que el hablar yo á mi favor y contra Antonio?*

También incurren en arrogancia aquellos que proponen no defender la causa de otra suerte que según el juicio que han formado de ella. Porque los jueces oyen con repugnancia el que presume de sus prendas. Y no puede sucederle á un orador entre los de la parte contraria que le digan lo que á Pitágoras decían sus discípulos: *Él mismo lo dijo*. Pero esto es más ó menos reprensible, según las personas que dicen. Porque se hace la defensa aun con la edad, dignidad, autoridad; las cuales, sin embargo, apenas concurrirán en tanto grado en alguno, que no sea necesario templar lo que se afirma con alguna moderación, como también todas aquellas cosas en que el abogado sacare la prueba de sí mismo. Lo cual hubiera sido prueba de mayor orgullo si Cicerón hubiera negado que era delito el ser hijo de un caballero romano, por ser él quien le defendía; mas él aun esto lo hizo favorable, juntando con los jueces su dignidad: *Mas alegar los acusadores por delito el ser hijo de un caballero romano, ni está bien siendo los jueces estos, ni haciendo yo la defensa.* (*Pro Celio*, núm. 4.)

Una defensa hecha con descaro, alborotando y mostrando ira, es por todas sus circunstancias indecorosa; y á proporción que cada uno tiene más edad, dignidad y ejercicio, es más digno de reprensión por esta falta. Verás á algunos quimeristas, que ni se contienen por el respeto de los jueces, ni atienden á la costumbre ni á la moderación en la defensa de las causas; las cuales en la misma disposición de su ánimo muestran claramente que, tanto en el encar-

garse de los pleitos, como en la defensa de ellos, lo mismo se les da quedar bien que quedar mal. Porque por lo común la oración manifiesta las costumbres y descubre los secretos del corazón. Y no sin causa los griegos dejaron escrito *que cada uno perora también* según la vida que tiene.

Más despreciables vicios son todavía la vil adulación, la afectada charlatanería, la abominable desvergüenza en las cosas y palabras poco modestas y decentes, y la autoridad despreciada en todo negocio, los cuales se hallan las más veces en aquellos que quieren ser ó demasiado lisonjeros ó ridículos.

IV. Aun el mismo género de elocuencia á unos les conviene de una manera y á otros de otra.

1.º Porque á los ancianos no les está tan bien un estilo redundante, engreído, atrevido y de mucho adorno, como un estilo conciso, suave, limado y como el que quiere dar á entender Cicerón cuando dice que su oración había comenzado ya á encanecer, así como en la edad madura no dicen bien los vestidos adornados con la grana y la púrpura. En los jovenes se permite más afluencia de palabras, y aun expresiones casi arriesgadas. Pero en estos mismos un modo de decir seco, afinado y conciso se hace por lo común odioso por la misma afectación de seriedad, puesto que en los jóvenes se tiene por intempestiva la autoridad de las costumbres propias de un anciano.

A los hombres de guerra les convienen expresiones más sencillas. A los que de intento hacen alarde de filósofos (como les sucede á algunos), les sirven de poca belleza los más de los adornos de la oración, y con especialidad los que tienen su principio de los afectos, que ellos llaman vicios. También es ajena de tal asunto la composición numerosa y las expresiones más exquisitas. Porque no sólo no son del caso aquellas expresiones más alegres, cuales son las que dice Cicerón: *Los peñascos y las soledades corresponden á la voz;* pero ni aun aquellas otras, aunque llenas de

vigor, á saber: *A vosotros, oh collados y montes albanos, á vosotros, vuelvo á decir, os imploro y os pongo por testigos, y á vosotros, oh altares destruidos de los albanos, compañeros y contemporáneos de los sacrificios del pueblo romano*, no dicen bien con aquella barba y gravedad de un filósofo.

Pero un ciudadano de edad perfecta y verdaderamente sabio, que se haya dedicado, no á las vanas disputas, sino al gobierno de la república (del que se han apartado muchísimo los que se dan el nombre de filósofos), usará con gusto todo aquello que contribuye á conseguir lo que se ha propuesto en la oración, habiéndose primero propuesto en su interior persuadir lo que sea honesto.

Algunas cosas hay que les están bien á los príncipes, que á otros no se les pueden permitir. En algo se distingue también del de los demás el lenguaje de los emperadores y de los que salen en triunfo; así Pompeyo era muy elocuente cuando contaba sus hazañas, y Catón, que se quitó la vida en la guerra civil, fué un senador elocuente.

Una misma expresión es muchas veces en uno libre, en otro furiosa y en otro soberbia. Las expresiones contra Agamenón en boca de Tersites son ridículas; puestas en boca de Diomedes, ó de cualquiera otro igual á él, parecerán las más valientes. *Te tendré yo á ti por Cónsul*, dice Lucio Craso á Filipo, *no teniéndome tú á mí por Senador*. (*De Orat.*, III, 4.) Expresión es esta de una muy decente libertad, pero que no se le sufriría á cualquiera que la dijese. Alguno de los poetas (1) dice que no se cuidaba

(1) Este poeta es Cátulo, el cual escribió contra el César estos versos:

Nil nimium, Cæsar, studeo tibi velle placere;
Nec scire utrum sis albus, an ater homo.

Con los que quiso darle á entender que nada se le daba de que fuese malo ó bueno. Esto dicho de esta manera, dice Fabio que era una locura: y en boca de César hubiera sido una expresión de arrogancia.

mucho *de si el César era hombre negro ó blanco;* esto dicho de esta manera es una locura. Supongamos, por el contrario, que el mismo César lo dijese del poeta, y sería una expresión de arrogancia. Mayor es el cuidado que se observa en las personas entre los cómicos y trágicos. Porque usan de muchas y diversas.

El mismo orden guardaban los que escribían las oraciones á otros que el que guardan los que ahora dicen sus declamaciones. Porque no siempre peroramos como abogados, sino que las más veces hablamos como litigantes. Pero aun en aquellas causas en que como abogados defendemos, se ha de observar con cuidado la misma distinción. Porque hacemos uso de la ficción de las personas y hablamos como por boca ajena, y hemos de acomodar sus costumbres propias á aquellos cuya voz llevamos. Porque de distinta manera es remedado Publio Clodio, Apio el Ciego, el padre de la comedia de Cecilio y el de la de Terencio. ¿Qué cosa más áspera que aquella expresión del lictor de Verres? *Si has de entrar, has de dar tanto. (Verr.*, VII, 117.) ¿Qué expresión más valiente que la de aquel que mientras le castigaban con azotes no se le oía más voz que esta: *ciudadano romano soy? (Pro Mil.*, 93.) ¿Qué expresiones aquellas de la peroración tan dignas de un varón como Milón, que tantas veces había sosegado á un ciudadano sedicioso en beneficio de la república, y que con su valor había vencido las asechanzas? Últimamente no sólo hay en las prosopopeyas otras tantas diferencias cuantas son las que hay en las causas, sino que son muchas más, porque en estas remedamos los afectos de los muchachos, de las mujeres, de los pueblos, y aun de las cosas mudas, á todas las cuales se les debe su decoro.

2.° Lo mismo debe observarse en aquellas causas cuya defensa manejáremos. Porque acaece muchas veces que de distinta manera tenemos que perorar en defensa de uno según fuere honrado ó deshonrado, aborrecido ó bien

quisto; añadiéndose á esto también la diferencia de los asuntos y de la vida pasada. Mas en un orador son muy agradables prendas la afabilidad, llaneza, moderación y cariño. Y aun aquellas otras diferentes de éstas, cuales son aborrecer á los malos, conmoverse con la común suerte y castigar los delitos é injurias, y todas las cualidades decorosas, como ya dije al principio, le convienen á un hombre de bien.

3.º Y no sólo importa tener presente quién es el que perora y en defensa de quién, sino también en presencia de quién se habla. Porque el estado y poderío hacen distinción de jueces, y no se observa un mismo lenguaje en presencia de un príncipe que de un magistrado, de un senador, de un mero particular ó de un noble; ni se usa de un mismo tono en las públicas juntas que en las disputas de los testigos. Porque así como al que está perorando por un reo le está bien la solicitud y el cuidado y todas las trazas que en cierto modo discurre para dar más realce á la oración, así también en los asuntos y causas de poca consideración, de nada servirán los mismos arbitrios, y con razón sería burlado el que sentándose para hablar de un asunto de poquísima consideración en presencia del juez, usase de aquella ingenua expresión de que usó Cicerón, diciendo: *que no sólo se hallaba interiormente conmovido, sino que de pies á cabeza temblaba.* (*Verr.*, I, 42.)

Mas ¿quién no sabe que un modo de decir pide la gravedad de un senador y otro la gente plebeya? y más cuando aun á juicio de cada uno no está bien una misma cosa en presencia de la gente de gravedad y de la menos circunspección; ni viene bien lo mismo para con un erudito que para con un militar y para un hombre del campo, y alguna vez es necesario bajar el estilo y reducirle á menos número de palabras, para que el juez no deje de entender y penetrar lo que se dice.

4.º El tiempo y el lugar requieren también su propia

observación. Porque el tiempo unas veces es alegre, otras triste; unas veces libre y de mucha ocupación. Así que á todas estas circunstancias debe acomodarse el orador. Y también importa muchísimo atender á si se habla en lugar público ó privado, concurrido ó solitario, en una ciudad extraña ó en su patria, y finalmente, si en campaña ó en la audiencia, y cada cosa requiere su estilo y su modo particular de hablar, y más cuando en los demás actos de la vida no viene bien hacer una misma cosa en la plaza que en la curia, en el campo marcio que en el teatro ó en casa, y se tiene por una cosa fea el hacer en otra parte que en donde se tiene por costumbre muchas que por ser naturales no son reprensibles y que por tanto son á veces necesarias.

5.° Ya hemos dicho cuánto más elegancia y adorno permiten las materias pertenecientes al género demostrativo, como que se ordenan á deleitar á los oyentes, que las que pertenecen al género deliberativo y judicial, y consisten en defender y en disputar.

Todavía se debe añadir que de la condición de las causas resalta también el que no sean tan del caso algunas de las virtudes de la oración que de su naturaleza son excelentes. Pues ¿por ventura sufrirá alguno á un reo que estuviese sentenciado á muerte, y particularmente si hablase él mismo en defensa suya á la presencia del vencedor y del príncipe, usar en su discurso de frecuentes traslaciones, de palabras nuevas y deducidas de la antigüedad, con un adorno enteramente ajeno del estilo común, en períodos seguidos y con los más amenos lugares y sentencias? Todas estas cosas ¿no desvanecerían aquel congojoso cuidado tan necesario al que se hallaba en peligro de implorar la misericordia á favor de un inocente? ¿Podrá alguno compadecerse de la desgracia de aquel á quien llegare á ver en un peligro lleno de orgullo y de jactancia, haciendo un ambicioso comercio de la elocuencia? No

por cierto; antes bien, le causará indignación el ver á un reo que anda á caza de expresiones, ansioso de fama de ingenio y que sólo piensa en parecer elocuente. Lo que me parece que comprendió admirablemente Marco Celio en la defensa de la causa en que fué reo de haber hecho violencia: *para que á ninguno de vosotros y de todos los que asisten á la defensa de esta causa les parezca que la intención ó el semblante les ha causado más molestia, ó alguna expresión ha sido más desmesurada, ó por último, el ademán (lo que es demasía) ha mostrado más jactancia*, etc.

Hay algunas defensas que consisten en dar satisfacción, suplicar y confesar: por ventura ¿se ha de llorar con sentencillas? Las epifonemas ó entimemas, ¿podrán servir para suplicar? O todo lo que se añadiere á los meros afectos, ¿no disminuirá todas sus fuerzas y hará menor la compasión con la seguridad? Y además de esto, ¿si un padre tuviese que hablar acerca de la muerte de un hijo suyo, ó de alguna injuria que le fuese más sensible que la muerte, procuraría dar á la narración del suceso aquella gracia que resulta del lenguaje puro y adornado, ó se contentaría solamente con exponer sucinta y claramente la serie del suceso? ¿O dividirá las razones en diferentes partes y procurará parecer agraciado en las proposiciones y particiones? Y saliéndose de la común costumbre que hay en esta clase, ¿hablará sin alma y espíritu? ¿Adónde se le iría entre tanto aquel sentimiento? ¿En dónde se le detendrían las lágrimas? ¿Quién tendría por natural en público una tan segura observación de los preceptos? ¿Por ventura no debía observarse en él un continuo gemido desde la primera palabra hasta la última, y un semblante asimismo cubierto de tristeza, si quisiese comunicar su dolor aun á aquellos que le oyesen? El cual, si en alguna parte aflojase, no le volvería á excitar en el ánimo de los jueces.

Lo cual con especialidad deben observar los que se

ejercitan en decir declamaciones (pues no me pesa el dar una mirada también á esta mi obra y cuidado de los jóvenes, que una vez he tomado á mi cargo) cuanto son más los afectos que se imitan en la escuela, de los que nos revestimos, no como abogados, sino como si los padeciésemos. También suele imitarse este género de pleitos, en que algunos piden al Senado la sentencia de muerte, ó por alguna grande infelicidad ó también por arrepentimiento; en los cuales, no sólo está mal aquel modo de decir que parece cantado, el cual vicio ha cundido mucho, ó el decir con demasiado descaro; pero ni aun alegar razones sino mezclando afectos, y esto de tal manera que sobresalgan más en la misma prueba; pues aquel que mientras perora puede interrumpir el sentimiento, da muestras de poderle dejar enteramente.

6.° Pero no sé si la observancia de este decoro de que hablamos, debe examinarse más principalmente acerca de aquellos contra quienes peroramos. Porque no hay duda alguna de que en todas las acusaciones lo primero que se debe procurar es que no pareza que acusamos sólo por antojo. Y por esta razón no es poco lo que me desagrada aquella expresión de Casio Severo: *¡Oh buenos dioses, con vida estoy, y para que me sea la vida más gustosa, veo á Asprenates en calidad de reo.* Porque puede parecer que él pidió contra él, no por una causa justa y necesaria, sino por un cierto deseo vehemente de acusar. Además de esto, que es común, algunas causas hay que requieren una particular moderación. Por cuyo motivo el que pretendiere la administración de los bienes de su padre, laméntese de su falta de salud, y un padre que está resuelto á acumular á su hijo los más graves delitos haga ver que se halla en la miserabilísima precisión de hacerlo así, y esto lo ha de hacer no sólo en pocas palabras, sino en toda la acción, para hacer ver que no sólo lo dice con la boca sino también con toda el alma. Y el tutor no se ha de eno-

jar jamás con el pupilo, que le pone demanda en tanto grado que dé á entender que ni aun señales de amor ni una cierta venerable memoria de su padre le ha quedado.

Una sola cosa parece se debe añadir en este lugar, y es á la verdad de dificultad suma, y es la causa por qué no parecen mal en los que están hablando ciertas cosas que por su naturaleza tienen poca belleza, y que no hubiéramos querido más decirlas si cualquiera de ella hubiera estado en nuestra mano. ¿Qué cosa puede haber de peor aspecto ú oyen los hombres con más aversión que cuando un hijo ó los hijos en calidad de abogados tienen que perorar contra su madre? Pues sin embargo, alguna vez no se puede pasar por otro término, como sucedió en la causa de Cluencio Hábito; pero no siempre por aquel medio que Cicerón usó contra Sassia, no porque no lo hiciese él del mejor modo, sino porque es muy del caso considerar en qué y de qué manera se le perjudica. Así es que ella debió ser fuertemente rechazada, por procurar abiertamente la muerte de su hijo. Sin embargo, Cicerón observó divinamente dos solas cosas que había que vencer. La primera fué el no olvidarse del respeto que se les debe á los padres, y la segunda, que tomando de más arriba las causas hiciese ver con el mayor cuidado en cuanto grado era no sólo conveniente sino necesario hacer lo que él iba á decir contra su madre. Y esto fué lo primero que expuso, sin embargo de que nada tenía que ver con el estado de la cuestión. En tanto grado creyó que en una causa dificultosa y perpleja á ninguna otra cosa debía atender primero que á lo que era conveniente. Y así hizo odioso el nombre de madre, no al hijo, sino á la misma contra quien se hablaba.

Puede también una madre hablar alguna vez contra su hijo en materia de menos consideración ó menos perjudicial; entonces será conveniente usar de un estilo más suave y más sumiso; pues dando satisfacción, ó haremos me-

nor el odio que nos tienen, ó le volveremos al contrario, y si se hiciere público que el hijo está penetrado de un grave sentimiento, se creerá que está inocente y á poca costa se hará digno de compasión. También conviene echar la culpa á otros, para que se crea que se ha movido por engaño de algunos, y hemos de asegurar que nosotros lo hemos de llevar todo con resignación, que ninguna cosa hemos de decir con aspereza, para que, aun dado caso que no podamos menos de desmandarnos en las palabras, parezca que no queremos. Además de esto, si alguna objeción hubiere que hacer, es obligación del abogado el que se crea que hace esto contra la voluntad del hijo, sólo por hacer su oficio. De este modo podrán uno y otro ser alabados. Lo que he dicho de la madre debe entenderse también del padre. Pues no ignoro que ha habido pleito entre padres é hijos después de haber salido de la patria potestad.

En otros parentescos se ha de procurar también el que se piense que nosotros hemos perorado contra nuestra voluntad por necesidad y con moderación, y más ó menos según el respeto que á cada persona se le debe. Lo mismo ha de observarse en favor de los libertos contra sus patronos. Y para decir muchas cosas de una vez, jamás será conveniente perorar contra semejantes personas de una manera tal que nosotros llevaríamos muy á mal el que unos hombres de la misma condición usasen contra nosotros.

También se observa alguna vez con los que se hallan constituídos en alguna dignidad el darles razón de nuestra libertad en el hablar para que ninguno nos tenga por desvergonzados en ofender á tales personas ó por ambiciosos. Y así Cicerón, aunque tenía que hablar cosas de la mayor gravedad contra Cota, y no podía de otra suerte defenderse el pleito de Publio Opio, sin embargo excusó la precisión en que su oficio le ponía por medio de un

largo preámbulo. Conviene también alguna vez perdonar y remediar á los inferiores, y con especialidad á los jovencitos. Cicerón en la defensa que hace de Celio contra Atratino usa de esta moderación de tal manera, que no parece que le reprende como enemigo, sino que le aconseja casi como padre. Porque siendo joven y noble, y movido de justa queja había ido á hacer la acusación.

Pero en aquellas causas en que debemos dar pruebas de nuestra moderación al juez, ó también á los circunstantes, es menor el trabajo; en donde hay más dificultad es cuando tememos ofender á aquellos mismos contra quienes peroramos. Dos personas le sirvieron de estorbo á un mismo tiempo á Cicerón cuando peroraba en defensa de Murena, es á saber: la de Marco Catón y Servio Sulpicio. Mas sin embargo, ¿con qué gracia le negó á Sulpicio la ciencia de pretender el consulado, después de haberle concedido todas las virtudes? Porque ¿qué otra cosa habría en que este hombre noble y el más sobresaliente jurista se diese por más vencido? ¡Mas de qué manera dió cuenta de su defensa, diciendo que él sólo había favorecido á la pretensión de Sulpicio contra el honor de Murena, y que no estaba obligado á hacer lo mismo favoreciendo á la acusación que se hacía contra su vida! ¿Y en qué suaves términos trató á Catón, cuyo natural, que él había admirado sobremanera, quería hacer creer que se había vuelto más aspero en algunas cosas, no por vicio de él mismo, sino por el de la secta de los estoicos; de suerte que creerías que no era alteración forense la que entre ellos había ocurrido, sino una amigable disputa?

Este es seguramente el método, y el más acertado género de preceptos que este varón observa, que es concederle á uno todas las demás virtudes, cuando quiere reprenderle de algún vicio sin malquistarse con él; decir que en esto solo es menos diestro que en lo demás; añadiendo, si posible fuere, cuál es la causa de ser así, ó insinuar que

es algo más adherido á su dictamen, ó crédulo, ó que se dejó llevar del enojo, ó que le incitaron otros. Este es el universal remedio que hay en tales casos, el que en toda la defensa se descubra igualmente que honramos y amamos á las personas; además de esto, hemos de tener nosotros un justo motivo para perorar de esta manera, y esto no sólo lo hemos de hacer con moderación, sino por precisión.

V. Cosa diferente de esta, pero más fácil, es cuando tenemos que alabar algunos hechos de hombres, que ó son por otra parte reprensibles, ó nos son odiosos á nosotros. Porque conviene alabar, en cualquiera persona que sea, lo que es digno de alabanza. Cicerón peroró á favor de Gavinio y de Publio Vatinio, que antes habían sido sus mayores enemigos y contra quienes había escrito también sus oraciones. Pero se hace justa la causa confesando que no andaba solícito por la fama del ingenio, sino por la verdad. Algo más de dificultad le costó el medio de que tuvo que usar en la causa de Cluencio, viéndose precisado á llamar delincuente á Escamandro, siendo así que le había defendido su pleito. Pero lo hizo elegantísimamente, excusando no sólo las súplicas de aquellos que le habían acusado, sino también su mocedad; expuesto por otra parte á quitarle más autoridad, si confesase, especialmente en una causa sospechosa, que él temerariamente tomaba á su cargo la defensa de los reos culpados.

Mas cuando hubiéremos tomado á nuestro cargo la defensa de una causa en la presencia de un juez que es contrario á ella por cualquier interés suyo ó de otro, al paso que es dificultoso el medio que se ha de discurrir para persuadirle, es facilísimo el que hay para perorar. Porque aparentaremos no tener el menor temor, no tanto por la seguridad que tenemos en nuestra causa, como por la que tenemos en su justicia. Se le procurará poner muy hueco con la alabanza, haciéndole presente que tanto más escla-

recida será su rectitud é integridad en pronunciar la sentencia, cuanto menos atendiere á su agravio ó á su propia utilidad.

De esta suerte también se alegará la razón, ó de alguna necesidad, si esto ha lugar en la causa, ó de error, ó de sospecha en presencia de aquellos jueces de quienes los reos hubieren apelado en caso de que fueren remitidos á los mismos. Y lo más seguro es la confesión del arrepentimiento y la satisfacción de la culpa; y por todos los medios se le ha de inclinar al juez á avergonzarse de la ira.

Sucede también alguna vez el que un mismo juez vuelve á tener otra vez conocimiento del pleito que ya ha sentenciado: en este caso es una cosa muy regular hacerle presente que nosotros no habíamos de haber disputado en presencia de otro juez acerca de la sentencia que él había dado; porque no era justo que otro juez corrigiese el defecto de la sentencia dada: en lo demás se procederá según lo permita la causa, diciendo, ó que se ignoraban algunas particularidades, ó que faltaron testigos, ó que los abogados (y esto se ha de decir con muchísimo tiento y cuando no haya otra cosa que decir) no han cumplido con su obligación.

Puede acontecer que tengamos que reprender en otras cosas que nosotros mismos hubiéremos hecho, á la manera que Tuberón echa en cara á Ligario haber estado en Africa. Yo á la verdad no hallo medio para que se pueda hacer esto de un modo competente, á no ser que se encuentre alguna circunstancia que concurra como de la persona, edad, tiempo, causa, lugar é intención. Tuberón dice que desde joven estuvo al lado de su padre, que el Senado le envió, no á la guerra, sino á hacer con él el acopio de trigo; que apenas tuvo proporción se separó del partido; que Ligario no sólo perseveró, y no á favor de Pompeyo, entre quien y el César había competencia acerca de la dignidad, queriendo el uno y otro conservar en salvo la repú-

blica, sino que estuvo á favor de Juba y de los africanos que eran los más grandes enemigos que el pueblo romano tenía. Pero es muy fácil reprender la culpa ajena cuando se confiesa la propia. Mas esto es ya propio de un juez, no de un abogado. Y si ninguna excusa ocurre, sólo el arrepentimiento puede dar un buen aspecto á la causa. Porque el mismo que se ha movido á aborrecer aquello mismo en que había errado, puede parecer que se ha enmendado bastante.

También he hecho ya presente, hablando de las chanzas, cuán fea cosa es burlarse de alguno por la falta de fortuna, y que tampoco se debe insultar á toda una clase de personas, á toda una nación y pueblo. Pero á veces la buena fe de la defensa obliga á decir algunas cosas del común de los hombres, como de los libertinos, ó de los soldados, ó de los asentistas, ó de otros semejantes, en todo lo cual es universal remedio el hacer ver que no trata uno con gusto aquellas cosas que ofenden; ni dar contra todas las cosas, sino contra aquello que pretendemos vencer, y reprendiendo unas cosas recompensarlo con la alabanza de otras.

Si dijeres que los soldados son codiciosos, dirás que no es maravilla que se imaginen que se les deben mayores premios por los peligros á que se exponen de perder la vida; si dices son insolentes, añadirás que esto consiste en que se han acostumbrado más á las guerras que á la paz. Si hay que disminuir la autoridad del testimonio de los libertinos, se resarcirá esto con la alabanza de la industria, por la cual salieron de esclavitud.

Por lo que pertenece á las naciones extranjeras, Cicerón habla con variedad. Habiendo de quitar el crédito á los testigos griegos (1), les concede la instrucción y las ciencias, y confiesa ser apasionado de aquella nación. Desprecia á

(1) *Pro Flaco.*

los sardos; persigue á los piamonteses como á enemigos (1); de las cuales cosas, cuando se decían, ninguna se tuvo por fuera del caso ó ajena del intento.

Cuando el asunto es odioso se suele disminuir el odio usando de moderación en las palabras, como si del que es de recia condición se dice que es demasiado severo; del que no observa justicia, que es fácil en dejarse persuadir; del pertinaz, que es sobremanera constante en su dictamen, y si por la mayor parte, se procura convencer en cierto modo con la razón á aquellos mismos contra quienes se habla, exponiendo con la mayor suavidad sus defectos.

Sobre todo la demasía es una cosa muy fea, y por tanto aun aquello que por la naturaleza del asunto es bastante del caso, pierde la gracia si de algún modo no se modera. Cuya observación más puede hacerse por cierto discernimiento que enseñarse por reglas cuánto será suficiente decir y cuánto admiten los oídos. Esta es una cosa que no se mide á palmos; porque así como sucede en los manjares, unas cosas llenan más que otras.

También me parece que se debe añadir brevemente que de ordinario la elocuencia tiene muy diversas perfecciones, que no solamente tienen sus apasionados, sino que ellos mismos las alaban muchas veces. Pues Cicerón escribe en una parte (2); *que lo mejor es aquello que cuando se cree poderlo conseguir fácilmente por medio de la imitación, no se puede*. Y en otra parte: *que no pretendió él por este medio el decir de una manera que cualquiera confiase poder hacer otro tanto, sino de tal suerte que ninguno le pudiese imitar*. Lo cual puede parecer contradicción. Pero uno y otro está dicho con verdad, y es justamente celebrado. Porque se funda la diferencia en la materia de que se trata y el

(1) Desprecia á los sardos en la oración que dijo en defensa de Vareno y desacredita á los piamonteses en la defensa de Fonteyo.

(2) Lib. *Del Orador*, núm. 76.

modo de tratarla; porque aquella sencillez y como descuido en el decir, que carece de afectación, es muy propia de las causas de poca consideración; á las de más entidad conviene mejor aquel modo de decir maravilloso. En uno y otro es excelente Cicerón: los ignorantes creen poder imitar lo primero; los que lo entienden ni uno ni otro pueden imitar.

CAPITULO II.

DE LA MEMORIA.

I. Depende de la naturaleza y del arte. Cuánta sea su utilidad y su virtud.—II. Simónides fué el primer autor del arte de la memoria.—III. Cuál es su orden y metodo. Fabio no le aprueba.—IV. Da preceptos más sencillos. Aprender por partes poniendo algunas señales.—Aprender por lo mismo que se ha escrito. Ejercitar la memoria aprendiendo ó en silencio ú oyendo á otros leer.—V. La división y la composición ayudan especialmente á la memoria. La mejor regla que hay para la memoria es el ejercicio de ella. En los más no es fiel la memoria de lo que se acaba de aprender. Si conviene aprender á la letra. De cuánto sirve la memoria.

I. Algunos son de opinión que la memoria es don de la naturaleza, y sin duda tiene muchísima parte en ella; pero se aumenta con el ejercicio como todas las demás cosas, y todo el trabajo de que ya hemos hablado es inútil si las demás prendas no subsisten en virtud de esta que es como el alma de ellas. Porque toda la ciencia tiene su fundamento en la memoria, y en vano nos enseñarían si se nos olvidase todo lo que oímos, y esta misma potencia nos pone delante cierta como provisión de ejemplos, leyes, respuestas, dichos y hazañas de las que debe estar bien provisto y tener siempre á la mano un orador. Y no sin razón se llama esta el tesoro de la elocuencia.

Pero los que tienen mucho que perorar, no solamente conviene que tengan una firme retentiva, sino que sean prontos en aprender, y no sólo volver á aprender leyendo lo que se ha escrito, sino seguir también en lo que se ha meditado el hilo de las cosas y orden de las palabras, y

acordarse de lo que por la parte contraria se hubiere dicho y refutarlo, no con el mismo orden con que se dijo, sino acomodándolo en los lugares oportunos. ¿Qué más? El perorar de repente me parece á mí que no depende de otra potencia del alma, sino de ésta; porque mientras decimos unas cosas, es necesario tener presentes las que vamos á decir, y así buscando siempre el pensamiento de más lejos lo que está más adelante deposita en cierto modo en la memoria todo lo que entre tanto discurre, lo cual ella entrega á la elocución, recibiéndolo, por decirlo así, de mano en mano de la invención.

Mas no creo que debo detenerme en declarar en esta parte cuál es la causa de la memoria, sin embargo de que los más son de opinión que en nuestra alma se imprimen ciertas señales á la manera que en la cera se conservan los sellos de los anillos. Ni seré tan crédulo que me persuada que la memoria se hace más tarda ó más firme como por hábito.

Por lo que pertenece al alma, es más digna de admiración su naturaleza y que de repente se nos ofrezcan y vuelvan á ocurrir las ideas antiguas después de haber pasado un dilatado espacio de tiempo, y esto no sólo cuando las procuramos hacer á la memoria, sino también á veces de suyo, y no sólo estando despiertos, sino aun más veces cuando estamos dormidos, y aun aquellos animales que vemos que carecen de entendimiento tienen su reminiscencia y conocen, y aun cuando hagan un largo viaje se vuelven á su mansión acostumbrada. ¿Qué más? ¿no es una cosa que causa admiración esta variedad de olvidársele á uno lo que hace poco que pasó y tener muy impresas en la memoria las cosas antiguas? ¿olvidarnos de lo que pasó el día de ayer y tener muy en la memoria lo que hicimos cuando niños? ¿Y qué diremos de que algunas cosas se nos ocultan cuando las queremos hacer á la memoria y las mismas nos ocurren después por un acaso, y no

permanece siempre la memoria, sino que alguna vez vuelve?

Sin embargo, ninguna notícia se tendría de la grandeza de su virtud y excelencia, si no la hubiera descubierto la elocuencia, á quien ella sirve de lumbrera. Porque no sólo pone delante el orden de las cosas, sino también el de las palabras, y no son pocas en número las que va enlazando, sino que dura casi infinitamente, y en las defensas muy largas falta primero la paciencia para oir que la seguridad de la memoria.

Lo cual es prueba de que hay alguna arte y que la naturaleza se sirve de la razón, siendo así que nosotros mismos instruídos podemos hacer aquello que sin instrucción y ejercicio no podemos. Sin embargo de que hallo en Platón que el uso de las letras sirve de impedimento á la memoria porque dejamos de conservar en cierto modo en ella aquello que ponemos por escrito, y por esta misma seguridad nos olvidamos de ello. Y no hay duda de que en esta parte sirve muchísimo la meditación, y tener, por decirlo así, los ojos del alma fijos en la contemplación de aquellas cosas que contempla. De donde sucede que conserva en el mismo pensamiento aquellas cosas que por muchos días escribimos para aprenderlas.

II. Dicen que el primer autor de la memoria fué Simónides, de quien vulgarmente se cuenta que habiendo escrito por el pactado precio á uno de los luchadores que había logrado la corona una canción como las que solían componer á los vencedores, no le quisieron dar parte del dinero porque haciendo una digresión como las que frecuentísimamente suelen hacer los poetas, se había pasado á las alabanzas de Castor y Polux, por cuya razón le mandaban que pidiese la otra parte del dinero á aquellos cuyos hechos había celebrado, y se lo pagaron, según se refiere, porque teniendo un grande convite en celebridad de la misma victoria y habiendo sido convidado á él Si

mónides le llamaron afuera, dándole noticia de que dos jóvenes que iban á caballo deseaban en gran manera hablarle, salió afuera y no los encontró, pero el suceso hizo ver que le fueron agradecidos, pues apenas salió del umbral de la puerta se hundió toda aquella pieza de comer sobre los convidados, y de tal manera los aplanó, que buscando sus parientes los cuerpos de los muertos para darles sepultura, no sólo no pudieron por alguna señal conocer sus caras, pero ni aun los miembros. Entonces cuentan que Simónides, teniendo presente el orden con que cada uno se había puesto á la mesa entregó los cadáveres á los suyos.

Mas es grande la diferencia de opiniones que hay entre los autores sobre si esta canción se escribió á Glauco Caristio, ó á Leocrates, ó á Agatarco, ó á Escopa, y si la casa del convite estuvo en Farsalo, como parece dió á entender el mismo Simónides en cierto lugar y lo dejaron escrito Apolodoro, Eratóstenes, Euforión y Euripilo de Larisa, ó en Cranón, como dice Apollas Calímaco, á quien siguió Cicerón extendiendo más esta voz. Se sabe de cierto que Escopa, noble de Tesalia, pereció en aquel convite; se añade que un hijo de su hermana; hay opinión de que la mayor parte eran descendientes de aquel Escopa que hubo mayor en edad. Aunque á mí me parece fabuloso todo lo que se cuenta de Castor y Polux, y absolutamente ninguna mención hace el mismo poeta en parte alguna de este suceso, que seguramente no callaría redundando en tanta gloria suya.

III. Por este suceso de Simónides parece se ha venido en conocimiento de que la memoria se sirve mucho de los senos que tiene señalados en el alma, y esto puedo creerlo cada uno por lo que en sí experimenta. Porque cuando volvemos á algunos lugares después de algún tiempo, no solamente los reconocemos, sino que también nos acordamos de lo que en ellos hicimos, se nos representan las

personas y aun alguna vez nos vuelven á la memoria los ocultos pensamientos. Así que el arte ha tenido su principio de la experiencia, como la mayor parte de las cosas.

Para aprender de memoria algunos buscan lugares muy espaciosos, adornados de mucha variedad y tal vez una casa grande y dividida en muchas habitaciones retiradas. Se imprime cuidadosamente en el alma todo cuanto hay en ella digno de notarse para que el pensamiento pueda sin detención ni tardanza recorrer todas sus partes. Y esta es la dificultad primera, que la memoria no se quede parada en el encuentro de las ideas. Porque más que firme debe ser la memoria que ayuda á otra memoria.

Además de esto distinguen con alguna señal lo que han escrito ó lo que meditan para que les excite la memoria, lo cual puede ser ó del total de la cosa, como de la navegación, de la milicia, ó de alguna palabra (1). Pues aun aquellos que son flacos de memoria se acuerdan con sólo apuntarles una palabra. Sea por ejemplo la señal de la navegación una áncora, de la milicia alguna de las armas.

Y así todo esto lo ordenan de este modo: el primer pensamiento ó pasaje del discurso le destinan en cierto modo á la entrada de la casa, el segundo al portal de ella, después dan vuelta á los patios, y no sólo ponen señales á todos los aposentos por su orden ó salas llenas de sillas, sino también á los estrados y cosas semejantes.

Hecho esto, cuando se ha de refrescar la memoria comienzan á recorrer desde el principio todos estos lugares y se toman cuenta de lo que á cada uno fiaron y con la idea de ellos se excitan la memoria, para que por muchas que sean las cosas de que es preciso acordarse vayan encadenándose de una en una, á fin de que los que juntan

(1) Esta señal que se pone para que nos excite la memoria de las cosas ó se toma de toda una cosa, como la áncora si se trata de la navegación, ó de alguna palabra, como si el período comienza por la palabra *solia*, puede servir de señal el *sol*.

las que se siguen con las primeras no se equivoquen con solo el trabajo de aprenderlas.

Esto que he dicho de una casa puede hacerse también en las obras públicas, en un viaje largo, como en la circunferencia de las ciudades y en las pinturas. También puede uno fingirse estas ideas.

Es necesario, pues, echar mano de lugares que ó se fingen ó se toman de pinturas ó de simulacros, los cuales también se han de fingir. Imágenes conocidas son aquellas con las cuales venimos en conocimiento de las cosas que vamos á aprender, como cuando dice Cicerón: *Valgámonos de los lugares como de tablas enceradas y de las imágenes como de letras.* (*De Orat.*, II, núm. 354.) También será muy del caso añadir á la letra aquello otro: *Debe hacerse uso de muchos lugares ilustres, fáciles, de cortos intervalos, de imágenes que sean activas y de viveza, distinguidas, que puedan ocurrir pronto y herir el alma.* (*De Orat.*, II, núm. 358.) Por lo que me maravillo más cómo Metrodoro inventó trescientos y sesenta lugares en los doce signos por donde pasa el sol. Vanidad fué por cierto y jactancia hacer alarde de su memoria, que tenía más de artificiosa que de natural.

Yo á la verdad no niego que esto sirve para algunas cosas como si se ha de dar cuenta de muchos nombres que se han oído por su orden. Porque conservan las ideas de aquellas cosas por los lugares en que las aprendieron: la mesa, para decirlo así, en la portada; el almohadón de estrado en el atrio y así las demás cosas, y después volviendo á recorrerlas las hallan en donde las dejaron. Y de este arbitrio tal vez se valieron aquellos (1) que después de

(1) Hortensio provocado por Sisenna se estuvo todo un día sentado en una almoneda; y concluida, dijo por su orden todas las cosas que se habían vendido, los nombres de los compradores y los precios de las cosas. Lo que añade acerca de los banqueros, se ha de entender que ellos estuvieron presentes á las

concluída una almoneda dieron exacta cuenta de todo lo que habían vendido á cada uno, sirviendo de testimonio las escrituras de los banqueros. Lo cual dicen que hizo Hortensio (1).

De menos servirá esto mismo para aprender lo que se contiene en una oración ó discurso seguido (2). Porque los conceptos no tienen la misma imagen que las cosas, debiéndose fingir algunas de ellas, sin embargo de que unas y otras excitan la memoria. Pero ¿cómo se comprenderá por este mismo medio el contexto de las palabras de algún razonamiento que se ha tenido? Dejo aparte que algunas cosas con ningunas figuras se pueden significar, como son ciertas junturas del discurso. Porque á la verdad propongámonos determinadas figuras de todas las cosas como hacen los que escriben por signos, y determinemos lugares infinitos por los cuales se expliquen todas las palabras que se contienen en los cinco libros de la segunda defensa contra Verres, de manera que nos acordemos aun de todo aquello que en cada uno de los lugares hubiéremos

compras, hicieron las escrituras y presentaron á algunos dinero.

(1) Séneca es uno de los que afirman esto en el proemio de las controversias.

(2) Para aprender una oración seguida son necesarias dos cosas, que son: distinguir con algunos signos el sentido de la oración y el contexto de las palabras. Lo uno y lo otro es muy dificultoso. Porque en primer lugar las mismas cosas de que se trata tienen á veces su imagen propia y natural, con la que se expresan, como la navegación la áncora, la milicia la espada; pero el sentido de una oración ó de un periodo no tiene del mismo modo imagen con que representarse y así es preciso fingírsela arbitrariamente. Mas uno y otro signo, tanto el que se toma de la misma naturaleza como el que arbitrariamente se finge, nos excita la idea ó de las mismas cosas ó del sentido de la oración. Lo segundo, supongamos que el sentido de la oración pueda distinguirse con algunos signos, ¿de qué manera podrá comprenderse el contexto de las palabras y la serie del asunto usando del mismo medio?

en cierto modo depositado, ¿por ventura no es preciso que se corte el hilo de las cosas que dice con el doble cuidado de la memoria? Porque, ¿de qué manera podrán ir ocurriendo estas cosas con unión si para cada una de las palabras es necesario atender á cada una de las figuras? Por cuya razón Carneades y Escepsio Metrodoro (de quien poco ha he hablado) y de quienes Cicerón dice que usaron este ejercicio, allá se las hayan con su modo de pensar; nosotros procuremos dar reglas más sencillas.

IV. Si se ofreciere haber de aprender de memoria una oración larga, será útil aprenderla por partes, porque se fatiga la memoria con la mucha carga, y estas partes no han de ser extremadamente cortas. Porque de otra manera serán excesivamente muchas y la dividirán y separarán. Y ciertamente yo no establezco otra regla que seguir los puntos en que se divide el discurso, á no ser que sean tan largos que sea preciso dividirlos. Se deben señalar ciertos términos para que la frecuente meditación haga seguido el contexto de las palabras, que es el más dificultoso, y después el orden repetido junte las mismas partes.

No deja de ser del caso poner algunas señales, para que más fácilmente se queden en la memoria las cosas, cuyo recuerdo refresque y en cierto modo excite la memoria. Porque casi ninguno hay tan infeliz que ignore la señal que en cada lugar ha dejado, y si fuere tardo en aprender aun de esta manera, use también aun del mismo arbitrio para que las señales mismas le exciten la memoria.

De aquí es que no es cosa inútil de aquella arte poner algunos signos para hacer á la memoria aquellos pensamientos que se han olvidado, como el signo de áncora (como arriba añadí) si se hubiese de hablar de la nave, ó el de la lanza si de la guerra. Porque los signos sirven de mucho, y de una memoria se sigue otra, así como el ponerse uno un anillo ó atársele nos hace recordar del motivo por que hemos hecho aquello.

Todavía sirven para afirmar más la memoria aquellas cosas que por una cosa semejante la hacen recordar de aquello que se necesita tener presente, como sucede en los nombres, que si tal vez es necesario tener en la memoria el de Fabio, recurramos á aquel Fabio el Detenido, que no se puede olvidar, ó algún amigo que tenga el mismo nombre. Lo cual es más fácil en los Apros, en los Ursos y Nasones ó Crispo, teniendo en la memoria de dónde tienen su etimología estos nómbres para que se queden más impresos en la memoria (1). También el origen de los derivados es alguna vez causa de que se conserven más los nombres en la memoria, como en Cicerón, Verres y Aurelio, si es preciso introducirlos (2).

A todos aprovechará mucho aprender de memoria por lo mismo que se ha escrito. Porque el que dice asemejándose á uno que va leyendo, sigue á la memoria por ciertas huellas y en cierto modo va viendo con los ojos del alma, no solamente las páginas, sino casi los mismos renglones. Además de esto, si hubiere en lo escrito algún borrón, alguna dicción ó mutación de alguna cosa, son ciertas señales que reflexionándolas no podemos errar.

Hay un método que al paso que no es desemejante á aquel de que primeramente hemos tratado (3), es más fácil y de más fundamento (si es que la experiencia me ha enseñado alguna cosa), que se reduce á aprender en

(1) Dice que es más fácil conservar en la memoria estos nombres tomando su etimología de otro nombre que tenga significación, como de Apros el nombre aper, que significa el javalí, de Ursos la palabra osos, de Nason narigudo, y de Crispo crespo.

(2) También el origen y derivación de las palabras sirven para afirmar la memoria; y así las palabras *cicer* el garbanzo, *ver* la primavera, y *aurum* el oro, excitarán la memoria de Cicerón, Verres y Aurelio.

(3) El que hace uso de la memoria artificial, aprende en silencio cuando asigna ó determina á ciertos lugares y figuras lo que oye. Por eso dice que este método es semejante á aquel otro.

voz baja. Pues lo que en otro tiempo era lo mejor, ahora también lo es si otros pensamientos no ocuparan á cada paso el alma que se halla en cierto modo ociosa, por los cuales es necesario llamar su atención con la voz, para que la memoria tenga á un mismo tiempo dos estímulos, el de la lengua y el del oído. Pero esta voz ha de ser moderada y más propiamente murmullo. Mas el que aprende leyéndole otro se detiene en parte, porque es más perspicaz el sentido de la vista que el del oído; en parte puede servirle de mucho, porque después de haber oído una ó dos veces, puede inmediatamente hacer la prueba de su memoria y competir con el que lee. Porque una de las cosas que debemos procurar además de lo dicho, es el hacer después experiencia de nosotros mismos; porque en la lección seguida, igualmente pasa lo que más impreso es queda que lo que menos. En la experiencia que se hace de si se acuerda uno ó no, no solamente se pone más atención, sino que no se pasa instante alguno de tiempo inútilmente, en cuya ocasión suelen también refrescarse las ideas que sabemos, de tal manera se vuelven á aprender solas las que se olvidaron, que con la frecuente repetición quedan más firmes, sin embargo de que por la misma razón de que se olvidaron suelen quedarse luego más impresas. Es cosa sabida que para aprender y escribir contribuye muchísimo una robusta salud, buena digestión de la comida y un ánimo libre de pensamientos que distraigan.

V. Pero á excepción del ejercicio, que es lo mejor de todo, casi sola la división y la composición contribuyen mucho para aprender lo que hemos escrito y retener en la memoria lo que pensamos.

Porque el que hiciere una buena división, nunca podrá errar en el orden de las cosas. Pues no sólo en ordenar las cuestiones sino que también en el ejercicio de ellas es una cosa que no se puede errar, si con un buen orden de-

cimos primera, segunda, tercera, etc., y si tienen entre sí unión todas las cosas de manera que ninguna cosa pueda añadirse ó quitarse sin que claramente se conozca. Escévola en el juego de las damas, habiendo él primero movido la pieza y perdido el juego, recorriendo en la memoria todo el orden con que había jugado mientras iba á la aldea, acordándose de la jugada que había errado, volvió á aquel con quien había jugado y declaró que así había sucedido. Si tanto puede un orden alternativo, ¿servirá menos el orden de la oración y más cuando depende de nuestro arbitrio?

Las cosas que están bien ordenadas servirán también de guía á la memoria con su orden. Porque así como aprendemos con más facilidad los versos que la prosa, así también aprendemos mejor la prosa que tiene unión que la que no la tiene. De este modo sucede que se dicen de memoria aun aquellas cosas que por el pronto parecía que no tenían unión repitiéndolas palabra por palabra. Lo cual podía hacer aun mi mediana memoria si alguna vez me precisaba á repetir parte de una declamación la concurrencia de algunos sujetos que se merecían este obsequio. Y en esta parte no ha lugar la mentira, por cuanto se hallan vivos aún los que asistieran.

Mas si alguno pretende que yo le dé la única y la más principal regla que hay para aprender de memoria, sepa que ésta es el ejercicio y el trabajo; aprender mucho de memoria, meditar mucho, y si todos los días se puede hacer esto, es el medio más poderoso. Ninguna cosa hay que en tanto grado se aumente con el cuidado y se disminuya con el descuido. Por cuya razón los muchachos, como lo tengo ya ordenado, aprendan inmediatamente de memoria las más cosas que les sean posibles, y cualquiera edad que se dedicare á aumentar la memoria con el estudio, procure desde el principio quitarse aquel hastío que causa el revolver muchas veces lo que se ha escrito y

leído y aquel volver en cierto modo á masticar lo mismo que se ha comido.

Lo cual puede hacerse más llevadero si comenzáremos primero á aprender pocas cosas y las que no nos den fastidio, además de esto añadir todos los días un solo verso, cuya añadidura no se deje conocer por el aumento del trabajo, y que en suma vaya llegando hasta lo sumo; primero lo de los poetas, después lo de los oradores y últimamente lo que sea menos numeroso y tenga menos semejanza con el lenguaje común, cuales son los discursos de los jurisconsultos. Porque las cosas que sirven para el ejercicio deben ser más dificultosas, para que aquello mismo en que se tiene el ejercicio sea más fácil, á la manera que los atletas acostumbran sus manos al peso del plomo, siendo así que en la lucha tienen que hacer uso de ellas teniéndolas desocupadas y vacías.

Tampoco omitiré que por la experiencia de cada día se sabe que ó los ingenios que son algo tardos no tienen muy firme la memoria en lo que poco antes han aprendido. Cosa es que causa admiración al decirlo, y no ocurre de pronto la razón de la gran firmeza que causa en la memoria una noche que pase de por medio; y es que, ó cesa aquel trabajo cuya fatiga misma servía de impedimento á la memoria, ó llega á sazón y se digiere, ó el recuerdo es la parte más firme de ella, puesto que al día siguiente se dicen en seguida aquellas cosas de que inmediatamente no se podía dar razón, y aquel mismo tiempo que suele ser la causa de que una cosa se olvide afirma la memoria. Sucede también que la memoria que es muy veloz para aprender, casi inmediatamente se desvanece, y como si nada debiese conservar para lo sucesivo, después de haber desempeñado la obligación que de presente tenía, se va como despedida. No es maravilla que se queden más impresas en el alma aquellas cosas que tardaron más tiempo en imprimirse.

De esta diversidad de ingenios ha nacido la duda de si los que se preparan para perorar han de aprender á la letra ó si sólo se han de contentar con aprender la fuerza del sentido y orden de las cosas; acerca de lo cual no puede decirse con seguridad generalmente hablando.

Porque si la memoria coadyuva y el tiempo lo permite, sería bueno no dejarse ni una sílaba; porque de otra manera el escribir será una cosa superflua. Y esto es lo que con especialidad debemos procurar desde niños, y la memoria se debe habituar con el ejercicio á esta costumbre para que no aprendamos á condescender con nosotros mismos. Y por esta razón es una cosa reprensible el tener apuntadores ó mirar al papel, porque esto da libertad para tener en esta parte descuido, y ninguno se persuade que no sabe bien de memoria una cosa cuando no teme que se le olvide. De aquí proviene el interrumpir el ímpetu de la acción y un modo de decir repugnante y áspero y un tono de voz semejante al de uno que aprende; perdiendo toda la gracia de lo escrito, aun cuando sea bueno, sólo porque se da á entender que se lleva escrito. Mas la memoria hace adquirir también la fama de ingenio pronto, de manera que parece que aquellas cosas que decimos no las hemos llevado de nuestras casas, sino que nos han ocurrido allí de pronto, lo cual contribuye muchísimo al buen concepto del orador y estado de la misma causa. Porque el juez admira más y teme menos lo que juzga que no se ha premeditado contra él. Y así lo que sobre todo se ha de procurar tener presente en las defensas, es el decir como cosa no estudiada aun aquello que hemos ordenado con esmero, y que parezca alguna vez que como meditando y dudando andamos haciendo á la memoria lo que llevamos discurrido. Así que á ninguno se le oculta cuál es lo mejor.

Pero si la memoria fuere naturalmente poco firme ó no sufragare el tiempo, será también una cosa inútil atarse á

todas las palabras, puesto que el olvido de sola una de ellas cualquiera que sea, será causa ó de andar titubeando vergonzosamente ó también de no poder hablar más palabra. Y es mucho más seguro dejarse uno á sí mismo libertad en las palabras después de haber aprendido bien las mismas cosas. Pues cada uno se olvida, mal de su grado, de aquella palabra que había elegido y con dificultad sustituye otra mientras discurre aquella que había escrito. Pero ni aun esto sirve de remedio á una memoria débil, sino en aquellos que han adquirido alguna facilidad en decir de repente. Y si alguno careciere de lo uno y de lo otro, á este le aconsejaré que se deje enteramente del trabajo de las defensas judiciales, y si tiene alguna literatura se dedique más bien á escribir. Pero serán muy raros á quienes suceda esta infelicidad.

Mas de cuanto sirva la memoria con la naturaleza y el estudio es buen testigo Temístocles, el cual se sabe que en el espacio de un solo año habló perfectamente la lengua pérsica; ó Mitrídates, de quien se cuenta que aprendió veintidós lenguas cuantas eran las naciones sujetas á su dominio; ó aquel rico Craso que siendo gobernador de la Asia, de tal manera aprendió los cinco diferentes dialectos de la lengua griega, que en cualquiera de ellos en que le pedían justicia se la hacía, respondiéndoles en el lenguaje mismo; ó Ciro, de quien se cree que sabía de memoria los nombres de todos sus soldados. Mas de Teodectes se dice que repetía inmediatamente de memoria los versos que una vez oía por muchos que fuesen. También decían que aun ahora había quienes hiciesen otro tanto, pero nunca me ha sucedido presenciar yo por mí mismo un lance de estos; sin embargo, se debe dar algún crédito, aunque no sea más de porque el que lo creyere tenga algunas esperanzas de conseguir en algún tiempo igual memoria.

CAPITULO III.

DE LA PRONUNCIACIÓN.

Cuánta sea la fuerza de la pronunciación. Necesitalos auxilios de la naturaleza y del cuidado. Se divide en voz y ademán.—II. En la voz se atiende á la naturaleza y al uso. Cuánto debe cuidar el orador de la voz. Cuál es el mejor modo de ejercitar la voz.—III. La voz debe ser como la oración. 1.º Bien entonada. 2.º Clara. 3.º Expedita, y en este lugar trata de muchos defectos de la pronunciación, entre los cuales pone la monotonía y el canto. 4.º Acomodada á aquellos asuntos de que se trata.—IV. Del ademán. Cuánta es la fuerza de este. De cada una de las partes del cuerpo que pertenecen á la pronunciación. Del traje y vestido del orador.—V. La pronunciación debe acomodarse, tanto en el ademán como en la voz, á los asuntos y á las personas. Y así se deben tener presentes cuatro cosas. 1.º El género de causa. 2.º Las partes de la oración. Y en este lugar enseña qué debe tener presente el orador al levantarse antes de decir. Qué en el exordio. Qué en la narración. Qué en la confirmación. Qué en el epílogo. 3.º Las sentencias. 4.º Y las palabras mismas.—VI. En el perorar á unos les está bien una cosa y á otros otra. El modo que todos deben observar.

I. La mayor parte de los autores llama á la pronunciación acción. Pero parece que el primer nombre le toma de la voz y el segundo del ademán (1). Porque Cicerón llama en una parte á la acción como *razonamiento*, y en otras la llama una cierta *elocuencia del cuerpo*. El mismo la divide en dos partes (2), en voz y movimiento, que son las

(1) Véase lo que acerca de la pronunciación dice Cicerón en el tercer libro de su *Orador*, núms. 213 y 228.

(2) El mismo Cicerón en el mismo libro, núm. 222.

mismas de la pronunciación. Por lo cual se pueden llamar indiferentemente de una manera ó de otra.

Mas la pronunciación tiene en los oradores una admirable fuerza y poder. Porque no es de tanta importancia aquello que compusimos allá á solas, como el modo con que ha de producirse; pues cada uno se mueve según lo que oye. Por lo que la prueba que acaba de proponer el orador no es tan firme que no pierda sus fuerzas si no la da vigor el que la dice. Preciso es que todos los afectos se entibien si no se procuran acalorar con la voz, con el semblante y con el ademán de casi todo el cuerpo. Pues aun después de haber hecho todo esto, no será poca nuestra dicha si el juez llegare á concebir todo aquel nuestro fuego; conque ¿cuánto menos le moveremos no poniendo de nuestra parte medio alguno, y no cuidándonos de ello, y si el mismo juez se resfría con nuestra negligencia?

Aun los representantes nos pueden servir de ejemplo en esta parte; los cuales dan tanta gracia á los mejores poetas, que aquellas mismas expresiones oídas de su boca nos agradan infinitamente más que cuando las leemos, y concilian la atención aun á la gente más despreciable; de manera que obras que jamás tienen lugar en las bibliotecas le tienen frecuentemente en los teatros. Pues si en unas cosas que sabemos son fingidas y que tanto duran cuanto suenan tiene tan gran poder la pronunciación que excita la ira, saca lágrimas y pone en cuidado, ¿cuánto mayor poder es preciso que tenga en aquellas cosas que tenemos por verdaderas?

A la verdad, no tengo reparo en afirmar que un discurso aun mediano, pero recomendable por toda la fuerza de la acción, hará más impresión que otro muy excelente que careciere de ella. Por cuya razón, preguntado Demóstenes qué cosa era la más principal en toda la oratoria, dió la preferencia á la pronunciación, y á la misma dió el segundo y tercer lugar hasta que dejaron de preguntarle; de

manera que se puede creer que tuvo á la pronunciación, no por la cosa más principal de la elocuencia, sino por la única, y por lo tanto, él mismo hizo tanto estudio en imitar la pronunciación de Andrónico el farsante, que admirándose de su oración los de Rodas parece que con razón les dijo Esquines: *¿Pues qué hubiera sucedido si le hubierais oído á él mismo?* Y Marco Cicerón es de opinión que la acción es la que prepondera en el decir. Con esta dice él que Cneo Léntulo se hizo más famoso que con la elocuencia. Que Cayo Graco movió las lágrimas de todo el pueblo romano con llorar la muerte de su hermano; que Antonio y Craso pudieron mucho por la acción, y muchísimo más Hortensio, de lo cual tenemos la prueba de que sus escritos no corresponden á su fama; pues por mucho tiempo fué tenido por príncipe de los oradores, y alguna vez por émulo de Cicerón; y últimamente, mientras vivió, por el único después de él, para que se vea claramente que cuando él decía causaba cierto deleite que no encontramos en sus escritos cuando los leemos. Y verdaderamente, teniendo las palabras mucha fuerza por sí mismas y añadiendo la voz el alma que se les debe á las cosas, y teniendo también su cierto lenguaje el ademán y el movimiento, es preciso que concurriendo todas estas cosas, resulte sin duda alguna cosa perfecta.

No faltan, sin embargo, algunos que tienen por más expresiva y la más propia de los hombres aquella acción grosera, y cual es la que produce el ímpetu del ánimo de cada uno; pero casi ningunos otros son de este parecer, sino aquellos que suelen desaprobar como afectación el esmero, el arte y la hermosura en el decir, y todo lo que se adquiere con el estudio, ó los que se precian de imitar la antigüedad con lo grosero de sus expresiones, y aun con el sonido mismo de ellas, como dice Cicerón que lo hizo Cota. Pero allá se las avengan con su modo de pensar los que se imaginan que á los hombres les basta nacer

oradores para serlo, y no lleven á mal el trabajo de los que estamos en la creencia de que ninguna cosa puede llegar á su perfección sino cuando la naturaleza tiene el auxilio del arte.

En lo que convengo sin resistencia, es en que la parte principal es la naturaleza. Porque no hay duda en que no podrá hablar bien en público aquel que no pudiere conservar en la memoria lo que ha escrito, ó no tuviere facilidad y expedición para decir de repente lo que occurriere, ó el que tuviere en la pronunciación defectos incorregibles que se lo impidan. También puede ser tanta la deformidad del cuerpo, que con ningún arbitrio se pueda corregir. Pero ni aun la voz, como no sea liberal, no puede hacer la acción excelente. Porque siendo buena y robusta podemos hacer de ella el uso que queramos; siendo mala ó débil, no sólo sirve de estorbo para muchas cosas, como para levantarla y hacer exclamaciones, sino que obliga á algunas cosas, como son á hablar sumisamente, á mudar de tono y dar aliento á las fauces roncas y al pulmón fatigado con el desentonado canto. Mas nosotros hablamos ahora de aquel á quien no en vano se dan estos preceptos (1).

Mas dividiéndose toda la acción, como ya he dicho, en dos partes, que son la voz y el ademán, de las cuales la una hace impresión en los ojos y la otra en los oídos, por cuyos sentidos penetra todo afecto hasta el alma, lo primero es tratar de la voz, á quien también se acomoda el ademán.

II. En esta lo primero que hay que observar es qué tal es, y lo segundo de qué manera se ha de usar de ella.

La naturaleza de la voz se considera por su cuantidad y

(1) Esto es, hablamos de un orador que se supone que tenga todas las cualidades que se requieren para aprovecharse de estos preceptos.

por su cualidad. La cuantidad es más sencilla. Porque se reduce á ser grande ó pequeña; pero entre estos extremos hay especies de voces medias; y de la más baja á la más alta, y al revés, hay muchos grados. La cualidad es más varia. Porque hay voz clara y obscura, llena y tenue, suave y áspera, sostenida y derramada, dura y flexible, sonora y confusa. También el aliento es más grande ó más pequeño. Y no es necesario á nuestro intento averiguar las causas de cada una de estas cosas, ó si la diferencia de ellas consiste en aquellas partes en que el aire se recibe, ó en aquellas por donde como por un órgano pasa, ó si en la propia naturaleza, ó según es su movimiento, si ayuda más la robuztez del pulmón ó la del pecho, ó si también la de la cabeza. Porque todas estas circunstancias se requieren; así como no basta la dulzura de las fauces, sino también la estructura de las narices, por donde sale el resto de la voz. Sin embargo, el tono debe ser dulce, no malsonante.

Muchas son las maneras que hay de manejar la voz. Porque además de aquella diferencia que se divide en tres especies, aguda, grave y bemolada, unas veces es preciso usar de puntos agudos, otras de graves, unas de altos y otras de bajos, y otras también de compases más pesados y otras de más ligeros; pero aun en estos mismos hay muchos intermedios; y así como los rostros, sin embargo de que se componen de poquísimas partes, se diferencian unos de otros infinitamente, así también la voz, aunque contiene pocas especies que se pueden nombrar, es en cada una distinta, y esta distinción no se percibe menos con el oído que aquella de las caras con los ojos.

Mas las buenas cualidades de la voz, así como las de todas las cosas, se aumentan con el cuidado y se disminuyen con el descuido. Pero no les está bien á los oradores el poner en la voz el mismo esmero que los maestros de música; sin embargo, hay muchas cosas en que unos y otros

convienen, como la robustez del cuerpo, para que nuestra voz no se adelgace como la de los capones, mujeres y enfermos, para lo cual sirve de mucho el paseo, el uso del baño, la continencia y la fácil digestión de la comida; esto es, la frugalidad. Además de esto, que las fauces se conserven en todo su vigor; esto es, en suavidad y buena disposición, por cuyo defecto se quebranta, obscurece, exaspera y casca la voz. Porque así como las flautas, después de recibido el mismo aire, dan distinto sonido las que tienen tapados los agujeros de las que los tienen abiertos y las que no están bastante limpias distinto de las que están rotas, así también las fauces hinchadas oprimen la voz, las gruesas la obscurecen, las descarnadas la exasperan y las desiguales son semejantes á los órganos que tienen rotas las flautas.

También se divide el aliento cuando se pone de por medio alguna cosa, como por entre las piedrecillas las pequeñas venas de agua, cuya corriente, aunque después de haber pasado por ellas se vuelve á unir algún tanto, sin embargo deja algún hueco después del tropiezo que había encontrado. La demasiada humedad de fauces, así como también sirve de impedimento para la voz, así también la falta de ella la disminuye. Porque se cansa el cuerpo, no sólo por el pronto, sino también para lo sucesivo.

Pero al paso que á los músicos y oradores les es igualmente necesario el ejercicio, con el cual todas las cosas se conservan en su vigor, sus ocupaciones no son de una misma especie. Porque ni se le puede señalar determinado tiempo para explayarse á un hombre ocupado en tantos negocios civiles, ni preparar la voz desde los puntos más bajos á los más altos, ni siempre se puede apartar de la disputa teniendo muchas veces que hablar en los tribunales. Ni aun en las comidas puede observarse una misma regla y hora. Y no tanto se necesita una voz suave y delicada, como fuerte y duradera, siendo así que todos aque-

llos suavizan aun los más altos tonos con el canto, y nosotros tenemos que decir las más de las cosas con aspereza y apresuración, velar por la noche y tragar el tufo del velón, y perseverar con la ropa llena de sudor. Por lo cual, no hagamos delicada nuestra voz con el demasiado regalo, ni la habituemos á una costumbre tal que no sea duradera; antes bien, ejercitémosla según sea necesario, sin permitir que pierda su vigor por el poco uso, sino tiene besns afirmen con el ejercicio, con el que se vencen todas las dificultades.

Lo mejor será aprender aquello en que uno ha de ejercitarse (porque al que dice de repente le sirve de impedimento el cuidado de la voz para el efecto que se concibe de las mismas cosas), y se han de aprender cosas muy diversas y para las cuales se requiera un tono de voz alto, den disputa ó familiar, y con inflexiones, para que á al mismo tiempo nos ensayemos para todo. Esto es lo que se requiere; porque de otra manera, una voz delicada y de mucho esmero rehusaría un trabajo á que no se hubiese acostumbrado, así como los cuerpos de los atletas hechos á la palestra y á untarse con aceite, aunque en sus luchas sean fuertes y robustos, si se les manda hacer un viaje como los soldados, llevar las armas y estar toda la noche de centinela, se desanimarán y echarán menos á los que los untaban y el sudar desnudos. Mas ¿quién sufrirá que en esta obra se den preceptos para evitar los calores del sol y los aires y también las nieblas y la sequedad? De este modo, si se hubiere de perorar al sol (1) ó en un día de viento, de humedad ó de calor, dejaríamos la defensa de nuestros clientes. Por lo demás, soy de parecer que ninguno que esté en su juicio hablará en público estando con

(1) Dice esto porque á veces el tribunal se ponía fuera del foro, y por consiguiente el orador tenía que hablar expuesto al sol y al aire.

alguna indigestión, ó bien comido, ó bebido, ó á poco de haber vomitado, que son las cosas que, según el consejo de algunos, se deben evitar.

La regla que todos dan, y no sin fundamento, es cuidar mucho de la voz, sobre todo en aquel tiempo en que se pasa de la niñez á la juventud, porque naturalmente encuentra impedimento, no por el calor, según mi juicio, como algunos han pensado (porque este es mayor en otras edades), sino más bien por la humedad; porque ésta es la que domina en aquella edad. Y así las narices y el pecho se ensanchan, y todos los miembros brotan en cierto modo, tienen más ternura y están más expuestos á alteración.

Pero volviendo á mi propósito, la clase de ejercicio que me parece mejor para la voz ya hecha y firme, es aquella que tiene más semejanza con nuestra profesión, que es el decir diariamente como cuando hablamos en el foro. Porque de esta manera no solamente se afirman la voz y el pulmón, sino que también se forma el ademán y el movimiento del cuerpo conveniente y acomodado á la oración.

III. La pronunciación debe tener las mismas cualidades que se requieren para la oración. Porque así como ésta debe ser perfecta, clara, elegante y conveniente, del mismo modo aquélla también.

1.° Será correcta, esto es, no será defectuosa, si la lengua fuere suelta, expedita, suave y agraciada; esto es, si no tuviere un sonido grosero ó de alguna manera extraño. Porque no sin razón se dice: *bárbaro ó griego;* pues distinguimos á los hombres por el eco de la voz, como los metales por el sonido. De esta manera se verificará lo que Ennio aprueba, cuando dice que Cetego tuvo una *pronunciación muy melosa,* y no sucederá lo que Cicerón reprende en aquellos que dice que no declaman, sino que ladran. Porque hay muchos defectos, de los cuales ya hablé cuan-

do en una parte del libro primero dí las reglas de la pronunciación para los niños, juzgando más conveniente hacer mención de ella en una edad en que se pueden corregir.

Y así la voz ante todas cosas ha de ser sana, por decirlo así; esto es, no ha de tener imperfección alguna de aquellas de que poco ha he hablado; en segundo lugar, no ha de ser sorda, bronca, atroz, dura, áspera, hueca, muy gruesa ó delgada, débil, ingrata, tenue, delicada y afeminada, ni la respiración ha de ser corta ó poco durable, ni dificultosa para alentar.

2.º Será clara la pronunciación, lo primero si se articularen bien todas las palabras, de las cuales parte suelen tragarse algunos y otros parte de ellas no las pronuncian, y los más no pronuncian las últimas sílabas, por cuidar del sonido de las primeras. Mas al paso que es necesaria la clara articulación de las palabras, así también es una cosa molesta y odiosa el ir deletreando, y como contando todas las letras. Pues las vocales frecuentísimamente tienen elisión, y algunas consonantes, siguiéndoseles una vocal, pierden su sonido. De lo uno y de lo otro hemos puesto ejemplo: *Multum ille, et terris*. También se evita la concurrencia de consonantes difíciles de pronunciar, como *pellexit* y *collegit* y las que en otro lugar quedan ya dichas. Y por tanto, es alabada en Cátulo la dulzura de la pronunciación de las palabras.

Lo segundo es que se distingan bien todas las partes de la oración; esto es, que el que dice comience y remate en donde conviene. También se debe saber en qué parte se ha de sostener y cómo suspender el sentido de la oración (1) y en qué parte se ha de rematar. Por ejemplo, en

(1) Los griegos llaman á esta suspensión hipodiastole ó hipostigme, las cuales voces interpretan los gramáticos subdistinción ó subdivisión.

estos versos de Virgilio: *Arma, virumque cano Trojæ, qui primus ab oris Italiam fato profugus, lavinaque venit littora,* etcétera, hay suspensión en *arma,* porque la palabra *virum* pertenece á las que se siguen; de manera que el sentido es: *virum Trojæ, qui primus ab oris.* Y en estas hay otra suspensión; porque aunque una cosa es de dónde vino y otra adónde fué, sin embargo, no se debe hacer mayor pausa, porque lo uno y lo otro se expresa con el mismo verbo *venit.* En tercer lugar se hace en la palabra *Italiam,* porque la oración interpuesta *fato profugus* hace dividir la oración seguida que resultaba de decir inmediatamente *lavinaque venit;* y por la misma razón hay cuarta suspensión en *fato profugus,* y después en *lavinaque venit littora,* en donde ya se hará pausa, porque desde allí comienza otro sentido. Pero aun en las mismas pausas unas veces se ha de gastar más corto espacio de tiempo y otras más largo. Porque hay mucha diferencia entre concluir la oración ó el sentido. Y así después de aquella suspensión que se hace en la palabra *littora,* se sigue inmediatamente con el principio de otro aliento. Y cuando se llegare á *atque altæ mœnia Romæ,* se bajará la voz y se hará pausa, y se comenzará de nuevo lo que se sigue.

Alguna vez hay algunas pausas sin respirar en los períodos, como en aquel: *Mas en una junta del pueblo romano, manejando un negocio público, el coronel de la caballería,* etcétera, en que son muchos los miembros. Porque los pensamientos son distintos unos de otros; y como el rodeo periódico es uno sólo, debe ser ligera la detención que se hace en estas pausas, y no se ha de cortar el hilo de la oración. Y, por el contrario, á veces es necesario tomar aliento sin que se conozca que se hace pausa, en cuyo caso se ha de tomar como á hurtadillas; porque si se toma sin destreza causará no menos obscuridad que la defectuosa división. Mas la gracia de saber hacer las divisiones se tendrá tal vez por cosa de poca consideración, siendo así que

sin ella ninguna otra puede haber para decir en público.

3.º Es adornada la pronunciación cuando la acompaña una voz expedita, llena, suave, flexible, sana, dulce, durable, clara, limpia, penetrante y que dura en los oídos. Porque hay una especie de voz acomodada al oído, no por su corpulencia, sino por su propiedad, y que para esto se deja manejar como se quiere, y contiene en sí todos los tonos y voces que se pueden desear, y está templada (como dicen) como un órgano completo; el que tuviere firmeza en el pulmón, un aliento durable y de aguante, no se rendirá al trabajo fácilmente. En los discursos no conviene un tono de voz muy grave como en la música, ni muy agudo. Porque el uno, muy obscuro y demasiado lleno, ninguna impresión puede hacer en los ánimos, y el otro, delicado y de una claridad excesiva, no sólo es fuera de lo natural, sino que ni puede recibir las diferentes inflexiones de la voz en la pronunciación, ni sostener por mucho rato el mismo tono de voz. Porque la voz, así como las cuerdas de un instrumento, cuanto más floja, tanto más grave es y más llena, y cuanto más fuerte, tanto es más delgada y aguda. De aquí es que la grave ó baja no tiene fuerza, y la muy alta está muy expuesta á quebrarse. Así es que es necesario usar de tonos medios; y estos se han de levantar cuando es preciso dar todo el lleno á la voz, ó se han de moderar cuando hay que bajarla.

Lo primero que se debe tener presente para la buena pronunciación es la igualdad en el tono de la voz; que la oración no vaya dando saltos con pausas y tonos desiguales, confundiendo las sílabas largas con las breves, los tonos graves con los agudos y los altos con los bajos, y cuidando de que la oración no claudique por la desigualdad de todas estas cosas, como tampoco por la de los pies. Lo segundo es la variedad, en la cual consiste el todo de la pronunciación. Y ninguno piense que la igualdad y la variedad se oponen entre sí; siendo contrario el vicio de la

desigualdad á aquella virtud, y á ésta el que los griegos llaman *monœdeis*, que es como una sola vista.

Mas el arte de variar no sólo da gracia y llama la atención, sino que también da aliento al que está diciendo con la misma mudanza de trabajo, así como el estar de pie, andar, sentarse y echarse tiene sus alternativas, y no podemos aguantar por mucho tiempo una misma postura. Pero lo más esencial de todo (aunque esto lo trataremos poco después) es que la voz debe conformarse en todo con las cosas que decimos y con la disposición de los ánimos para no apartarse un punto del objeto de la oración.

Así que debemos evitar lo que los griegos llaman *monotonía*, que es un solo tono y sonido de la voz, no sólo para no decirlo todo á gritos, lo cual es una locura, ó como en una conversación, lo cual carece de afecto, ó en un bajo murmullo, con el cual se debilita también toda la viveza de la pronunciación, sino para que en unas mismas partes y en unos mismos afectos haya algunas inflexiones de voz no tan grandes, según que ó la dignidad de las palabras, ó la naturaleza de los conceptos, ó el remate ó principio de los períodos, ó el pasar de una cosa á otra lo pidieren, así como los pintores, después que han hecho uso de cada uno de los colores, dan más realce á unas partes de la pintura que á otras, porque de otra manera no hubieran distinguido los miembros con líneas.

Propongámonos, pues, aquel exordio de Cicerón en la muy excelente oración que dijo en defensa de Milón, ¿por ventura casi en cada una de las divisiones del período no es preciso mudar el tono, dándole en cierto modo diverso semblante? *Aunque me recelo ¡oh jueces! no sea una cosa vergonzosa el temer uno que empieza á perorar saliendo á la defensa de un hombre el más esforzado.* Aunque está contraído á todo el intento y es modesto, porque es exordio, y exordio de uno que empieza á hablar sobresaltado, sin embargo, preciso es que tuviese algo más de lleno y de im-

pulso la voz mientras decía *de un hombre el más esforzado,* que cuando dijo *Aunque me recelo* y *sea una cosa vergonzosa* y *temer.* Ya el segundo aliento es preciso que se aumente, y esto por un natural impulso, cuanto es menos el temor con que decimos lo que se sigue, y cuanto más se muestra la grandeza de corazón de Milón: *y de ningún modo convenga, siendo mayor la perturbación que el mismo Tito Annio experimenta por el bien de la república que por el suyo.* Lo que después se sigue es como una reprensión de sí mismo: *que yo no traiga igual grandeza de ánimo á la defensa de su causa;* después de esto, hace más impresión aquello otro que dice: *Sin embargo, esta nueva forma de un nuevo juicio causa terror á la vista.* Mas aquellas otras expresiones: *los cuales, en cualesquiera causas que les han ocurrido, han echado menos la antigua costumbre del foro y la antigua práctica de los tribunales,* las dice á boca llena. Pues lo que sigue es también seguido y difuso: *Porque vuestra audiencia no se halla rodeada de tan numeroso concurso de gentes como solía.* Lo cual he notado, para que se vea que no sólo en los miembros del período, sino también en los incisos, hay alguna variedad en la pronunciación, sin la cual ninguna cosa hay mayor ni menor.

Mas no se ha de esforzar la voz más de lo que se puede. Porque muchas veces, sofocada y despedida con mayor esfuerzo, es más oscura, y á veces, violentada, viene á dar en aquel tono que los griegos llaman *closmos* ó canto de gallina, tomado el nombre del canto de los pollos pequeños. Ni se han de confundir las cosas que decimos por la demasiada precipitación en el decir, con la cual no solamente se pierde la división y el sentido, sino que también alguna vez no se pronuncian del todo algunas palabras. A la demasiada velocidad en el decir se opone el vicio de la demasiada pesadez; porque no sólo descubre la dificultad que tenemos en el discurrir, sino que la misma flojedad con que se dice entibia los ánimos, y es causa de que

en el tiempo señalado corra el agua inútilmente (1), lo cual no deja de ser de alguna consecuencia.

La pronunciación debe ser expedita, no precipitada; moderada, no lenta. Tampoco se ha de alentar frecuentemente, para que no se corte el sentido de la oración, ni se ha de aguantar el aliento hasta que falte. Porque el eco que produce aquel aliento que se acaba es una cosa disonante, y la respiración es muy semejante entonces al sonido que forma el aire comprimido largo rato debajo del agua, y cuando vuelve á tomar aliento se tarda más, y es ya cuando no viene al caso, como cosa que se hace, no cuando queremos, sino cuando no podemos más. Por cuya razón, los que tienen que decir un período más dilatado, deben tomar aliento para él; pero de tal manera, que esto se haga por un instante, sin ruido y de una manera que absolutamente no se conozca, y en las restantes partes se podrá muy bien volver á tomar en las transiciones.

Mas se debe ejercitar el aliento de manera que dure lo más que sea posible, para lograr lo cual Demóstenes recitaba sin alentar los más versos que podía subiendo cuestas. Este mismo solía perorar en su casa revolviendo piedrecillas con la lengua para pronunciar las palabras con más expedición.

A veces una respiración dilatada y llena es bastante clara, pero no es seguida, y por consiguiente es trémula, como aquellos cuerpos que al parecer están sanos y no se pueden tener por la debilidad de sus nervios, que los griegos llaman *brancon*. Hay algunos que, no tanto respiran como sorben el aire por los claros de los dientes, haciendo un ruido desagradable. Otros hay que con el frecuente aliento, y que aun por la parte interior hace un

(1) Esto es, perdamos el tiempo que se nos ha señalado para perorar. Alude esto á la costumbre que entonces había en la Audiencia de regular el tiempo que los oradores habian de estar perorando con un reloj de agua llamado *clepsidra*.

ruido que claramente se percibe, imitan á las caballerías cuando se cansan del trabajo y de llevar el yugo. El cual cansancio aparentan tan bien como si la multitud de pensamientos no les dejase respirar y fuese mayor el golpe de elocuencia que les ocurriese que lo que podían pronunciar.

Otros hay que se tropiezan en la pronunciación y sus palabras se rozan unas con otras. Así que el toser, el escupir frecuentemente, el gargajear con mucho trabajo y manchar á los que están inmediatos con la saliva, y respirar la mayor parte por las narices mientras se está hablando, aunque en rigor no son vicios de la voz, mas, sin embargo, porque por ella provienen, se deben poner principalmente en este lugar.

Pero cualquiera vicio de estos es más tolerable que el abuso que más reina al presente en todas las causas y escuelas de decir de una manera que parece que se canta, lo cual no sé si tiene más de inutilidad que de fealdad. Porque ¿qué cosa hay que le convenga menos á un orador que la inflexión de voz que usan los comediantes cuando cantan en el teatro, y que se asemeja á la libertad de los que están privados con el vino y á la alegría de los convites? ¿Y qué cosa hay que más se oponga á la moción de los afectos que cuando fuere necesario mover á dolor, á ira, indignación y compasión, no solamente apartarse de estos afectos con que se le debería mover al juez, sino profanar la respetable gravedad del foro con la libertad de los de Licia y Caria? (1). Pues Cicerón dijo que los ora-

(1) Algunos leen en el original *ludorum talarium*, lección que hemos desechado por parecernos que tiene tanta conexión *el juego de los dados* con lo que va diciendo del abuso de declamar con un tonillo cantado, como lo que después dice de los oradores de Licia y Caria. Este es el parecer de M. L' Abè Gedoin, de la Academia francesa. A no ser que también pueda entenderse esto de los dados, porque como dice M. Rollin citando á Turne-

dores de estas provincias casi cantaban en los epílogos.

Nosotros también hemos pasado á un modo de cantar algo más serio. ¿Y quién será el que se ponga á cantar en la defensa de un pleito, no digo acerca de un homicidio, de un sacrilegio ó de un parricidio, pero ni aun sobre cualquiera cálculo ó cuenta, para decirlo de una vez? Y si esto es lo que absolutamente se debe adoptar, ningún motivo hay para no acompañar aquella modulación de voz con instrumentos de cuerda y aire, ó por mejor decir con campanillas, que es lo que más semejanza tiene con esta deformidad. Aun esto lo hacemos con gusto, porque á ninguno le desagrada lo que él mismo canta, y en esto hay menos trabajo que en la buena pronunciación. También hay algunos que además de los otros vicios de que adolecen se dejan también llevar en todo del deleite de oir lo que halaga los oídos. Pues qué (dirán los tales), ¿Cicerón no dice que hay en el decir un cierto canto obscuro? Sin duda, y esto proviene de un vicio natural. Yo haré ver no mucho después en qué parte de la oración y en qué términos se ha de hacer esta inflexión y canto, pero obscuro, que es lo que los más no quieren entender.

4.º Porque ya es tiempo de decir cuál es la pronunciación conveniente. La cual sin duda es aquella que tiene proporción con aquellas cosas de que hablamos, á la cual contribuyen ciertamente en muy gran parte los mismos movimientos de los ánimos; porque tal es la voz cual el afecto que la causa. Pero siendo unos afectos verdaderos y otros fingidos é imitados, los verdaderos se manifiestan naturalmente, como los de los que están con alguna pena, ira é indignación; pero no dependen del arte, y así no se han de enseñar por reglas. Por el contrario, aquellos que con la imitación se remedan, están sujetos á las reglas;

bo: *después de los convites jugaban frecuentemente á los dados, en cuyo juego solían cantar mientras estaban jugando.*

pero estos no son naturales, y por tanto en ellos lo principal es impresionarse bien y concebir las ideas de las cosas, y moverse con ellas como si fueran verdaderas; de esta manera la voz, intérprete de nuestros pensamientos, imprimirá en los ánimos de los jueces el mismo afecto que recibiere de nosotros. Porque ella es imagen y como copia de nuestra alma y recibe las mismas impresiones que ella.

Y así en las cosas alegres es llena, sencilla y ella misma en cierto modo sale alegre; mas en la contienda se levanta con todas sus fuerzas, y por decirlo así, se esfuerza con todos sus nervios. Es atroz en la ira, áspera, impetuosa y de precipitada respiración, porque no puede ser muy lenta cuando desmesuradamente se respira. Para mover á la envidia es algún tanto más lenta, porque casi sólo los inferiores se dejan llevar de ella; mas para halagar, confesar, satisfacer y rogar debe ser suave y sumisa. Para aconsejar, avisar, prometer y consolar debe ser grave; en el temor y en la vergüenza, encogida; en las exhortaciones, vehemente; en las disputas, llena; en la compasión, quebrada y lastimosa y de intento como oscura; mas en las digresiones debe ser inteligible y de segura claridad; en las narraciones y discursos, familiar y que guarde un medio entre el tono agudo y el grave. Mas se levantà en los grandes afectos; y en los que sólo sirven para dar gusto, se baja más ó menos á proporción del afecto que se pretende mover.

IV. Mas diferiré algún tanto el decir qué es lo que en cada lugar se requiere para perorar, á fin de hablar primero del ademán, el cual se conforma con la voz y con ella obedece juntamente al alma.

Cuán importante sea éste al orador, se ve bien claramente en que él explica la mayor parte de las cosas aun más que las palabras; porque no solamente las manos, sino también los movimientos de cabeza declaran nuestra voluntad, y á los mudos les sirve de lengua; el saludarse se

entiende y hace impresión aun sin hablar palabra, y por el semblante y modo de andar se conoce la disposición de los ánimos; y aun en los animales, que no pueden hablar, se conoce la ira, la alegría y el amor no solamente en los ojos, sino también en otras señales que se advierten en sus cuerpos. Y no es de maravillar que las cosas animadas, que al cabo tienen por sí algún movimiento, hagan tanta impresión en los ánimos, cuando la pintura, que es una obra muda y que siempre está en una misma disposición, de tal manera se insinúa en los más íntimos afectos del alma, que algunas veces parece que supera en su energía á la de la elocuencia.

Por el contrario, si la acción y el semblante no se conforman con las palabras, si decimos con alegría las cosas tristes y si afirmamos algunas cosas con ademán de negarlas, no solamente perderán su autoridad las palabras, sino que se harán increíbles.

Además de esto, la gracia del orador proviene del ademán y movimiento. Y por esta razón, Demóstenes solía corregir su acción, mirándose en un espejo de cuerpo entero. En tanto grado se persuadió que debía fiar á sus mismos ojos lo que hacía, sin embargo de que la claridad del espejo representa los objetos á zurdas.

La cabeza es uno de los miembros principales en la acción, así como lo es en el cuerpo, no sólo por la gracia ó hermosura de que ya he hablado, sino también para la significación de ella. Lo que se requiere, pues, en primer lugar, es que la cabeza esté siempre derecha y en una postura natural. Porque baja denota humildad, demasiado levantada arrogancia, inclinada hacia un lado desfallecimiento y el tenerla muy tiesa y firme es señal de una cierta barbarie.

En segundo lugar debe tener unos movimientos proporcionados á la misma acción, de tal manera que se conforme con el ademán y acompañe á las manos y á los lados.

Porque la vista siempre se dirige al mismo objeto que el ademán, menos cuando desaprobamos, negamos ó mostramos aversión á alguna cosa, de manera que parece que con el semblante detestamos y con la mano desechamos aquello mismo.

¡Oh dioses! apartad tamaña peste.—(*En.*, III, 620),

Y en otra parte:

A la verdad, de obsequio semejante
No me tengo por digno.—(*En.*, I, 339.)

Mas son muchísimos los modos con que la cabeza explica los sentimientos del corazón. Porque además de los movimientos que tiene para afirmar, negar y asegurar, los tiene también para mostrar vergüenza, duda, admiración é indignación, conocidos y sabidos de todos.

Pero hacer uso del movimiento solo de la cabeza para el ademán, aun los mismos maestros del arte cómico lo reputan por una cosa defectuosa. Aun el moverla frecuentemente no deja de ser una cosa viciosa, moverla con demasiado ímpetu y sacudir los cabellos moviéndola alrededor es propio de un hombre que está furioso.

El semblante es el que más dominio tiene en esta parte. Con él nos mostramos suplicantes, con él amenazamos, con él somos benignos, tristes, alegres, soberbios y humildes; de él están como pendientes los hombres, á él es á quien mirán, á este dirigen la vista aun antes de empezar á hablar; con él mostramos á algunos nuestro amor, por él entendemos muchísimas cosas y este sirve muchas veces por todas las palabras. Y así en las comedias que se representan en el teatro, los representantes se revisten también de los afectos de aquellas personas cuyos papeles representan; de manera que Niobe se representa triste en la tragedia, Medea atroz, Ayax atónito y Hércules fiero. Mas en las comedias, prescindiendo de que cada persona se distingue

de la otra, como los esclavos, rufianes, truhanes, labradores, soldados, viejecillas, las mujercillas de mala vida, las criadas, los viejos de mal genio y los de bueno, los jóvenes de juicio y los descabezados, las matronas y las niñas; también se distingue aquel padre (1), cuyo principal papel consiste en mostrarse á veces enojado y á veces de suave condición, unas veces de semblante enfadoso y otras apacible. Y los actores, con especialidad los latinos, acostumbran representar de una manera que hacen con toda propiedad el papel que desempeñan.

Mas en el mismo semblante sirven de muchísimo los ojos, por los cuales más que por ninguna otra cosa se muestra el alma de manera que aun sin moverse, no sólo se revisten de claridad con la alegría, sino que con la tristeza se cubren como de una nube. Además de esto, la naturaleza les dió las lágrimas por intérpretes del alma, las cuales ó nacen de sentimiento ó provienen de alegría. Con el movimiento muestran conato en una cosa ó indiferencia, soberbia, fiereza, dulzura ó aspereza, de todas las cuales formas se revestirá el orador según el lance lo pidiere. Alguna vez deberá fijarse la vista en algún objeto, ofenderse ó manifestar debilidad y pesadez, ó asombro ó extremada alegría y viveza, ó estar bañada del más grande deleite, ó ponerla atravesada y, para decirlo así, amorosa y en ademán de hacer alguna suplica. Porque ¿quién sino un hombre enteramente rudo é ignorante tendrá los ojos cerrados ó fijos siempre en un objeto mientras habla? Los parpados también y las mejillas contribuyen algún tanto á la explicación de todas estas cosas.

Mucho hacen también las cejas, pues de alguna manera ponen en otra disposición los ojos y son las que gobiernan la frente; con ellas se arruga, se levanta ó se baja, y

(1) Este padre de que aquí hace mención era sin duda algún sujeto muy conocido en alguna comedia.

como si la Naturaleza hubiese querido que una misma cosa sirviese para muchos efectos, aquella sangre que sigue los movimientos del alma, cuando encuentra el cutis blando por la vergüenza, hace cubrir el rostro de color encendido, y cuando se retira por el medio, queda todo el hombre como exangüe, frío y pálido; mas templada produce un buen medio de serenidad. Es cosa viciosa tener inmobles las cejas ó moverlas demasiado, ó si se ponen desiguales (como poco ha dije acerca de la representación cómica), ó si con su ademán se oponen á lo que decimos. Porque teniéndolas encogidas se muestra tristeza, extendidas alegría y flojas vergüenza. También se bajan ó se levantan para afirmar ó negar.

Apenas hay ademán decente que se exprese con las narices y labios, sin embargo de que con ellos se suele significar burla, desprecio y fastidio. Así que es una cosa fea arrugar (como dice Horacio) (1) las narices, llenarlas de aire, moverlas y hurgarlas con el dedo, y estornudar y sonarse á cada paso y con la palma de la mano levantárselas hacia arriba, siendo así que aun el limpiarse con frecuencia las narices se tiene justamente por una cosa reprensible.

Tampoco perecen bien los labios alargados hacia fuera demasiado abiertos ó cerrados, ó separados hacia una parte y descubriendo los dientes, extendidos por un lado casi la hasta oreja ó como desdeñosamente puestos el uno sobre el otro y como si estuviesen pendientes y despidiendo la voz por una sola parte. Cosa igualmente fea es lamérselos y mordérselos, puesto que en la pronunciación de las palabras debe ser moderado su movimiento. Porque se ha de hablar más con la boca que con los labios.

Conviene tener recta la cerviz, no arrugada ó levantada hacia arriba. En alargar ó encoger el cuello hay por

(1) *Hor.*, lib. I, de la epist. V, v. 23.

diferente modo igual deformidad; pero en tenerle estirado no sólo hay trabajo, sino que se debilita la voz y se fatiga. Teniendo la barba pegada al pecho sale la voz menos clara y como más gruesa por estar oprimida la garganta.

Rara vez parece bien el levantar los hombros y encogerlos. Porque se hace más corta la cerviz y hace una figura en cierto modo humilde y propia de esclavos, y como para engañar cuando se les da cierto aire de adulación, de admiración y de miedo.

En los períodos que deben decirse de seguida y con velocidad, tiene mucha gracia un moderado movimiento del brazo, teniendo quietos los hombros y tendiendo los dedos cuando se saca la mano. Mas cuando ocurre alguna cosa brillante y que pida extensión, como aquello de Cicerón: *Las peñas y las soledades corresponden con el eco á la voz*, se extiende á un lado, pues la misma oración se explaya en cierto modo con el ademán.

Mas las manos, sin las cuales la acción sería defectuosa y débil, apenas puede decirse cuántos movimientos tienen, pues casi exceden al número de las palabras. Porque las demás partes del cuerpo acompañan al que hablan; pero éstas, casi estoy por decir que hablan por sí mismas. Porque ¿por ventura no pedimos con ellas? ¿no prometemos? ¿llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos, preguntamos, negamos y mostramos gozo, tristeza, duda, confesión, arrepentimiento, moderación, abundancia, número y tiempo? Ellas mismas ¿no incitan? ¿no suplican? ¿no aprueban? ¿no se admiran? ¿no se avergüenzan? Para mostrar los lugares y las personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres? En tanto grado es esto, que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, me parece que este es un lenguaje común á todos los hombres.

Y estos ademanes de que he hablado acompañan naturalmente á las mismas voces. Otros hay que dan á enten-

der las cosas por imitación, como significar un enfermo imitando al médico en ademán de tomar el pulso, ó un citarista poniendo las manos á la manera del que hiere las cuerdas, lo cual debe evitarse todo lo más que se pueda en la acción. Porque un orador debe diferenciarse muchísimo de un bailarín, de manera que su ademán sea más acomodado al sentido que á las palabras, lo cual acostumbran hacer aun los comerciantes de alguna gravedad. Y así al paso que vengo bien en que el orador se lleve la mano hacia sí cuando hable de sí mismo y que la extienda hacia aquel á quien señala y algunas cosas á este tenor, así no me parece bien el que se imiten ciertas posturas y expresen las manos todo lo que se dice.

Y esto se ha de observar, no sólo en las manos, sino también en todo ademán y voz. Porque en aquel período: *Presentóse con chapines el pretor del pueblo romano, apoyado en una mujercilla*, no se ha de imitar la inclinación de Verres sobre ella; ó en aquel otro: *Era azotado en la plaza de Messina*, no se ha de expresar el movimiento de los lados que suele causar el golpe de los azotes ó se ha de sacar una voz como la que se expresa con el dolor, pues me parece á mí que faltan mucho aun aquellos comediantes que aun cuando representen el papel de un joven, sin embargo, si en la narración ocurre tener que hablar un viejo, como en el prólogo de la *Hidria*, ó una mujer, como en el *Georgo*, representan con una voz temblona y afeminada. En tanto grado es viciosa la imitación aun en aquellas cosas en que depende de ella todo el arte.

El movimiento de la mano comienza muy bien desde el lado izquierdo y remata en el derecho, pero de tal manera que parezca que pára, no que hiere, sin embargo de que al fin á veces cae para volver con ligereza y alguna vez se mueve con ligereza de una parte á otra, cuando negamos ó nos admiramos.

En este lugar añaden justamente los maestros del arte

que la mano comience y acabe su movimiento acompañando á lo que se dice, porque de otra suerte ó la acción será antes que la voz ó después de ella, lo cual uno y otro es deformidad. En lo que fueron muy nimios fué en poner que el espacio que había de durar la acción fuese el mismo que se gasta en pronunciar tres palabras, lo que ni se observa, ni se puede observar; pero ellos querían que hubiese alguna como medida de la tardanza y de la ligereza, y no fuera de razón, para que ni la mano estuviese por mucho rato sin movimiento, ni truncasen la acción con el continuo movimiento, como hacen muchos.

Los mismos maestros del arte prohiben levantar las manos sobre los ojos ó ponerlas más abajo del pecho, por cuya razón se tiene por cosa defectuosa bajar la mano desde la cabeza ó llevarla á lo más bajo del vientre.

La mano izquierda por sí sola jamás hace buen ademán; comúnmente acompaña á la mano derecha, ya cuando decimos las razones por el orden de los dedos, ya cuando detestamos alguna cosa con las palmas de la mano retiradas hacia la izquierda, ya cuando echamos algo en cara ó hacemos alguna objeción teniéndolas de frente, ó cuando por uno y otro lado las extendemos, ya cuando respondemos ó suplicamos, etc.

Se debe también cuidar de que el pecho y el vientre no salgan mucho hacia afuera, porque la espalda se inclina, y todo lo que es estar boca arriba es una cosa superflua. Los lados deben corresponder también al ademán, porque el movimiento de todo el cuerpo contribuye también á él en tanto grado, que Cicerón es de opinión que se hace más con él que con las mismas manos. Pues en el *Orador* se explica en estos términos: *Ninguna gracia tiene el movimiento de los dedos ni los artejos que se mueven al compás, gobernándose el mismo ademán más bien por el movimiento de todo el cuerpo y por la inclinación varonil de los costados* (núm. 59).

El dar con la mano en el muslo, lo que se cree que hizo antes que ninguno Cleon en la ciudad de Atenas, no sólo es una cosa puesta en uso, sino que es muy propia de los que están poseídos de la ira, y pone en movimiento á los oyentes. Y esto es lo que Cicerón echa menos en Calidio, diciendo: *No se hirió la frente ni el muslo (y ni aun lo que es menos que todo) ningún golpe dió con el pie.* (*Brut.*, 278); aunque si se me permite el decirlo, en lo que pertenece á herirse la frente, no me acomodo á su dictamen. Porque el dar palmadas y herir el pecho es cosa propia de comediantes.

El dar con el pie en tierra, así como en ocasiones es una cosa oportuna, como dice Cicerón, en el principio ó en el fin de las disputas, así el hacerlo á cada paso es señal de necedad y desvanece la atención del juez. También es cosa fea el andarse moviendo á la derecha y á la izquierda, sosteniéndose ya en un pie y ya en el otro.

También es cosa defectuosa mover mucho los hombros, del cual vicio se dice que Demóstenes se corrigió de tal manera, que perorando de pie en un púlpito estrecho, tenía una lanza colgada encima del hombro para que cuando acalorado en el decir incurriese en este defecto, la lanza le avisase tropezándole.

No tiene el orador traje alguno propio, pero en él se echa de ver más que en ninguna otra persona. Por lo que debe ser decente y propio de un hombre de forma, cual es el que debe llevar toda la gente honrada. Pues el demasiado esmero en la toga, calzado y cabello es tan digno de reprensión como el no cuidarse nada de dichas cosas.

V. Esto es todo lo que ocurre que decir, ya por lo que respecta á los preceptos de la pronunciación, y ya por lo que pertenece á los defectos de ella; propuestos los cuales debe el orador reflexionar muchas cosas. La primera, cuál es el asunto de que va á tratar, en presencia de quiénes

habla, y á quiénes dirige su discurso. Pues así como en lo que decimos se atiende á lo que conviene al auditorio, así también en el ademán. Y es cosa impropia usar igualmente de un mismo tono de voz, de un mismo ademán, y de un mismo movimiento de cuerpo delante de un príncipe ó del Senado, que delante del pueblo; delante de un magistrado, que de un particular; en una junta pública, que en una pretensión ó en la defensa de algún reo. La cual diferencia puede hacer cada uno que pare en estas circunstancias la consideración. Además de lo dicho debe reflexionar el asunto de que ha de hablar, y cuál es el fin que quiere lograr.

De cuatro maneras puede considerarse el asunto. La primera considerando el total de él en común. Porque unos hay que son por naturaleza funestos y otros alegres; unos que ponen cuidado, otros que ninguno dan; unos de grande consideración, otros de poca; pero las partes de cada uno de ellos no nos deben llevar en tanto grado la atención que nos olvidemos enteramente de lo principal de ellos. La segunda consiste en la diferencia de las partes, como en el exordio, narración, confirmación y epílogo. La tercera en los conceptos mismos, en los cuales, según las circunstancias y los afectos, se varían todas las cosas. La cuarta en las palabras, cuya imitación, así como es viciosa si queremos imitar con la acción todo lo que decimos, así también en otras si no se expresan al vivo pierden toda su fuerza.

1.º Así que en las alabanzas (á no ser que fueren fúnebres), en las acciones de gracias, exhortaciones y asuntos semejantes, la acción debe ser alegre, majestuosa y magnífica. En las oraciones fúnebres que sirven para consolar, y en la mayor parte de las causas criminales, la acción es triste y modesta. En el Senado se debe conservar la autoridad; delante del pueblo, decoro, y delante de los particulares, moderación.

2.° Por lo que pertenece á las partes de que consta un discurso, y de qué palabras y conceptos se compone, que son de muchas maneras, es necesaria más amplia explicación. Mas para que la pronunciación sea buena debe tener tres circunstancias: que se concilie la atención, que persuada y que mueva, á las cuales se junta también otra por naturaleza, que es el deleitar. El conciliarse la atención resulta casi, ó de la recomendación de las costumbres, las cuales no sé de qué manera se descubren también por la voz y por la acción, ó de la suavidad de la oración. La fuerza del persuadir proviene del tono afirmativo de le voz, el cual á veces hace más que las mismas razones. *¿Por ventura*, dice Cicerón á Calidio, *dirías tú eso de esta manera, si fuera verdad?* Y después: *Tan lejos estuvo de acalorar nuestros ánimos, que apenas podíamos espantar el sueño en este lugar.* (*Brut.*, 278.) Debe, pues, descubrirse en el orador confianza y firmeza en lo que dice, mayormente si tiene alguna autoridad. Más el modo de mover consiste en revestirse de los afectos y representarlos al vivo.

Cuando un juez, pues, en las causas particulares, ó el pregonero en las públicas, diere orden al orador para empezar á perorar se ha de levantar con mucho sosiego; después se ha de detener algún espacio en componerse la toga, ó (si fuere necesario) en ponérsela bien del todo, y esto tan solamente en las juntas (porque en presencia de un príncipe, de un magistrado, ó de los tribunales no le será permitido) para tener la ropa decentemente puesta, y lugar para discurrir por el pronto. Y aun cuando nos hubiéremos vuelto hacia el juez para pedirle la venia, y este hubiere hecho señal para empezar, no se ha de romper á hablar inmediatamente, sino que se ha de dar algún lugar, aunque corto, al pensamiento. Porque el esmero del que va á decir deleita sobremanera al que va á oir, y aun el mismo juez se prepara para ello. Esta regla da Ho-

mero con el ejemplo de Ulises (1), de quien dice *que estuvo con los ojos clavados en tierra, y teniendo el cetro inmóvil antes de derramar aquella grande avenida de elocuencia.* En esta detención hay algunos preludios de expectativa, como llaman los cómicos, cuales son pasarse la mano por la cara, mirarse á las manos, hacer crujir los nudillos de los dedos, aparentar empeño en lo que se va á hacer, mostrar el gran cuidado con sollozos, ó lo que á cada uno le está mejor; y esto se ha de hacer más despacio, cuando el juez no ha comenzado á atender.

La postura del cuerpo ha de ser recta; los pies han de estar iguales y algún tanto separados, ó el izquierdo muy poco trecho delante del otro; las rodillas derechas, pero no de tal manera que parezca que se tienen estiradas. Los hombros se han de estar quietos, el rostro serio, no triste, ni espantado, ni desfallecido; los brazos moderamente separados de los lados; la mano izquierda en la disposición que hice ver arriba; la derecha, cuando se hubiere ya de comenzar, algo abierta fuera del seno, con un semblante el más modesto, ó en ademán de esperar el punto de comenzar el discurso.

Porque es cosa defectuosa ponerse á mirar el techo, frotarse la cara y quitarse en cierto modo la vergüenza, volver de una parte á otra la cara con satisfacción propia, ó encoger las cejas para aparentar más terror; echarse atrás el cabello desde la frente, contra lo que es natural, para que el horror que causan sea terrible; y aquel otro vicio harto común y frecuente en los griegos, que con el movimiento de los dedos y labios parece que van pensando lo que van á decir; gargajear con ímpetu, sacar el un pie delante del otro, tener parte de la toga con la izquierda, estar esparrancado ó tieso, con la cabeza levantada ó jo-

(1) En el lib. III de la *Iliada*, v. 216.

robado, ó con los hombros encogidos como los que van á luchar.

En el exordio conviene casi siempre una pronunciación suave. Porque ninguna cosa hay más adaptada para llamar la atención que la modestia. Pero esto no se ha de hacer una ley inviolable; porque, como ya tengo explicado, no todos los exordios se dicen de una misma manera. Por lo común, no obstante, será conveniente usar de un tono de voz moderado, usar de un ademán modesto, tener la toga puesta en el hombro, y moverse poco á poco de un lado á otro, dirigiendo la vista del mismo modo.

Para la narración se requiere muy de ordinario tener la mano más extendida, la capa como cayéndose, el ademán diferente, la voz correspondiente á lo que se dice, y un tono sencillo, á lo menos en estas expresiones: *Quinto Ligario, pues, no habiendo todavía sospecha alguna de guerra,* y en estas otras: *Aulo Cluencio Hábito, padre de éste.* Los afectos requieren otras circunstancias en la misma narración, ya sean movidos de algún sentimiento, como: *Cásase una suegra con su yerno.* Ya sean de compasion, como: *Pónese en la plaza de Laodicea un espectáculo atroz y calamitoso para toda la provincia de la Asia.* (*Verr.*, III., núm. 76.)

La acción que se debe usar en las pruebas es varia y de muchas maneras. Porque el proponer, dividir y preguntar es cosa que se acerca al modo de hablar que usamos comúnmente; y lo mismo se ha de decir del reunir lo que el contrario dice, porque esto también es en su manera una proposición, aunque por distinto término. Pero sin embargo, alguna vez lo decimos esto en tono de burla, y otras veces en el mismo tono de los contrarios. La argumentación que por la mayor parte es más viva, más vehemente y eficaz, requiere también un ademán proporcionado á las palabras, esto es, vehemencia y vivacidad. En algunas partes es necesario instar é inculcar una misma cosa.

En las digresiones se debe usar de una pronunciación suave; y ellas deben asimismo ser agradables y apacibles como el rapto de Proserpina, la descripción de Sicilia, y la alabanza de Cneo Pompeyo. Y no es cosa extraña que se diga con menor acaloramiento aquello que está fuera de la cuestión.

La descripción de las costumbres de otros cuando va acompañada de reprensión, debe ser más suave, como: *Me parecía ver á unos que entraban, otros que salían, y algunos que daban traspieses por lo que habían bebido.* En cuyo caso se permite un ademán que no discrepe de la expresión, de lo que resulta un ligero movimiento, pero que no pasa de una y otra mano sin movimiento alguno de los lados.

Muchos son los tonos para acalorar al juez. El mayor de todos, y del que no puede ya pasar el orador, es aquel que usa Cicerón en la oración que dijo en defensa de Ligario (núm. 7.): *Emprendida la guerra, ¡oh César! y hecha ya en gran parte,* etc. Porque dijo de antemano: *Esforzaré la voz todo cuanto pueda para que el pueblo romano oiga esto que digo.* Algo menor y que tiene también alguna suavidad es lo que sigue: *Porque ¿qué objeto es el que tenía, ¡oh Tuberón! aquella tu espada en el campo de Farsalia?* Aun es más lleno, más pausado y de más dulzura lo que dice en la *Filípica*, II, núm. 63: *Pero manejando un público negocio, en una junta del pueblo romano.* Se deben pronunciar distintamente todas las palabras, y se han de ir deletreando las vocales, abriendo bien las fauces. Todavía se requiere una pronunciación más llena para decir esto: *Vosotros, collados y bosques albanos.* (Cic. *Pro Mil.*, 85.) Mas en esta otra expresión: *Las peñas y soledades corresponden con el eco*, parece que hay algo de tonillo, y que se pronuncia con la cabeza levantada.

A este tenor son aquellas inflexiones de voz que mutuamente se reprenden Demóstenes y Esquines, y que no

por eso se deben desaprobar; porque echándose en cara esto el uno al otro, es prueba de que el uno y el otro lo hacían. Pues ni el uno usó de un tono ordinario de voz cuando juró por los que habían muerto en la defensa de Maraton, Plateas y Salamina, ni el otro lloró la ruina de Tebas con expresiones sencillas.

En estos lances se requiere un tono de voz diverso y casi desentonado, á quien los griegos dieron el nombre de desapacible por ser extremadamente desagradable y casi fuera de lo natural de la voz del hombre, como cuando Cicerón dice (*Pro Rab.*, 18): *¿Por qué no moderáis esa voz que publica vuestra ignorancia y confirma los pocos que sois?* Mas lo que dije que debe salir de tono es lo que se contiene en aquella primera parte: *Por qué no moderáis*, etc.

El epílogo, si contiene alguna recapitulación de cosas, requiere una cierta continuación de miembros cortados; si se dirige á mover á los jueces se tendrá presente alguna de las cosas que arriba dije acerca del tono de la voz, si á aplacarlos convendrá usar de una cierta suavidad de voz sumisa, si hay que moverlos á la misericordia será del caso usar de una inflexión de voz y suavidad lamentable, que principalmente es con la que se quebrantan los corazones y es la más natural. Pues aun á los huérfanos y á las viudas vemos en los mismos funerales que se lamentan de una cierta manera que tiene su tonillo. En estas ocasiones hace también muy al caso aquella voz confusa, cual dice Cicerón, que tenía Antonio. (*Brut.*, 141.) Porque tiene en sí algo que imitar.

De dos maneras es la compasión: la una va acompañada de odio, cual es la que poco ha se dijo de la condenación de Filodamo; y la otra de súplica y es de tono más bajo. Por lo que aunque hay también un tonillo más confuso en aquellas palabras: *Mas en la junta del pueblo romano*, porque no las dijo como quien reñía, ni en aquellas otras: *Vosotros, albanos sepulcros*, porque no habló como por ex-

clamación ó por invocación; con todo eso tienen infinitamente más inflexión y rodeo aquellas otras: *¡Desdichado de mí! ¡Infeliz de mí! ¿Qué responderé á mis hijos? Tú pudiste, ¡oh Milón! volverme á llamar á la patria por medio de éstos, ¿y no podré yo conservarte en la misma patria por medio de los mismos?* (*Pro Mil.*, 101.) Y cuando regula en un sextercio los bienes de Cayo Rabirio: *¡Oh infeliz y desgraciada comisión de vender sus bienes!* (*Pro Rabir.*, 46.)

También dice grandemente en la peroración el confesar sinceramente como que se desfallece de sentimiento y de fatiga, como cuando en defensa del mismo Milón dice Cicerón (núm. 105): *Pero concluyamos, porque por las lágrimas ya no puedo hablar palabra.* Cuyo tono de voz debe ser también en la pronunciación semejante á lo que significan las palabras.

Otras cosas hay también que pueden parecer pertenecientes al ademán, cuales son llamar á los agresores, levantar en alto los niños para mover á compasión, sacar á plaza á los parientes y rasgar los vestidos; pero de estas cosas se ha hablado ya en su lugar.

3.° Y como algunas partes del discurso tienen también su variedad, se descubre con bastante claridad que la pronunciación debe conformarse con los mismos pensamientos, como hemos mostrado.

4.° Viniendo á lo último, cada palabra pide su tono, aunque no siempre, sino alguna vez. Por ventura estas palabras *infelicillo, pobrecillo,* ¿no requieren una voz sumisa y cortada? Y estas otras: *esforzado, vehemente* y *ladrón,* ¿no deben decirse con una voz entonada y viva? Porque es tal la fuerza y propiedad que se les da á las cosas con semejante conformidad de la pronunciación, que sin ella una cosa da á entender la voz y otra entiende el alma. ¿Y qué más se ha de decir que el que unas mismas palabras pronunciadas de distinto modo significan, afirman, reprenden, niegan, muestran admiración, indignación, pregun-

tan, burlan y elevan? Porque de distinta manera se dice:

Todo cuanto este reino en si contiene
De tu mano á mi viene.--(*En.*, I, 82.)

Y.....¿Tú pudiste en cantar llevar ventaja?—(*Eclog.*, III, 25.)

Y.....¿Eres tú aquel Eneas?—(*En.*, I, 621.)
Argúyeme de tímido tú, ¡oh Dranco!—(*En.*, II, 383.)

Y para no ser más largo, cada uno recapacite esto ó cualquiera otra cosa que gustare, dentro de sí mismo, acomodándolo á todos los afectos, y verá cómo es verdad lo que decimos.

VI. Una tan sola cosa debe añadirse á lo dicho, y es: que atendiéndose en la acción principalmente al decoro, muchas veces sucede el que á unos les está bien una cosa y á otros otra. Porque en esto media una cierta razón oculta y que no se puede explicar, y al paso que con verdad se ha dicho que lo principal del arte está en que lo que se hace se haga con decoro, así tampoco esto puede verificarse sin el arte, ni con el arte se puede todo enseñar. Pues hay algunos en los cuales aun las buenas prendas no tienen gracia, y otros en quienes los mismos defectos agradan.

Hemos visto que Demetrio y Estratocles, muy célebres comediantes, dabán gusto por prendas enteramente distintas. Pero lo menos extraño es que el uno remedaba perfectísimamente á los dioses, á los jóvenes, á los buenos padres y á los esclavos, á las matronas, y á las viejas circunspectas, y el otro hacía mucho mejor el papel de los viejos de mala condición, el de los criados astutos, el de los truhanes, fulleros y todo lo que pedía más vivacidad. Porque cada uno tenía carácter distinto. Porque la voz de Demetrio era también mas dulce, y la de Estratocles más áspera. Eran más dignas de notarse en Demetrio algunas propiedades que no se podían imitar, cuales eran ciertos movimientos de las manos á un lado y á otro, ha-

cer tiernas exclamaciones para dar gusto á los concurrentes, hacer pomposo el vestido al tiempo de entrar, y alguna vez hacer ademanes con el lado derecho, lo cual en ninguno otro hubiera caído bien sino en Demetrio (porque para todo esto le ayudaba su estatura y bella presencia), mas en aquel otro estaba bien el andar de una parte á otra, el ser ligero y aun aquella risa poco conveniente á su persona que con todo conocimiento causaba al pueblo encogiendo también su corto cuello. Cualquiera de estas cosas que hubiera hecho otro, hubiera parecido la más grande fealdad.

Por cuya razón cada cual conózcase á sí mismo y disponga formar la acción, no sólo por los preceptos generales, sino también acomodándose á su natural carácter. Sin embargo de que tampoco es una cosa imposible el que á alguno le estén bien ó todas las cosas ó muchas de ellas.

El remate de este capítulo es necesariamante el mismo que el de los demás, á saber, es: que la moderación es la que sobre todo debe llevarse la atención primera. Porque no es mi objeto formar un comediante, sino un orador. Por lo cual omitiremos en el ademán todas las delicadezas, y estando perorando no usaremos importunamente de pausas, tiempos y demostraciones de afectos, como si se hubiera de decir en la escena:

¿Qué haré, pues? ¿No acudiré
Ni aun en la ocasión presente,
Cuando voluntariamente
Me llaman? ¿Ó me armaré
Más bien de aquesta manera
Para no sufrir baldones
De las públicas rameras?

(Terencio en el *Eunuco*. Act. I, esc. I.)

Porque en este lance tendrá el cómico que hacer pausas para mostrar su duda, inflexiones de voz, diferentes movimientos de las manos y de la cabeza.

Un discurso oratorio tiene gusto diferente y no quiere tanta expresión en el ademán, puesto que consta de acción y no de imitación. Por lo que con razón se reprende la pronunciación demasiadamente afectada, molesta por los continuos ademanes y llena de altos y bajos por las mudanzas de la voz. Y no fuera del caso los autores antiguos tomaron de los griegos lo que Lena Popilio dijo de esta acción por haberlo tomado de ellos, llamándola inquieta ó desasosegada. Muy bien dice lo mismo Cicerón, el cual dió todos los preceptos que arriba puse tomados del *Orador*. Semejantes á los cuales son los que dice en el diálogo que intitula *Bruto*, acerca de Marco Antonio. Pero ya está admitida una acción algo más viva, y no sólo se requiere, sino que en algunas partes es conveniente; pero de tal manera se ha de moderar, que no perdamos la autoridad de hombres de bien y de gravedad por imitar el excesivo esmero de un comediante.

LIBRO DUODÉCIMO.

PROEMIO.

Que esta última parte de la obra es la más difícil de todas, en la cual se propone tratar no solamente del modo de decir, sino también de las costumbres del orador.

Hemos llegado á la más importante parte de la obra que me había propuesto. Cuya dificultad si yo hubiera conocido al principio como la conozco ahora por la experiencia, hubiera consultado antes mis fuerzas. Pero al principio me detuvo la vergüenza de faltar á mi palabra, y después, aunque casi en cada una de las partes se iba aumentando el trabajo, me fuí alentando á mí mismo en todas las dificultades por no malograr el trabajo que ya tenía hecho. Por cuya razón, aun al presente, aunque experimento mayor dificultad que nunca; sin embargo, estando ya al concluir, estoy resuelto á trabajar hasta que más no pueda, primero que perder las esperanzas.

Pero me engañó el haber dado principio por las cosas pequeñas; después, conducido como por un viento favorable, dando tan solamente aquellas reglas ya sabidas y de que tratan la mayor parte de los retóricos, me parecía no estar aún muy distante de la playa y veía cerca de mí á muchos que en cierto modo se atrevían á entregarse á los mismos vientos (1). Mas luego que comencé á tratar de un

(1) En todo este proemio, por medio de una alegoría cuyo principio está tomado de la navegación, pretende hacer ver

género de elocuencia de que hasta ahora últimamente no se ha tenido noticia y que muy pocos habían tratado, apenas se encontraba uno que se hubiese apartado lejos del puerto. Mas después que aquel orador que iba formando salió de entre los maestros de la elocuencia, ó se deja llevar de su natural inclinación ó procura adquirir mayores auxilios de lo más recóndito de la sabiduria, comencé á conocer á cuán grande altura había llegado, y ahora puedo decir con verdad:

> Sólo por todas partes aire y agua
> Se descubre.—(*En.*, V, v. 9.)

En tan inmenso mar sólo me parece que veo á Marco Tulio, el que, sin embargo de haber entrado en él con segura y diestra nave, recoge velas, deja los remos y se contenta al cabo con enseñar qué género de decir ha de usar el ya perfecto orador. Pero mi temeridad se esforzará á tratar también de las costumbres que debe tener, y determinar cuáles son sus propias obligaciones. De esta manera, no pudiendo yo igualarme con el que antes que yo ha tratado la materia, me veo, sin embargo, en la precisión de pasar mucho más adelante, como el objeto que me he propuesto lo requiere. Pero con todo eso, es digno de alabanza el deseo de hacer cosas buenas, y de todo lo que osadamente se emprende, aquello es lo más seguro que asegura más fácilmente el perdón.

Quintiliano la gran dificultad del asunto de que trata, puesto que habiéndole emprendido muchos, apenas se encuentra uno que le haya desempeñado perfectamente. Que el único de quien se pudiera esperar que lo hubiera hecho, que es Cicerón, se contenta con tratar del modo de decir que debe usar el orador que ya ha llegado á su perfección. Por esta razón dice Quintiliano con la mayor modestia, que habiéndose propuesto tratar de las costumbres del orador y de sus propias obligaciones, aun no pudiendo igualar á Cicerón, se ve en la precisión de pasar más adelante que él.

CAPITULO PRIMERO.

QUE NINGUNO PUEDE SER ORADOR SIN SER HOMBRE DE BIEN.

I. Prueba con muchas razones que ninguno puede ser orador sin ser hombre de bien.—II. Responde á los ejemplos que contra esto se proponen de Demóstenes y Cicerón.—III. Continúa probando que un orador no puede ser perfectamente elocuente sin virtud. Exhorta á los jóvenes á la elocuencia.—IV. Responde á los que le reprenden de que enseña los preceptos de la elocuencia contra la verdad. 1.º Muestra por qué ha dado estos preceptos. 2.º Y prueba entre tanto que un hombre de bien puede defender una falsedad y un mal pleito.

I. El orador, pues, para cuya instrucción escribo, debe ser como el que Catón define: *Un hombre de bien instruído en la elocuencia*. Pero la primera circunstancia que él puso, aun de su misma naturaleza, es la mejor y la mayor; esto es, el ser un hombre de bien; no tan solamente porque si el arte de decir llega á instruir la malicia, ninguna cosa hay más perjudicial que la elocuencia, ya en los negocios públicos y ya en los particulares, sino porque yo mismo, que en cuanto está de mi parte me he esforzado á contribuir en alguna cosa á la elocuencia, haría también el más grave perjuicio á la humanidad disponiendo estas armas, no para un soldado, sino para algún ladrón. ¿Pero qué digo de mí mismo? La misma naturaleza, principalmente en aquello que parece concedió al hombre y con lo que nos distinguió de los demás animales, no hubiera sido madre, sino madrastra, si nos hubiera proporcionado la elocuencia para que fuese compañera de los delitos, contraria á la

inocencia y enemiga de la verdad. Porque mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear en nuestra propia ruina los dones de la Providencia.

Más adelante pasa mi modo de pensar. Porque no solamente digo que el que ha de ser orador es necesario que sea hombre de bien, sino que no lo puede ser sino el que lo sea. Porque en la realidad no se les ha de tener por hombres de razón á aquellos que habiéndose propuesto el camino de la virtud y el de la maldad, quieren más bien seguir el peor; ni por prudentes á aquellos que no previendo el éxito de las cosas, se exponen ellos mismos á las muy terribles penas que llevan consigo las leyes y que son inseparables de la mala conciencia. Y si no solamente dicen los sabios, sino que también la gente vulgar ha creído siempre que ningún hombre malo hay que al mismo tiempo no sea necio, cosa clara es que ningún necio podrá jamás llegar á ser orador.

Júntese á esto que un alma que no esté libre de todos los vicios no puede dedicarse al estudio de una facultad la más excelente. Lo primero, porque las cosas buenas y las malas no pueden hallarse juntas en un mismo corazón, y no es menos imposible á un alma sola pensar á un mismo tiempo lo mejor y lo peor, que á un mismo hombre el ser á un mismo tiempo bueno y malo. Lo segundo también, porque es preciso que el alma que está ocupada en cosa de tanta consideración, esté desocupada de todos los cuidados, aun de los indiferentes. Porque al cabo, de esta manera, no teniendo motivo para distraerse ni inclinarse á otra cosa, libre y desembarazada, atenderá solamente á aquello á que se dedica. Y si el regalo demasiado de los cuerpos, si el muy solícito cuidado de la hacienda, la diversión de la caza y los días que se gastan en los espectáculos quitan mucho tiempo á los estudios (porque en esto se pierde todo el tiempo que en otra cosa se emplea), ¿qué pensamos que harán la codicia, la avaricia y la envidia,

cuyos desenfrenados pensamientos, tanto en el mismo sueño como en vigilia, nos perturban? Porque ninguna cosa hay más agitada, ni de más multitud de ideas, ni más dividida y trastornada con la multitud y la variedad de los afectos que un alma enviciada. Pues cuando se dispone á armar una celada, la ponen en consternación la esperanza, los cuidados y el trabajo, y cuando ya ha logrado la maldad que deseaba cometer, le atormentan el temor, el arrepentimiento y la consideración de todas las penas que merece. Pues entre estas zozobras, ¿qué lugar pueden tener las letras ó alguna buena facultad? No otro ciertamente que tienen las mieses en una tierra llena toda de abrojos y de zarzas.

Y á la verdad, ¿no ha de ser necesaria la templanza para poder llevar los trabajos de los estudios? ¿Pues qué se puede esperar de la liviandad y de la lujuria? El amor de la alabanza aviva con especialidad el deseo de dedicarse á las ciencias. ¿Y nos parece acaso que los malos se cuidan de la alabanza? Además de esto, ¿quién no ve que la mayor parte de los discursos se fundan en la alabanza de lo bueno y de lo justo? ¿Y podrá un hombre perverso é inicuo hablar de todas estas cosas con el decoro que ellas se merecen?

Finalmente, por abreviar la mayor parte de la cuestión, supongamos un mismo grado de ingenio, de estudio y de erudición en un hombre muy malo y en otro muy bueno (lo cual es imposible), ¿cuál de los dos se dirá que es mejor orador? No hay duda alguna en que el que es mejor. Pues luego jamás pudo verificarse que un mismo hombre, siendo malo, sea perfecto orador. Porque no es perfecta una cosa cuando hay otra mejor que ella.

Mas para que no parezca que yo mismo me he forjado la respuesta, como los filósofos socráticos, supongamos que haya alguno tan obstinado contra la verdad que tenga atrevimiento para decir que suponiendo un mismo ingenio, es-

tudio y erudición, no puede ser peor orador un hombre malo que un bueno. Manifestemos el necio fundamento de esta razón. Ninguno ciertamente dudará que todo orador pretende hacer creer al juez que tiene razón y que es cosa justa lo que le propone. ¿Cuál, pues, de los dos le persuadirá mejor esto, el hombre de bien ó el malo? Claro está que el bueno; y dirá más veces la verdad y lo justo. Pero aun cuando en alguna ocasión, movido de algún respeto, se empeñare en probar una falsedad (lo cual, como después demostraremos, puede suceder), por precisión le han de dar más crédito á lo que dijere. Pero los hombres malos algunas veces no pueden disimular lo que son, por el desprecio que hacen de ser tenidos por buenos y por la ignorancia del bien. De aquí proviene que sin modestia proponen las cosas y sin vergüenza las afirman. De donde resulta en ellos una extraordinaria pertinacia y un trabajo inútil en aquellas cosas que no pueden probar. Porque así como tienen pocas esperanzas de mudar de vida, así también desconfían en las causas que toman por su cuenta. Y sucede frecuentemente que aunque los tales digan la verdad, no tienen quien les dé crédito, y un abogado de estos sólo sirve para hacer sospechar que es malo el pleito ó injusto.

II. Ahora voy á satisfacer á aquellas objeciones que, como en una especie de conspiración del vulgo, se hacen; tales son: *Pues qué, ¿Demóstenes no fué orador? Pues sabemos que fué malo. ¿No fué también Cicerón grande orador? Pues también muchos reprendieron sus costumbres.*

¿Y qué haré yo en este caso? Muy odiosa me temo que se ha de hacer mi respuesta, y así es preciso halagar primero los oídos. Porque no me parece que Demóstenes fué tan reprensible por sus costumbres que yo dé crédito á todo el colmo de cosas que contra él han dicho sus enemigos, cuando leo en su historia sus muy bellos dictámenes acerca de la república y el fin esclarecido de su vida,

ni veo que en cosa alguna le faltase á Marco Tulio una voluntad muy propia del más excelente ciudadano. Prueba de esto es el Consulado, que él desempeñó con la mayor integridad, la suma rectitud con que obtuvo el gobierno de una provincia, el haber renunciado ser del número de los veinte que componían el Gobierno (1), y que en las guerras civiles que en su tiempo ocurrieron, y las más considerables, ni la esperanza ni el temor pudieron mover su corazón á separarle del mejor partido, esto es, del de la república. Algunos le tenían por un hombre de poco corazón, á los cuales responde él bellísimamente que *no era tímido en exponerse á los peligros, sino en preverlos;* lo cual él confirmó con su misma muerte, la que recibió con la más grande constancia.

Y si estos varones carecieron de una bondad perfecta de vida, responderé á los que preguntan si fueron oradores lo mismo que respondieron los estoicos cuando les preguntaban si eran sabios Zenón, Cleantes y Crisipo: que fueron hombres grandes y dignos de respeto, pero que no llegaron á conseguir aquello que la naturaleza del hombre tiene por lo más excelente. Pues Pitágoras no quiso que le diesen el nombre de sabio, como los que le habían precedido, sino el de amante de la sabiduría.

Sin embargo, acomodándome al modo común de hablar, he dicho muchas veces, y lo volveré á decir, que Cicerón es un orador perfecto, así como vulgarmente llamamos buenos y muy prudentes á nuestros amigos, sin embargo de que estas cualidades á ninguno cuadran sino á un hombre perfectamente sabio.

(1) Después de la muerte de César decían algunos que debía mudarse el gobierno de la república haciéndole aristocrático; para cuyo efecto se debían elegir veinte sujetos que la gobernasen. A lo cual se opuso Cicerón, sin embargo de que le destinaban al número de los veinte. También parece, por lo que Tulio escribe en la carta 2 del lib. IX á Atico, que el César le ofreció el agregarle al número de los veinte, y él lo renunció.

Pero hablando con toda propiedad, y según la ley misma de la verdad, yo buscaré aquel orador que el mismo Cicerón buscaba. Porque aunque confieso que él llegó á lo sumo de la elocuencia y apenas hallo cosa que se le haya podido añadir, antes tal vez encontraría en él algo que cercenar (porque casi la mayor parte de los sabios fueron de opinión que las más de las virtudes que suponían en él tenían algo de viciosas, y aun él mismo asegura que se corrigió mucho de aquella su afluencia juvenil); con todo eso, puesto que no se apropió el nombre de sabio, teniendo tanto amor propio y habiendo seguramente podido ser más excelente orador si hubiera vivido más y si hubiera logrado un tiempo más tranquilo para componer, estoy persuadido, sin hacerle agravio, de que le faltó aquel complemento que debe tener un perfecto orador, al cual, no obstante, se acerca más que ninguno. Y si otra cosa sintiera yo, podía muy bien defenderla con más fortaleza y libertad. Pues ¿por ventura no aseguró Marco Antonio que no había conocido ningún hombre elocuente, lo que es tanto menos? Aun el mismo Marco Tulio busca un orador semejante y no le encuentra sino en su imaginación é idea; ¿y no me atreveré yo á decir que en los siglos venideros se puede encontrar alguna cosa más perfecta que la que ha habido? Paso en silencio á aquellos que ni á Demóstenes ni á Cicerón los tienen por perfectos en la elocuencia, sin embargo de que ni aun al mismo Cicerón le parece bastante perfecto Demóstenes, de quien dice que á veces tiene algunos descuidos; el mismo juicio forman de Cicerón Bruto y Calvo, los cuales no tuvieron reparo de corregirle su composición aun en su misma presencia, y Asinio piensa lo mismo de los dos, porque en muchos lugares declaman fuertemente contra los defectos de su estilo.

III. Pero supongamos (lo que en lo natural no puede verificarse) que haya habido algún hombre malo consumado en la elocuencia; con todo eso, yo no diré que éste

fué orador. Ni daré el nombre de esforzados á todos los valientes, porque sin la virtud no se puede verificar la fortaleza. ¿Pues, por ventura, el abogado que se toma para la defensa de los pleitos, no necesita tener una fidelidad que ni la codicia sea capaz de sobornarla, ni el favor torcerla, ni el temor disminuirla? ¿Daremos el respetable nombre de orador á un hombre traidor, á un desertor ó á un prevaricador?

Y si conviene que aun los medianos abogados tengan esta prenda que comúnmente se llama bondad, ¿por qué razón no ha de ser tan perfecto en las costumbres como en la ciencia de perorar aquel que todavía no es orador, pero lo puede ser? Porque no pretendo yo instruir al orador meramente en lo que pertenece al foro, ni á uno que tome esta arte por oficio, ó de quien se pueda solamente decir (hablando en términos más suaves) que no es desgraciado abogado de pleitos, ó á alguno, en fin, de los que vulgarmente llaman abogados de guardilla, sino á un sujeto de ingenio sobresaliente, cuyo entendimiento esté completamente adornado de las muy bellas artes, destinado de tal modo para la defensa de los hombres, que en ningún tiempo haya habido otro semejante, de un mérito singular, perfecto por todos lados, que tenga los mejores pensamientos y un modo de decir el más excelente.

¿Y hará poco en defender á los inocentes, en contener los delitos de los malos ó en favorecer el partido de la verdad contra la calumnia en una causa pecuniaria? Consumado orador será este tal, sin duda alguna, aun en estas ocupaciones; pero aún tendrá más grade lucimiento en otras de más grande consideración, cuando tuviere que gobernar los pareceres del Senado ó corregir los desórdenes del pueblo. Y ¿por ventura Virgilio no parece que se figuró un sujeto de estas prendas en aquel que puso por pacificador en el alboroto del pueblo que estaba ya arrojando fuego y piedras, diciendo:

En tal consternación, si por fortuna
Un sujeto á su vista se presenta
Por su piedad y méritos insigne,
Todos al punto al verle el labio sellan,
Y á todo cuanto dice, muy atentos
Prestan oído.—(*En.*, I, 155.)

Tenemos, pues, ante todas cosas, que Virgilio puso por primera circunstancia el ser hombre de bien, pues la segunda que añadió fué que fuese diestro en el arte de decir.

Él inclina á do quiere con palabras
La voluntad de todos y serena
Los alterados pechos.

Y qué, ¿este mismo orador cuyas instrucciones escribo, si tiene la precisión de exhortar á los soldados á dar una batalla, no formará un discurso sacado del fondo de los preceptos de la sabiduría? Porque ¿de qué manera desecharán los que emprenden una batalla tantos temores como á un mismo tiempo les acometen del trabajo, de la pena y por último el de la misma muerte, si en lugar de estas zozobras no se les inspira el amor á la patria, la fortaleza y la idea de la gloria que en tal caso se pueden adquirir? Lo cual seguramente persuadirá mejor á otros el que primero estuviere bien impresionado de todo ello. Porque por más que se disimule, al cabo se descubre el fingimiento y nunca ha sido tan grande la fuerza de la elocuencia, que no titubee y vacile siempre que las palabras desmienten al corazón. Un hombre malo, por precisión tiene que decir lo contrario de lo que siente; pero á los hombres de bien jamás les faltará que hablar de las cosas buenas, ni dejarán de inventar siempre lo mejor (porque ellos mismos serán también prudentes), cuya invención, aunque carezca de los primeros del arte, tiene bastante hermosura con su natural adorno, y todo aquello que se dice conformándose con la virtud, no puede menos de ser de su naturaleza persuasivo.

Por cuya razón los jóvenes, ó por mejor decir, los de todas las edades (pues para el que tiene buenos deseos siempre es tiempo), aspiremos con todo empeño á llegar á este grado de perfección, y á esto nos esforcemos, pues tal vez nos cabrá en suerte el conseguirla. Pues si la naturaleza no impide el ser uno hombre de bien y al mismo tiempo buen orador, ¿por qué razón no ha de poder alguno, cualquiera que sea, conseguir lo uno y lo otro? Y ¿por qué cada cual no podrá tener esperanzas de ser en adelante este alguno? Para cuyo logro si las fuerzas del ingenio no fueren suficientes, sin embargo, á proporción de los progresos que en lo uno y en lo otro hubiéremos hecho, seremos más consumados. Pero desterremos enteramente de nuestro corazón esta máxima de que la elocuencia, que es la cosa más preciosa que hay en la naturaleza, puede mezclarse con los errores del entendimiento. Así que, si esta facultad se encuentra en los hombres malos, la misma facultad debe igualmente reputarse por vicio, porque ella hace peores á aquellos en quienes se halla.

IV. Mas ya me parece que estoy oyendo á algunos (porque nunca faltará quien quiera ser más bien elocuente que hombre de bien) que me dicen: Pues ¿para qué es tan grande el artificio que tiene la elocuencia? ¿A qué fin habéis hablado de los adornos de la retórica, de la defensa de las causas enmarañadas y también nos habéis dicho alguna cosa del reo cuando está confeso, si la fuerza y energía de la elocuencia no triunfan de la misma verdad? Porque un hombre de bien no defiende sino los pleitos justos, y éstos bastante defensa tienen en la misma verdad, aun cuando les falte la instrucción en los preceptos.

1.° A los cuales después de haberles respondido por lo perteneciente á esta mi obra, yo los satisfaré por lo que respecta á la obligación de ser el orador hombre de bien, si alguna razón le moviere á la defensa de los culpados.

Porque no es cosa fuera de propósito el tratar de qué manera se ha de hacer la defensa alguna vez ó de las cosas falsas ó injustas, aunque no sea más que para comprenderlas y refutarlas con mayor facilidad, á la manera que aplicará mejor las medicinas el que tuviere conocidas las que dañan. Porque ni aun los filósofos académicos que de todo disputan en pro y en contra, no siguen cualquier tenor de vida. Y aquel Carneades, de quien se dice que en Roma declamó en presencia de Catón, el censor contra la justicia, con no menor energía de la que el día antes había usado perorando á favor de ella, no por eso fué el hombre injusto. Antes bien, la maldad contrapuesta á la virtud descubre todo lo que ella es, y la justicia se hace más manifiesta con la consideración de un hombre injusto, y muchísimas cosas hay que se prueban por sus contrarios. El orador, pues, debe tener conocidos los pensamientos de los contrarios, como un general de ejército los de sus enemigos.

2.º Pero la razón puede moverle á un hombre de bien á querer apartar alguna vez al juez de lo justo en la defensa de una causa, la cual á primera vista parece cosa dura. Y si alguno se maravillare de que yo lo proponga (sin embargo de que no es este propiamente mi modo de pensar, sino de aquellos á quienes la antigüedad tuvo por los más graves maestros de la sabiduría), reflexione que la mayor parte de las cosas son ó buenas ó malas, no tanto por sus efectos, como por sus causas. Porque si muchas veces es una cosa buena el quitar la vida á un hombre y alguna vez es cosa muy honrosa matar los hijos, y si la común utilidad lo pide, se permiten hacer cosas todavía más atroces y horribles de contarse, no hemos de atender aquí solamente cómo defiende una causa justa un hombre de bien, sino que también se ha de mirar por qué causa y con qué objeto la defiende.

Y en primer lugar es preciso que todos me concedan

lo que aun los más rigurosos de los estoicos confiesan que alguna vez podrá suceder: que un hombre de bien falte á la verdad y tal vez con muy leves fundamentos (1), á la manera que á los niños cuando están enfermos les decimos muchas cosas que no hay, para contentarlos, y les prometemos otras muchas que no hemos de cumplir; pues ¿con cuánta más razón cuando sea necesario disuadir á un malhechor de cometer un homicidio ó engañar al enemigo por la defensa de la patria? De manera que aquello que en los esclavos es digno de reprensión, es á veces loable en un hombre sabio. Lo cual si se verificare, veo que pueden ocurrir muchas razones por las cuales un orador puede legítimamente tomar á su cargo la defensa de una causa semejante, lo cual no podría hacer faltando algún motivo honesto.

Y no digo yo esto porque me agrade seguir las leyes más severas en la defensa de un padre, de un hermano ó de un amigo que se halla en peligro, sin embargo de que no hay poco motivo para dudar, propuesta por una parte la imagen de la justicia y por la otra el amor natural que el hombre tiene á los suyos. Mas no dejemos lugar alguno de dudar. Supongamos que alguno ha puesto asechanzas á un tirano y que se le hace reo de esto: ¿por ventura dejará desear que salga libre el orador que definimos? Y si tomare á su cargo su defensa, ¿no le defenderá con tan aparentes pruebas como el que defiende un pleito injusto delante de los jueces?

¿Y qué sucederá si el juez está resuelto á condenar al-

(1) San Agustín en el libro de la mentira y en otros lugares á cada paso prueba con la solidez y nervio que acostumbra, que por ningún motivo, cualquiera que sea, es lícito á ninguno el mentir; lo cual demuestra con muchas autoridades, pero con especialidad con estas de la sagrada Escritura: *Perderás á todos los que hablan mentira.* (*Psalm.* V, v. 7.) *La boca que miente, causa la muerte del alma.* (Cap. I, *De la Sabiduría,* v. 11.) Y así Quintiliano habla como pagano.

gunos hechos buenos, si no le convenciéremos de que no han sucedido? ¿no sacará libre el orador de esta manera, no sólo al inocente, sino que hará que le tengan por excelente ciudadano? Y si supiéremos que algunas cosas hay de su naturaleza justas, pero que por la circunstancia de los tiempos son perjudiciales á la ciudad, ¿no usaremos de un modo de decir, bueno en sí considerado, pero el más parecido á las malas mañas de que usan los malos oradores?

Además de esto, ninguno pondrá duda en que si los culpados pueden de alguna manera enmendar su vida, como á veces se concede que lo pueden hacer, será más importante á la república el que ellos queden libres que el que sean castigados. Luego si se le convenciere al juez de que ha de ser hombre de bien aquel á quien acusaren de delitos verdaderos, ¿no procurará sacarle libre?

Supóngase ahora que es acusado de un delito manifiesto un buen general de ejército, sin cuya conducta no puede la ciudad conseguir una honrosa victoria; ¿por ventura la común utilidad no le proporcionará un abogado que le defienda? Fabricio, ciertamente, sin embargo de ser Cornelio Rufino por otra parte un mal ciudadano y enemigo suyo, le dió su voto para el Consulado en la guerra que amenazaba, porque sabía que era un buen capitán, y admirándose algunos de esto, les respondió: *Que quería más que le despojase un ciudadano que el que le pusiese en venta un enemigo.* De esta manera, si éste hubiera sido orador, ¿no hubiera defendido al mismo Rufino, aun cuando fuese reo de haber públicamente usurpado las rentas públicas?

Muchas cosas á este tenor se pueden alegar, pero cualquiera de estas basta por sí sola. Porque no tratamos de tal manera este punto que el orador que vamos formando no pueda salirse de esto, sino para que, si semejantes razones le han hecho fuerza, tenga siempre por verdadera la definición *que el orador es un hombre de bien, instruído en la elocuencia.*

Pero también es necesario dar reglas, y enseñar de qué manera han de tratarse las cosas que son dificultosas de probar. Porque muchas veces aun las mejores causas se parecen á las malas, y el reo que está inocente es acusado de muchas cosas que tienen apariencia de verdad; de donde resulta que debe ser defendido, observando en su defensa el mismo orden que si estuviera culpado. Además de esto, hay innumerables cosas que son comunes á las causas buenas y á las malas, como son los testigos, las escrituras, las sospechas y las opiniones. Y los hechos verosímiles se prueban y se refutan del mismo modo que los verdaderos. Por cuya razón se dirigirá el discurso, según el asunto lo requiera, conservando siempre una recta intención.

CAPITULO II.

QUE DEBE EL ORADOR TENER CONOCIMIENTO DE LA FILOSOFÍA.

I. Que debe el orador saber con qué medios se arreglan las costumbres, no sólo para ser él mismo hombre de bien, sino también para perfeccionarse en la elocuencia.—II. Que cada una de las partes de la filosofía le son necesarias al orador. La lógica, la ética y la física: esto se prueba con ejemplos.—III. Que se ha de aprender la filosofía, no de algún autor sólo, sino de los mejores. También se ha de tener noticia de los ejemplos de dichos y hechos ilustres, de los que está llena la historia romana.

I. Supuesto que orador es lo mismo que hombre de bien y que en éste no se puede prescindir de la virtud, ésta, sin embargo de que recibe algunos impulsos de la naturaleza, debe con todo eso recibir su perfección de la enseñanza, y lo primero que deberá hacer el orador es arreglar sus costumbres con los estudios y ejercitarse en aprender la ciencia de la bondad y de la justicia, sin la cual ninguno puede ser ni hombre de bien ni elocuente. Á no ser que tal vez convengamos con aquellos que son de opinión que las costumbres no tienen más fundamento que el de la naturaleza y que ninguna perfección reciben del arte, en tanto grado, que confiesan que las obras de manos y aun las que son más despreciables necesitan de maestro; pero que la virtud, que es la única que se le ha concedido al hombre para hacerle más semejante á Dios inmortal, ella misma se nos viene, y la tenemos sin que nos cueste trabajo, tan solamente con haber nacido. ¿Pero

será templado el que no tuviere idea de lo que es templanza? ¿Será fuerte el que de ningún modo hubiere sufrido los temores del dolor, de la muerte y de la superstición? ¿Y será justo el que no hubiere tratado en algún discurso erudito la materia de la justicia y de la bondad, la de las leyes que á todos nos tiene impuestas la naturaleza, y las propias que se han establecido para los pueblos y para las naciones? ¡Oh, qué poco reflexionan esto aquellos á quienes esto les parece tan fácil!

Pero paso en silencio esto acerca de lo cual ninguno juzgo que tendrá la menor duda, con tal que tenga, como dicen, alguna tintura en las letras; volveré á continuar aquello otro, es á saber: que ni aun tendrá la suficiente perfección en la elocuencia aquel que no hubiere enteramente penetrado toda la fuerza de la naturaleza y hubiere arreglado sus costumbres con los preceptos y con la razón. Porque no en vano afirma Lucio Craso en el tercer libro del *Orador*, que todas aquellas cosas que se dicen acerca de la equidad, justicia, verdad, bondad y de sus contrarios, son cosas propias de un orador; y que cuando los filósofos las defienden con las fuerzas de la elocuencia, se valen de las armas de la retórica, no de las suyas. Sin embargo, confiesa él mismo que estas se han de tomar de la filosofía, porque le parece que ella está más en posesión de aquellas cosas. De aquí proviene también que Cicerón afirma en muchos libros y cartas que la facultad oratoria tiene su principio de las más profundas fuentes de la sabiduría, y por tanto los mismos maestros de ella fueron por algún tiempo maestros de las costumbres y del arte de decir.

Por lo cual esta mi exhortación no se dirige á probar que el orador debe ser filósofo, siendo así que ningún otro tenor de vida ha sido más ajeno de los cargos civiles y de todo el oficio de un orador. Porque ¿cuál de los filósofos asistió puntualmente á los tribunales ó se hizo céle-

bre en las juntas del pueblo? ¿Cuál de ellos, finalmente, se empleó en el gobierno de la república, cosa que la mayor parte de ellos encarga que se evite? Mas yo pretendo formar en el orador que instruyo un sabio romano que, no en las privadas disputas, sino con la experiencia de las cosas y con sus acciones, se porte como un hombre verdaderamente civilizado. Pero por cuanto abandonados los estudios de la sabiduría por aquellos que se dedicaron á la elocuencia, no perseveran ya en su sér ni en el esplendor del foro, sino que pasaron primeramente á los pórticos (1) y academias y después á las escuelas públicas, y los maestros de la elocuencia no enseñan lo que se requiere para formar un orador, es necesario verdaderamente aprenderlo de aquellos entre quienes quedó.

Es necesario entender á fondo los autores que dan reglas acerca de la virtud, para que la vida del orador se conforme con la ciencia de las cosas divinas y humanas. Las cuales ¿cuánto más importantes y hermosas parecerían si las enseñasen también aquellos que son los más excelentes en la elocuencia? ¡Y ojalá que alguna vez llegue el tiempo en que algún perfecto orador (cual deseamos) tome por su cuenta el tratar esta materia, que se ha hecho odiosa por el soberbio nombre que le han dado y por los vicios de algunos que corrompen los bienes que en ella se encierran, y renovándola en cierta manera la reuna á la elocuencia para que con ella forme un solo cuerpo!

II. Dividiéndose, pues, la filosofía en tres partes, que son: la física, la ética y la lógica, ¿cuál de ellas no tiene conexión con el oficio del orador?

(1) La palabra *pórticos* se toma aquí por metonimia por la secta de los filósofos estoicos, los cuales en Atenas tenían sus disputas en los pórticos ó soportales; así Quintiliano da á entender en este lugar que después que los oradores abandonaron el estudio de la sabiduría, quedó solamente entre los filósofos.

Porque invirtiendo el orden y hablando de la última, que consiste toda ella en las palabras, ninguno dudará de que es propia del orador, ya sea por lo respectivo á conocer las propiedades de cada término, declarar las cosas obscuras y discernir las dudosas, y ya por lo que hace á juzgar de las falsas y sacar la conclusión y consecuencia de lo que quiera, sin embargo de que no ha de hacer uso de ella en las defensas de una causa tan por menor y tan concisamente como en las disputas, porque el orador no sólo está obligado á instruir á sus oyentes, sino también á moverlos y darles gusto, para lo cual se necesita de vehemencia, energía y gracia en el decir, así como es mayor la fuerza de los ríos profundos y caudalosos que la de un pequeño arroyo que corre entre piedrecillas.

Y así como los maestros de los gladiadores enseñan á sus discípulos todas las suertes de movimientos y posturas de cuerpo, que ellos llaman números, no para que los que los han aprendido hagan uso de todos ellos en el mismo ejercicio de la lucha (porque más se hace con el peso del cuerpo, firmeza y valor), sino para que entre tanta abundancia echen mano de cualquiera de ellos de que puedan valerse cuando la ocasión lo pida, no de otro modo esta parte que llaman dialéctica, ó bien queramos más llamarla arte de disputar, así como es muchas veces útil por sus definiciones, conclusiones, distinciones, soluciones de las dudas y para notar las diferencias de las cosas, dividirlas, suavizarlas y juntarlas, así también si ella llega á dominar en los discursos del foro, servirá de impedimento á las mejores cualidades, y con su misma sutileza consumirá las fuerzas del orador por acomodarlas á su preciosa concisión. Y así es que se encuentran algunos extrañamente fervorosos en la disputa, mas sacándolos de aquella cavilación del argumento para alguna cosa seria, les sucede lo que á algunos animalillos que en los lugares estrechos se escapan y se dejan después coger en campo abierto.

También toda aquella parte de la moral que se llama ética es, sin duda alguna, acomodada al orador. Porque en tan grande variedad de causas (como hemos dicho en los libros anteriores), pues las unas se fundan en la conjetura y otras sobre las definiciones, decidiéndose unas por falta de formalidad debida, otras por apelación y otras por ilación, ya convengan ellas mismas entre sí, ya sean enteramente distintas por la ambigüedad de sus palabras, casi ninguna puede encontrarse que no tenga de algún modo conexión con la materia de la justicia y de la bondad. ¿Y quién ignora que hay muchas que todas ellas consisten en sola la cualidad? Mas por lo que pertenece á las deliberaciones, ¿qué modo hay de persuadir que no tenga que ver con el tratado de lo honesto? ¿Y qué se dirá también de aquel tercer género que tiene por oficio el alabar y vituperar? Ciertamente éste tiene por objeto lo bueno y lo malo.

Y acerca de la justicia, fortaleza, templanza y piedad, ¿no tendrá muchísimo que decir el orador? Pues aquel hombre de bien que tenga conocimiento de estas virtudes y no tan solamente de sus nombres y significados, y que hable de ellas, no sólo de oídas, sino como quien las tiene impresas en su alma, tendrá un modo de pensar conforme á ellas, y de esta suerte no tendrá que fatigarse en discurrir acerca de ellas, sino que realmente hablará conforme á lo que conoce.

Mas siendo toda cuestión universal de más fuerza que la particular, porque las partes se contienen en el todo y de ninguna manera el todo en una parte, ninguno ciertamente dudará que las cuestiones generales se fundan en los preceptos de la filosofía. Pero ciñéndose muchas de ellas á casos y circunstancias particulares, de donde el estado de las causas se llama también definitivo, ¿por ventura no será necesario instruirse también para esto aprendiéndolo de los que más se han dedicado á esta materia?

Además de esto, toda cuestión del derecho ¿no se funda ó en la propiedad de las palabras, ó en la competencia de la justicia, ó en la conjetura de la voluntad? Parte de lo cual tiene relación con la lógica y parte con la filosofía moral. Así que ningún discurso oratorio hay verdaderamente tal que no esté naturalmente mezclado de todas estas partes de la filosofía. Porque una locuacidad destituída del conocimiento de esta ciencia, preciso es que vaya errada como quien carece de quien la dirija ó se gobierna por cosas falsas.

Pero la física no solamente ofrece más campo que las demás para el ejercicio de perorar, cuanto es necesario hablar con más espíritu de las cosas divinas que de las humanas, sino que también comprende toda la filosofía moral, sin la que, como queda explicado, no puede formarse discurso alguno. Pues si el mundo se gobierna por la Providencia, deben los hombres buenos tener el gobierno de la república. Si nuestra alma tiene de Dios su origen, es necesario aspirar á la virtud y no hacerse esclavos de los deleites de nuestro cuerpo terreno. Y un orador ¿no tendrá que tratar frecuentemente de esto? Además de esto, ¿no tendrá que formar sus discursos acerca de las respuestas de los agoreros y de toda la religión, acerca de las cuales cosas son muchas veces sumamente importantes las deliberaciones que se dan en el Senado, puesto que (en mi juicio) debe ser también el orador un hombre político? Por último, ¿qué elocuencia puede tener un hombre que ignora lo que de suyo es lo más apreciable?

Si esto no fuera de suyo tan manifiesto, sin embargo deberíamos dar crédito á los ejemplos. Puesto que se tiene por cosa cierta que Pericles, de cuya elocuencia, sin embargo de que ningunos vestigios han llegado á nuestros tiempos, con todo eso confiesan haber sido de una fuerza increíble, no sólo los historiadores, sino también los antiguos cómicos, gente la más libertina, fué discípulo del fí-

sico Anaxágoras, y que Demóstenes, príncipe de todos los oradores de la Grecia, tuvo á Platón por maestro. Y el mismo Marco Tulio aseguró frecuentemente que no debía tanto á las escuelas de retórica como á lo espacioso de la academia. Y jamás hubiera llegado á tomar tanto ensanche su elocuencia si hubiera reducido su ingenio á las paredes del foro y no á los términos que tiene la misma naturaleza.

III. Pero de esto nace otra cuestión, y es: qué secta de filósofos puede contribuir más á la elocuencia, sin embargo de que esta disputa á pocas sectas se puede reducir. Porque Epicuro por sí mismo nos aparta de su filosofía, pues dice que se huya de toda ciencia con el mayor conato que se pueda. Y Aristipo, poniendo el sumo bien en el deleite del cuerpo, está muy lejos de exhortarnos á trabajar en este estudio. ¿Y qué papel puede hacer en esta obra Pirrón, no constándole de que hay jueces en cuya presencia se habla, y reo en defensa de quien se perora, y Senado en el en que es preciso decir su parecer. Algunos tienen por una cosa muy útil la secta académica, porque la costumbre de disputar en pro y en contra tiene mucha conexión con el ejercicio de las causas forenses. Añaden, para prueba de esto, que de ella han salido sujetos muy sobresalientes en la elocuencia. Los peripatéticos hacen también alarde de cierto estudio de la oratoria. Y en efecto, ellos casi fueron los primeros que establecieron las cuestiones problemáticas por vía de ejercicio. Los estoicos, al paso que se ven precisados á confesar que sus maestros carecieron de la riqueza y lustre de la elocuencia, se empeñan en persuadir que ningunos prueban con más fuertes razones ni concluyen con más grande sutileza.

Pero dejemos esto para que lo disputen entre sí mismos aquellos que, como sacramentados ú obligados estrechamente por religión, tienen por delito el apartarse un punto de la opinión que una vez han abrazado. Mas el orador

no tiene que estar sujeto en cosa alguna á las leyes de estos filósofos. Porque el fin á que él aspira, y de lo que hace profesión, es de más importancia y excelencia; puesto que se promete ser consumado, no sólo por lo recomendable de su vida, sino también de su elocuencia. Por lo que se propondrá por modelo de bien hablar al más elocuente de todos, y para el arreglo de sus costumbres elegirá los más sanos preceptos y el más recto camino para la virtud. Se ejercitará en tratar de todas las materias, pero sobre todo en las de más importancia y que por su naturaleza son las más nobles. Porque ¿qué materia puede hallarse más copiosa para hablar con gravedad y con afluencia que la de la virtud, de la república, de la Providencia, del origen de nuestras almas y de la amistad? Estas materias dan no menos elevación al alma que al discurso, y son los verdaderos bienes que moderan los temores, refrenan las pasiones, nos libran de las opiniones del vulgo y transforman nuestro corazón y le hacen celestial.

Y no sólo será del caso tener noticia y hacer continuamente á la memoria las materias que en tales ciencias se contienen, sino también aun más los dichos y hechos memorables que se refieren de la antigüedad. Los que en ninguna parte seguramente se encontrarán ni más en número ni mayores que en las memorias de nuestra ciudad. Y si no, ¿podrán otros servir mejor de ejemplo de fortaleza, de fidelidad, de justicia, de continencia, de frugalidad, del desprecio de los tormentos y de la muerte que los Fabricios, Curios, Régulos, Decios, Mucios y otros innumerables? Porque cuanta es la abundancia que los griegos tienen de preceptos, tanta es la que los romanos tienen de ejemplos; lo que es de más importancia. Y aquel orador que no se contente con sólo tener presentes los sucesos modernos y la historia de su tiempo, sino que mire toda la memoria de la posteridad como la justa medida de la vida honesta y el camino de la alabanza, sabrá que esto se

aprende solamente en los sucesos de más antigüedad. De aquí es de donde ha de beber los raudales de la justicia, y de aquí ha de mostrar haber tomado la libertad en las causas y en sus dictámenes. Y no será orador perfecto sino el que supiere y tuviere valor para hablar con la virtud que corresponde.

CAPITULO III.

QUE ES NECESARIA AL ORADOR LA CIENCIA DEL DERECHO CIVIL.

También necesita el orador tener conocimiento del derecho civil, como también de las costumbres y de la religión de aquella república cuyo gobierno tomare á su cargo. Porque ¿de qué manera podrá persuadir en las deliberaciones públicas y particulares, si no tiene noticia de tantas cosas en que principalmente se funda una ciudad? ¿Y de qué manera podrá decir con verdad que es abogado de las causas aquel que tenga que mendigar de otro lo que tiene mayor fuerza en ellas, no muy desemejante á aquellos que recitan las composiciones de los poetas? Porque en cierta manera vendrá á hacer lo que le manden, y dirá como en nombre de otro lo que él debe pedir, que el juez le crea á él, y debiendo ser patrono de los litigantes necesitará él de que le patrocinen. Lo cual, aunque se pueda practicar alguna vez con menos incomodidad, llevando á la presencia del juez bien estudiados y sabidos por orden los puntos de una causa, como todas las demás cosas que en ella se contienen, ¿qué sucederá en aquellas cuestiones que de repente suelen suscitarse durante la defensa de las mismas causas? ¿No tendrá que volver muchas veces alrededor de sí la vista vergonzosamente para preguntar á los abogados inferiores que están allí sentados? ¿Podrá entonces entender bien lo que allí oyere, teniéndolo que decir inmediatamente? ¿O asegurarlo con fortaleza, ó perorar con libertad á favor de la parte que defiende? Y supongamos que lo pueda hacer en los discursos de las causas;

pero qué sucederá en las disputas, en donde á cada paso es necesario rebatir las razones del contrario, y no se da lugar para aprender lo que se ha de responder? ¿Y qué hará si por desgracia no asistiere el hábil abogado que solía sugerirle razones? ¿Y qué si alguno que no estuviere suficientemente instruído en aquella materia le insinuare alguna cosa falsa? Porque la mayor miseria de la ignorancia consiste en creer que aquel que aconseja lo sabe todo.

Y no ignoro lo que entre nosotros se acostumbra, ni estoy olvidado de aquellos que imitan á los que están sentados sobre las arquillas y suministran armas á los que están peleando (1); ni se me oculta que los griegos suelen también hacer lo mismo, de donde se les puso el nombre de agentes de negocios. Pero hablo de un orador que no sólo contribuya con la voz, sino con todas aquellas cosas que pueden contribuir á la defensa de la causa. Y así no quiero que esté desapercibido, si tal vez se ofreciere algún lance de perorar de repente; y que no titubee en las contestaciones de los testigos. Porque ¿quién mejor que él ordenará las cosas que quisiere comprender en la causa cuando la defendiere? A no ser que alguno tenga por buen general á aquel que en las batallas es denodado y valiente, y sabe disponer bien todo lo que la pelea requiere; pero que ningún conocimiento tiene para las levas de las tropas, ni formarlas en batalla ni en columna, ni para las provisiones de ejército y de guerra, ni tomar un puesto ventajoso para poner su campamento. Porque no hay duda en que primero es hacer los preparativos para la guerra que entrar en batalla. Así que será muy semejante á este

(1) Entre los romanos, como dice Asconio, unos eran abogados, otros eran reconocedores de las causas y otros como fiscales, los cuales ayudaban al orador y le sugerían las ideas del derecho. De esta manera eran los pragmáticos ó agentes entre los griegos como unos legistas ó letrados que instruian al orador en el derecho.

general que hemos dicho aquel abogado que dejare á otros muchas cosas que sirven para triunfar en la causa, con especialidad no siendo esto, que es lo más necesario, tan dificultoso como tal vez les parece á los que lo miran desde lejos.

Porque cualquier punto del derecho consta por escritura ó por costumbres. Lo que es dudoso se debe examinar según la regla de la justicia. Lo que consta por escrito ó tiene su fundamento en las costumbres de la ciudad, no tiene dificultad alguna, por ser cosa que sólo requiere conocimiento, no invención. Mas aquellas cosas que dependen de la exposición de los jurisconsultos, ó consisten en la tergiversación de las palabras, ó en la diferencia que hay entre lo bueno y lo malo. El conocer la fuerza de cualquiera expresión, ó es común á los hombres prudentes, ó propio del orador. Por lo que pertenece á la justicia, cualquier hombre de bien la conoce.

Y yo tengo á un orador no sólo por hombre de bien, sino que sobre todo tenga prudencia; el cual cuando defendiere lo que por naturaleza es más acertado, no se admirará de que algún jurisconsulto se aparte de su dictamen, teniendo ellos mismos facultad para defender opiniones opuestas entre sí. Pero aun cuando quisiere saber las diferentes opiniones que hay, es necesaria la lección, que es el menor trabajo que hay en los estudios. Y si la mayor parte, desconfiando de lograr la perfección en la oratoria, se han dedicado al estudio del derecho, ¿qué fácil le será á un orador aprender lo que aprenden los que por sí mismos confiesan que no pueden ser oradores?

Pero Marco Catón, no sólo fué muy excelente orador, sino también muy grande jurisconsulto; y Escévola y Servio Sulpicio tuvieron también la prenda de elocuentes; y Marco Tulio mientras estaba dedicado al ejercicio de perorar, no solamente no abandonó la ciencia del derecho, sino que también había comenzado á componer algu-

nas cosas acerca de él, para que se vea que un orador puede dedicarse al derecho, no sólo para aprenderle, sino también para enseñarle.

Mas para que ninguno crea que son dignos de reprensión los preceptos que yo pongo acerca del arreglo de las costumbres y estudio del derecho, porque á muchos hemos conocido que, fastidiados del trabajo que necesariamente han de experimentar los que aspiran á la elocuencia, han recurrido á estos pequeños entretenimientos de la desidia, de los cuales unos se dedicaron á leer los registros ó catálogos del foro, y los títulos de los capítulos del derecho y las fórmulas, ó como dice Cicerón, quisieron más ser letrados, haciendo elección como de cosas más útiles de aquellas que sólo buscaban por su facilidad; otros hubo más orgullosos y menos inclinados al trabajo del estudio, los cuales con un exterior modesto, y dejándose crecer la barba como si despreciasen los preceptos de la oratoria, se detuvieron algún tiempo en las escuelas de los filósofos, á fin de ganarse después la autoridad con el desprecio de los demás, siendo en público tristes y en su casa disolutos; porque la filosofía puede contrahacerse, mas no la elocuencia.

CAPITULO IV.

QUE NECESITA EL ORADOR TENER CONOCIMIENTO DE LAS HISTORIAS.

Debe sobre todo el orador tener un grande acopio de ejemplos, ya antiguos y ya modernos; de manera que no solamente está obligado á tener noticia de lo que recientemente se ha escrito en las historias, ó se conserva por tradición como de unos á otros y de lo que diariamente sucede, pero ni tampoco ha de mirar con indiferencia las ficciones de los más célebres poetas. Porque aquello primero tiene la misma fuerza que tienen los testimonios y aun también los decretos, y esto segundo, ó tiene su apoyo en el crédito de la antigüedad, ó se cree que los hombres grandes lo fingieron para dar reglas en orden á la instrucción. El orador, pues, debe saber muchísimos ejemplos, de donde proviene que los ancianos tienen también mayor autoridad porque saben y han visto más cosas, lo que frecuentemente afirma Homero. Pero no se ha de aguardar á la última edad para aprender la historia, teniendo estos estudios la propiedad de hacer que parezca, por las cosas que sabemos, que hemos vivido aun en los pasados siglos.

CAPÍTULO V.

CUÁLES HAN DE SER LAS PRENDAS DE UN ORADOR.

Que al orador le es necesaria la grandeza de corazón y la confianza. De las prendas naturales del orador.

Esto es lo que yo había prometido tratar acerca de los auxilios, no del arte, como algunos han pensado, sino del mismo orador. Estas son las armas que debe tener á mano; con la ciencia de estas cosas debe estar apercibido, teniendo al mismo tiempo un grande acopio de palabras y figuras, orden en la invención, facilidad en la disposición, firmeza en la memoria y gracia en la pronunciación y ademán.

Pero de todas estas prendas la más excelente es una grandeza de corazón, á la que ni el temor abata, ni el ruido de las voces amilane, ni la autoridad de los oyentes detenga más de lo que requiere el respeto que se merecen. Pues al paso que son abominables los vicios que se oponen á estas prendas, cuales son la demasiada satisfacción, temeridad, malignidad y arrogancia, así también si falta la constancia, confianza y fortaleza, de nada servirá el arte, el estudio y la misma ciencia; como si se diesen armas á los cobardes y de poco corazón para pelear. Aunque mal de mi grado (por cuanto puede siniestramente interpretarse), me veo precisado á decir que la misma vergüenza, defecto verdaderamente digno de aprecio y raíz fecunda de las virtudes, es muchas veces opuesta á las buenas prendas de un orador, y ha sido causa de que muchos, ocultando las grandezas de su ingenio y estudio, pereciesen en el retiro del silencio.

Mas si alguno leyere esto, tal vez sin saber bien todavía distinguir la fuerza de cada una de las palabras, sepa que no reprendo yo la hombría de bien, sino la vergüenza, que es un cierto temor que retrae el alma de aquellas cosas que se deben practicar, del cual resulta la confusión, el arrepentimiento de lo que se ha comenzado y un repentino silencio. ¿Y quién dudará en poner entre los defectos de un orador un afecto por el cual tiene empacho de hacer una cosa buena? Ni tampoco pretendo yo además de esto persuadir que el que está ya á punto de perorar, no se levante con alguna alteración ni mude de color ó dé á entender el peligro á que se expone, lo cual si no sucediera, se debería sin embargo aparentar, sino que este conocimiento sea efecto de la obra, no del temor; que experimente alguna conmoción, no que desmaye. Y el mejor remedio para la vergüenza es la confianza; pues el rostro más vergonzoso tiene un grande apoyo en la buena conciencia.

Hay también prendas naturales, las que sin embargo se mejoran con el cuidado; tales son la voz, el buen pulmón y la gracia en el decir, las cuales son de tanta estimación que frecuentemente le ganan al orador fama de ingenio. En nuestro tiempo hubo oradores bastante afluentes, pero cuando peroraba Tracalo parecía que excedía á todos sus iguales; tal era lo airoso de su cuerpo, tal la viveza de sus ojos, la majestad de su rostro, la finura de su ademán; y la voz, no como Cicerón quiere que sea, casi como la de los que representan una tragedia, sino superior á la de todos los trágicos que yo he oído hasta ahora. Á la verdad, me acuerdo que perorando éste en la primera sala del foro de Julio, y estando todo lleno de alboroto á causa de las muchas voces que se oían por juntarse allí cuatro tribunales como se tiene de costumbre, no solamente le oyeron y entendieron, sino que mereció también el aplauso de los cuatro tribunales, lo cual fué gran bochorno para los de-

más que estaban al mismo tiempo perorando. Pero esto por milagro se logra y es una rara felicidad, la cual, si faltare, conténtese á lo menos el que dice con ser oído de sus oyentes. Tal como hemos dicho debe ser el orador y saber esto.

CAPITULO VI.

CUÁL SEA EL TIEMPO DE COMENZAR Á DEFENDER PLEITOS.

Ninguna duda hay en que debe darse principio á perorar según las facultades de cada uno, ni yo determinaré los años que para esto se requieren, siendo cosa bien sabida que Demóstenes hizo su defensa contra sus tutores siendo todavía muy niño; Calvo, César y Polión tomaron á su cargo todos tres la defensa de unas causas de la mayor importancia mucho antes de tener la edad competente para ser cuestores (1); también se cuenta que algunos peroraron teniendo todavía la toga pretexta (2), y César Augusto, siendo de edad de doce años, dijo en la plaza rostrata la oración fúnebre en alabanza de su abuela.

Yo soy de parecer que se debe observar en esto una cierta moderación, de manera que no salga arrebatadamente al público el joven de pocos años, ni exponga á vista de todos su talento cuando todavía no ha llegado á su debida perfección. Porque de aquí resulta el menosprecio de este ejercicio, se va arraigando el descaro, y (lo que es por todos lados más perjudicial) la propia satisfacción se adelanta á las fuerzas. Pero tampoco se ha de dilatar este ejercicio hasta la vejez, porque el temor se va aumentando cada día, y cada vez nos parece más dificultoso aquello que dilatamos emprender, y mientras deliberamos cuándo hemos de empezar, suele ya hacerse tarde.

(1) A la dignidad de cuestores ó tesoreros no eran admitidos los romanos hasta que tenían veintisiete años cumplidos.

(2) Usaban los niños de la toga pretexta hasta la edad de diecisiete años, en cuyo tiempo vestían la toga viril.

Por cuya razón es conveniente sacar el fruto de los estudios cuando está todavía en su verdor y conserva todavía su dulzura, cuando se disimula fácilmente cualquier defecto hay esperanza de perfeccionarse, todos están dispuestos á hacer favor y está bien el atreverse; y si alguna cosa se echa menos en este ejercicio, suple la edad, y si algunas cosas se dicen con la viveza propia de la edad se atribuyen al carácter juvenil, como todo aquel lugar de Cicerón en defensa de Sexto Roscio: *Porque ¿qué cosa más común que el aliento á los que están con vida, que la tierra á los difuntos, que el mar á los que naufragan y que la playa á os que el mar arrojó á ella?* Lo que habiendo dicho con los mayores aplausos siendo de edad de veintiséis años, él mismo, siendo ya de edad avanzada, confiesa que perdió aquella fogosidad aniquilada con los años.

Y á la verdad, cualquiera que sea la ventaja de los estudios particulares, es sin embargo particular el adelantamiento que se logra con el ejercicio del foro; es otra la luz, otro el aspecto de los peligros verdaderos; y la expericiencia, en caso de estar separada de la ciencia, sirve más sin ella, que la ciencia sin la experiencia. Y por esto algunos que se han envejecido en las escuelas se pasman con la novedad cuando entran en los tribunales y quieren que todo se conforme con los ejercicios que ellos han tenido. Pero allí el juez se está callando, el contrario todo lo alboroto, y ninguna cosa dicha fuera de propósito cae en saco roto; si se suelta alguna proposición, es necesario probarla; la defensa de una causa trabajada y discurrida con el estudio de muchos días y noches, no dura allí más tiempo que el que tarda en pasar el agua (1); y dejada toda hinchazón de estilo retumbante, se debe hablar en algunas

(1) Usaban los romanos, como dijimos arriba, de unos relojes de agua semejantes á los de arena, con los que medían el tiempo que los oradores habían de estar hablando, concluído el cual ya no podía hablar más palabra.

causas en un estilo familiar y sencillo, lo que aquellos elocuentes no saben. Y así se encuentran algunos que están en el entender de que son más elocuentes de lo que para defender las cosas se requiere.

Pero yo soy de opinión que el joven, al que siendo todavía de pocas fuerzas hemos conducido al foro, comience por una causa la más fácil y favorable, á la manera que los cachorrillos de las fieras se ceban en la presa que es más tierna; mas que no continúe después del mismo modo que al principio, ni haga callo, por decirlo así, su ingenio cuando se está formando todavía, sino que sabiendo ya en qué consiste la pelea del foro y en qué cosa ha de poner su atención y su conato, tome aliento y nuevas fuerzas. De esta manera pasará sin temor su primera carrera, en que es más fácil atreverse, y esta facilidad en atreverse no pasará á desprecio de la dificultad y ejercicio de perorar.

Este método observó Marco Tulio, y después de haberse adquirido un glorioso nombre entre los oradores de su tiempo, pasó á la Asia y se dedicó de nuevo en Rodas á estudiar con otros maestros de retórica y filosofía, pero especialmente con Apolonio Milón, de quien había sido también discípulo en Roma, á fin de perfeccionarse y rehacerse en la elocuencia. Cuando convienen entre sí la retórica y la práctica, puede esperarse el fruto de una obra perfecta.

CAPITULO VII.

DE LO QUE DEBE OBSERVAR EL ORADOR EN LAS CAUSAS QUE TOMA POR SU CUENTA.

I. Es cosa más honrosa defender que acusar. Sin embargo, no siempre es reprensible la acusación. Qué causas son las que el orador debe más bien tomar á su cargo. Que no se ha de admitir la causa que conociéremos que es injusta.—II. Si se han de defender los pleitos sin interés.

I. Luego que el orador hubiere cobrado fuerzas en todo género de disputas, será su primer cuidado el emprender la defensa de las causas, en las cuales deberá seguramente, como hombre de bien, querer más hacer de abogado que de fiscal de los reos; mas no abominará de tal manera del nombre de fiscal, que ni en público ni en particular pueda reducirse á citar á alguno á que dé cuenta de su tenor de vida. Porque las leyes mismas no tienen vigor alguno, sino en cuanto tienen su apoyo en la viva voz de un fiscal; y si se tiene por delito el desear que se castiguen las maldades, muy cerca están de permitirse las maldades mismas; y el permitirse que vivan impunemente los malos, es sin duda alguna perjudicial á los buenos. Así que el orador no permitirá que queden sin vengar las quejas de los aliados, ni la muerte del amigo ó del pariente, ni las conspiraciones tramadas contra la república; y esto no por el deseo del castigo de los culpados, sí con el fin único de desterrar los vicios y corregir las costumbres. Porque aquellos á quienes no se les puede reformar por la razón, sólo con el temor se contienen. Por lo cual, así como está muy cerca de ser un latrocinio pasar toda la vida fis-

calizando los hechos de los demás y moverse únicamente por el interés á acusar á los reos, así también el tomar con todo empeño el remedio de los males intestinos de la república es una acción la más digna de los defensores de la patria.

Y por esta razón, los príncipes, que tienen el gobierno de la república, no han mirado como reprensible el ejercicio de este empleo, y aun los jóvenes distinguidos han dado á entender que miran como un obsequio hecho á la república el acusar á los malos ciudadanos, porque sólo parecía que aborrecían á los hombres de mala vida y que se hacían sus enemigos en cuanto confiaban con su buena intención el reformarlos. Y esto fué lo que hicieron Hortensio, los Lúculos, Sulpicio, Cicerón, César y otros muchísimos, como también los dos Catones, de los cuales el uno mereció el nombre de sabio, y el otro, si no lo fué también, no só yo á quien dejó lugar para merecer este nombre. Mas no ha de defender el orador indistintamente á todos; y al paso que debe tener abierto á todos los infelices el puerto de su defensa, lo cerrará á los piratas (1), y sólo debe moverle á la defensa de una causa la bondad de ella.

Por cuanto un solo abogado no puede defender á todos los que litigaren con justicia, que ciertamente son muchos; podrá también dar alguna preferencia á sus recomendados, como también á las de los mismos jueces, con tal de que sea siempre su voluntad favorecer al que tenga más justicia; porque á éstos es á quienes un buen abogado debe preferir siempre en su estimación. Pero dos especies de ambición debe evitar, ó la de favorecer por el interés á los poderosos contra los desvalidos, ó la de ensalzar á los inferiores contra los constituídos en dignidad; lo cual es

(1) Esta palabra piratas está puesta así en el original para seguir la alegoria que tiene su principio de las cosas del mar, y se traslada á significar toda especie de hombres de mala vida y llenos de vicios.

todavía efecto de mayor orgullo. Porque la fortuna no es la que hace las causas justas ó injustas.

Ni debe la vergüenza servirle de impedimento á un abogado para desechar un pleito que tomó á su cargo cuando le parecía cosa justa, y después, discurriendo sobre él con reflexión, descubre su injusticia y desengaña de antemano al litigante. Porque si los jueces son los que deben ser, ningún mayor beneficio pueden hacer á un litigante que el no estarle engañando con una vana esperanza. Y no es digno de ser defendido aquel que no hace aprecio de su consejo; ni tampoco le está bien al orador que pretendemos instruir, ser patrono de lo que sabe ser una injusticia. Y si defendiere alguna cosa falsa por los motivos que hemos alegado arriba, no por eso será una cosa indecorosa lo que de este modo hiciere.

II. Puede disputarse sobre si debe siempre el orador defender un pleito gratuitamente. La cual cuestión sería una imprudencia decidir inmediatamente y sin examinarla muy despacio. Porque ¿quién ignora que es la cosa más honrosa, y la más propia de las artes liberales y de la grandeza de corazón que en el orador se requiere, no hacer venal su trabajo ni abatir la autoridad de un tan grande beneficio? y más cuando la mayor parte de las cosas en tanto pueden parecer despreciables en cuanto tienen precio. Aun los más ciegos, como se suele decir, ven esto claramente; y ninguno que tenga lo que ha menester (y no es menester mucho) hará el oficio de abogado por interés sin incurrir en el abominable delito de la avaricia.

Pero si sus bienes no fueren suficientes para su manutención y decencia, podrá tomar alguna retribución, según todas las leyes de los sabios; puesto que á Sócrates le dieron para mantenerse, y Zenón, Cleantes y Crisipo aceptaron las expresiones que les hacían sus discípulos. Porque yo no veo un arbitrio más justo para adquirir que el que se tiene con este decorosísimo trabajo, y más siendo lo que

se adquiere de aquellos á quienes les han hecho un tan grande beneficio, al que si con nada correspondiesen se harían indignos de la defensa. Y esta correspondencia es no solamente justa, sino también necesaria, porque el mismo trabajo, y todo el tiempo que se gasta en los negocios ajenos, quita el arbitrio de adquirir por otro lado.

Pero aun en esto se ha de guardar moderación, é importa muchísimo el mirar de quién se recibe, cuánto y por cuánto tiempo. Aquella costumbre propia de piratas de hacer el ajuste de los pleitos, y de valuar su precio á proporción de los peligros que en ellos se encuentran, debe mirarse como el tráfico más abominable, y debe estar muy lejos aun de los que no son enteramente desalmados, con especialidad no teniendo por qué temer al hombre ingrato el que defiende á hombres de bien y las causas justas, y si la ingratitud ha de estar de parte del litigante, menos malo es que en él se halle esta falta que el que el abogado peque de codicioso. Así que el orador nada pretenderá adquirir más de lo justo, y aunque sea pobre no lo recibirá como en recompensa, sino que permitirá que sus clientes le manifiesten con algunas expresiones su mutuo agradecimiento, cuando conozca que él ha hecho tanto más por favorecerlos; porque ni conviene hacer venal este beneficio, ni que quede absolutamente sin recompensa. Por último, el agradecimiento pertenece más bien al que está obligado al beneficio.

CAPITULO VIII.

DE LO QUE DEBE OBSERVAR EL ORADOR EN EL ESTUDIO DE LAS CAUSAS.

I. Hágase cargo el orador con cuidado de la causa acerca de la cual va á perorar, y esto no por medio de otro ni por memoriales, sino por sí mismo.—II. Oiga con paciencia y no una sola vez al litigante, y hágale muchas preguntas.—III. Vea despacio y registre todos los documentos del pleito. Por último, revístase del carácter de juez.

I. Síguese tratar del método que se ha de observar en el estudio del pleito, en lo que consiste el fundamento de un orador. Porque ninguno hay de tan corto talento que hecho diligentemente cargo de todas las particularidades que en el pleito se contienen, no sea capaz de dar al juez el competente informe. Pero de esto se cuidan poquísimos. Porque pasando en silencio á los que de suyo son dejados, y que ninguna pena se toman en averiguar en qué consiste el punto principal de los pleitos, con tal de lograr ocasión de hablar acerca de los lugares comunes que están fueran de la causa y de las personas, hay algunos á quienes pervierte la ambición, de los cuales unos aparentando estar muy ocupados, y que tienen siempre entre manos otro negocio que les es preciso despachar primero, mandan ir á su casa al litigante el día antes de la vista del pleito, ó en la misma mañana, y alguna vez se glorían también de haber estudiado la causa en los asientos mismos de la audiencia; otros, haciendo alarde de su ingenio para aparentar que se han hecho cargo inmediatamente de las cosas fingiendo que las entienden casi antes de oirlas, des

pués que han hablado mucho con una aparente elocuencia y muy grandes voces y de cosas que nada tienen que ver con el juez ni con el litigante, se vuelven por el foro bien sudados y con mucho acompañamiento.

Tampoco apruebo á los que huyendo del trabajo, en lugar de enterarse del pleito, mandan se les informe á sus amigos; aunque menos malo es esto, si por lo menos ellos se imponen bien y dan como corresponde el informe. Pero ¿quién se informará mejor que el mismo abogado? ¿Y de qué manera empleará con gusto su trabajo en la defensa ajena aquel procurador, siendo sólo un tercero y como intérprete, y que no tiene que hacer la defensa por sí mismo?

Mas es una perversa costumbre el contentarse con los informes que da, ó el litigante que acude al abogado por no tener él suficiencia para la defensa del pleito, ó alguno de los de aquella especie de abogados que confiesan su insuficiencia para la defensa de las causas, y hacen después lo más dificultoso que hay en la defensa de ella. Porque el que puede discurrir lo que conviene exponer, lo que se debe callar, tergiversar, mudar y aun fingir, ¿por qué no ha de poder ser orador, puesto que hace lo que tiene mayor dificultad? Mas estos no serían tan perjudiciales si pusiesen el informe según la verdad del hecho. Pero añaden á la verdad pruebas y razones y algunas otras cosas que la desfiguran más, en las que imbuídos los más de ellos tienen por un delito el mudarlas, y las defienden como las cuestiones que se ventilan en la escuela. Después se ven cogidos, y les hacen ver los contrarios la causa, cuyo informe no quisieron ellos tomar de sus litigantes.

II. Concedamos, pues, ante todas cosas á los litigantes todo el tiempo y lugar que quieran, y exhortémoslos buenamente á que expongan todo cuanto tengan que exponer con toda la extensión que quieran y adonde les parezca, tomándose tiempo para ello. Porque no es tan perjudicial

el oir cosas superfluas como ignorar las necesarias. Y muchas veces encontrará el orador la llaga y el remedio en las mismas cosas que al litigante le parecían que para ninguna de las partes eran de consideración. Y el que ha de defender no debe tener tanta confianza en su memoria que se avergüence de escribir lo que ha oído.

Y no se ha de contentar con oir sola una vez, ha de obligar al litigante á decir segunda y tercera vez lo mismo, no sólo porque en el primer informe se le pudieron olvidar algunas cosas, con especialidad siendo hombre sin letras (como muchas veces sucede), sino también para saber si se mantiene en lo mismo. Porque hay muchísimos que faltan á la verdad, y como si no diesen el informe de la causa sino que la defendiesen, hablan no como un abogado, sino como con un juez. Por cuya razón jamás se le ha de dar al litigante entero crédito, sino que por todas vías se le ha de estrechar y poner en consternación, y á fuerza de preguntas se le ha de sacar la verdad. Porque así como los médicos no sólo están obligados á curar las enfermedades que se manifiestan, sino que también deben averiguar las ocultas y que los enfermos mismos encubren, así también un abogado debe indagar más de lo que el litigante le descubre.

Mas luego que hubiere estado escuchando á su cliente con la paciencia que se requiere, debe pasar á hacer otro papel y representar la parte contraria, proponiendo todo lo que absolutamente se puede discurrir en contrario y cuanto naturalmente puede tener lugar en semejante competencia. Se le ha de preguntar al cliente con la mayor escrupulosidad y se le ha de poner en el mayor apuro. Pues mientras se hace averiguación de todo, se llega alguna vez á descubrir la verdad en donde menos se esperaba. En una palabra, el mejor abogado es aquel que es incrédulo en el informe que toma. Porque no hay promesa que no haga un litigante; pone por testigo al pueblo, y asegura

que todos están muy prontos á firmar lo mismo que él asegura, y últimamente, que aun la parte contraria no podrá negar algunas cosas.

III. Y por lo tanto, es necesario mirar con reflexión todos los instrumentos del pleito, y volver á leer con mucha más atención lo que no baste el verlo una vez sola. Porque muy frecuentemente sucede que ó no son los instrumentos absolutamente como se prometían, ó es menos lo que contienen, ó se hallan complicados con alguna otra circunstancia que puede perjudicar, ó dicen más de lo que debían decir, y se harán menos creíbles por exceder los términos ordinarios. Ultimamente se suele encontrar frecuentemente el hilo roto (1), la cera desfigurada y los sellos de manera que no hay quien los conozca; todo lo cual, si en casa no se hubiere mirado bien, dará muy grande chasco en el foro, y mucho más perjuicio causará el tener que omitir estos documentos que el que causaría el no ofrecerlos.

También descubrirá el abogado otras muchas razones que el litigante creería que nada tenían que ver con la defensa de su pleito, si recorre por todos los lugares de las pruebas que dejamos explicados; los cuales, así como no es preciso tenerlos todos como delante de la vista al tiempo de perorar, ni irlos tocando de uno en uno, por las razones que quedan alegadas, así es necesario, cuando se aprende la causa, registrar las circunstancias de las personas, tiempos, lugares, fundamentos, instrumentos y todas las demás cosas de las cuales se puedan sacar en limpio, no solamente las pruebas que se llaman artificiales, sino también qué testigos son los que se han de temer y de qué modo se les ha de refutar. Porque hace mucho al caso el observar si el reo ha sido perseguido de la envidia, ó del

(1) Alude á la costumbre que aun hoy persevera de pasar los instrumentos de las escrituras con algún hilo de lino, el que estaba asegurado con un sello de cera.—TURNEBO.

odio, ó del desprecio; de los cuales vicios el primero mira á los que son superiores, el segundo á los iguales y el tercero á los inferiores.

Después de haber mirado de esta suerte bien á fondo la causa, y teniendo como delante de los ojos todo aquello que le puede favorecer ó ser perjudicial, revístase luego de la persona de juez, y hágase cuenta de que se defiende en su presencia aquel pleito; y esté en el entender de que aquello mismo que á él le haría más impresión, si tuviera que sentenciar la misma causa, será lo que mayor impresión haga á cualquiera que la haya de sentenciar, y de esta manera rara vez se llevará chasco, ó si se le llevare será por culpa del juez.

CAPITULO IX.

DE LO QUE DEBE OBSERVAR EL ORADOR EN LA DEFENSA DE LOS PLEITOS.

I. Que el deseo de la presente alabanza no debe retraer al orador de la defensa de una causa. Que no deseche con desprecio las causas de menor consideración.—II. Que se abstenga de hablar mal y desvergonzadamente.—III. Que ponga todo el mayor esmero que pueda en el decir.

I. Casi en toda la obra hemos tratado acerca de lo que se debe observar para perorar, y sin embargo tocaremos aquí algunas cosas propias de este lugar, que no tanto pertenecen al arte de decir, como á las obligaciones de orador. Ante todas cosas debe cuidar de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga de atender á la utilidad de la causa, como á los más les sucede. Porque así como los generales de un ejército que se halla en actual guerra no siempre le conducen por lo llano y ameno de los campos, sino que las más veces es preciso subir por ásperos collados, y tomar ciudades, aunque estén situadas sobre montes escarpados ó sean dificultosas de tomar por la grandeza de sus obras, así también el orador se alegrará de que se le presente ocasión de explayarse más, y entrando en oración, en el combate, para decirlo así, en campo raso, echará todo el resto de sus fuerzas de un modo agradable á los oyentes. Mas si se viere precisado á entrar por los rodeos ásperos del derecho, ó como por escondrijos, para sacar la verdad, no descubrirá su intento, ni hará uso de pensamientos ingeniosos y brillantes, como de armas arrojadizas, sino que manejará el asunto con artificios, por de-

bajo de cuerda, á la disimulada y con ocultos ardides (1). Todo lo cual no merece la alabanza mientras se está practicando, sino después que ya se ha hecho; de donde les resulta también mayor provecho á los que tienen menos deseos de ganar opinión. Porque luego que cesó en los oídos de los apasionados el ruido de aquella viciosa y vana pompa de elocuencia, la reputación de la virtud verdadera, como más sólida, triunfa de ella, y los jueces no pueden disimular quién les ha hecho más impresión; se da crédito á los doctos, y se ve que sola es verdadera la alabanza que se da á un discurso después que se ha concluído.

Aun los antiguos acostumbraron también disimular la elocuencia; y este precepto impone Marco Antonio, para que se les dé más crédito á los que hablan en público y sean menos sospechosas las celadas de los abogados. Mas aquella elocuencia que entonces había pudo muy bien disimularse, porque no se había hecho todavía tan brillante que despidiese sus resplandores aun por entre los obstáculos que se quisiesen poner por ocultar sus luces. Por lo que al presente se debe ocultar el artificio y el intento y todo aquello que descubierto se pierde. En esta parte, la elocuencia requiere el no darse á conocer. La elección de las palabras, la gravedad de los conceptos y la elegancia de las figuras, ó no las ha de haber, ó se han de descubrir precisamente. Mas no porque se descubran se ha de hacer ostentación de ellas. Y si precisamente se ha de escoger

(1) Por medio de una alegoría cuyo principio está tomado de la guerra, pretende Quintiliano persuadir que cuando el orador se viere precisado á sacar la verdad de un hecho, no lo ha de hacer á las claras y de modo que sea conocido, sino discurriendo arbitrios para lograr el fin, á la manera que cuando se pretende triunfar del enemigo cogiéndole desprevenido, no se sale á pelear á campo raso, sino que se echa mano de todos los estratagemas, ardides y artificios de guerra, se hacen minas, contraminas, se arman celadas, etc.

una de dos cosas, ó la alabanza de la causa ó la del abogado, no ha de atender á su gloria con detrimento de aquélla. Sin embargo, el orador se ha de proponer por objeto el hacer ver que él ha defendido perfectísimamente una causa la más justa, y ha de tener por cosa cierta que ninguno perora peor que aquel que agrada cuando su misma causa desagrada; porque aquello con que causa placer, precisamente ha de ser cosa ajena de la causa.

Tampoco mirará con hastío el orador la defensa de las causas de menos consideración, como si fuesen inferiores á él, ó como si un asunto de menos importancia disminuyese su reputación. Pues la razón que hay para tomarlas, que es la de la obligación, es sumamente justa, y aun se debe desear que los pleitos que tengan nuestros amigos sean los de menor consecuencia; y sobre todo, aquel habla perfectamente bien que desempeña cual conviene la causa de que se encargó.

II. Mas algunos hay también que si por acaso se han encargado de negocios de menos importancia para perorar, los componen con adornos tomados de otras materias distintas de la causa; y cuando no tienen otras cosas con que adornarlos, llenan los huecos con invectivas verdaderas, si da la casualidad de que tengan en qué fundarse, y si no fingidas, contentándose únicamente con tener motivo para lucir el talento y merecer los aplausos mientras están perorando. Lo cual tengo yo por una cosa tan ajena de un perfecto orador, que estoy en la persuasión de que no debe éste echar en cara ni aun aquello que es verdad, á no ser que la causa lo pida esto de suyo. Porque incurrir en la nota de hombre mordaz, es tener una elocuencia enteramente perruna, como dice Apio (1); pues los que no tienen

(1) Esta expresión de elocuencia canina ó perruna está tomada de los perros, que muerden á todos; por lo que Apio la define de esta manera para significar que solamente sirve para morder la estimación de todos, sin perdonar á ninguno.

reparo en hablar mal, es de creer que tengan disposición para oir todo lo malo que les digan. Porque muchas veces pegan contra los mismos que han hecho la defensa, y por lo menos el litigante es el que paga la insolencia del abogado. Pero estos defectos no son de tanta gravedad como aquel otro del alma, por el cual el que habla mal sólo se diferencia del malhechor en la ocasión. Deleite abominable y cruel que á ningún hombre de bien que lo oiga puede causar complacencia, y que frecuentemente pretenden aquellos litigantes que más quieren vengarse que defenderse. Mas no solamente esto, pero ni aun otras muchas cosas se han de hacer al antojo de ellos. Porque ¿qué hombre que tenga sangre en el ojo podrá sufrir el ser desvergonzado á arbitrio de otro?

Algunos hay también que tienen gusto en estrellarse con los abogados de la parte contraria; lo cual, si tal vez no les han dado motivo para ello, no sólo es una inhumanidad, atendidas las obligaciones de una y otra parte, é inútil á aquel mismo que habla (porque el mismo derecho se concede á los que han de responder), sino que también es perjudicial á la causa misma, por cuanto se hacen contrarios y enemigos declarados, y por muy pequeñas que sean sus fuerzas para hacer mal, se les aumentan con la afrenta. Y sobre todo se pierde la modestia, que es la que da al orador la mayor autoridad y crédito, cuando de un hombre de bien se transforma en un abogado vocinglero y gritador, acomodado, no al ánimo del juez, sino al paladar del litigante.

Esta especie de libertad suele también ocasionar una temeridad, que es peligrosa, no solamente á las mismas causas, sino también á aquellos que las defienden. Y por esto con razón solía desear Pericles que no le ocurriese expresión alguna con que el pueblo se ofendiese. Y lo mismo que él sentía acerca del pueblo, digo yo de todas las expresiones que igualmente pueden servir para hacer

daño. Pues las que mientras se decían parecían valientes, después que han ofendido á alguno se llaman necedades.

III. Mas por cuanto los objetos de los oradores han tenido casi siempre tanta variedad, y el esmero de los unos ha dado en lentitud y la facilidad de los otros en temeridad, no me parece fuera de propósito enseñar cuál es el medio que creo que en esta parte debe guardar el orador.

Pondrá siempre en perorar todo el mayor esmero que le sea posible. Porque el defender una causa con menor cuidado del que se puede, no solamente es propio de un hombre descuidado, sino de un hombre indigno y que en la causa que ha tomado á su cargo es un traidor y fementido. Y por esta razón no han de admitirse más causas que las que el orador sepa que puede desempeñar.

No dirá cosa que no haya escrito, en cuanto la materia lo permitiere, y que, como dice Demóstenes, no esté perfectamente acabada, si se le ofreciere la ocasión para ello. Pero esto solamente puede hacerse en las primeras audiencias, ó en las que en las causas públicas se conceden, dejando de por medio algunos días; mas cuando inmediatamente es necesario responder, no pueden prevenirse todas las cosas en tanto grado que aun á los que son algo menos prontos en discurrir les sirve de perjuicio haber escrito, si tropiezan después en cosas diferentes de las que ellos se habían imaginado. Porque tienen mucha repugnancia en apartarse de lo que de prevención habían discurrido, y en toda la defensa sólo miran y ponen su atención en ver si pueden extractar algunas cosas de aquellas que tenían ya pensadas, y acomodarlas á las que tienen que decir de repente. Lo que si se verifica, carece enteramente de unión su discurso, y se descubre esta falta, no sólo por el poco enlace de sus partes, como se ve en una obra que se compone de diferentes piezas sin unión, sino también por la misma desigualdad del estilo. De aquí resulta que ni los primeros movimientos tienen libertad en

lo que se dice de repente, ni el cuidado que se había puesto en el contexto de la oración dice bien con el resto del discurso, y lo uno sirve de estorbo á lo otro. Porque aquello que se ha escrito sirve para detener el alma, no para suministrarla especies para que siga. Y así en estas defensas de las causas es preciso asegurarse bien en los dos pies, como dice la gente del campo (1). Porque teniendo todo su fundamento una causa en la proposición y refutación, lo que pertenece á nuestra parte puede haberse escrito; y con igual cuidado se tiene refutado aquello que se sabe de cierto que ha de responder el contrario, porque alguna vez es cosa ya sabida.

Por lo que hace á otras cosas, podemos llevar una prevención ya hecha, que es tener un perfecto conocimiento de la causa; y la otra hacerla allí, oyendo con cuidado todo lo que dice el contrario. También se pueden premeditar muchas cosas y preparar el ánimo para todo lo que ocurriere; y en esto hay más seguridad que en el escribir, porque con más facilidad se omite lo que se había meditado, pasando la consideración á otra cosa.

Mas ya sea que la necesidad de responder inmediatamente ó cualquiera otra razón le obligaren á hablar sin disponerse para ello, jamás se dé por sobrecogido y sorprendido el orador, el cual por medio de la instrucción, estudio y ejercicio hubiere adquirido ya facilidad; y quien está siempre sobre las armas y como dispuesto á pelear, tendrá tan buena disposición para hablar en público en defensa de las causas como en las cosas diarias y domésticas, y no por esto huirá jamás la carga como tenga tiempo para estudiar la causa, pues lo demás ya lo tendrá sabido.

(1) Es proverbio tomado de los labradores, los cuales nunca trabajan con mayor esfuerzo que cuando se sostienen igualmente en los dos pies; con la cual expresión da á entender Quintiliano que en defensa de tales causas debe el orador echar todo el resto de su talento y habilidad.

CAPITULO X.

DEL ESTILO.

I. Que son varios los estilos, y que unos gustan de uno, y otros de otro. Que lo mismo sucede en las pinturas y estatuas; de las que hace mención de diferentes artífices primorosos cada cual en su estilo. Hace enumeración de los autores latinos que más se diferencian entre sí. Da á Cicerón la preferencia sobre todos, y le defiende contra sus calumniadores.—II. Que son tres los estilos: ático, asiático y rodio. Que el ático es el mejor. Qué cosa es hablar en estilo ático. Que la elocuencia latina es inferior á la ática por la pobreza de la lengua. Que esto se ha de recompensar con sentencias y figuras.—III. Reprende á aquellos que teniendo un estilo demasiado seco desechan todo adorno. Que es necesario acomodarse á las circunstancias y á los oyentes. Que es necesario observar el mismo método para escribir que para perorar.—IV. Toca demás de lo dicho tres estilos: sutil, magnífico y mediano ó florido. Que hay también otros estilos medios entre los tres sobredichos. Que cada uno de estos se debe acomodar, no sólo á las causas, sino á las partes de ellas. Que algunos observan ahora el estilo florido, pero no saben hacer de él un buen uso. Que todo esto lo ha de hacer el orador, no sólo perfectísimamente, sino también con la mayor facilidad.

I. Resta hablar acerca del estilo de la oración. Esto era lo que en tercer lugar me había yo propuesto en la primera división; pues así había prometido tratar acerca del arte, del artífice y de la obra. Siendo, pues, la oración obra de la retórica y del orador, y muchas las maneras de componerla, como después mostraré, en todas ellas se emplea el arte y el artífice, pero es muy grande la diferencia que

tienen entre sí; y no solamente en la especie, como una estatua de otra estatua, una pintura de otra pintura y una acción de otra acción, sino también en el mismo género, como las estatuas griegas se diferencian de las toscanas, y como la elocuencia ática se diferencia de la asiática. Pues estos diferentes géneros de obras de que yo hablo, así como tienen sus autores, así tienen también sus apasionados; y por esta razón no hay todavía un orador perfecto, y no sé si hay arte alguna tal, no solamente porque una cosa sobresale más en una facultad que en otra, sino porque no agrada á todos un mismo estilo, parte por la condición de los tiempos ó lugares y parte por la idea y gusto de cada uno.

Los primeros, cuyas obras son dignas de verse, no sólo por su antigüedad, son Polignoto y Aglaofón, de quienes se dice que fueron célebres pintores, cuyo sencillo color en la pintura tiene aún tantos apasionados que aun á aquellos bosquejos y como elementos de lo que después había de ser arte les dan la preferencia sobre los más diestros pinceles que después de ellos ha habido, sin más razón, á mi modo de pensar, que por hacer alarde de que ellos solos lo entienden. Después de éstos dieron muy gran perfección á esta arte Zeuxis y Parrasio, que vivieron en tiempo de las guerras del Peloponeso; puesto que en Xenofonte se encuentra un diálogo entre Sócrates y Parrasio. Del primero de los dos pintores se dice que inventó el uso de los claros y obscuros, y del segundo que perfiló con más delicadeza las líneas. Zeuxis hizo los miembros de los cuerpos mayores que los naturales, persuadido á que esto era una cosa más grande y majestuosa; en lo que, á juicio de algunos, imitó á Homero, á quien agrada una forma corpulenta aun en las mujeres. Mas Parrasio, de tal manera se ajustó á la naturaleza en todas sus pinturas, que le llaman el legislador; porque los demás pintores imitan las imágenes de los dioses y de los héroes por el mismo estilo que él enseñó, como si fuese indispensable hacerlo así.

Floreció principalmente la pintura cerca del reinado de Filipo y hasta los sucesores de Alejandro; pero con talentos ó habilidad enteramente distinta. Porque Protógenes fué admirable en el esmero de acabar las pinturas; Pánfilo y Melantio en la belleza de la idea y buena disposición; Antifilo en la ligereza de su pincel; Teon de Samo en la viveza y fuego de su imaginación, que es lo que llaman fantasía, y Apeles de los más sobresalientes por su ingenio y gracia de que él mismo se jacta. A Eufranor le hace ser digno de admiración el que siendo muy excelente entre los principales en las demás facultades, fué al mismo tiempo un prodigioso pintor y estatuario.

La misma diferencia se encuentra en la escultura. Pues Calón y Egesias trabajaron con más dureza y más al gusto toscano; Calamis ya con menos, y Mirón con más blandura aún que los sobredichos. El esmero y hermosura de Policleto es sobre los demás; y sin embargo de que los más le dan la primacía, con todo eso para quitarle alguna parte de su habilidad se figuran que le falta la expresión. Pues así como añadió más hermosura á las figuras humanas que las que ellas tienen en sí, así también parece que no expresó completamente la autoridad de los dioses. Además de esto, se dice de él también que huyó de pintar rostros de ancianos, no atreviéndose á pintar más que caras de jovencitos.

Mas á Fidias y Alcamenes se concede lo que faltó á Policleto. Sin embargo, se dice de Fidias que tuvo más habilidad para hacer las estatuas de los dioses que las de los hombres; y en las estatuas de marfil no tuvo competidor, aun cuando no hubiera hecho otra cosa que la estatua de Minerva que hizo en Atenas, y la de Júpiter Olímpico que hizo en Elide, cuya hermosura parece que aumentó algún tanto la devoción que ya tenían; en tanto grado igualaba la majestad de la obra á la de aquel Dios.

Aseguran que Lisippo y Praxíteles son los que copiaron

más al vivo la naturaleza. Demetrio es reprendido de extremado en el estudio de ella, y de que fué más amante de la semejanza que de la hermosura.

Mas por lo respectivo á la elocuencia, si se quiere poner la consideración en sus especies, se encontrarán casi otras tantas diferencias de ingenios como de rostros. Pero hubo algunos géneros de estilo broncos por la desgracia de los tiempos; pero que por otra parte no dejaban de mostrar la fuerza del ingenio. A esta clase corresponden los Lelios, los Escipiones Africanos, los Catones y los Gracos, los que se pueden llamar los Polígnotos ó Calones. Entre estos y los que siguen se pueden colocar Lucio Craso y Quinto Hortensio. Véase cómo floreció después un grande número de oradores casi de un mismo tiempo. De aquí hallamos haber tenido su principio la energía de César, la natural belleza de Celio, la sutileza de Calidio, la majestad de Bruto, la agudeza de Sulpicio, la acrimonia de Casio, el esmero de Polión, la dignidad de Mesala, y lo respetable de Calvo. Y aun de los que nosotros mismos hemos conocido podemos añadir también la afluencia de Séneca, la energía del Africano, la solidez de Afro, la dulzura de Crispo, lo sonoro de Tracalo y la elegancia de Segundo.

Mas en Marco Tulio tenemos no sólo un Eufranor excelente en muchos géneros de ciencias, sino un hombre eminentísimo en todas las que en cada uno se alaban. Al que, sin embargo, los de su tiempo se atrevían á insultar, graduando su estilo de hinchado, asiático, redundante, de nimio en las repeticiones y frío alguna vez en los chistes; que su composición carece de unión, y que muestra mucho orgullo y es casi afeminada; lo cual está muy lejos de ser verdad. Mas después que él perdió todo su valimiento con la confiscación de los Triumviros, se volvieron contra él á cada paso los que le aborrecían, le envidiaban, eran sus émulos y los aduladores del presente gobierno, como que sabían que no los había de responder.

Sin embargo, aquel á quien algunos tenían por árido y sin substancia no pudo ser notado por sus mismos enemigos de otro defecto que de demasiado florido y de un ingenio afluente en sus escritos. Lo uno y lo otro se aparta de la verdad, sin embargo de que parece que hubo algo más de fundamento para suponer lo segundo. Pero los que le persiguieron más fueron aquellos que deseaban parecer imitadores del estilo ático. Esta secta, como iniciada en ciertos misterios, le perseguía como á un extranjero ó como á un hombre supersticioso é imbuído en aquellas leyes. De donde aun ahora estos oradores áridos, sin substancia y sin nervio (pues tales son los que dan el nombre de robustez á su debilidad, siendo tan sumamente opuesta á ella) se ocultan en la sombra de su grande nombre, porque no pueden tolerar el grande golpe de luz de su elocuencia, que es como el resplandor del sol. A los cuales, por cuanto el mismo Cicerón responde largamente y en muchos lugares, me será más seguro contentarme con lo que hasta aquí he tratado acerca de esto.

II. De mucho tiempo atrás se ha hecho distinción entre el estilo asiático y el ático, siendo éste tenido por puro y sano, y aquél por hinchado y sin substancia; reputado éste de no contener cosa superflua, y aquél de no guardar moderación ni medianía. Lo cual algunos creen, y uno de ellos es Santra, que esto tuvo su principio de que introduciéndose poco á poco la lengua griega en las ciudades vecinas á la Asia, aspiraron con ansia á la elocuencia, cuando todavía no poseían bien la lengua, y por esta razón comenzaron á decir por rodeos lo que no podían explicar con sus propios términos, y después continuaron con este modo de hablar. Mas yo soy de parecer que el carácter de los oradores y el de oyentes fueron la verdadera causa de la diferencia de los estilos; porque los atenienses, aunque limados, pero de pocas palabras, no podían sufrir cosa alguna superflua ó redundante; y los asiáticos, gente por

otra parte de más orgullo y jactancia, se dejaron llevar de la vanagloria de un estilo más hinchado.

Después de esto, los que comprendían los diferentes estilos bajo una misma división añadieron un tercer estilo, que es el rodio, el cual quieren que sea como medio entre los otros dos y compuesto de uno y otro. Porque ni son tan concisos como los áticos, ni tan redundantes como los asiáticos, para mostrar que conservan alguna cosa de su nación y algo de su autor. Porque Esquines, que había escogido á Rodas para lugar de su destierro, introdujo en ella los estudios de Atenas, y como sea verdad que los estudios de las artes degeneran del mismo modo que las plantas cuando mudan de clima y de terreno, mezclaron el buen gusto ático con aquel otro extraño del país. Por lo que vinieron á formar un estilo sin viveza y falto de vigor, aunque no destituído enteramente de nervio, y ni bien le comparan con lo cristalino de las fuentes, ni bien con lo turbio de un precipitado arroyo, sino que le tienen por semejante al agua mansa de los estanques.

Ninguno, pues, dudará que es mucho mejor el estilo ático, en el cual, así como se encuentra alguna cosa que es común á todos los que le usan, cual es un modo de pensar fino y terso, así también son muchas las especies de ingenios. Razón por que me parece que están muy engañados los que piensan que el estilo ático se reduce únicamente á ser un modo de hablar cortado, claro y expresivo; pero que observa siempre una cierta moderación en la elocuencia sin alterar jamás la tranquilidad del orador. ¿Á quién, pues, se le podrá poner por ejemplo de este estilo? Sea Lisias, puesto que al estilo de éste se inclinan los apasionados del estilo ático. Pues ¿por qué no nos propondrán ya por ejemplos de este estilo á todos los que ha habido hasta Coco y Antocides? (1).

(1) Plutarco pone á este Antocides en el número de los diez famosos oradores de Atenas. Nada escribe de Coco. Suidas dice

Quisiera sin embargo preguntar si Isócrates usó el estilo ático, porque ningún estilo hay que se diferencie más del de Lisias que el suyo. ¿Dirán que no? Pues de su escuela salieron los príncipes de los oradores. Hagamos otra pregunta de cosa más semejante. ¿Hiperides usó el estilo ático? Sin duda alguna. Pero éste se dejó llevar del gusto y dulzura del estilo. Paso en silencio muchísimos, como son: Licurgo, Aristogitón é Iseo y Antifón anteriores á ellos, de los cuales se puede decir que así como fueron semejantes en el género, fueron diferentes en la especie.

¿Y qué diremos de aquel Esquines de quien poco ha hicimos mención? ¿No es acaso más lleno, de más espíritu y más elevado que estos que he nombrado? ¿Y qué diremos, por último, de Demóstenes? ¿No excedió á todos aquellos delicados y circunspectos oradores en sublimidad, nervio, vehemencia, adorno y elegancia? ¿No está lleno su estilo de figuras? ¿No luce con las traslaciones? ¿No parece que hace hablar aun á las cosas inanimadas? ¿No muestra con bastante claridad que su maestro fué Platón aquel juramento que hizo por las almas de los defensores valerosos de la patria que habían muerto en Maraton y en Salamina? ¿Y daremos el nombre de asiático al mismo Platón, cuando en la mayor parte de sus escritos es digno de compararse con los poetas llenos del espíritu divino? Mas ¿qué juicio se ha de hacer de Pericles? ¿Podemos persuadirnos de que éste tuvo una sutileza semejante á la de Lisias, siendo así que los cómicos, para injuriarle, comparan su elocuencia á los rayos y al ruido de los truenos?

¿Por qué, pues, han de juzgar que tienen el gusto ático aquellos cuyo estilo no tiene fluidez y es como una pequeña vena de agua que corre por entre las piedrecillas? ¿Sólo

de él solamente que fué discípulo de Isócrates y orador de Atenas que dejó escritas algunas oraciones.

Parece da á entender que Atocides y Coco fueron de menos nota que Lisias.

en estos dirán que puede percibirse el olor del tomillo? De los cuales yo creo que si encontrasen en estos confines algún terreno más pingüe ó campo más fértil, dirían que no era de Atenas, porque daba más semilla de la que había recibido, porque Menandro dice por burla que este es el producto de aquella tierra. Y así, si alguno añadiese ahora á las excelentes prendas que aquel cosumado orador Demóstenes tuvo, aun aquellas que parece que le faltaron ó por naturaleza, ó por las leyes civiles, á fin de que moviese los afectos con mayor viveza, ¿habría quien dijese que Demóstenes no peroró de esta manera? Y si se trabajare alguna oración más armoniosa (lo que tal vez no será posible), y sin embargo, si saliere alguna tal, ¿se dirá que no es del gusto ático? Téngase mejor concepto de este nombre, y créase que hablar en estilo ático es hablar de la manera más excelente.

Y sin embargo, se les puede sufrir mejor á los griegos que todavía perseveran en este modo de pensar. La elocuencia latina, así como me parece semejante á la griega en la invención, disposición, idea y otras cualidades á este tenor y es en todo su discípula, así tãmbién por lo respectivo al estilo apenas le ha quedado lugar para imitarla.

Porque para ellos es un sonido áspero en el supuesto de que no tenemos nosotros la muy grande dulzura que tienen los griegos en la pronunciación de las dos letras *y* y *z*, la una vocal y la otra consonante, que cabalmente son las que más dulce y agradable hacen su pronunciación y las que nosotros solemos usar siempre que nos valemos de sus nombres. Lo cual cuando sucede resulta, no sé de qué manera, inmediatamente una como mayor dulzura en la oración, como se echa de ver en las palabras *zephyrus* y *zopyrus,* las cuales, si se escribiesen con nuestras letras, harían un sonido sordo y áspero, y en lugar de aquéllas se sustituirán las de un sonido desagradable y bronco, de que carecen las griegas.

También la letra *f*, que es la letra sexta de nuestro alfabeto, produce un sonido que casi no parece propio de voz humana, ó por mejor decir, absolutamente nada de ello tiene, habiéndose de formar del aire que pasa por entre las divisiones de los dientes, la cual letra asimismo cuando tropieza con la vocal siguiente pierde en cierto modo su fuerza, y cuando se encuentra con alguna de las consonantes produce un sonido mucho más desagradable (1).

Y sin embargo de que no hemos admitido el carácter de la letra eólica (2) con la que decimos *servum* y *cervum*, conservamos su misma fuerza todavía.

Hace dura la pronunciación de las sílabas la *q*, la cual sirve para unir las vocales que se le juntan, como cuando escribimos *equos* y *equum*, y para las demás vocales es inútil, formando dos de ellas un sonido cual jamás se ha oído entre los griegos, y por la misma razón no se puede escribir con letras griegas.

Júntase á esto que nosotros terminamos la mayor parte de nuestras palabras con la *m*, en cuya pronunciación se advierte una especie de mugido, y ninguna palabra de los griegos remata en dicha letra, sino que en lugar de ella usan la *n*, que es una letra agradable y que en el fin especialmente hace una especie de retintín, y entre nosotros rarísima vez se usa en las cláusulas.

(1) Esta aspereza y disonancia se advierte aun en nuestra lengua en las palabras desenfreno, palafrén, ofrenda, cofre y otras en que la *f* tropieza con la *r* siguiente.

(2) El emperador Claudio añadió por un decreto al alfabeto el *digamma eólico*, así llamado porque su figura forma dos *gg* griegas juntas de esta manera Ⅎ, pero esto no fué recibido. Este emperador, propiamente hablando, no fué el inventor del digamma, sino que le volvió patas arriba, para distinguir con esta señal aquella sílaba que comúnmente pronunciamos con la *v* consonante, como *Davus*, *Servus*, en lugar de lo cual escribía Claudio *DaℲus, SerℲus*. Véanse las eruditas noticias que acerca del digamma trae nuestro célebre D. Bernardo de Aldrete en sus antigüedades de España y Africa. (Lib. I., cap. 10.)

¿Y qué diré cuando nuestras sílabas tienen su apoyo en la *b* ó en la *d* con tal aspereza que la mayor parte, no digo de los más antiguos autores, pero de los de alguna antigüedad, han intentado suavizarlas, no solamente diciendo *aversa* por *abversa,* sino también añadiendo una *s* á la preposición *ab*, sin embargo de ser la *s* muy distinta á la *b*?

Nuestros acentos tienen también menos suavidad, no sólo por una cierta dureza que se advierte en ellos, sino también por su misma semejanza, porque la última sílaba ni se levanta jamás por el acento agudo, ni se baja por el circunflejo, sino que siempre termina en uno ó en dos graves. Y así la lengua griega es en tanto grado más dulce que la latina, que siempre que nuestros poetas han querido que sus versos tuviesen dulzura los adornaron con palabras griegas.

Además de que la lengua griega tiene más voces que la nuestra, en que muchísimas cosas carecen de su propio término, de modo que para explicarlas es necesario usar de traslación ó decirlas por un rodeo, y aun en aquellas que tienen su propio nombre hay una tan grande escasez de expresiones que muchísimas veces se viene á dar en las mismas palabras; pero los griegos, no solamente tienen un grande acopio de palabras, sino también de dialectos diferentes los unos de los otros.

Por lo que quien pretendiere de nosotros los latinos aquella dulzura propia del estilo ático, es necesario que nos conceda en el hablar la misma suavidad y abundancia de expresiones de los griegos. Lo cual, si nos es negado, adaptaremos los conceptos á las expresiones que tenemos, y no mezclaremos la demasiada delicadeza de las cosas con expresiones muy fuertes por no decir demasiadamente crasas, para que una y otra cualidad no se destruyan mutuamente con la misma confusión. Porque cuanto menos ayuda el lenguaje, tanto mayor esfuerzo ha de ponerse en la invención. Es necesario producir pensamien-

tos sublimes y que tengan variedad. Convendrá excitar todo género de afectos é ilustrar la oración con el adorno de las traslaciones.

¿No podemos tener la delicadeza de los griegos? Pues procuremos tener más nervio en la expresión. ¿Nos exceden en la sutileza? Pues demos nosotros mayor peso á nuestras palabras. ¿Tienen ellos más abundancia y propiedad en sus expresiones? Pues excedámoslos en el ingenio (1). ¿Tienen sus puertos entre los griegos aun los mejores ingenios? Naveguemos, pues, nosotros de ordinario con más extendidas velas, y dejemos que viento más fuerte desenvuelva sus senos. Pero no nos dejaremos engolfar siempre en mar alta, porque á veces conviene costear por las orillas. Ellos tienen la facilidad de atravesar por cualesquiera bajíos, yo no me apartaré mucho de la costa y hallaré medio para que mi navecilla no se vaya á pique.

Porque aunque los griegos tratan mejor que nosotros las cosas más delicadas y pequeñas, y sólo en esto nos llevan la ventaja, siendo esta la razón por qué no les disputamos la primacía en las comedias, no por eso debemos abandonar este género de estilo, sino ejercitarnos en él lo mejor que podamos, y podemos igualarnos con ellos en la moderación y discernimiento de las cosas, y por lo respectivo á la gracia de las expresiones que no tenemos en nuestra lengua, es necesario suplirla con otros adornos exteriores. ¿No tiene por ventura Marco Tulio esta finura de estilo, esta dulzura, claridad y sublimidad admirable en los asuntos particulares? ¿No es señalada esta virtud en Marco Calidio? Escipión, Lelio y Catón, ¿no fueron mira-

(1) Da á entender Quintiliano que los griegos explican con sutileza aun las cosas más menudas; pero que ya que no podemos descender nosotros á cosas tan delicadas, debemos suplir esta falta con la grandeza y sublimidad de nuestro estilo; pero de tal manera, que parezca que tenemos alguna delicadeza, aunque no sea tanta como la de los griegos.

dos por lo que hace á la elocución como los áticos de los romanos? ¿Quién, pues, no se contentará con aquello que es lo mejor que puede haber?

III. Además de esto, hay algunos que están en el entender de que no hay elocuencia alguna natural, sino la que se asemeja más al lenguaje ordinario que usamos con los amigos, mujeres, hijos y criados, contentándonos con explicar nuestro pensamiento y voluntad sin discurrir cosa alguna que tenga algún arte ni estudio, y que todo lo que se añada á esto es una afectación y una ambiciosa jactancia en el hablar, distante de la verdad é inventado para la gracia del mismo lenguaje, cuyo único y natural oficio es explicar los pensamientos, así como los cuerpos de los atletas aun cuando se hagan muy robustos con el ejercicio y con el uso de determinadas comidas, no dejan por eso de ser naturales ni tienen una especie diferente de la que se ha concedido á los demás hombres. Porque ¿á qué viene, dicen, dar á entender las cosas por medio de un rodeo y por las traslaciones; esto es, usar de más expresiones que las que son necesarias ó de palabras impropias cuando cada cosa tiene su nombre propio acomodado? Finalmente, estos pretenden persuadir que los más antiguos hablaron el más puro lenguaje de la naturaleza, y que después siguieron los más semejantes en el estilo á los poetas contando entre las virtudes, aunque con más moderación, pero por semejante manera, las cosas falsas é impropias.

Esta disputa no deja de tener algún fundamento de verdad, y por lo tanto no conviene apartarse tanto como se apartan algunos de los términos propios y comunes. Pero si alguno (como ya he dicho en el capítulo de la composición) añadiere á lo preciso, y que es lo menos que se puede poner, alguna cosa mejor, no deberá por eso ser reprendido de calumniador. Porque á mí me parece que es distinto el carácter del estilo vulgar del de un discurso de

un hombre que sea elocuente, al cual, si le bastase el dar á entender sencillamente las cosas, no se molestaría en otra cosa que en buscar la propiedad de las palabras; pero siendo propia obligación suya el deleitar y mover y causar diferentes impresiones en los ánimos de los oyentes, podrá también valerse de aquellos auxilios que la naturaleza misma nos tiene concedidos. Porque el endurecerse los brazos mediante el ejercicio y el aumentarse las fuerzas y tomar un color de sanidad es cosa natural. Y esta es la razón por la que en todas las naciones unos son tenidos por más elocuentes que otros y por más dulces en su expresión. Lo cual, si no sucediera así, serían todos iguales y á todos convendría una misma cosa. Sin embargo, hablan con diferencia y observan el carácter distinto de las personas; de donde resulta que cuanto más uno consigue por medio de sus palabras, tanto más se conforma su lenguaje con la elocuencia natural.

Por lo cual no soy de muy distinto modo de pensar de aquellos que juzgan deberse condescender en algún modo con los tiempos y oyentes que requieren mayor elegancia y estudio en el decir. Y así soy de parecer que no sólo no debe ligarse el orador á la imitación de los primeros oradores Catón y los Gracos, pero ni aun á la de estos de hoy día. Y de esta manera veo que se gobernó Marco Tulio' que no sólo lo dirigía todo á la utilidad de la causa, sino que también concedía algo al placer de los oyentes, y decía que en esto mismo atendía (y muchísimo) al interés del litigante. Porque con aquello con que causaba placer lograba la utilidad. A cuya dulzura de estilo yo no encuentro ciertamente cosa alguna que se pueda añadir, sino el que nosotros introduzcamos en nuestros discursos mayor número de bellos pensamientos (1). Porque cuando el

(1) Habla aquí Quintiliano de aquellos pensamientos grandes é ilustres que estaban muy en uso en su tiempo, y con los cuales terminaban casi todos los períodos. Véase Rollín es un

orador no puede introducirlos sin que la causa padezca y sin perder la autoridad en el decir, no es posible que estas luces tan frecuentes y continuas no se impidan las unas á las otras.

Pero usando yo hasta este punto de condescendencia, no pretenda ninguno pasar más adelante; vengo bien en que en el tiempo en que nos hallamos la toga del orador no sea de una tela muy ordinaria, pero tampoco ha de ser de seda (1); que no tenga desgreñado su cabello, pero que tampoco lo lleve todo rizado y lleno de bucles, siendo así que en aquel que no mira al lujo y liviandad parecen más bellas aquellas cosas que son de suyo más honestas. Por lo que respecta á las que nosotros llamamos comúnmente sentencias (encuentro en Cicerón que no estuvieron en uso entre los antiguos, y con especialidad entre los griegos), si contienen en sí alguna substancia, y no siendo en número excesivo y dirigiéndose á triunfar de los ánimos de los oyentes, ¿quién negará su utilidad? Ellas hieren el alma, y con un solo golpe la ponen muchas veces en movimiento, y por su misma brevedad se quedan más impresas y nos persuaden por el mismo modo con que se dicen.

Y hay algunos que sin embargo de que permiten estas expresiones más vivas en la boca de un orador, son con todo eso de parecer que no deben usarse en lo que escribimos. Por lo cual no debo yo pasar esta opinión sin examinarla, porque muchos hombres doctos han creído que uno es el modo de hablar y otro el modo de escribir, y que por esto algunos que eran muy excelentes en la defensa de las causas que hacían en el foro, ninguna cosa

Método de estudios, tom. II, pár. III, "De la elocuencia del foro;" el cual por bellos pensamientos entiende aquellos que los griegos llaman *noemata*.

(1) Dice esto porque en su tiempo se tenía por mucha afeminación en los hombres el usar vestido de seda, y más cuando ésta era la tela de que usaban las mujeres prostitutas.

dejaron escrita que pudiese pasar á la posteridad, como Pericles y Demades, y que otros, por el contrario, que en la composición eran los más sobresalientes, no tuvieron gracia alguna para las defensas, como Isócrates; y que además de esto, en la acción tiene más fuerza por lo común el ímpetu natural y la gracia en el decir, aun cuando tenga algo más de libertad, porque es preciso conmover é instruir los ánimos de las gentes ignorantes. Mas lo que se escribe en los libros y se da á luz para que sirva de modelo debe ser terso y limado, y debe estar compuesto según las reglas y leyes del arte, porque viene á parar en manos de los doctos y ha de tener por jueces del arte á los autores mismos de él.

Yo soy de parecer que el hablar bien y escribir bien es todo una misma cosa, y que una oración escrita no es más que una memoria de una oración recitada. Y así, á lo que yo pienso, ningunas buenas cualidades hay que no deban tener la una y la otra; más no digo que no puedan tener también sus defectos. Porque no ignoro que alguna vez agradan á los necios cosas que tienen imperfecciones.

¿Cuál será, pues, la diferencia entre lo que se dice y lo escrito? Respondo á esto que si se me concediese un congreso de jueces sabios, quitaría una infinita multitud de cosas, no sólo de las oraciones de Cicerón, sino también de las de Demóstenes, que es mucho más recortado que él. Porque ni siempre será necesario mover todos los afectos ni lisonjear el oído con la dulzura de las expresiones, porque en sentir de Aristóteles aun los exordios son inútiles para con los tales. Porque los sabios no se dejarán llevar de atractivos semejantes; y así, basta exponer el hecho con expresiones propias y claras y demostrarlo con una buena prueba.

Pero siendo á veces juez ó el pueblo ó alguna persona del pueblo, y siendo aquellos que han de dar la sentencia las más veces unos ignorantes y tal vez gentes del campo,

es necesario usar de todos aquellos arbitrios que creyéremos oportunos para lograr lo que pretendemos, y esto tanto cuando habláremos en público, como cuando escribimos, para enseñar de qué manera debe hablarse. Por ventura ¿estimaría yo más que Demóstenes y Cicerón hubiesen hablado del mismo modo que escribieron? ¿O que aquellos más excelentes oradores hubiesen perorado de un modo diferente del que en sus escritos advertimos? ¿Hablaron, pues, mejor ó peor? Si peor, debieron más bien hablar como escribieron, y si mejor, debieron escribir como hablaron.

Pues qué, ¿siempre ha de hablar el orador del mismo modo que escribe? Si pudiere, siempre; y si el tiempo que el juez hubiere señalado fuere tan corto que no le permita hacerlo así, se quitará mucho de aquello que se pudo decir; pero escribiendo la oración para darla al público, podrá poner en ella lo que quiera. Mas aquello que se hubiere dicho por conformarse con el carácter de los jueces (1), no se dejará del mismo modo á la posteridad, por temor de que en ella se crea como dicho según el gusto nuestro y no según la circunstancia del tiempo. Porque importa mucho el saber también de qué manera gusta el juez que se le digan las cosas; y por eso, el que dice tiene por lo regular la cara vuelta hacia él, como encarga Cicerón. Y por lo tanto es necesario insistir en aquello que se ha conocido que le agrada y omitir lo que no hubiere tenido aceptación. Y se ha de buscar el mismo modo de hablar que más fácilmente sirva para la instrucción del juez.

Y esto no debe causar maravilla, puesto que aun en las

(1) Puede tal vez el juez ser ignorante, y en este caso es necesario acomodar las expresiones á su comprensión, á fin de que se imponga en la causa, aun cuando lo que se dice parezca por el modo una necedad. Bien que estas expresiones groseras deben omitirse cuando el discurso se escribe para darlo á la luz pública.

personas de los testigos se mudan algunas cosas. Así que obró prudentemente aquel que habiendo preguntado á un rústico, que servía de testigo, si conocía á Anfión, y respondiendo él que no, quitó la aspiración y pronunció breve la sílaba segunda del tal nombre, y de esta manera vino muy bien en conocimiento del sujeto por quien le habían preguntado. Semejantes casos hacen que alguna vez se hable de diferente modo que se escribe, cuando no se puede hablar como se debe escribir.

IV. Otra división hay, la cual se subdivide también en tres especies, por la cual parece que se pueden distinguir bien entre sí los estilos. Porque el primero es el estilo sutil, que llaman *ischnon* (1), El segundo es grande y vehemente, llamado *adron*. Otros han añadido el tercero, que es como medio entre los dos, y según otros es el estilo florido, por lo cual le dan el nombre de *anteron;* los cuales, sin embargo, son de tal naturaleza, que el primero sirve para instruir, el segundo para mover, el tercero (cualquiera nombre que se le dé) para deleitar ó para ganar los ánimos, si se le quiere dar más bien este destino. Mas para enseñar se necesita de agudeza; para ganar los ánimos dulzura, y para moverlos gravedad.

Y así para la narración y confirmación se deberá echar mano especialmente de aquel estilo sutil, pero de tal manera, que, aun careciendo de las demás cualidades, sea en su línea completo. El estilo mediano podrá constar de más frecuentes traslaciones, y será más agradable por las figuras, ameno por las digresiones, elegante por la composición, dulce por los conceptos y tan suave como un cristalino río á quien por una y otra parte hacen sombra las verdes arboledas. Mas el estilo vehemente se llevará tras sí, y obligará á ir adonde quiera al juez, por más resis-

(1) Esta palabra suena en castellano cosa delgada, delicada ó sutil: αδρον es lo mismo que lleno, maduro, sólido, y ανθηρον es lo mismo que florido.

tencia que haga, á la manera de un caudaloso y precipitado río que revuelve en su corriente los peñascos, no consiente puente alguno y no reconoce otras riberas que las que él mismo se va haciendo.

Con este estilo podrá el orador sacar á plaza los muertos, como Cicerón á Apio Ceco (1); con éste la patria misma levantará en alto la voz y dirigirá hacia alguno su discurso, como vemos en una de las oraciones que Cicerón dijo en el Senado contra Catilina. Con este estilo elevará el discurso por medio de las amplificaciones, y le dará mayor realce con la fuerza de las exageraciones: *Qué Caribdis tan voraz;* y *El Océano mismo, á fe mía,* etc. *(Filipo,* II, 67.) Porque los estudiosos tienen ya noticia de estos bellos pasajes. Por medio de este estilo hará descender á los dioses como á su presencia y los introducirá en su discurso: *Vosotros, albanos túmulos y sagrados bosques; vosotros, vuelvo á decir, altares de los albanos cubiertos, compañeros y consortes de la religión del pueblo romano,* etc. *(Pro Milón,* núm. 85.) Con este estilo inspirará la ira; con este la misericordia; con este dirá: *Te vió y lloró, é imploró tu protección.* En suma, con este estilo recorre todos los afectos. Y así del uno pasará al otro, y el oyente no dejará de ser instruído por el orador.

Por lo que si de estos tres estilos necesariamente se hubiere de escoger uno solo, ¿quién pondrá duda en anteponer éste á todos, como que por otra parte es el que tiene mayor fuerza, y es el más acomodado para las causas de mayor importancia? Pues, en efecto, Homero concedió á Menelao una elocuencia cuyo carácter es una agradable brevedad, exenta de toda superfluidad y adornada con la propiedad de la expresión, que consiste en no poner unas palabras por otras, que son las virtudes del primer estilo. Y de la boca de Nestor dijo que salía

(1) *Pro Celio,* XIV.

un lenguaje más dulce que la miel, que sin duda es la mayor dulzura que se puede imaginar. Pero queriendo expresar, como lo hizo en la persona de Ulises, lo sumo de la elocuencia, le añadió la grandeza, dándole una manera de hablar semejante á los torrentes de la nieve que se derrite en el invierno, tanto por la afluencia de sus palabras, como por la vehemencia de sus expresiones. Con este, pues, ninguno de los hombres osará entrar en competencia; todos le mirarán á este como á un dios. Esta misma vehemencia y rapidez admira Eupolis en Pericles; esta la compara Aristófanes á los rayos, y en esta consiste la verdadera ciencia de perorar.

Mas no se halla reducida la elocuencia precisamente á estos tres géneros de estilos. Porque así como entre el sutil y el vehemente se ha puesto otro tercero, así estos tienen sus grados diferentes. Y aun entre estos mismos hay alguno que, siendo como medio entre dos, participa de la naturaleza de ambos. Porque el estilo sutil no consiste en tal precisión que no pueda darse más ó menos sutileza; en el vehemente cabe más y menos, así como el templado ó se remonta sobre la misma vehemencia ó se hace inferior á la sutileza, y así se encuentran casi innumerables especies que tienen entre sí alguna diferencia; así como generalmente sabémos que son cuatro los vientos que soplan de otros tantos puntos cardinales del mundo, sin embargo de que se conocen otros muchísimos, según la variedad de las regiones y ríos, los cuales son propiamente medios entre ellos (1). Lo mismo sucede en la música; porque habiéndose establecido cinco tonos en la cítara, la han llenado después de trastes con muchísima variedad, y á los ya

(1) Esto se ve clarísimamente en la rosa de los vientos, que siendo solamente cuatro los cardinales ó maestros, se subdividen después de tal manera, que forman treinta y dos, tomando cada cual distinto nombre á proporción del cardinal de que participa.

añadidos juntan otros; de manera que el corto espacio que hay entre unos y otros tiene muchas diferencias de tonos.

Así, pues, la elocuencia tiene muchas especies; pero sería una muy grande necedad preguntar á cuál de ellas se debe dirigir el orador; siendo así que ninguna de ellas hay que siendo buena no tenga uso, y que todo aquello que comúnmente se llama género de decir es propio de un orador. Porque él hará uso de todo, según lo pidiere el caso; y esto no sólo en beneficio de la causa, sino también por los que tienen todo su interés en ella.

Pues así como no hablará del mismo modo en defensa de un reo que tenga delito de muerte, ó en un pleito sobre una herencia, secuestro, fianza ó empréstito, y sabrá hacer distinción en el modo de exponer en el Senado los pareceres, ya de las juntas del pueblo y ya de las deliberaciones de los particulares, y mudará de carácter según la diferencia de las personas, tiempos y lugares, así también en una misma oración se conciliará los ánimos unas veces de una manera y otras de otra, y de distintos principios se valdrá para mover la ira que la misericordia, y de unos medios usará para instruir y de otros para mover.

No se debe observar un mismo estilo en el exordio, narración, confirmación, digresión y peroración. Hablará un mismo orador con gravedad, severidad, acrimonia, vehemencia, viveza, afluencia, aspereza, urbanidad, moderación, sutileza, blandura, suavidad, dulzura, brevedad y cortesanía, no de todas estas maneras y en todas ocasiones, sino cuando viniere al caso. De esta manera logrará no sólo hablar útil y eficazmente para obtener lo que pretende, que es el fin por el cual principalmente se ha inventado el uso de la elocuencia, sino que también conseguirá el aplauso, no sólo de los doctos, sino también del vulgo

Porque están muy engañados los que piensen que es más agradable al pueblo y más acómodado para ganar aplauso el estilo vicioso y corrompido, que ó resalta por lo

licencioso de las expresiones, ó está todo salpicado de conceptillos pueriles, ó por su demasiada hinchazón es muy pomposo, ó que desenfrenadamente corre por los lugares oratorios que no vienen al caso, ó se compone de florecillas que á poco que se tocan se deshojan, ó tiene por sublimidad los precipicios, ó que con el pretexto de libertad da en locura.

Lo cual yo ciertamente no niego que agrada á muchos; ni tampoco me causa maravilla. Porque cualquiera que habla en público se hace escuchar por un natural placer, y cualquiera que sea su elocuencia no deja de tener apasionados y grande aceptación, y de ningún otro principio proviene el verse por las plazas y esquinas tantos corros de gentes; por lo que es menos de maravillar que el vulgo esté dispuesto á juntarse de montón para oir cualquiera arenga. Mas cuando los ignorantes oyen decir alguna cosa más exquisita, sea la que fuere, de manera que desconfíen poder hacer otro tanto, se quedan admirados, y con razón, porque aun aquello tiene también su dificultad.

Pero se desvanecen y desaparecen del todo estas cosas cuando se comparan con otras mejores que ellas; así como la lana teñida de color encarnado agrada cuando no tiene á su lado la púrpura, pero si se comparare solamente con un vestido de grana, perderá toda su belleza á la vista de lo mejor, como Ovidio dice. Mas si se examinare esta elocuencia corrompida con un juicio más severo, como si se juntase un color de púrpura verdadero con otro falso, ya todo aquello que había engañado perdería su mentido color y parecería descolorido y sobremanera feo. Dejemos, pues, brillar esta elocuencia separada de los resplandores del sol, así como algunos pequeños animales parecen en las tinieblas lucecitas. Finalmente, son muchos los que aprueban lo malo, mas ninguno desaprueba lo que es bueno.

Mas todas estas cosas de que hemos hablado deberá el

orador hacerlas, no sólo con la mayor perfección, sino también con la mayor facilidad. Porque la mayor destreza en el bien hablar no es digna de admiración si cuesta hasta conseguirse una gran pena, si el orador tiene que atormentarse y afligirse en tornear las palabras y consumirse en pesarlas y juntarlas entre sí. El orador elegante, sublime y rico de pensamientos posee todo el tesoro de la elocuencia y usa de él como le parece. Porque aquel que ha llegado ya á lo sumo deja de hacer esfuerzos para subir. La dificultad es para el que va subiendo y se halla todavía abajo; mas á proporpión de lo que fuere subiendo se le hará más suave el suelo, más fértil y más ameno. Y si también llegare con constante empeño hasta lo sumo por este camino menos escabroso, verá que allí los frutos se le ofrecen por sí mismos, sin que le cuesten fatiga, y que espontáneamente se le ofrecen todas las cosas; pero si no se cogen todos los días, se secan.

Pero aun la abundancia tiene su medida, sin la cual ninguna cosa hay digna de alabanza ni que sirva de provecho; para la elegancia de la oración se requiere un adorno varonil, y para la invención un buen discernimiento. De esta suerte serán las cosas grandes, no desmesuradas; sublimes, sin exponerse á un precipicio; fuertes, sin temeridad; severas, sin rigor; graves, sin pesadez; alegres, sin demasía; agradables, sin disolución, y llenas, sin hinchazón. El mismo sistema debe observarse en lo demás. El más seguro camino por lo común es el que va por el medio, porque los extremos son viciosos.

CAPITULO XI.

CUÁLES DEBEN SER LAS OCUPACIONES DEL ORADOR DESPUÉS DE HABER CESADO DE TRATAR CAUSAS. EXHORTACIÓN Á LA ELOCUENCIA.

I. Que debe el orador dejar de tratar causas antes de llegar á perder enteramente su vigor. Entonces debe dedicarse á la instrucción de la juventud.—II. Se excusa Fabio de haber puesto por requisito del orador la virtud y ciencia de muchísimas artes. Que la virtud se funda especialmente en la voluntad. Que hay tiempo de sobra para aprender las artes. Alega ejemplos de muchos que las aprendieron todas.—III. Exhortación á la elocuencia.

I. El orador que ha hecho ya uso de estas perfecciones de la elocuencia en los tribunales, en los consejos, en las juntas del pueblo, en el Senado y finalmente en el desempeño de todas las obligaciones de un buen ciudadano, pensará en poner también un término á su carrera, propio de un hombre de bien y de lo respetable de su ministerio, no porque en aprovechar á otros haya exceso y porque al que tiene una tal disposición y talento no le convenga servir una que otra vez á los demás, ejercitando todo el tiempo que pueda tan decoroso empleo, sino porque le conviene también poner la mira en no hacer cosa alguna menos bien de lo que la hubiere hecho. Porque no sólo contribuye á formar el orador la ciencia que se aumenta con los años, sino también la voz, el pulmón y la robustez; las cuales cosas cuando llegan á padecer quiebra y debilitarse con la edad ó falta de salud, es de temer no se eche menos alguna cosa en el consumado orador; que en

el decir no haga paradas por la fatiga que le causa; que no advierta que lo que dice se oye poco, y que no venga á conocer que es muy diferente del que era al principio.

Yo he visto á Domicio Afro, que era sin competencia el orador más consumado de cuantos he conocido, de edad harto avanzada, perder de día en día alguna parte de aquel crédito que se había adquirido justamente; porquè mientras él peroraba (pues no había duda de que en algún tiempo había sido el principal del foro), los unos se reían, lo cual parecía una cosa indigna, y los otros se avergonzaban, lo cual les dió motivo para decir que él quería más rendirse que dejar de perorar. Sin embargo, no se le podía decir que peroraba mal, sino solamente que lo hacía menos bien. Por lo que el orador antes de dar en estas celadas de la edad, tocará á la retirada, y entrará en el puerto con su nave sin haber padecido descalabro.

Mas ni aun después de haber practicado esto serán menos considerables los frutos de sus estudios. Porque ó se pondrá á escribir la historia de su tiempo para dejarla á la memoria de la posteridad, ó, como Craso en los libros de Cicerón se proponía hacer, explicará las cuestiones acerca de las leyes á los que pretendan saberlas, ó compondrá algún tratado de elocuencia, ó empleará su voz dignamente en enseñar los más bellos preceptos de la moral. Frecuentarán su casa los más excelentes jóvenes, según el uso de los antiguos, y le consultarán como á un oráculo sobre el verdadero modo de bien hablar. El los instruirá como si fuese el padre de la elocuencia, y como un antiguo piloto los informará de las playas y puertos y de las señales que hay para prever las tempestades y de lo que se requiere para dirigir bien una nave, ya cuando el viento sopla favorable, ya cuando viene contrario; y esto lo hará movido no solamente de aquel sentimiento de humanidad que es común á todo hombre, sino por un cierto amor á su misma profesión. Porque ninguno habrá

que quiera venga á menos una facultad en que hubiere sido muy sobresaliente. ¿Qué cosa hay, pues, más decorosa que enseñar uno aquella facultad que sabe excelentemente?

De este manera asegura Cicerón que el padre de Celio le encomendó su enseñanza (1). De esta suerte á manera de maestro ejercitó á Pansa, Hircio y Dolabela, declamando delante de ellos todos los días y oyéndolos declamar. Y casi estoy por decir que un orador deberá sin duda alguna ser tenido por el hombre más feliz cuando apartado ya del foro y consagrado al retiro, libre de la envidia y lejos de las contiendas, hubiere puesto en seguro su reputación; y aun en vida experimentará aquella veneración que se suele tributar más de ordinario después de la muerte, y verá qué opinión se tendrá de él en la posteridad. yo estoy asegurado por el testimonio de mi conciencia que cuanto he podido con mis medianas fuerzas, cuantos conocimientos yo tenía de antemano y todos los que he podido adquirir para desempeñar esta profesión, todo lo he publicado ingenua y sencillamente para instrucción de aquellos que tal vez deseasen tener noticia de tales cosas. Y á un hombre de honor le basta haber enseñado aquello que sabía.

II. Mas me temo no sea que yo haya pedido al orador ó cosas demasiado grandes queriendo que á un mismo tiempo sea hombre de bien y diestro en el decir, ó muchas en número, por cuanto á más de muchas artes que se deben aprender en la niñez, he añadido también el estudio de la filosofía moral y la ciencia del derecho civil, sin contar con los preceptos que llevo dados acerca de la elocuencia y que aquellos que han creído ser necesarias estas mate-

(1) Cicerón dice en *El libro de los Oficios* que entre los antiguos romanos los jóvenes se proponían imitar á un ciudadano como si fuera su maestro, con el cual estaban continuamente hasta perfeccionarse en aquello que aprendían.

rias para nuestra obra, se espantarán como de una cosa gravosa y desconfiarán de llegar á conseguirlas antes de experimentarlas.

Pero reflexionen primeramente estos tales dentro de sí mismos cuánta sea la fuerza del ingenio de los hombres y cuánto influjo tiene para conseguir todo lo que quiera, porque las artes menos importantes, pero más dificultosas, han podido atravesar los mares, saber el curso y número de los astros y casi medir todo el universo. Recapaciten después la grandeza del objeto á que aspiran, y cómo proponiéndonos tan grande premio no se ha de perdonar fatiga alguna por conseguirle. De lo cual, cuando se hubieren persuadido, se moverán fácilmente á creer que el camino que conduce á la elocuencia no es intransitable, ó por lo menos tan áspero como se le figuran.

Porque por lo que pertenece á ser hombre de bien, que es la primera y la más importante circunstancia, esto depende especialmente de la voluntad, la cual el que tuviere de veras aprenderá fácilmente aquellas ciencias que enseña la virtud. Porque ni son tan intrincadas ni son tantas en número estas ciencias que causen tanta pena que con la aplicación de muy pocos años no se puedan aprender. Porque nuestra repugnancia es la que hace que el trabajo parezca dilatado. En poco tiempo se aprenden los preceptos de la vida honesta y feliz si se desean aprender (1). Porque la naturaleza nos ha producido para querer lo mejor, y á los que quieren aprender lo mejor les es tan fácil, que el que con atención lo reflexiona se admira

(1) Es mucha la variedad que acerca de esta expresión se encuentra en las diferentes ediciones que se han hecho de Quintiliano. Mr. Caperonier lee: *si credas;* é interpreta: *si das crédito*. Otros leen: *si quæras*, *si buscares el camino*, etc. Mas sin embargo del aprecio que se merecen estos intérpretes de Quintiliano, nos parece muy conforme al sentido del autor la variante de Mr. Rollin: *si cupias, si deseas*, porque pone el autor por fundamento de las ciencias á la voluntad.

do que los hombres malos sean tantos. Porque así como el agua es natural á los peces, la tierra á los animales que en ella se crían y el aire que nos rodea á las aves, así verdaderamente debería ser más fácil vivir según la naturaleza que contra lo natural.

Mas por lo que respeta á lo demás, aun cuando reduzcamos todo el número de nuestros años á sola la juventud sin hacer cuenta con el tiempo de la vejez, todavía nos quedan hartos años para aprender. Porque el orden, el método y la razón proporcionarán que todo se haga en menos tiempo. Pero la falta está primeramente en los maestros que voluntariamente detienen al niño, parte por la codicia de cobrar por más tiempo su corto salario, parte por ambición para mostrar que es muy dificultoso aquello que prometen, y parte también porque no saben la manera de enseñar ó no se cuidan de enseñar como corresponde.

La segunda culpa la tenemos nosotros mismos (1), que tenemos por mejor el detenernos en lo que sabemos que aprender lo que todavía ignoramos. Porque hablando con especialidad acerca de nuestros estudios, ¿á qué viene el detenerse tantos años como acostumbran muchísimos (por no hacer mención de aquellos que en esto gastan una gran parte de la vida) ejercitándose en declamar en la escuela y empleando tan gran trabajo en cosas falsas é imaginarias, cuando era suficiente haber aprendido en poco tiempo las reglas de la elocuencia y una idea del ejercicio verdadero del foro? Con lo cual no pretendo yo decir que deba alguna vez omitirse el ejercicio de perorar, sino que no nos hemos de envejecer en esta sola especie de ejercicio. Porque pudimos adquirir muchos conocimientos y aprender perfectamente los preceptos del vivir y ejercitarnos en el foro mientras estábamos todavía en la escuela.

(1) Habla de los jóvenes que se dedican á la retórica.

La facultad oratoria es de tal naturaleza, que no se requieren muchos años para aprenderla. Porque cualquiera de las artes de que antes he hecho mención suele reducirse á pocos libros; tan cierto es, que para aprenderlas no se necesita largo tiempo ni dilatados preceptos. Sólo resta el ejercicio, que es el que en poco tiempo infunde aliento. El conocimiento de las cosas se aumenta cada día, y sin embargo es necesario leer muchos libros, de donde se sacan ejemplos semejantes en los historiadores ó la manera con que se valen de ellos los oradores. También es necesario que nos dediquemos á leer las opiniones de los filósofos y de los jurisconsultos, como otras muchas cosas.

Todo lo cual lo podemos ciertamente hacer, pero nosotros mismos nos hemos acortado el tiempo. Porque ¡cuán poco es el que empleamos en los estudios! Unas horas nos quita la inútil ocupación de las visitas, otras el ocio con que estamos oyendo novelas, otras los espectáculos y otras los convites; añade á esto tantas especies de juegos y el loco cuidado que se tiene de los cuerpos. Á más de esto, quita también el tiempo el viajar á países extranjeros, las casas de campo, la sed insaciable de adquirir, ocupada continuamente en hacer cálculos, las muchas causas de disolución, el vino y el ánimo enteramente perdido y entregado á todas las suertes de placeres. Y ni aun aquellas horas que quedan después de estos pasatiempos pueden ser acomodadas para el estudio. Todas las cuales si se empleasen en los estudios, veríamos que es larga vida, y nos parecería muy sobrado el tiempo para aprender; y esto sin hacer más cuenta que con el tiempo que hay de día, pues las noches, que son por la mayor parte más que suficientes para dormir, podrían también suministrarnos tiempo. Ahora contamos los años que hemos vivido, no los que hemos empleado en estudiar. Y si los geómetras, los gramáticos y los profesores de todas las demás artes emplearon toda su vida, por larga que fuese, en aprender una sola

ciencia, no se infiere de ahí que nos sean necesarias muchas vidas para aprender muchas ciencias. Porque aquellos no aprendieron aquellas artes hasta la vejez, pero se contentaron con sólo haberlas aprendido, y gastaron tantos años, no en aprenderlas, sino en sólo ejercitarlas.

Pero pasando en silencio á Homero, en quien se encuentran señales ciertas ó á lo menos no dudosas de haber sido perfecto en todas las artes; no haciendo mención de Hipias el de Elide, el cual se preció no solamente de saber todas las bellas artes, sino de hacerse por su mano el vestido, anillo y chinelas que usaba, y de este modo se puso en estado de no necesitar de persona ni de cosa alguna; Georgias, sin embargo de su extremada vejez, daba libertad á sus discípulos para que le preguntasen acerca de todo aquello que cada uno quisiese (1). ¿Y qué ciencia de las liberales le faltó á Platón? ¿Cuánto tiempo empleó Aristóteles en el estudio para tener perfecto conocimiento no solamente de la filosofía y oratoria, sino también para averiguar la naturaleza y todas las propiedades de los animales y de las plantas? Porque ellos tuvieron la precisión de inventar estas cosas, y nosotros sólo tenemos que aprenderlas. La antigüedad nos ha provisto de tanto número de maestros y de tantos ejemplos, que parece tal vez que ningún tiempo hay más feliz para nacer que el nuestro, en cuya instrucción se han empleado todas las fatigas de los siglos anteriores.

El censor Marco Catón, que á un mismo tiempo fué orador, historiador, jurista y de los más prácticos que ha habido en la agricultura, sin embargo de tantas expediciones militares como le ocupaban en tiempo de guerra y tantas disensiones como tenía que sufrir en tiempo de paz, á pesar de la rudeza de su siglo aprendió la lengua griega siendo de edad ya avanzada, para servir de ejemplo á los

(1) Véase *El Orador*, de Cicerón, lib. I, cap. 22.

hombres que aunque sean viejos pueden aprender también aquello que gusten. ¿De cuántas materias, ó por mejor decir, de qué materias no escribió Varrón? ¿Qué prenda necesaria para bien hablar le faltó á Marco Tulio? ¿Pero á qué fin más ejemplos, cuando Cornelio Celso, hombre de mediano ingenio, escribió también no sólo de todas estas artes, sino que todavía nos dejó más preceptos acerca de la milicia, agricultura y también de medicina? Digno, por el mérito mismo de la empresa, de que le demos la gloria de no haber ignorado ninguna de aquellas cosas.

III. Pero dirán que es cosa dificultosa el llegar á ser uno perfecto en la elocuencia y que ninguno ha llegado á este punto todavía. Á lo que respondo que ante todas cosas basta para estimularse al estudio el saber que no hay repugnancia en que podamos hacer lo que hasta ahora no se ha hecho; siendo así que todas las cosas grandes y admirables que en el día hay, hubo algún tiempo en que fué la vez primera que se hicieron. Porque cuanta es la perfección que recibió la poesía de Homero y de Virgilio, tanta es la que la elocuencia recibió de Demóstenes y Cicerón. Ultimamente, todo lo que es ahora lo mejor, anteriormente aún no lo había sido.

Pero aun en la suposición de que alguno desconfíe de poder llegar á lo sumo (de lo cual, ¿por qué causa ha de desconfiar si no le falta el ingenio, rubustez, talento y maestro?), sin embargo, como dice Cicerón en el cap. 1.º *Del Orador*, es cosa honrosa ser de los segundos y terceros. Porque si uno no puede conseguir en las expediciones militares la gloria de un Aquiles, no despreciará por eso la alabanza de un Ayax ó de un Diomedes; y el que no pudiere igualarse con Homero, no por eso dejará de aspirar á la gloria de Tirteo. Antes bien, si los hombres hubiesen pensado de tal modo que ninguno se hubiera imaginado que podría ser más sobresaliente que el mejor, los mismos que en el día son los mejores no lo hubieran sido

ni Virgilio hubiera sido el más excelente después de Lucrecio y Macro, ni Cicerón después de Craso y Hortensio, y ni aun otros después de ellos hubieran podido aventajarlos. Pero aun cuando no se conciba una esperanza grande de excederlos, es sin embargo cosa honrosa el irlos á los alcances. Por ventura Mesala y Polión, que comenzaron á perorar en tiempo en que Cicerón estaba en posesión de la primacía en la elocuencia, ¿no tuvieron una gande estima durante su vida, ó fueron poco celebrados en la posteridad? Porque de otra suerte, poco servicio se les hubiera hecho á los hombres con haber reducido á su perfección las artes si aquello que había más perfecto hubiera desaparecido.

Júntase á esto el que una mediana elocuencia produce también grandes frutos, y si se juzga de estos estudios por sola la utilidad, casi le falta poco para igualarse con la elocuencia perfecta. Y no sería dificultoso hacer ver con ejemplos antiguos ó modernos que con ninguna otra profesión han conseguido los hombres más grandes honores, riquezas, amistades y reputación para lo presente y para lo por venir, si con todo eso no desdijese del honor de las letras el pretender esta menor recompensa de la cosa más preciosa de este mundo, cuyo estudio y posesión corresponden abundantísimamente á las fatigas, según la costumbre de aquellos que dicen que no buscan las virtudes, sino aquel placer que de las virtudes resulta.

Aspiremos, pues, con todo empeño á la majestad misma de la elocuencia, que es la cosa mejor que los dioses inmortales han concedido á los hombres y sin la cual todas las cosas serían mudas, estarían sepultadas al presente en las tinieblas y de ninguna se tendría noticia en la posteridad, y pongamos continuamente todo nuestro esfuerzo por perfeccionarnos enteramente en ella, y haciéndolo así, ó llegaremos al más elevado grado de perfección ó á lo menos veremos muchos inferiores á nosotros.

He aquí, Marcelo Victorio, lo que yo he creído poder contribuir por mi parte al adelantamiento en los preceptos de la oratoria, cuyos conocimientos podrán servir á los estudiosos jóvenes, si no de grande utilidad, por lo menos para hacerlos tener una buena voluntad, que es lo que mayormente deseamos.

FIN.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODECIMO.